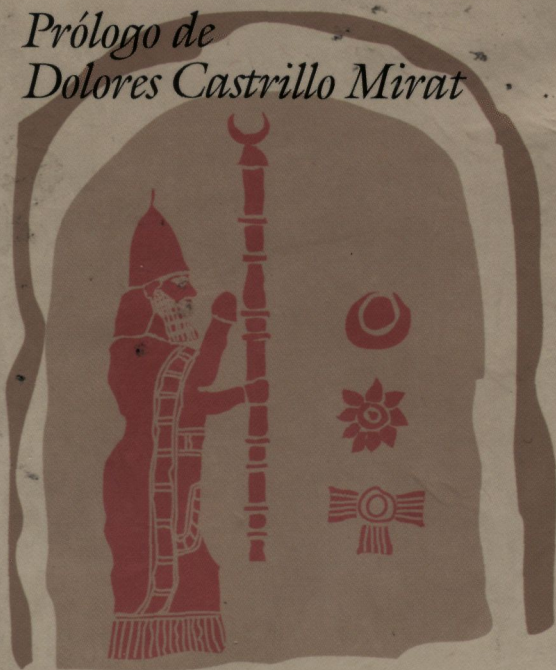


Friedrich Nietzsche

Así hablaba Zaratustra



*Prólogo de
Dolores Castrillo Mirat*



Biblioteca Edaf

FRIEDRICH NIETZSCHE

ASI HABLABA
ZARATUSTRA

Introducción de
DOLORES CASTRILLO MIRAT



BIBLIOTECA EDAF

14

Director de la colección:
MELQUÍADES PRIETO

Diseño de cubierta: GERARDO DOMÍNGUEZ

© Del traducción: CARLOS VERGARA
© 1998. De esta edición, Editorial EDAF, S.A.

Editorial EDAF, S. A.
Jorge Juan, 30. 28001 Madrid
<http://www.edaf.net>
edaf@edaf.net

Edaf y Morales, S. A.
Oriente, 180, nº 279. Colonia Moctezuma, 2da. Sec.
C. P. 15530. México, D. F.
<http://www.edaf-y-morales.com.mx>
edafmorales@edaf.net

Edaf del Plata, S. A.
Chile, 2222
1227 - Buenos Aires, Argentina
edafdelplata@edaf.net

Edaf Antillas, Inc
Av. J. T. Piñero, 1594 - Caparra Terrace (00921-1413)
San Juan, Puerto Rico
edafantillas@edaf.net

Edaf Chile, S.A.
Huérfanos, 1178 - Of. 506
Santiago - Chile
edafchile@edaf.net

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

29ª edición, octubre 2005

Depósito legal: M-39.090-2005
ISBN: 84-7166-261-2

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Gráficas COFAS, S.A. Pol. Ind. Prado de Regordono - Móstoles- Madrid

INTRODUCCION

«Todo lo que es profundo ama el disfraz. Todo espíritu profundo tiene necesidad de una máscara». (Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*).

«Y será imposible igualmente —añadí— que un dios quiera modificarse a sí mismo, pues a mi entender, todos ellos son los seres más excelentes y perfectos, por lo cual permanecen siempre absolutamente en la misma forma... Entonces, mi admirado amigo —afirmé yo— ningún poeta podrá decirnos que los dioses parecidos a extranjeros de todas partes toman toda clase de formas y recorren así las ciudades, ni tampoco podrá engañarnos con la historia de Proteo y de Tetis...» Platón, *República* 380e 382b).

La filosofía de Nietzsche como filosofía de máscaras

Hay en Nietzsche una indiscutible solidaridad con esas divinidades de naturaleza proteica y tornadiza cantadas por los poetas que tanto repugnaban a la visión platónica. En *Humano, demasiado humano* se nos revela bajo la figura del espíritu libre; más tarde es el príncipe Vogelfrei, el Viajero y su sombra, Zaratrusta, Dionisos, el Anticristo, y así, en una inquietante procesión de máscaras hasta su *Ecce Homo* donde Nietzsche llega al paroxismo de disfrazarse de sí mismo.

La irrupción de esta multitud de identidades en el seno del discurso filosófico tiene el carácter de una clara provocación. Desde que Platón fijara los atributos que definen a la Idea, el filósofo, aun el dialéctico, y el científico han tomado como objeto de su sabiduría una nueva divinidad cuyos rasgos podrían esquemmatizarse así: inmutabilidad, fijeza, identidad consigo misma, universalidad... Dios, el sujeto cartesiano, el Espíritu Absoluto

de Hegel, el concepto neutro y objetivo de la ciencia... gran carnaval del tiempo en el que la ficción de lo universal oculta siempre la violencia de las conquistas particulares.

Frente a la mascarada de la unidad y la universalidad, el desfile incesante de máscaras en Nietzsche pone expresamente de manifiesto eso que se ha querido esconder tras la verdad sin rostro y sin nombre del discurso filosófico y científico: que la verdad una e idéntica para todos no es sino el resultado de la pugna entre una multiplicidad de identidades o de intereses divergentes, la máscara con que se recubre aquella perspectiva peculiar que ha conseguido imponerse tiránicamente sobre las demás. El reconocimiento abierto de la máscara como tal máscara, su proliferación explícita llevada hasta el paroxismo, responde pues a una estrategia bien definida: quebrantar el modelo de sabiduría dogmática que desde Platón a nuestros días sólo ha logrado ejercer su dominio mediante la disimulación del mecanismo que la produce. La profusión de máscaras en Nietzsche desenmascara la máscara de la universalidad, que ha permitido a la verdad imponerse sobre los demás como ley inevitable.

Zaratustra: una máscara bifronte

Entre todos los disfraces, entre todas las máscaras, Zaratustra es con seguridad la más enigmática, la más densa en significaciones, la más inquietante de cuantas circulan por el entramado nietzscheano. Hay en la figura de Zaratustra algo que resiste a todos los códigos del historiador, algo que incita y a la vez impide encuadrar a este enigmático personaje bajo el rótulo de cualquier categoría al uso. ¿Quién es Zaratustra? ¿Un maestro, un profeta, un fanático reformador que trae nuevas tablas de la ley a la humanidad, el predicador de un nuevo evangelio para la redención del mundo?

Apenas comenzada la lectura de este libro, la similitud con cualquiera de estas figuras salta a la vista de manera evidente, quizás demasiado evidente, como para dejarse llevar por esta apariencia manifiesta, deliberadamente buscada por Nietzsche.

La acción que sirve de marco al libro es sencilla. A la edad

de treinta años Zaratuſtra ſe retira a la montaña y permanece allí a ſolas con ſus pensamientos, haſta que finalmente un día decide bajar a los hombres a predicarles ſu nueva ſabiduría. Al final de la obra ſerán eſtos quienes aſciendan haſta él, atraídos por la miel de ſu ſolitaria y callada felicidad, gritándole que Jeſ ſalve. La ſemejanza de Zaratuſtra con la figura del Redentor eſtá pues explícitamente ſubrayada por el filósofo. Por otro lado, ſu nombre invoca la figura ſemilegendaria del profeta persa, reformador religioso a quien ſe atribuye la creación de la primera doctrina moral.

En cuanto al eſtilo, la obra tampoco ofrece lugar a dudas: *Así hablaba Zaratuſtra* poſee la apariencia de un libro ſagrado. Su ſimilitud con la Biblia, cuya verſión luterana había de dejar tan profunda huella en aquel adoleſcente hijo de paſtor protestante, no paſará deſapercibida a ningún lector. Zaratuſtra imita a la perfección el lenguaje del predicador, haſta el punto de ſuscitar el malentendido en todos aquellos demasiado habituados a reverenciar palabras ajenas, demasiado necesitados de maestros y guías. Nietzsche, el oscuro, acepta voluntariamente el riesgo de eſte peligroso malentendido, más aún lo promociona, retomando en toda ſu obra, pero de modo eſpecial en *Así hablaba Zaratuſtra*, algo que fue conſustancial a la ſabiduría griega, el juego trágico del enigma. Que la ſabiduría eſ guerrera¹, que el conocimiento entraña un riesgo mortal, eſ algo que quedaría ſellado para ſiempre en el joven eſtudiante, fascinado tempranamente por el mundo griego. El enigma, eſte deſafío mortal que el dios proporcione al hombre, atraviesa el alma griega desde el ámbito de lo religioso —el oráculo de Apolo— haſta el filológico, donde el impulso agonístico del griego encuentra ſu ſatisfacción ſublimada en la lucha humana por la ſabiduría. También Zaratuſtra, amigo de todos aquellos que aman el peligro, deſafía a los hombres proponiéndoles enigmas que ſe dejan adivinar de muy diferentes maneras. La interpretación que de ellos hagamos eſ arriesgada porque ahí ſe juega nueſtra actitud ante la vida, ſu afirmación trágica, o ſu rechazo nihilista. Eſto ſe hace particularmente evidente en algunos capítulos, los más oscuros, donde Zaratuſtra confía

¹ Véase Zaratuſtra, «Del leer y eſcribir» (pág. 65).

a los «ebrios de enigmas» su más extraña y aterradora visión, la intuición del eterno retorno. Pero no sólo la doctrina de Zaratu-stra es un enigma en el que nos va la vida, un modo determinado de llevarla y de vivirla, la figura misma de Zaratu-stra es enigmá-ticamente bicéfala. Una cara es la del moralista, la del redentor, la del maestro, la del tirano, incluso. No es difícil caer en la trampa y dejarse llevar por esta apariencia, la más evidente, del per-sonaje enigmáticamente bifronte que Nietzsche elige esta vez para desafiar a sus lectores. El malentendido a propósito de su filoso-fía es la mejor prueba de ello. Que su pensamiento en general, y su Zaratu-stra en particular hayan servido para apaciguar la nos-talgia mal curada de una religión en la que ya no somos capaces de seguir creyendo, o para alimentar nuestro edípico deseo de su-misión a la norma o quizás peor, para dar rienda suelta a nues-tros impulsos fascistas y justificar mediante una prestigiosa coar-tada teórica la filosofía del maestro-líder, de toda esta gama de posibilidades internas de falsificación de su pensamiento, necesari-amente promovidas y asumidas por él, era Nietzsche plenamen-te consciente, de ahí el subtítulo que eligiera para su obra: *Así hablaba Zaratu-stra: un libro para todos y para nadie*.

Todos estamos necesitados de maestros y guías, en todos nosotros habita el alma del esclavo o el deseo igualmente esclavo —para Nietzsche— de tiranizar; y así, a todos nos acecha el pe-ligro de quedar prendidos en la apariencia de Zaratu-stra como maestro. Pero también en todos nosotros habita el alma del rebelde y es precisamente Zaratu-stra, el maestro, quien nos ofrece simultáneamente la posibilidad de rebelarnos contra la maestría. Zaratu-stra es un personaje bifronte como lo somos todos. Aquel-los en quienes puede más una voluntad esclava difícilmente po-drán atisbar tras la máscara altisonante del maestro Zaratu-stra, la mueca burlona e impía de esa otra antitética cuya sabiduría es exactamente la contraria a la de cualquier santo o redentor del mundo. De aquella que no pretende crear nuevos ídolos sino im-pulsarnos a derribar a todos aquéllos que so pretexto de mejorar a la humanidad no hacen otra cosa que aplastarla bajo el peso de los valores establecidos. Aligerar la existencia humana, liberarla de la pesada carga del «tú debes», para que se atreva a decir li-bremente «yo quiero» y «yo soy» constituye su deseo más pro-

fundo (véase, Primera Parte «Las tres metamorfosis» (pág. 52)).

La apariencia contradictoria del pensamiento de Nietzsche, el que su filosofía sea susceptible de las más opuestas interpretaciones es fruto pues de la convivencia peligrosa, pero auténtica, en una sola figura, de otras dos antitéticas cuya relación no es dialécticamente armonizable sino permanentemente autocrítica. No cabe duda que la estrategia de Nietzsche es sumamente arriesgada. Zarathustra asume voluntariamente las máscaras del moralista, del redentor, del maestro, para combatir las en su propio terreno y vencerlas así mejor. Si parodia a la perfección sus rasgos, exaltándolos hasta el punto de suscitar la confusión o el escándalo, es para avivar la llama de rebeldía que late en nosotros e incitarnos a volvernos contra toda forma de maestría, incluida la suya propia si en alguna ocasión fuera tomada por tal: «En verdad, éste es mi consejo: ¡Alejaos de mí y guardaos de Zarathustra! Y aún mejor: ¡avergonzaos de él! Tal vez os ha engañado... Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo... Ahora os ordeno que me perdáis y que os encontréis a vosotros; y sólo cuando todos hayáis renegado de mí, volveré entre vosotros...»¹.

Principales temas de la obra: el superhombre y la muerte de Dios, la moral y la voluntad de poder, el eterno retorno, el hombre superior

Una de las formas privilegiadas de la maestría, posiblemente aquella a la que todas las demás se reducen, es la moral. El personaje de Zarathustra elegido por el filósofo reúne en un único movimiento la imagen del moralista y la figura antitética segregada por ella. Como nos aclara el propio Nietzsche en su *Ecce Homo* esta elección, aparentemente incongruente en boca de un inmoralista como él, no fue casual; Zarathustra, el persa, fue el primero en absolutizar los valores morales al hacernos emanar de dos principios trascendentes, las divinidades Ormuz y Arimán; él fue

¹ Véase Zarathustra, «De la virtud dadivosa» (pág. 95). Como se puede observar Nietzsche invierte aquí la frase del Evangelio de San Mateo, 10,33.

el primero en crear ese funesto engaño y por tanto él habrá de ser el primero en desmentirlo. Además, en tanto que moralista, ¿no está obligado precisamente Zaratustra a ser el más veraz de todos los pensadores? «Decir la verdad y disparar bien con flechas¹, ésta es la virtud persa ¿se me entiende?... La autosuperación de la moral por veracidad, la autosuperación del moralista en su antítesis —en mí— es lo que significa en mi boca el nombre de Zaratustra².

Zaratustra, heredero del espíritu libre de *Humano, demasiado humano*, representa pues el espíritu de veracidad generado por la propia moral que acaba de volverse contra ella, desenmascarando el pretendido fundamento absoluto, eterno, o sobrehumano de sus valores, como una perniciosa ficción, mediante la cual una especie decadente de hombres se mantiene en la existencia. Este fundamento puede recibir distintos nombres, Dios, la Idea, la Razón, pero su función es siempre similar: enmascarar la verdadera procedencia de los valores, su enraizamiento en un juego coyuntural de intereses particulares, mediante la recurrencia a supuestas esencias, divinidades o principios, que justificarían su necesidad eterna, su validez incuestionable y universal. La despiadada veracidad de Zaratustra saca a la luz el lugar de emergencia de la moral que ésta hipocritamente se ha obstinado en borrar. Los valores morales no han caído del cielo, ni de ningún otro elevado lugar; son los hombres enfrentados los unos a los otros, enfrentados incluso consigo mismos, quienes se han dado a sí mismos todo su bien y su mal. Que un pueblo venza a otro, que unas clases dominen a otras, impondrán entonces obligaciones y derechos, fijarán su bien y su mal de acuerdo con sus intereses, suspenderán una tabla de valoraciones, un universo de reglas, que está destinado a perpetuar la violencia de la dominación. Los valores que rigen nuestras vidas no se asientan, pues, sobre ningún fundamento absoluto del que necesariamente se derivaría el modo en que debemos orientar nuestra existencia.

El verdadero lugar de emergencia de nuestros valores es en realidad un no lugar, un teatro sin espacio, que Nietzsche acu-

¹ Véase Zaratustra, «¿De los mil y un objeto?» (pág. 80).

² Nietzsche *Ecce Homo. Por qué soy un destino* Alianza, Ed. p. 125.

diendo a una metáfora de la tradición metafísica designó con el término de voluntad de poder, donde se representa indefinidamente la misma obra: el combate incesante de fuerzas pulsionales que luchan entre sí por asegurarse la dominación; aquellas victoriosas imponen las normas que mejor sirven sus intereses, cuya duración será quebrantada a su vez por nuevas fuerzas que entran en escena para «relanzar sin cesar el juego de la dominación»¹. Pero no nos equivoquemos sobre las intenciones de Zaratustra: no pretende dar una coartada teórica para justificar la esclavitud del hombre por el hombre, sino proporcionar los instrumentos para combatir el devenir esclavo de una humanidad que ignora o reniega de su poder creado. Es por este desconocimiento que el hombre tiene acerca de sí mismo como ser dominador, es decir, como voluntad creadora de valores, por lo que unos hombres se dejan dominar por otros; y aun más, por lo que aquellos mismos que dominan quedan esclavizados por las propias valoraciones mediante las cuales imponen su dominación. El devenir de la humanidad es sinónimo para Zaratustra de un devenir esclavo universal, donde mansas ovejas son conducidas por fanáticos pastores que ignoran hasta qué punto son ellos mismos víctimas de los engaños con los que ejercen su maestría. No debe llevarnos esto a la imbécil suposición de que, en la larga noche de nuestra historia todos los gatos son pardos; en realidad, para Nietzsche no hay maestros. Al contrario, desde el sacerdote judío al político dialéctico, la maestría y la dominación de unos hombres sobre otros ha podido ejercerse, cada vez más sutilmente, gracias al inestimable manto de la moral.

La paradójica manera con que el sacerdote judío ejerce su maestría, nos proporciona un modelo muy válido de comprensión para las relaciones entre la moral y la voluntad del poder tal como Nietzsche las entiende. El sacerdote para imponer sobre los demás sus tablas de la ley necesita recurrir a una serie de mentiras ideales —Dios, la salvación del alma, etc.—, que le niegan a él mismo como legislador. ¿Hasta qué punto queda el legislador atrapado en las redes de la propia mentira que le permite le-

¹ M. Foucault: *Nietzsche, la genealogía, la historia en Microfísica del poder* Ed. La Piqueta, Madrid 1978, p. 17.

gislar, hasta qué punto se beneficia de ella? Estos dos aspectos son difícilmente separables en Nietzsche. Como podemos constatar en el capítulo «De los sacerdotes» (pág. 106), Zaratustra contempla al pastor como uncido por el propio yugo que ha forjado para ejercer su maestría. Pero si bien es cierto que ingenuamente se deja engañar por sus propios engaños, no lo es menos el hecho de que en esta ingenuidad reside, inconscientemente, su más hábil astucia para hacerse con el poder. ¿En efecto, para imponer contra el mundo entero como mandato universal las ficticias valoraciones de su voluntad, ávida de poder, cabe imaginar medio más ingenioso que el dejarse engañar a sí mismo por ellas, ocultando su verdadera procedencia? Sin embargo, a pesar de que la técnica sacerdotal da testimonio de un ingenio al que el propio Nietzsche rinde homenaje en numerosas ocasiones, jamás cesará de denunciar que la voluntad de poder sólo se manifiesta aquí en su aspecto negativo. La moral constituye la expresión de una voluntad débil que no llega a afirmarse sino oblicuamente, por la mediación de una serie de negatividades ideales que enmascaran su verdadero ser. En la moral la voluntad de poder sólo se manifiesta en el modo corrompido de la alienación: se afirma para negarse y se niega para afirmarse. Pero paradójicamente esta voluntad, demasiado débil para atreverse a reconocer abiertamente su propio poder, se ha enseñoreado de nuestra historia y la recorre triunfalmente de un extremo a otro.

Sin embargo la modernidad ha asistido a un acontecimiento excepcional: la muerte de Dios. Dios era el dispensador de sentido para el mundo. Gracias a él nuestros códigos morales, nuestras instituciones políticas, nuestras leyes, y hasta nuestro conocimiento, se convertían en algo más que nosotros. Sin el respaldo de su autoridad, como guardián de la eternidad de los valores, estos no hubieran pasado de ser meras convenciones humanas, indignas de un reconocimiento obligatorio. Pero ¿si Dios ha muerto —se pregunta Nietzsche— cómo es que los hombres continúan arrastrando esa bovina tranquilidad de alma, si ya no hay pastor cómo es que no se ha disgregado el rebaño? Sin Dios la vida tendría que haberse tornado inimaginable y sin embargo... ¿Será acaso la muerte de Dios una falsa alarma? No se trata de eso exac-

tamente: ni la muerte del viejo Dios ya agonizante desde el Renacimiento es falsa, ni los hombres —y esto no cesará Nietzsche de denunciarlo como algo lamentablemente significativo— se alarmaron demasiado por ella. Al contrario, pronto, demasiado pronto, sin que apenas se dejara sentir algún que otro estremecimiento, los librepensadores de la época ilustrada, sus sucesores dialécticos poco más tarde, aunaron sus voces para celebrar la muerte del viejo Dios como el gran acontecimiento emancipador de la humanidad. Esta ya no necesita, ni tampoco su moral se lo permite, la ficción de un Padre Todopoderoso que la guíe por la senda del bien hacia el paraíso prometido en el más allá. Ahora la razón se basa a sí misma para secretar sus propios valores, mundanos, que ya no supramundanos. Gracias a ella la humanidad progresa indefectiblemente hacia el triunfo definitivo de la verdad, la justicia y la fraternidad universales, es decir, hacia el reino moral absoluto. La razón todopoderosa ocupará así con pleno derecho el trono vacante del viejo Dios desposeído. En realidad asume tan a la perfección sus funciones: garantizar el orden, la confianza en las instituciones, las ciencias, las leyes y las autoridades, asegurar la cohesión del rebaño humano, procurándole el sentimiento de hallarse guiado providencialmente, como siempre, que se diría que la razón es el mismísimo Dios encarnado... Hegel no tardará en confirmarlo: el autodespliegue progresivo de la razón en la historia, nos permite comprender hoy, no ya como acontecimiento fortuito, ni como milagro misteriosamente acaecido, sino como lo que es, es decir como la objetivación estrictamente necesaria del logos, lo que el cristiano sólo supo atisbar de manera imaginaria: el misterio del Dios hecho hombre. Feuerbach dará un paso más: ya no es Dios quien se hace hombre sino el hombre quien se hace Dios; sólo esto constituye la verdadera emancipación de la humanidad, la reapropiación de lo divino como su propio bien y su propia esencia. Pero en realidad, después de tan alambicado intercambio de papeles, ¿ha cambiado algo quien realmente tenía que cambiar? Más bien semeja que, a pesar de tantas sustituciones, «el que es hombre no ha cambiado; el hombre reactivo, el esclavo, que no deja de ser esclavo por presentarse como Dios, siempre el esclavo máquina de fabricar lo divino. Lo que es Dios tampoco ha cambiado: siem-

pre lo divino, siempre el Ser Supremo, máquina de fabricar esclavos»¹.

Muerto el Dios cristiano, la máquina infernal del sacerdote continúa pues sin interrupción su funcionamiento, manejada ahora por manos más sutiles, expertas en toda suerte de prestidigitaciones dialécticas. Ciertamente después de la muerte de Dios, el dogma cristiano como tal desaparece, pero no sus consecuencias: el ilusionismo moral por él posibilitado encuentra ahora otros medios de subsistencia. Hace mucho tiempo que Dios ha muerto y sin embargo el hombre continúa obedeciendo imperativos ajenos y arrastrando una existencia esclava encadenada a sus propias ilusiones. Víctima de la ilusión de la razón, respaldo del orden universal, imaginó que obedecer únicamente a su propia ley significaba querer también únicamente lo que todos quieren, su misma vida gregaria y acomodaticia, apoltronada en valores blándamente ilustrados. Y así, desde el imperativo categórico kantiano, y su misteriosa coincidencia entre la conciencia individual y la razón universal, asistimos al triunfo del Estado de la razón construido por Hegel, hasta que finalmente la razón de Estado ocupe el trono vacante del viejo Dios justiciero. Pero el Estado como todos los ídolos miente, miente fríamente como corresponde a un monstruo moderno y ésta es la fría mentira que se desliza de su boca: «Yo, el Estado, soy el pueblo»².

Las reapropiaciones asumidas por los dialécticos como único horizonte de salvación, son para Nietzsche tan sólo una forma más sutil de extrañamiento de nuestra voluntad creadora. Así pues, ya sea bajo forma religiosa o laica, la moral convierte al hombre en un ser manso, dócil e impotente, no sólo porque eleva al rango de virtud suprema estos rasgos de decadencia³; sino sobre todo porque al ocultar tras el manto de las ficciones metafísicas —y por metafísica no entiende Nietzsche solamente la creencia en un más allá de la phisis, sino en cualquier principio último, verdadero o absoluto— la auténtica procedencia de los valores que no es otra que la voluntad de poder, le conduce al ol-

¹ G. Deleuze: «Nietzsche y la filosofía» Ed. Anagrama, Barcelona 1971, p. 233.

² (Zaratustra «Del nuevo ídolo» (pág. 50)).

³ Véase Zaratustra «De la virtud que humilla» (pág. 174).

vido de su poder creador. Y naturalmente quien es incapaz de darse sus propios valores, asimila los ajenos y se convierte necesariamente en su víctima.

La verdadera liberación sólo tendrá lugar según Nietzsche cuando el hombre recupere la conciencia de su voluntad creadora, cuando se sepa a sí mismo como el único artífice de sus valoraciones¹. Esto es lo que designó con el nombre de transvaloración. Esta consiste pues en un salto cualitativo: de la voluntad de poder que se niega a sí misma tras el manto de la moral para mejor ejercer la maestría —técnica ésta que del sacerdote judío al político dialéctico atraviesa nuestra larga historia, que por eso mismo es la historia del nihilismo y de la negación— a la voluntad de poder afirmativa, la cual, en virtud de su propia esencia, se sitúa necesariamente en un terreno extramoral. Nunca se insistirá lo bastante en la importancia decisiva que éste salto cualitativo tiene para el correcto entendimiento de la teoría nietzscheana de la voluntad de poder. Todo el peligroso malentendido político acerca de ella, según el cual ésta justificaría cualquier forma de poder establecido, malentendido éste imputable no sólo a los amigos fascistas de Nietzsche sino también a sus detractores marxistas, reposa sobre una sospechosa confusión ella misma de origen político. Y es que la voluntad de poder sólo equivale a la ambición de poder cuando se manifiesta en el modo corrompido de la alienación, pero ésta representa para Nietzsche precisamente esa cara negativa de la voluntad que es necesario transvalorar. El análisis de la técnica sacerdotal y la del político dialéctico nos ha permitido comprender que sólo la voluntad que se niega a sí misma por el procedimiento del ilusionismo metafísico-moral puede realmente ejercer la maestría presentando sus valoraciones como absolutas. Es evidente entonces que en la voluntad transvalorada, en aquella que afirma orgullosamente su propia perspectiva, tales valoraciones jamás podrán imponerse sobre los demás como mandatos universales.

Por otro lado son abundantísimos los textos², en los que Za-

¹ Véase Zaratustra «De los virtuosos» (pág. 109) y «De las islas bien aventuradas» (pág. 79).

² Véase por ejemplo Zaratustra «Del nuevo ídolo» (pág. 72), II «De los sabios famosos» (pág. 117), «De la chusma» (pág. 90), III.

ratustra representa la dominación de los que ejercen el mando o la aspiración a ejercerlo, como una variante de la servidumbre universal, en la que todos amos y esclavos nos encontramos atrapados. Alcanzar los valores establecidos, el dinero, el poder, etc., no es dominar en el sentido nietzscheano de la palabra sino someterse a los valores dominantes. Es la idea del poder que se hace el esclavo, impotente para crear sus propios valores. Conviene pues, ante todo, aclarar los equívocos generados por los términos «fuerte», «débil», «señor», «esclavo»: en el lenguaje nietzscheano estos reciben un sentido completamente diferente al habitual; para Nietzsche nuestros señores, ya se trate del mercachifle capitalista o del verdugo nazi, son esclavos que han triunfado en un devenir esclavo universal. Esto nos permite explicar la paradójica afirmación de Nietzsche acerca de la victoria histórica de los débiles sobre los fuertes. ¿Cómo es posible este triunfo? En verdad los débiles, los esclavos, no han triunfado por la suma de sus fuerzas, sino por la sustracción de la del otro. A través de la moral que oculta la verdadera procedencia de los valores, han separado al fuerte de lo que realmente puede, sustrayéndole su capacidad creadora y reduciéndole así a la impotencia y a la sumisión instrumental.

La razón última del inmoralismo de Zarathustra no es otra que la de devolver al hombre la conciencia de su voluntad creadora para que pueda ejercer siempre una soberana resistencia contra toda valoración que pretendiéndose absoluta se convierta así en una nueva forma de maestría.

Se comprende entonces que la enemistad de Nietzsche con el socialismo nada tiene que ver con una justificación de los poderes establecidos, ni con una apología del irracionalismo fascista, tal como a partir de Lukács se viene pretendiendo. Lo que Nietzsche reprocha al socialismo no es su irrupción contra las instituciones burguesas sino el modo en como ésta se opera. La crítica del marxismo se sigue realizando en nombre de los valores metafísicos tomados directamente de la moral cristiana, por ejemplo en nombre de la igualdad y de la justicia. Pero con ello el socialismo permanece dentro de esa tradición del ilusionismo metafísico-moral que está en la raíz de toda forma de maestría y hace completamente imposible la superación del nihilismo. Mientras

el hombre se desconozca a sí mismo como ser creador siempre estará dispuesto a someterse a los valores ajenos y será presa de ese ardid que consiste en disfrazarse de siervo para mejor ejercer la dominación. El fracaso del socialismo real, que desgraciadamente tenemos hoy ocasión de comprobar, parece confirmar los recelos que tan proféticamente manifestara Nietzsche a propósito de las posibilidades emancipatorias de este movimiento.

Es por esto por lo que Zaratustra sigue una política inversa a la de todos los políticos dialécticos, herederos de la pedagogía de la decadencia inaugurada por el cristianismo: no disimular el poder ni tratar de negarlo, ni siquiera criticarlo de modo explícito, sino, al contrario, exaltar sus rasgos, recordar una y otra vez el verdadero lugar de emergencia de los valores, ponderar incluso la violencia de los que dominan¹, porque descubrir su juego es también simultáneamente proporcionar las armas para combatirlo. Si las valoraciones son el producto de la voluntad de poder, esto es de un determinado grupo de fuerzas o intereses, se desprenden dos cosas: en primer lugar que son indignas de un reconocimiento obligatorio y en segundo que puesto que el hombre es el único artífice de sus valores, unas contravaloraciones pueden erigirse frente a aquellas que implantan la dominación, de modo que se haga violencia a la violencia, y así permanentemente pues ninguna valoración es en sí misma universal o absoluta.

Desde luego es fácil espigar unas cuantas citas de las muchas en las que Zaratustra exalta el poder y la fuerza, o por el contrario de aquellas otras, en las que la crítica a los más solemnes valores alcanza cotas de corrosión difícilmente superables, y confeccionar con estos retales un traje a medida del carnicero nazi o del santo anarquista. Pero no se ha tratado aquí ni de lo uno ni de lo otro, ni tampoco de despachar fácilmente su pensamiento, según es costumbre, como una filosofía de brillante incoherencia, viniendo a declararla por esta vía poco menos que ininteligible, sino de aclarar el por qué del aspecto necesariamente contradictorio de ese proyecto de liberación del hombre que Zaratustra concibió como la única, la verdadera tarea política.

Es este un proyecto mucho más amplio de lo que cualquier po-

¹ Véase Zaratustra «De la victoria sobre sí mismo» (pág. 127).

lítica al uso pueda suponer; en realidad, la gran política es, en cierto sentido, un quehacer esencialmente antipolítico, aunque desde luego no apolítico. Si nos ceñimos al sentido usual del término, la escritura de Zaratustra, orgullosamente inactual, es por esencia antipolítica. La palabra altiva del solitario Zaratustra no desciende jamás a la jerga de nuestros chismorreos políticos. El concepto —política— implica en Nietzsche una nueva definición que lo hace irreductible tanto a las formas burguesas como a las marxistas. No es una instancia específica situada al lado de otras psicológicas, éticas, científicas, sino el modo de funcionamiento interno de cada una de ellas. «La política —señala Larruelle— es un Continente: he aquí la buena nueva de Nietzsche: es coextensiva transversalmente, a las prácticas o los aparatos (políticos o no) definidos al modo marxista como específicos.» No es con mayor razón una práctica específica manejada por los profesionales de la libertad y de la justicia. Nietzsche siente un olímpico desprecio por la política, escupe sobre ella. Sin duda hubiera corroborado plenamente la afirmación de Valéry acerca de que ésta era el arte de impedir que la gente se dedicara a los problemas que realmente le preocupan. La gran política de Zaratustra nada tiene que ver con la política de los políticos, se sitúa en el polo justamente inverso a ella. Políticas ha habido muchas, pero por diferentes que sean sus presupuestos todas coinciden en un punto: «siempre una política por delegación y derivación, siempre una política por y para el Maestro¹». La gran política de Zaratustra invierte el punto de vista tradicional sobre el poder: ya no el poder del maestro sino el poder del rebelde contra la maestría. Ahora bien, como hemos visto, lo que posibilita esta rebelión no es otra cosa que el autorreconocimiento de nuestra voluntad de poder como el auténtico lugar de emergencia de nuestros valores, eso que Nietzsche designó con el nombre de transvaloración².

Sólo entonces el hombre se hace verdadero «señor» de su destino, sólo entonces deja de ser esclavo de sí mismo o de los demás para convertirse en verdad en algo más que hombre. Si lo

¹ F. Larruelle: *Nietzsche contre Heidegger*. Ed. Payot París, 1977.

² Sobre la relación entre la gran política y la transvaloración véase «Por qué soy un destino» en *Ecce Homo* Alianza, ed. Madrid 1978, págs.: 123-124.

propio del hombre es dejarse esclavizar por las propias valoraciones a fin de esclavizar al resto de la humanidad, el superhombre en quien la voluntad de poder se conoce a sí misma se rebela contra toda norma que trate de imponérsele desde fuera, para conquistar una libertad creadora que no conoce otra forma de obediencia que la que su voluntad se impone a sí misma. No se trata de que Nietzsche piense abolir de una vez por todas la maestría y restituirla por una especie de deseo espontáneo, y menos aún por una energía natural y no mediatizada. Nietzsche sabe que el poder reactivo, es decir aquel que se oculta a sí mismo para mejor ejercer la dominación, no falta nunca; pero frente a éste, es su deseo que otro tipo de poder, aquel que se afirma abiertamente a sí mismo, pueda ejercerse de manera activa y permanente contra toda afirmación de poder establecido.

Así pues el superhombre es aquel que no sólo conoce la muerte de Dios, es decir la ausencia de toda normatividad absoluta, sino que logra extraer de ella un impulso inaudito para su aventura creadora que por lo mismo habrá de ser plenamente destructora. Sin embargo éste es un riesgo difícil de asumir. Muchos prefieren seguir engañados con la idea de que existen valores absolutos, buscando sustitutos del viejo Dios. Representan el nihilismo reactivo. Otros, más veraces, acaban por reconocer la ausencia de todo fundamento absoluto para los valores, pero esto les priva de todo estímulo para la creación. Entonces sobreviene el gran cansancio, el del nihilista pasivo, que recorre el mundo con una mirada desencantada sin encontrar ningún ideal que le parezca digno de movilizar sus energías. Es el último hombre, la imagen de nuestra vida moderna, de una vida que no quiere nada, que a nada se atreve ya. Pero más allá del nihilista pasivo, que contempla nostálgicamente cómo se desvanecen ante sus ojos los más preciados valores, está el nihilista activo. Este ha dejado de apreciar el valor de unos valores que han hecho del hombre creador un manso animal de rebaño y los destruye violentamente. Es «el hombre que quiere perecer» lo contrario de «el último hombre», el gran despreciador que se hunde en su propio ocaso, pues es ya flecha del anhelo hacia la otra orilla¹.

¹ Véase Zaratustra. Prólogo 4. (pág. 42).

Este es el punto decisivo de la filosofía dionisiaca; el instante supremo en que la negación se niega a sí misma y se transmuta en afirmación de la voluntad. Ya no una voluntad que se niega a sí misma en nombre de unos ficticios valores superiores, sino una negación de los valores que niegan la voluntad creadora para pasar a otros que afirman abiertamente el elemento del que proceden. El nihilismo pulsado a su extremo, como toma de conciencia de la radical irrelevancia de nuestras valoraciones sería superado entonces desde el nihilismo mismo. El hombre débil, incapaz de querer otra cosa que no sea su propio anonadamiento se transfigura en superhombre, es decir, en aquel que lejos de decepcionarse por la lúcida comprensión del origen forzosamente perspectivo de sus valores, lo exhibe sin temor, quebrantando toda norma que aspire a solificarse como absoluta.

En este sentido la afirmación suprema de la voluntad de poder que caracteriza al superhombre, implica también necesariamente la adhesión incondicional a ese círculo de la existencia que habrá de tornar eternamente como un devenir que no conoce el disgusto ni el cansancio.

Con esto nos enfrentamos a la intuición más abismal de Zaratustra, la doctrina del eterno retorno, que ocupa la parte tercera y central de esta obra. En ella culminan los temas hasta ahora expuestos. La posibilidad del superhombre depende, como hemos visto, de la muerte de Dios, tema abordado en el libro I. Pero este acontecimiento no basta por sí solo para la auténtica emancipación del hombre, al contrario, puede hundirle en el nihilismo más desesperanzado. Para remontarlo es preciso que alcance el conocimiento de sí como voluntad creadora —tal es el objeto del libro II— y se atreva a afirmarlo abiertamente. Ahora bien ¿cuál es la prueba de que esta suprema afirmación de la voluntad de poder es aceptada hasta sus últimas consecuencias? No es otra que la del eterno retorno, el gran pensamiento de la selección; pues sólo de aquella voluntad que quiere la eterna repetición de su querer, de aquella que es voluntad de voluntad, puede decirse que realmente se quiere a sí misma; y a su vez sólo de quienes son capaces de vivir jubilosamente ese ciclo eterno de creación-destrucción, que supone el eterno retorno, puede afirmarse que han pronunciado un sí abierto, franco, y sin restricció-

nes a su voluntad creadora. En este sentido la doctrina del eterno retorno, lejos de contradecirse con la teoría de la voluntad de poder, como algunos autores han pretendido, es inseparable de ella. Podría decirse que constituye su metáfora. Sin embargo este género de interpretaciones no son del todo gratuitas. Se apoyan en una determinada concepción del eterno retorno propiciada por el propio Nietzsche. Baeumler justifica la incompatibilidad de ambas teorías de la manera siguiente: la voluntad de poder, en cuanto energía incesantemente creadora, es devenir; por el contrario el eterno retorno, en cuanto retorno de lo idéntico, niega el devenir, supone en definitiva el ser como estabilidad. De ahí el que ambas doctrinas se excluyan mutuamente.

Ahora bien, ¿el eterno retorno a lo idéntico significa realmente que es lo mismo lo que vuelve? El capítulo «La visión y el enigma» pág. 164 (libro III) nos ofrece la primera expresión simbólica del eterno retorno. Zaratustra confía su más extraña visión a los audaces indagadores y buscadores que no temen aventurarse en mares terribles. En una ocasión, ascendía él por una montaña y sobre sus hombros estaba sentado su enemigo capital, el espíritu de la pesadez, que tiraba de él hacia abajo. El camino ascendente simboliza la senda de la voluntad creadora que continuamente edifica por encima de sí misma. Sin embargo el espíritu de la pesadez, el propio demonio que Zaratustra lleva dentro, le susurra burlonamente: «¡Oh Zaratustra, tú piedra de la sabiduría! ¡Te has arrojado a ti mismo hacia arriba, más toda piedra arrojada tiene que caer!» Esto significa: todos los proyectos que trazamos son caducos, apenas alcanzados tienen que volver a hundirse, pues el tiempo infinito devora con apetencia insaciable lo que el hombre construye. Este pensamiento produce un efecto paralizador sobre nuestra voluntad. El conocimiento de la infinitud del tiempo rebela que todo sentido es un sin sentido, que todo riesgo es inútil, por tanto, ¿para qué crear valores nuevos?, ¿no será mejor soportar pacientemente el peso de los que ya hay? Pero en contra del pensamiento paralizador del enano Zaratustra invoca el valor que mata todo desaliento: «¿Era esto la vida? ¡Bien!, ¡Otra vez!» Al espíritu de la pesadez que representa el nihilismo, la anulación de la voluntad, Zaratustra opone pues la voluntad de voluntad, el querer que goza de sí mismo en su juego

eternamente creador y eternamente destructor. Entonces el enano salta de su hombro y Zaratustra queda redimido del demonio que lo atormentaba. Comienza a continuación un diálogo entre ambos acerca del tiempo, donde el enano enuncia de manera correcta pero a la vez demasiado simple la doctrina del eterno retorno: «Todas las cosas derechas mienten... Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo.»

Efectivamente en oposición a toda concepción lineal del tiempo, Nietzsche pretende rescatar la inocencia del devenir, liberándole de toda meta, de todo fin que le hipoteque a un estado terminal. Desde Platón y el cristianismo hasta la dialéctica, el devenir ha sido considerado como sinónimo de imperfección e insatisfacción. Nuestra inmanencia nos parece indigna de ser vivida por sí misma y por eso la sacrificamos en aras de la trascendencia. Frente a esta desvalorización de la existencia Zaratustra exalta el sentido de la tierra. Es preciso rescatar la eternidad para la inmanencia, reinstaurándola en el corazón del tiempo, tal es el sentido de la doctrina del eterno retorno. En el eterno retorno el ser se dice únicamente como devenir, ya que éste sólo puede ser en la medida en que vuelva una y otra vez sobre sí mismo.

Pero no conviene tomar este asunto a la ligera. Esto es lo que Zaratustra reprocha al enano. Las consecuencias que de la doctrina del eterno retorno pueden derivarse son extremadamente graves: «Si detrás del ahora yace una eternidad entonces... ¿Cada una de las cosas que pueden ocurrir, no tendrá que haber ocurrido, haber sido hecha, haber transcurrido ya alguna vez?» En otras palabras, si existe un pasado infinito, entonces nada puede faltar en él y por tanto ¿todo lo que puede suceder en el futuro, no debe estar ya contenido en el pasado? La cuestión que Zaratustra plantea al enano es pues la del eterno retorno como retorno de lo idéntico. Pero no hay que pasar por alto los puntos de interrogación; Zaratustra no afirma, pregunta. Y he aquí, que cuando se hallaba sumido en estos interrogativos pensamientos, escuchó el grito de un pastor que se retorció convulso, ahogándose con una pesada serpiente negra que había penetrado por su boca. La serpiente que se desliza como un asco que nos ahoga, simboliza el eterno retorno de lo idéntico. Con mayor crudeza que lo hacía antes el espíritu de la pesadez, la idea de que todo vuelve

y vuelve a lo mismo se opone ahora a nuestra voluntad creadora. Contra la fatalidad del destino nada puede hacerse, sería absolutamente estéril rebelarse contra ella. Pero esto sólo parece ser así: Zaratustra le grita al pastor que muerda la cabeza del ofidio que se desliza por su garganta. El pastor así lo hace y entonces se transfigura: «ya no pastor, ya no hombre, un transfigurado, un iluminado que reía». Es la risa del superhombre que ha conseguido resolver el enigma del eterno retorno, de manera tal que logra extraer de él un fuerte impulso para su aventura creadora. La dentellada incisiva del pastor simboliza pues una interpretación nueva del eterno retorno, que transfigura la existencia convirtiendo toda pesadez en ligereza, en la sobrehumana ligereza de la risa.

Como decíamos al principio, Zaratustra desafía a los hombres proponiéndoles enigmas que se dejan adivinar de muy diferentes maneras. Ante el enigma del eterno retorno caben dos interpretaciones antitéticas, en las cuales se juega nuestra actitud ante la vida, su rechazo nihilista o su afirmación trágica. La segunda corresponde al superhombre, la primera es la versión humana, demasiado humana, del fatalismo pasivo tradicional. Es la vieja idea del eterno retorno «como un ciclo, en el que todo vuelve, en el que lo mismo vuelve y vuelve a lo mismo»¹. Esta idea sustrae toda nuestra fuerza creadora condenándonos a una aceptación servil de lo real, a una estoica resignación ante la necesidad. Si nos atenemos a ella el camino hacia el superhombre se convierte en una quimera absurda. Lejos de afirmarse en su poder creador, nuestra voluntad, como reconoció Schopenhauer, el maestro de Nietzsche, acabará por no querer otra cosa que la renuncia a su propio querer, para prevenirse así, de los sufrimientos que se derivarían de su deseo siempre insatisfecho. Pero quizás estas interpretaciones del eterno retorno, no sean más que síntomas de esa voluntad nihilista que Zaratustra se propuso transvalorar.

En el capítulo «El convaleciente» (pág. 222) (libro III), Zaratustra enferma ante esta idea del ciclo como eterna repetición de

¹ G. Deleuze: *Spinoza, Kant, Nietzsche* Ed. Labor 1974, pág. 229.

lo mismo, pero no es él quien expone esta hipótesis, sino sus animales a los que Zaratustra reprocha, precisamente, el haber convertido su enigmática revelación en una vulgar cantinela. El eterno retorno de lo idéntico es sólo una hipótesis a la vez vanal y aterradora. Vanal, porque se reduce a una fórmula demasiado conocida, aterradora, porque el destino del hombre se parecería entonces al de Sísifo, condenado por los dioses a empujar eternamente en los infiernos una misma roca que vuelve a caer. Se cumpliría entonces lo que el adivino de la gran fatiga había profetizado: «Todo es igual, nada merece la pena, el saber estrangula.» Ahora bien, ¿es este saber acerca del tiempo el único posible? Todo parece indicar que la vivencia del eterno retorno por los animales no es la misma que la de Zaratustra. Eugen Fink ha sabido precisar con agudeza esta diferencia crucial: «El camino del tiempo está visto por los animales como camino de las cosas en el tiempo.» Pero cabe otra actitud: trazar metas y proyectos a sabiendas de que lo que se repite no son las cosas mismas, sino el tiempo en el que éstas surgen. En realidad la idea de la repetición de lo idéntico presupone en cierto sentido, un esquema rectilíneo del tiempo, donde se da primero el modelo originario, al modo platónico y después su exacta duplicación. Pero si el eterno retorno liquida las divisiones entre pasado, presente y futuro y si por otra parte tomamos en cuenta el feroz antiplatonismo de Nietzsche, es obvio que el carácter de repetibilidad no puede formarse en el curso del tiempo por repeticiones de un proceso primigenio sino que «es, antes bien, la esencia oculta y encubierta del curso mismo del tiempo. O dicho de otra manera, la repetición no surge en el tiempo sino que es el tiempo»¹. Es decir: no es lo mismo lo que vuelve en el tiempo, sino que el volver es la esencia misma del tiempo.

Ahora bien, no podemos proseguir la interpretación de Fink, cuando desde un ángulo muy distinto a los anteriores, opone no obstante también la voluntad de poder al eterno retorno. Aquí la contradicción se señala justamente desde el polo inverso. La voluntad de poder, en tanto energía creadora de valores que aspiran a solidificarse, sería el principio de la limitación y se opon-

¹ E. Fink: *La filosofía de Nietzsche* Alianza Ed. 1976, pág. 117.

dría, por esto, al eterno retorno como flujo infinito e ilimitado, que destruye todas las configuraciones finitas edificadas por nuestra voluntad sobre el río del devenir. Esta rivalidad subrayada por Fink sólo es cierta en el caso de una voluntad negativa, es decir, de aquella que renunciando a su poder de creación, ansía descansar en los valores ya establecidos. Pero la voluntad transvalorada es una con el eterno retorno, es voluntad de voluntad, y por tanto, no aspira a construir valores eternos sino a la repetición infinita de su querer, destruyendo todas aquellas normas que pongan freno al incesante juego de su creación. La transfiguración del hombre en niño, anunciada por Zaratustra al comienzo de la obra, recibe su acabado cumplimiento en esa sobrehumana afirmación de la voluntad que se quiere eternamente a sí misma en el juego de la diferencia creadora. Lo que se repite en el eterno retorno no es pues lo mismo, sino el juego creador que se abre permanentemente a lo otro. Sólo el crear se repite, más no lo que es creado por él. En el eterno retorno la repetición se juega en la diferencia y la diferencia se juega en la repetición.

Ahora bien, esto no significa exactamente como pretende Deleuze, en frontal oposición a las versiones fatalistas, que la repetición del eterno retorno sea una repetición salvífica, repetición que selecciona lo bueno, lo afirmativo, para hacerlo volver, mientras criba lo malo. El concepto de salvación, de sospechosa filiación cristo-marxista, a pesar de que Deleuze se esfuerce en mostrar lo contrario, resulta por completo extraño a la filosofía de Nietzsche, guiada, como se sabe, por el pathos de la tragedia. En realidad, tanto la interpretación fatalista tradicional como la lectura deleuziana del eterno retorno, desvirtúan la relevancia que la experiencia trágica alcanza en la obra de Nietzsche. En el primer caso, una estoica resignación ante el curso de los acontecimientos y no una incansable belicosidad frente a ellos es la actitud que cabe esperar de un saber acerca del tiempo, en el que el futuro no es otra cosa que la repetición fatalmente idéntica del pasado. En el segundo, la intención expresa en marcar las diferencias de la concepción nietzscheana del eterno retorno respecto al tiempo cíclico de los mitos, hace que se desvirtúen los perfiles de ésta doctrina, hasta el punto de cambiar su silueta circu-

lar por la de una espiral selectiva¹, que a pesar de las innumerables matizaciones con que se presenta, no consigue disimular cierto parentesco con la clásica y optimista visión del progreso lineal y acumulativo. La insistencia de Deleuze en la alegría de la afirmación, aun cuando reconozca que siempre lleva aparejada el «no» sagrado del león, hace que nos olvidemos de que el dolor y el peso de lo reactivo no desaparecerán jamás. Zaratustra sabe muy bien que en todos nosotros habita también el alma del camello, dispuesta a soportar sobre su joroba la carga de los valores establecidos. Su enseñanza, en frontal oposición a la pedagogía de la decadencia, está encaminada a desvelar esa cara oculta de la voluntad plenamente afirmativa que se opone a nuestras resignaciones. Pero esto no significa que la debilidad, el cansancio, la propensión a obedecer, en suma, la voluntad negativa, desaparezcan sino únicamente, que hay otras fuerzas que pueden ejercer permanente resistencia contra aquéllas. Por eso, como dice muy bien Klossowski, el superhombre no es un individuo, sino un estado. Un estado en el que las fuerzas activas, afirmativas de la vida, dominan coyunturalmente sobre aquéllas otras que la niegan. El superhombre por tanto, no sólo no es una consecuencia ineluctable del progreso histórico, ni muchos menos aún de la evolución biológica, sino que ni siquiera es una identidad constituida de una vez por todas; se trata más bien de una constelación pulsional que permanentemente debe ser recreada, pues en su lucha contra las fuerzas reactivas se halla siempre amenazada por el triunfo de éstas.

En el cuarto y último libro de esta obra, se esboza precisamente la imagen del hombre reactivo, que se presenta como superior. Estos hombres superiores han asistido al gran acontecimiento de la muerte de Dios, pero no por ello han alcanzado su transmutación. El grito de socorro del hombre superior hace salir a Zaratustra al encuentro de estos hombres, que abandonados de Dios, tan pronto buscan reemplazarle deificándose a sí mis-

¹ Fernando Savater, en su crítica de la interpretación deleuziana del eterno retorno, ha apuntado muy certeramente esta imagen que aquí recojo; pero sólo para volver a la concepción cíclica tradicional, lo cual resulta bastante incongruente si se tiene en cuenta que, en cambio, su lectura de la voluntad de poder es plenamente deudora de la deleuziana. Véase *Conocer Nietzsche y su obra*, ed. Dopesa.

mos, como se lamentan de una existencia vacía en la que todo proyecto choca ahora con la nada. Y así, mientras recorre sus alpinos dominios, Zaratustra tropieza con distintas especies del hombre superior, a todos los cuales invita a ir a su caverna¹.

«El adivino»², es el anunciador de la gran fatiga, el profeta del nihilismo pasivo que se avecina tras la muerte de Dios. Este conocimiento estrangula todo proyecto, «ya nada merece la pena», «de nada sirve buscar», si encontrase un mar donde ahogarse... pero está demasiado cansado incluso para morir...

«El Papa jubilado» es el hombre que sabe que Dios ha muerto, sin embargo lo añora, en su tristeza sigue dependiendo de él. Pero del acontecimiento de la muerte de Dios no tiene por qué derivarse necesariamente la melancolía. «Cuando los dioses mueren, mueren siempre de muchas especies de muerte.» Esto alude a que el nihilismo, es decir la descreencia respecto a todas las normas pretendidamente absolutas, encierra sentidos diferentes. Uno de ellos, es el que se expone aquí mediante la réplica de Zaratustra al viejo Papa. Dios no ha muerto asfixiado por su compasión hacia el hombre como pretende el Papa jubilado, ha sido el hombre quien ha matado a Dios; su buen gusto, que para Zaratustra es sinónimo de veracidad, no soportaba por más tiempo esa mentira que la imposibilitaba hacerse dueño de su destino. El nihilismo, es aquí, un nihilismo activo, representa la autosuperación de la moral por veracidad.

En el capítulo siguiente «El más feo de los hombres» (pág. 266) aparece el segundo sentido de la muerte de Dios. Dios ha muerto por una venganza del hombre. El hombre no toleraba que Dios fuera testigo de su vida empobrecida, de su pequeño

¹ En esta ocasión, como en tantísimas otras a lo largo de esta obra, Nietzsche parodia las metáforas tradicionales para subvertir radicalmente su contenido. En el mito platónico, el filósofo, hasta entonces encadenado al submundo de las sombras engañosas de la caverna, consigue salir de ella para acceder al luminoso mundo de la verdad. Zaratustra, el veraz, ha destruido el mito de la verdad, e invita a todos los hombres superiores a entrar en su caverna. El hombre superior conoce la muerte de Dios, la ausencia de toda verdad o fundamento último para los valores. Pero sólo aquel que quiere la ilusión y el engaño como tales, sólo quien ha derribado el ídolo de la verdad universal, para afirmar abiertamente la propia perspectiva de su voluntad creadora, necesariamente falsa, accede al estado del superhombre.

² Véase libro «El grito angustioso» (pág. 245) y «El adivino» (pág. 145).

morir cotidiano, de ahí que ese máximo super indiscreto tuviese que morir. Ese asesinato está cometido desde el resentimiento y la voluntad de venganza. Por eso, el asesino de Dios, no es aquí el puente hacia el superhombre sino el más feo de todos los hombres. Representa el nihilismo reactivo que mata a Dios sólo para poner en su lugar ese ideal de felicidad propio del último hombre, que sacraliza los valores del confort técnico y del hedonismo vulgar.

«El hombre de la sanguijuela» desconfió de todas las tesis teológicas y metafísicas, quiere ser científico, exacto, objetivo, y se especializa en el estudio de la cosa más pequeña: «¿Entonces, tú eres acaso el conocedor de la sanguijuela? —preguntó Zaratustra—. Oh, Zaratustra... eso sería una enormidad. En lo que yo soy un maestro y un conocedor es en el cerebro de la sanguijuela «El hombre de la sanguijuela ha matado a Dios para reemplazarlo por la ciencia, sin darse cuenta que es víctima de un nuevo ídolo que también le chupa la vida. Es otra imagen de nuestra vida moderna donde el hombre se rebaja a convertirse en una especificidad utilizable al servicio de la totalidad gregaria, dominada por la fiebre de la eficacia y la productividad.

«La sombra» de Zaratustra es el espíritu libre y viajero que marcha valientemente de opinión en opinión, quebrantando todos los valores solidificados que encuentra a su paso. Su osadía en el conocimiento le lleva a enfrentarse con la más cruda verdad: «Nada es verdadero, todo está permitido.» Pero esta pérdida de fe en todos los valores absolutos, si no va acompañada de la autoafirmación de nuestra voluntad creadora, conduce inevitablemente al nihilismo más desesperanzado: «Demasiadas cosas se me han aclarado: Vivir como me plazca o no vivir en absoluto, nada me importa ya.» El peligro de la lucidez extrema, la sombra que amenaza al propio Zaratustra es el nihilismo. El viajero del conocimiento, es un apátrida, no tiene ningún fondo último en el que reposar y añora el cobijo de los viejos valores en los que ya no puede seguir creyendo: ¿«Dónde está mi hogar? Por él pregunto y busco y he buscado y no lo he encontrado. ¡Oh eterno estar en todas partes, oh eterno estar en ningún sitio, oh eterno en vano!» Pero Zaratustra sí tiene raíces, conoce el lugar del que brotan los valores, y su voluntad creadora reprendiendo a su

sombra, aleja de sí la tentación que le amenaza: «Tú eres mi sombra, dijo por fin con tristeza. A los errantes como tú, incluso una cárcel acaba pareciéndoles la bienaventuranza. ¡Ten cuidado de no caer al final, prisionero de una ilusión dura, rigurosa! A ti, en efecto, ahora te tienta y te seduce todo lo que es riguroso y sólido.»

Pero no sólo la sombra de Zaratustra, también el resto de los hombres superiores son en conjunto sombras tuyas, posibilidades de su alma, posibilidades que continuamente es necesario superar. Todos ellos representan también esa antífigura del superhombre, el hombre reactivo que habita en nosotros con el que permanentemente hemos de debatirnos.

La obra concluye de forma enigmática, pero esperanzadora. Zaratustra espera su signo y éste llega: el león riante y la bandada de palomas. Frente al hombre reactivo, pues, el símbolo de la vida ascendente; el león, o la alegre tarea demoledora del superhombre que aligera la vida; la bandada de palomas, o el hombre capaz de sobrevolar más allá de las fronteras separadoras del bien y del mal, la afirmación suprema de la voluntad creadora que quiere la eterna repetición de su crear.

Algunas cuestiones de estilo

Si es muy cierto que la cuestión del estilo nunca es una cuestión puramente formal —«se es artista a condición de considerar como contenido, como «la cosa misma», aquello que los no artistas llaman «forma»—¹, en el caso concreto de Nietzsche, el filósofo artista, esta unidad indisoluble fue sentida de modo infinitamente más vivo que en ningún otro pensador. En *Así hablaba Zaratustra* Nietzsche hace un uso estratégico de la metáfora poética que es de índole propiamente filosófica.

Al comienzo de estas páginas, nos referíamos al uso de la máscara como táctica para quebrantar el modelo de sabiduría dogmática. La utilización del lenguaje metafórico persigue idéntico objetivo. Hasta ahora, la filosofía y la ciencia rechazaban la me-

¹ Nietzsche, *La voluntad de poderío* & 813, ed. EDAF, Madrid 1981.

táfora relegándola al ámbito poético. La razón de ello estriba en que tanto una como otra querían hablar con «propiedad», demostrar una verdad universal y no tratar de seducir por el uso de brillantes imágenes. Desde muy pronto la filosofía quiso marcar las distancias con la poesía. Platón expulsa al poeta a los arrabales de la ciudad; el ideal de justicia que ha de reinar en ella es incompatible con aquel que hace del engaño su profesión. A partir de este momento el divorcio entre la filosofía y la poesía se perfila cada vez más como la oposición entre el rigor y la fantasía, la verdad y el engaño, la moralidad y la inmoralidad. A la primera corresponderá el lenguaje conceptual, a la segunda la metáfora. La génesis del concepto como garante de la verdad, se halla pues, estrechamente ligada a la moral. Esta última se sirve de la generalidad del concepto para garantizar su universalidad. De éste modo, todo un conjunto de valores ficticios, de metáforas que sirven a un sistema de intereses particulares de la voluntad de poder, consiguen hacerse pasar por verdaderas y hacerse respetar como tales. Son las mismas fuerzas que han rechazado la metáfora en provecho del concepto, las que han impuesto la moral del rebaño. El objetivo que persiguen es claro: disimular el carácter ficticio —metafórico— de cualquier valor bajo la apariencia neutral del concepto para imponer la «paz» y la domesticación. Al constreñir la metáfora dentro de límites bien precisos, la filosofía primero y la ciencia más tarde, ocultan que el lenguaje conceptual es en sí mismo metafórico; pues todo conocer, conlleva ya, según la hipótesis nietzscheana de la voluntad de poder, un falseamiento de la realidad, ya que ésta es interpretada desde la peculiar perspectiva de unas fuerzas determinadas. El hombre nos dice Nietzsche, en abierta oposición a la fórmula aristotélica, es un animal metafórico. Conocer equivale a simplificar la realidad, a idealizarla «artísticamente». El concepto consiste en la disimulación de esta actividad metafórica que es consustancial al hombre, por ello, es aún más metafórico, más falso, que la propia metáfora. El uso sistemático de la metáfora por parte de Zaratustra, el inmoralista, afirma abiertamente su perspectiva, y está destinado a recordarnos que ninguna verdad, tampoco la suya, tiene validez universal. Frente al lenguaje conceptual, que se disfraza tras el manto de la neutralidad para mejor ejercer la domi-

nación sobre el rebaño, la escritura metafórica es esencialmente aristocrática y antidogmática. Zaratustra no pretende erigirse en maestro del pueblo, no habla para todos, no busca discípulos, sino compañeros de viaje, gentes de su misma raza que le acompañen en su camino creador. La multiplicidad de metáforas que caracteriza al estilo formal de esta obra, no es otra cosa que la metáfora del contenido filosófico que en ella se encierra. Tras la muerte de Dios, queda suprimido todo centro absoluto de referencia. No habiendo ya ningún sentido fijo, puede Nietzsche utilizar muchas metáforas de la tradición e imprimirlas un sentido nuevo que las subvierte desde dentro. Naturalmente, escribir desplazando el sentido habitual de las metáforas, como un «loco», es correr el riesgo, más aún quererlo, de no ser comprendido por el rebaño. Este nuevo tipo de escritura aristocrática, exige, pues, un nuevo tipo de lector. Un lector dotado del arte de «rumiar», que deletree cada símbolo, cada coma, hasta que *su* sensibilidad quede herida por cada una de las palabras. La escritura artística de Nietzsche, señala Sarah Kofman, eleva la lectura a la categoría de un arte. Un arte de interpretación, pues no hay lectura sin comentario.

DOLORES CASTRILLO MIRAT

INDICE BIOGRAFICO Y BIBLIOGRAFICO

- 15 Octubre 1844 - Nacimiento de Nietzsche en la pequeña ciudad alemana de Röcken.
- 1849- Muerte de su padre (pastor protestante).
- 1858-64- Estudios secundarios en la Escuela de Pforta, donde recibe una sólida formación humanística. Influencia decisiva de su profesor Steinhart, el gran traductor de Platón. Comienza a leer a Schopenhauer.
- 1864- Estudiante de Teología y Filología clásica en la Universidad de Bonn.
- 1865- Estudios de Filología clásica con Ritschl en Leipzig. Publica sus primeros trabajos filológicos (*La Rivalidad de Homero y Hesiodo, Los Catálogos antiguos de las obras de Aristóteles*, etc.).
- 1868- Conoce a Ricardo Wagner.
- 1869- Nietzsche es nombrado Catedrático extraordinario de la Universidad de Basilea. Curso sobre «Homero y la filología clásica».
- 1870- Participa en la guerra franco-alemana como enfermero voluntario.
- 1871- Publica «El Nacimiento de la Tragedia en el espíritu de la música» que recibe fuertes críticas de los filólogos académicos.
- 1873-76- «Consideraciones intempestivas».
- 1878- Ruptura definitiva con Wagner. *Humano, demasiado humano*.
- 1879-80- «El viajero y su sombra». Abandona su cátedra de Basilea y toda labor docente. Su salud empeora de manera alarmante. A partir de ahora se retira a lugares apartados donde, en la soledad, se fraguarán sus más grandes obras.
- 1881- Estancia en Sils-María. «Aurora».
- 1882- Conoce en Roma a Lou Von Salompe, quien rechazará por dos veces su propuesta de matrimonio.
- 1882-84- Primeros proyectos de la «*Voluntad de Poderío*».
- 1883-84- *Así hablaba Zaratustra*.
- 1885-86- *Más allá del bien y del mal*.
- 1885-87- Nuevos proyectos de la «*Voluntad del Poderío*».
- 1887- *La Genealogía de la Moral*.
Correspondencia con el dramaturgo August Strindberg.
Comienza a leer a Dostoyevski.
- 1888- *El Caso Wagner. Nietzsche contra Wagner. Ditirambos Dionisiacos* (poemas). *El Crepúsculo de los ídolos. El Anticristo. Ecce Homo* (autobiografía).
Últimos proyectos de la *Voluntad del Poderío*.
- 1889- Es internado en una clínica de Basilea y más tarde trasladado a Jena con el diagnóstico de «reblandecimiento cerebral»: ¿sífilis? ¿megalomanía? ¿locura?
- 25 de Agosto de 1900 - Fallece en Weimar a la hora del mediodía.

PRIMERA PARTE

EL PRÓLOGO DE ZARATUSTRA

A PENAS llegó Zaratustra a los treinta años, dejó su patria y el lago de su patria y se refugió en la montaña. Durante diez años disfrutó allí, sin cansarse, de su espíritu y de su soledad. Hasta que al fin se transformó su corazón, y una mañana se levantó al iniciarse el alba, y plantándose frente al sol le habló así:

—¡Oh! ¿Cuál sería tu dicha si no tuvieras a quienes iluminas? Hace diez años que llegas hasta mi caverna y te hubieras cansado de tu luz y de tu camino si no me tuvieras a mí, a mi águila y a mi serpiente. Cada mañana te esperamos para beneficiarnos con tus pródigos rayos y bendecirte por ellos. Mas he aquí que me he hastiado de mi sabiduría, como la abeja que ha elaborado excesiva miel. Ahora necesito manos que se me tiendan. Quisiera dar y distribuir hasta que los sabios entre los hombres de nuevo estén gozosos de su locura, y los pobres, dichosos de su riqueza. Por eso debo descender yo a las profundidades como lo haces tú por la tarde cuando te hundes detrás de los mares para llevar tu luz al otro lado del mundo, ¡oh astro esplendoroso! Debo desaparecer como tú, acostarme, como dicen los hombres hacia los cuales quiero descender. ¡Bendíceme, ojo sereno, tú que puedes contemplar sin envidia hasta la dicha que no tiene

límites! ¡Mira esta copa que está ansiosa por vaciarse nuevamente! ¡Mira a Zaratustra que quiere recomenzar a ser hombre!

Y así se inició el descenso de Zaratustra.

2

CUANDO Zaratustra descendió de la montaña no encontró a nadie. Pero al llegar al bosque se alzó de pronto delante de él un anciano que había dejado sus austera choza para buscar raíces en la selva. Y el anciano habló así a Zaratustra:

—Este caminante no me es desconocido. Ha muchos años que pasó por aquí. Se llamaba Zaratustra; pero está muy cambiado. Entonces llevabas tu ceniza a la montaña. ¿Pretendes hoy llevar tu fuego al valle? ¿No temes al castigo que se da a los incendiarios? Sí; reconozco a Zaratustra. Límpida es su mirada y en su boca no se forma ningún pliegue de tedio. Camina como si danzase. Zaratustra se ha transformado. Zaratustra se ha hecho niño. Zaratustra se ha despertado. ¿Qué vas a hacer al lado de quienes duermen? Tú vivías en la soledad como el mar y el mar te sostenía. ¿Es que deseas tornar a la tierra, desdichado? ¡Infeliz de ti! ¿Es que de nuevo quieres arrastrar por ti mismo tu propio cuerpo?

Zaratustra respondió:

—Amo a los hombres.

Y el sabio replicó:

—¿Sabes, acaso, por qué he ido yo al bosque y a la soledad? ¡Fue porque amaba demasiado a los hombres! Ahora sólo amo a Dios. Ya no amo a los hombres. El hombre es para mí algo demasiado imperfecto. El amor del hombre me mataría.

—Yo no he hablado de amor. Sólo quiero hacer un regalo a los hombres—contestó Zaratustra.

—No les des nada—dijo el anciano—; más bien despójalos de cualquier cosa y ayúdalos a llevarla; ¡nada será mejor para ellos, a condición de que también sea beneficioso para ti! Y si quieres darles algo,

no les des más que una limosna, pero ¡nunca antes que te la pidan!

—No, yo no reparto limosnas. No soy lo bastante pobre para eso—exclamó Zaratustra.

Se rió de Zaratustra el santo y le dijo:

—Prueba, entonces, a hacerles aceptar tus tesoros. Ellos desconfían de los solitarios y no creen que venimos a dar. Resuenan extrañamente en sus oídos los pasos del hombre solitario a través de las calles. Y si en la noche, acostados en sus camas, escuchan los pasos de un caminante, se preguntan: «¿Dónde anda este ladrón?» ¡No vayas cerca de los hombres! ¡Quédate en el bosque! ¡Antes bien, regresa al lado de los animales! ¿Por qué no quieres ser como yo: oso entre los osos; pájaro entre los pájaros?

Zaratustra le preguntó:

—¿Y qué hace un santo en el bosque?

—Componer canciones y cantarlas—respondió el santo—. Cuando yo hago canciones río, lloro y murmuro; así es como alabo a Dios. Con las canciones, las lágrimas y las risas y los murmurios, doy gracias a Dios, que es mi Dios. En cambio, ¿qué presente nos traes tú?

Después de escuchar estas palabras del anciano, Zaratustra saludó al anciano y le expresó:

—¿Que qué tengo para daros? ¡Dejadme partir de prisa para que no os coja nada!

Y de esta manera fue cómo se separaron el uno del otro, el anciano y el joven, riéndose como se reirían dos niños.

Cuando de nuevo Zaratustra quedó solo, habló así a su corazón: «¡Será posible esto! ¡Este viejo santo no se ha enterado todavía en su bosque que Dios ha muerto!»

3

AL llegar Zaratustra a la ciudad vecina, lindante con el bosque, advirtió en la plaza a una gran multitud que se había reunido para ver actuar a un volatinero. Y Zaratustra habló al pueblo y le dijo:

—Yo os muestro al superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho vosotros para superarlo? Hasta hoy, todos los seres han creado algo por encima de ellos, y ¿queréis ser vosotros el reflujó de esta ola enorme prefiriendo retornar a la animalidad antes que superar al hombre? ¿Qué es el mono para el hombre? Un motivo de risa o una vergüenza dolorosa. Es esto mismo, lo que debe ser el hombre para el superhombre: un motivo de risa o una vergüenza dolorosa. Habéis trazado el camino que va desde el gusano hasta el hombre y queda en vosotros mucho de lombriz de tierra. Antes fuisteis monos y aún ahora tiene el hombre más de mono que un mono. El más sabio de entre vosotros no es más que una cosa disparatada; un híbrido, producto de una planta y un fantasma. Sin embargo, ¿os he hablado yo de transformaros en fantasma o en planta? ¡Helo aquí! ¡Yo os muestro al superhombre! El superhombre es el sentido de la tierra. Que vuestra voluntad diga: «Sea el superhombre el sentido de la tierra.» ¡Yo os exhorto, hermanos míos, a que permanezcáis fieles a la tierra y a que no deis crédito a los que os hablen de esperanzas ultraterrenas! Éstos, lo sepan o no, son envenenadores. Son los denigradores de la vida, los moribundos y envenenados, de los que la tierra está hastiada: ¡que se marchen, pues! En otro tiempo la blasfemia hacia Dios era la mayor de las blasfemias; pero Dios ha muerto y con él, sus blasfemadores. ¡Lo que hay ahora de más terrible es blasfemar de la tierra y apreciar en más las entrañas de lo impenetrable que el sentido de la tierra! El alma miraba antes con desdén al cuerpo y nada había superior a este desdén. Quería ella que él fuese enteco, repugnante y famélico. ¡De esa manera pretendía evadirse de él y de la tierra! ¡Y esta alma era, también, enteca, repugnante y famélica, y en la crueldad hallaba su voluptuosidad! Hermanos míos, decidme vosotros mismos: ¿qué anuncia vuestro cuerpo de vuestra alma? ¿No es acaso vuestra alma pobreza, inmundicia y vil descontento? Río impuro es el hombre, en verdad. Necesario es llegar a ser océano para poder recibir una corriente im-

pura sin mancharse. He aquí este océano: es el superhombre que yo os muestro. En él podéis desaguar vuestro gran desprecio. Es la hora del gran desprecio. ¿Puede ocurrirnos algo más sublime? Es la hora en que se torna en hastío vuestra propia felicidad, como vuestra razón y vuestra virtud. La hora en que decís: «¡Qué importa mi razón! ¿Está ávida de ciencia como el león lo está de alimento? Es pobreza, inmundicia y compasivo descontento de uno mismo.» La hora en que decís: «¡Qué importa mi felicidad! Es pobreza, inmundicia y compasivo descontento de uno mismo. Pero ¡mi felicidad debería legitimar la existencia!» La hora en que decís: «¡Qué importa mi virtud! ¡Hasta ahora no me ha hecho delirar! ¡Qué fatigado estoy de mi bien y de mi mal! Todo esto es pobreza, inmundicia y compasivo descontento de uno mismo.» La hora en que decís: «¡Qué importa mi justicia! No veo que sea yo carbón ardiente. ¡Mas el justo es carbón ardiente!» La hora en que decís: «¡Qué importa mi piedad! ¿No es la piedad la cruz en donde clavan al que ama a los hombres? Mi piedad no es una crucifixión.» ¿Habéis hablado ya de este modo? ¿Habéis gritado ya de este modo? ¡Ay! ¡Todavía no os he oído gritar así! Contra el cielo grita vuestra satisfacción, no vuestros pecados. Contra el cielo grita vuestra avaricia, aun dentro de vuestros pecados. ¿Dónde está el relámpago que os besaré con su lengua de luz? ¿Dónde está la locura que sería preciso inocularos? He aquí, yo os muestro al superhombre: ¡él es este relámpago; él es esta locura!

Así habló Zaratustra a la multitud. Y cuando que dó en silencio, uno entre el gentío exclamó:

—Ya hemos oído hablar bastante del volatinero. Ahora queremos verlo.

Y todo el pueblo se rió de Zaratustra, mientras el volatinero iniciaba su actuación.

A SOMBRADO miraba Zaratustra al pueblo. Luego le habló así:

—El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre; una cuerda tendida sobre el abismo. Es peligroso pasar al otro lado, peligroso permanecer en el camino, peligroso mirar hacia atrás; peligroso pararse y peligroso temblar. La grandeza del hombre está en ser un puente y no un fin; lo que hay en él digno de ser amado es el ser un tránsito y un crepúsculo. Amo a los que viven únicamente para desaparecer, porque pasan al más allá. Amo a los grandes despreciadores, porque son los que aman mejor; son flechas del deseo dirigidas hacia la otra orilla. Amo a los que no buscan tras de las estrellas una razón para perecer o para ofrecerse en holocausto; a los que se sacrifican a la tierra para que un día la tierra pertenezca al superhombre. Amo al que vive para conocer y que quiere conocer, a fin de que un día viva el superhombre, porque es así como él desea su propio renunciamiento. Amo al que ama su virtud; porque la virtud es una voluntad de renunciamiento y una flecha de deseo. Amo a quien no reserva para sí ninguna partícula de su espíritu, sino que quiere ser, todo él, el espíritu de su virtud; porque es así como, en espíritu, cruzará el puente. Amo a quien de su virtud hace su inclinación natural y su destino; porque de este modo querrá, a causa de su virtud, seguir viviendo y no subsistir. Amo a quien no quiere poseer demasiadas virtudes. Hay más virtud en una que en dos virtudes; es un nudo donde se sujeta al destino. Amo a quien derrocha su alma, al que no quiere aceptar ni agradecimiento ni restitución alguna, porque da siempre y no quiere guardarse. Amo a quien se avergüenza de ver caer los dados en su favor y que entonces pregunta: «¿Soy, acaso, un jugador de ventaja?», porque quiere perecer. Amo a quien arroja palabras de oro al encuentro de sus

obras y que tiene siempre más de lo que promete porque quiere su renunciamento. Amo a quien justifica a los del porvenir y que rescata a los del pasado, porque quiere que los de hoy le hagan perecer. Amo a quien corrige a su dios porque ama a su dios: porque quiere que la cólera de su dios le haga perecer. Amo a quien posee alma profunda aún en el tormento; a quien una pequeña aventura puede hacer perecer, porque así cruzará el presente sin vacilaciones. Amo a aquel cuya alma desborda hasta el punto de olvidarse de sí mismo y de que toda cosa sea en él; pues así toda cosa se transformará en su renunciamento. Amo a quien es libre de corazón y de espíritu; así su cabeza sólo servirá de entrañas para su corazón, pero su corazón le arrastrará al renunciamento. Amo a todos los que son cual pesadas gotas que caen una a una de la sombría nube suspendida sobre los hombres: ellas anuncian al relámpago que se acerca y desaparecen como visionarios. He aquí: yo soy un visionario del rayo, una pesada gota que cae de la nube; pero este rayo se llama superhombre.

5

DESPUÉS que hubo dicho estas palabras, Zaratustra contempló una vez más al pueblo y guardó silencio. Pero a su corazón le dijo:

«He aquí que ríen; no me comprenden; no soy yo la boca que han menester estos oídos. ¿Acaso será necesario quebrantar de antemano sus oídos a fin de que aprendan a oír con los ojos? ¿Será preciso meter ruido, como los platillos y los predicadores de penitencias? ¿O es que sólo tienen fe en los tartamudos? Poseen algo de lo cual se muestran orgullosos. ¿Cómo llaman a esto, de lo cual se sienten orgullosos? A ese algo lo llaman civilización. Esto es lo que los distingue de los cabreros. Por esto no quieren, cuando se habla de ellos, oír la palabra «despacio». Hablaré, entonces, a su orgullo.

Les hablaré de lo que hay en ellos de más despreciable: del último hombre.»

Y habló así Zaratustra al pueblo:

—Ya es hora de que el hombre se señale a sí mismo una meta. Hora es ya de que el hombre siembre la semilla de su más alta esperanza. Todavía su suelo es bastante fértil. Pero llegará el día en que este suelo se convertirá en pobre y estéril y ningún árbol frondoso podrá crecer en él. ¡Infeliz de él! Se acerca el tiempo en que el hombre no arrojará por encima de los hombros la flecha de su deseo, en que la cuerda de su arco no sabrá ya vibrar. Yo os digo: es preciso llevar dentro de uno mismo un caos para poder poner en el mundo una estrella. Yo os digo: lleváis en vosotros un caos. ¡Infeliz de él! Se acerca el tiempo en que el hombre no pondrá más estrellas en el mundo. ¡Desgraciado! Se acerca el momento del más despreciable de los hombres, que ya no sabe despreciarse a sí mismo. ¡He aquí! Yo os muestro al último hombre. Y el último hombre guiñando el ojo pregunta: «¿Qué es amor? ¿Qué es creación? ¿Qué es deseo? ¿Qué es estrella?» Entonces la Tierra se habrá hecho más pequeña y sobre ella dará saltos el último hombre, que todo lo empequeñece. Su raza es inextinguible como la del pulgón. El último hombre es el que vive más tiempo. «Hemos inventado la felicidad», proclaman los últimos hombres y guiñan el ojo. Han abandonado las comarcas donde la vida era dura, porque experimentan necesidad de calor. Todavía aman al vecino y se rozan con él por que sienten necesidad de calor. Pecado es para ellos caer enfermo y ser desconfiado. Avanzan con prudencia. ¡Ha de estar loco quien tropieza con las piedras y con los hombres! Un poco de veneno de aquí y de allá para procurarse sueños agradables. Y muchos venenos para morir agradablemente. Todavía se trabaja porque el trabajo es una distracción. Pero se vigila para que la distracción no cause debilidad. Ya no llega uno a hacerse ni pobre ni rico: son dos cosas muy penosas. Nadie querrá gobernar. Nadie querrá obedecer. Son dos cosas muy penosas. ¡Nada de un pastor y un rebaño! Todos desean lo mismo, todos son igua-

les: quien piense de otro modo se mete por su gusto en la casa de los locos. «En otro tiempo todo estaban locos», afirman los más sutiles, parpadeando. Se es prudente y se sabe todo lo que ha acontecido: así pueden burlarse sin término. Aun riñe, pero en seguida se reconcilia para no estropearse la digestión. Hay un pequeño placer para el día y un pequeño placer para la noche; pero se respeta la salud. «Nosotros hemos inventado la felicidad», exclaman los últimos hombres y guiñan el ojo.

Aquí concluyó el primer discurso de Zaratustra, que también se le llama el «prólogo», porque en este punto fue interrumpido por los gritos y la alegría de la multitud.

—¡Dadnos a este último hombre! ¡Oh Zaratustra!—gritaban—. ¡Haznos semejantes a estos últimos hombres! ¡Quédate tú como superhombre!

Y la muchedumbre se regocijaba y aplaudía burlescamente y chasqueaba la lengua. Zaratustra se entristeció y habló así a su corazón:

«No me comprenden: no soy yo la boca que han menester estos oídos. Quizás porque he vivido demasiado tiempo en las montañas y he escuchado demasiado a los arroyos y a los árboles, les hablo ahora como a cabreros. Serena está mi alma y luminosa como la montaña en las primeras horas del día. Pero me juzgan como de corazón frío y como un bufón de siniestras burlas. Y helos aquí que me miran y que ríen. Y mientras ríen, me siguen aborreciendo. Hay hielo en sus risas.»

6

SUCEDIÓ algo en aquel momento que hizo enmudecer todos los labios y concentró todas las miradas. El volatinero, que durante todo este tiempo estuvo actuando, había salido por una pequeña puerta y caminaba sobre la cuerda tendida entre dos torres, por encima de la plaza pública y de la multitud. Cuando se hallaba precisamente a mitad de camino, se abrió nuevamente la puertecilla y un

muchacho con aire de bufón y vestido estrafalaria-mente, saltó afuera y siguió con paso rápido al volatinero.

—¡Adelante, cojo—gritó con horrible voz—; adelante, holgazán, mamarracho, cara pálida! ¿Quieres que te haga cosquillas en tus talones? ¿Qué haces ahí, entre esas torres? En una de ellas deberías estar encerrado para que no obstruyas el camino a uno que es mejor que tú!

Y a medida que hablaba se acercaba más; pero, cuando estuvo a un solo paso del volatinero, sucedió algo terrible que fue lo que hizo enmudecer a todos los labios y concentrar todas las miradas: el bufón lanzó un grito diabólico y saltó por encima de quien le obstruía el paso. El volatinero, al advertir la victoria de su rival, perdió la cabeza y la cuerda; arrojó su balancín y, todavía más rápidamente, se lanzó al abismo, como un torbellino de brazos y piernas.

Entonces la multitud, como un mar agitado por la tempestad se dispersó desordenadamente, huyendo sobre todo del sitio donde iba a caer el cuerpo del volatinero.

Zaratustra permaneció inmóvil y sereno. A su lado cayó el cuerpo, desgarrado y quebrantado, pero vivo todavía. Momentos después recobró el herido la conciencia y vio a Zaratustra arrodillado cerca de él.

—¿Qué haces ahí? —dijo al fin—. Sabía hace mucho tiempo que el diablo me echaría la zancadilla. Ahora me arrastra al infierno. ¿Quieres tú impedirlo?

—Por mi honor, amigo—respondió Zaratustra—, todo eso de que hablas no existe. No hay ni diablo ni infierno. Tu alma estará muerta todavía más pronto que tu cuerpo. No temas, pues, ya nada!

Con desconfianza elevó sus ojos el hombre y respondió:

—Si dices la verdad, nada pierdo al perder la vida. Apenas soy un animal al cual se le ha hecho trabajar a fuerza de golpes y de hambre.

—Nada de eso—insistió Zaratustra—: del peligro has hecho tu oficio; nada censurable hay en

ello. Ahora tu oficio te ha hecho perecer. Yo, por eso, te enterraré con mis manos.

El moribundo no pudo ya responder; pero movió una mano como si buscara la mano de Zaratu-
tra para expresarle su gratitud.

7

CAÍ entre tanto la tarde y se cubría de sombra la plaza pública. La multitud comenzó a disgregarse, pues hasta la curiosidad y el espanto concluyen fatigándose. Zaratu-
tra permaneció sentado en tierra, al lado del muerto, abstraído en sus pensamientos, olvidándose hasta del tiempo. Al fin vino la noche y un viento frío sacudió al solitario. Zaratu-
tra se levantó, entonces, y habló a su corazón:

«En verdad, ¡buena pesca ha hecho hoy Zaratu-
tra! No ha pescado a un hombre, pero ha pescado a un cadáver. Inquietante es la vida humana y, además, desprovista de sentido: un bufón puede llegar a serle fatal. Quiero enseñar a los hombres el sentido de su existencia: quién es el superhom-
bre, el relámpago de la sombría nube que es el hombre. Pero todavía estoy lejos de ellos, y mi es-
píritu no habla a sus sentidos. Para los hombres todavía ocupo un puesto intermedio entre un loco y un cadáver. Sombría es la noche, sombrías son las palabras de Zaratu-
tra. ¡Ven, compañero rígido y helado! Voy a llevarte al lugar en que he de enterrarte con mis manos.»

8

LUEGO que Zaratu-
tra hubo hablado a su corazón, colocó el cadáver sobre sus espaldas y se puso en marcha. No había caminado cien pasos, cuando un hombre se deslizó hasta él y le habló al oído en voz baja. ¡Era el bufón de la torre!

—Aléjate de esta ciudad, ¡oh Zaratustra!—le insinuó—. Hay aquí mucha gente que te aborrece. Los buenos y los justos te aborrecen y te llaman su enemigo y su detractor; los fieles de la verdadera creencia te aborrecen y te consideran un peligro para el pueblo. Suerte tuya ha sido que se burlaran de ti, porque verdaderamente hablabas como un bufón. Suerte tuya ha sido asociarte al perro muerto; humillándote así te has salvado por esta vez. Pero vete de esta ciudad, si no, yo saltaría mañana por encima de un muerto.

Cuando terminó de decir estas palabras, desapareció el hombre y Zaratustra prosiguió su camino por las oscuras calles.

Encontró a los sepultureros en la puerta de la ciudad; le iluminaron con sus antorchas; reconocieron a Zaratustra y se burlaron mucho de él.

«Zaratustra se lleva el perro muerto, ¡bravo! Zaratustra se ha hecho enterrador. Nosotros tenemos las manos demasiado limpias para esta clase de caza. ¿Quiere Zaratustra robar su alimento al diablo? ¡Vamos! ¡Buen apetito! ¡A condición que el diablo no sea un ladrón más hábil que Zaratustra! ¡Les robará a ambos, les comerá a los dos!»

Y reían entre ellos, acercando sus cabezas.

Ni una palabra les respondió Zaratustra, y prosiguió su camino. Durante dos horas caminó a lo largo de los bosques y de los pantanos y escuchó tantos aullidos de lobos hambrientos, que se apoderó de él el hambre. Entonces se detuvo ante una casa aislada, en donde brillaba una luz.

«El hambre se apodera de mí como un bandido—pensó Zaratustra—. En medio de los bosques y de los pantanos el hambre se apodera de mí, en la noche profunda. Mi hambre tiene raros caprichos. A menudo no acude a mí hasta después de la comida y hoy no ha venido en todo el día. ¿Dónde, pues, se ha retrasado?»

Meditando de este modo Zaratustra, llamó a la puerta de la casa. Apareció en seguida un anciano. Llevaba una luz y preguntó:

—¿Quién viene hacia mí y quita mi mal sueño?

—Un vivo y un muerto—respondió Zaratustra—.

Dadme de comer y de beber; olvidé hacerlo durante el día. Quien da de comer al hambriento conforta su propia alma: así habla la sabiduría.

Se retiró el viejo y regresó al poco rato con pan y vino.

—Perverso país es éste para los que tienen hambre—murmuró—; por eso vivo aquí. Hombres y animales vienen hasta mí, el solitario. También invito a comer y a beber a tu compañero: está más cansado que tú.

Zaratustra respondió:

—Difícilmente podré convencerle porque mi compañero está muerto.

—Me es igual—refunfuñó el viejo—; quien llama a mi puerta debe aceptar lo que le ofrezco. ¡Comed y que os vaya bien!

Zaratustra partió en seguida de nuevo y caminó durante dos horas, confiándose en el sendero y en la luz de las estrellas. Estaba acostumbrado a las caminatas nocturnas y le placía mirar a la cara a todo lo que duerme. Cuando amaneció, Zaratustra se hallaba en una selva espesa y ningún camino se dibujaba ante él. Colocó, entonces, el cadáver en el hueco de un árbol, a la altura de su cabeza, para protegerlo contra los lobos, y él se acostó en el suelo sobre el musgo. Fatigado de cuerpo, pero tranquilo de alma, inmediatamente se durmió.

9

LARGO tiempo durmió Zaratustra. Sobre su rostro pasaron la aurora y la mañana. Al fin se abrieron sus ojos y lanzó una mirada asombrada sobre la selva, y en silencio también se miró a sí mismo, sorprendido. Luego, se levantó apresuradamente, como marinero que de pronto ve tierra, y lanzó un grito de alegría porque había descubierto una nueva verdad. Y habló a su corazón diciéndole:

«Mis ojos se han abierto. Tengo necesidad de compañeros, de compañeros vivos; ¡nada de compañeros muertos y de cadáveres que llevo conmi-

go a donde quiero! Tengo necesidad de compañeros vivos que me sigan porque quieran seguirse a sí mismo, doquiera que yo vaya. Mis ojos se han abierto. ¡No es a la multitud a quien debe hablar Zaratustra, sino a camaradas! ¡Zaratustra no debe ser el pastor y el perro de un rebaño! He venido para llevarme muchas ovejas del rebaño. El pueblo y el rebaño se irritarán contra mí. Zaratustra quiere ser motejado de bandido por los pastores. He dicho pastores; pero ellos se llaman a sí mismo los buenos y los justos. He dicho pastores, pero ellos se llaman los fieles de la verdadera fe. ¡Contemplad a los buenos y a los justos! ¿Quién es aquel a quien más aborrecen? Al que quebranta su índice de valores, al destructor, al criminal; pero éste es precisamente el creador. Compañeros: esto es lo que busca el creador, y no cadáveres, ni rebaños, ni creyentes. Creadores como él: esto es lo que busca el creador; busca a los que establezcan nuevos valores en nuevos índices. Compañeros: esto es lo que busca el creador: segadores que cosechen con él, porque en él todo está maduro para la cosecha. Pero le faltan las cien hoces. Para que así, lleno de energía, siegue las espigas. Compañeros: esto es lo que busca el creador; busca a los que saben afilar sus hoces. Se los tildará de destructores y de denigradores del bien y del mal. Pero ellos serán los que cosecharán y los que harán fiesta. Creadores como él, esto es lo que busca Zaratustra; busca a los que cosechen y huelguen con él; ¡nada tiene que hacer con rebaños, pastores y cadáveres! ¡Y tú, primer compañero mío, reposa en paz! Bien te he sepultado en tu árbol hueco; bien te he abrigado contra los lobos. Pero me separo de ti; el tiempo ha pasado. Una nueva verdad ha nacido en mí, entre dos auroras. No debo ser ni pastor ni sepulturero. Ya no volveré a hablar nunca al pueblo; por última vez he hablado a un muerto. Quiero reunirme con los creadores, con los que cosechen y se huelgan: les mostraré el arco iris y todos los peldaños que conducen hasta el superhombre. Cantaré mi canción a los solitarios y a los que son dos en soledad; y a quienquiera que posea oídos para las cosas inaudi-

tas yo le colmaré el corazón con mi felicidad. Camino hacia mi meta; sigo mi ruta; saltaré por encima de los vacilantes y de los retrasados. Así mi marcha será la renunciación.»

10

CUANDO eso habló Zaratustra a su corazón, el sol brillaba en el cenit. Interrogó al cielo con la mirada porque escuchaba sobre su cabeza el grito penetrante de un ave. Era un águila que trazaba en el aire grandes círculos y una serpiente estaba colgada de ella, mas no como una presa sino como un amigo, pues se hallaba enrollada alrededor de su cuello.

—¡Son mis animales!—exclamó Zaratustra, y se regocijó con todo su corazón—. El animal más altanero que existe bajo el sol y el animal más astuto que existe sobre la tierra han salido a explorar para ver si Zaratustra vivía todavía. En verdad, ¿estoy vivo todavía? He hallado más peligros entre los hombres que entre los animales. Zaratustra sigue caminos peligrosos. ¡Que me guíen mis animales!

Después de haber hablado así, recordó Zaratustra las palabras del santo de la selva, suspiró y dijo a su corazón:

«¡Es preciso que sea más prudente! Que sea astuto en lo profundo de mi corazón, como mi serpiente. Pero pido un imposible: ruego a mi orgullo que se acompañe siempre de mi prudencia. Y si algún día me abandona mi prudencia, ¡ay, gusta de echar a volar; que pueda al menos mi orgullo volar con mi locura!»

Así comenzó a descender Zaratustra.

DISCURSO DE ZARATUSTRA

LAS TRES METAMORFOSIS

—Os indicaré las tres metamorfosis del espíritu: el espíritu, en camello; el camello, en león, y finalmente el león, en niño. Muchas cargas pesadas hay para el espíritu; para el espíritu paciente y vigoroso en quien domina el respeto. Su vigor reclama la carga pesada, la más pesada. El espíritu robusto pregunta: «¿Qué hay de más peso?», y se arrodilla como el camello y quiere una buena carga. «¿Qué hay de más pesado?—pregunta el espíritu robusto—. Dilo, ¡oh héroe!, a fin de que cargue con ello sobre mí y mi fuerza se alegre.» ¿Acaso esto no es humillarse para hacer sufrir a su orgullo, hacer brillar su locura para cambiar en amarga burla su sabiduría? O es esto: ¿desertar una causa en el momento en que celebra su triunfo; ascender sobre las montañas elevadas para tentar al tentador? O bien es esto: ¿alimentarse de las bellotas y del heno del conocimiento, y sufrir el hambre en el alma por amor a la verdad? O bien es esto: ¿estar enfermo y despedir a los que consuelan; unirse en amistad con sordos que jamás escuchan lo que tú quieres? O bien es esto: ¿sumergirse en el agua sucia, si es el agua de la verdad, y

no rechazar a las viscosas ranas y a los sapos llenos de pus? O bien es esto: ¿amar a quien nos desprecia y tender la mano al fantasma cuando quiere asustarnos? Todas estas pesadas cargas echa sobre sí el espíritu vigoroso; y así como sale corriendo el camello hacia el desierto apenas recibe su carga, él se apresura a llevar la suya. La segunda metamorfosis se cumple en el más solitario de los desiertos: aquí el espíritu se transforma en león, pretende conquistar la libertad y ser amo de su propio desierto. Busca aquí su último dueño; quiere ser el enemigo de este dueño como es el enemigo de su último dios: quiere luchar contra el dragón para alcanzar la victoria. ¿Cuál es el dragón a quien el espíritu no quiere seguir llamando ni dios ni amo? «Tú debes», se llama el gran dragón. Pero el espíritu del león dice: «Yo quiero.» «Tú debes» le acecha al borde del camino, reluciente de oro, bajo su caparazón de mil escamas, y sobre cada escama luce en letras doradas: «¡Tú debes!» Brillan sobre estas escamas valores de mil años y el más poderoso de todos los dragones habla de esta guisa: «Todo lo que es valor brilla sobre mí.» Ya ha sido creado todo lo que es valor y yo soy quien representa todos los valores creados. ¡En verdad, no debe haber más «Yo quiero»! Así habló el dragón. Hermanos míos, ¿para qué necesita el espíritu al león? ¿No es suficiente el animal robusto que se abstiene y es respetuoso? Todavía no puede crear el león valores nuevos; pero sí tiene poder para hacerse libre para la nueva creación. Hacerse libre, oponer una divina negación, incluso el deber; tal es, hermanos míos, la tarea para la que el espíritu necesita del león. La más terrible conquista para un espíritu paciente y respetuoso es la de conquistar el derecho a crear nuevos valores. En verdad, éste es para él un acto feroz, el acto de un animal de presa. En otros tiempos amaba el «Tú debes», como su más sagrado bien: ahora le es necesario encontrar la ilusión y lo arbitrario, incluso en este bien, el más sagrado, para que realice a costa de su amor la conquista de la libertad: para semejante rapto es indispen-

sable un león. Mas, decidme, hermanos míos, ¿qué puede hacer el niño que no pueda hacer el león? ¿Por qué es preciso que el león raptor se transforme en un niño? El niño es inocente y olvida; es una primavera y un juego, una rueda que gira sobre sí misma, un primer movimiento, una santa afirmación. ¡Oh hermanos míos! Una afirmación santa es necesaria para el juego divino de la creación. Quiere ahora el espíritu su propia voluntad; el que ha perdido el mundo, quiere ganar su propio mundo. Os he mostrado tres metamorfosis del espíritu: cómo el espíritu se hace camello, cómo el espíritu se hace león, y, en fin, cómo el espíritu se hace niño.

Así hablaba Zaratustra. Y en este tiempo moraba en la ciudad que se llamaba Vaca Multicolor.

DE LAS CÁTEDRAS DE LA VIRTUD

EN presencia de Zaratustra elogiaba a un sabio, destacado, por su erudición al hablar del sueño y de la virtud, por lo que le habían cubierto de honores y recompensas. Alrededor de la magistral cátedra de este sabio se agrupaba toda la juventud. Zaratustra se unió a los jóvenes y se sentó cerca del sitio del maestro. Y éste habló así:

—Lo primero de todo es honrar el sueño y respetarlo. Huir de cuanto duermen mal y se despiertan en la noche. Frente al sueño, hasta el ladrón siente vergüenza. En la noche se desliza con callados pasos. En cambio, el trasnochador es imprudente y hace sonar su cuerno con descaro. Saber dormir no es poca cosa. Es preciso saber estar despierto todo el día para poder dormir bien. Diez veces debes vencerte a ti mismo en el transcurso del día; es la señal de un verdadero cansancio y un opio para el alma. Diez veces debes reconciliarte contigo mismo, porque, si amargo es vencerse a uno mismo, el que no se reconcilia duerme mal. Diez verdades te es preciso hallar durante el día; pues si no lo haces buscarás verdades en la noche

y tu alma permanecerá hambrienta. Diez veces te es preciso reír y estar gozoso durante el día; de otra manera, serás turbado en la noche por tu estómago, padre de la angustia. Pocas gentes conocen esto: que es preciso poseer todas las virtudes para dormir bien. ¿Levantaría un falso testimonio? ¿Cometería un adulterio? ¿Codiciaría la sirviente de mi prójimo? Todo esto se conciliaría mal con un buen sueño. Además de poseer todas las virtudes, es preciso tener presente esto: hay que enviar a dormir, en el momento oportuno, a las mismas virtudes. ¡No es necesario que riñan entre ellas las gestiles jovencitas! ¡Y sobre todo, por tu causa, desdichado! El buen sueño quiere paz con Dios y con el prójimo. Y, además, paz con el diablo del vecino. De otro modo te visitará de noche. ¡Honor y obediencia a la autoridad, incluso a la autoridad claudicante! Así lo impone el buen sueño. ¿Acaso es culpa mía que al poder el guste andar con piernas cojas? Quien lleva a pacer sus ovejas a la verde pradera, siempre será para mí el mejor pastor: así lo quiere el buen sueño. No pretendo ni muchos honores ni grandes tesoros: esto provoca demasiada bilis. Pero se duerme mil sin una buena fama y un pequeño tesoro. Prefiero recibir a una sociedad reducida que a una sociedad perversa: con todo, es preciso que lleguen y se marchen en momento oportuno: así lo exige el buen sueño. También me placen los pobres de espíritu: aceleran el sueño. Son dichosos, sobre todo cuando se les da siempre la razón. El día se desliza así para los virtuosos. Cuando llega la noche, mucho me guardo de llamar al sueño. A él, que es el señor de las virtudes, no le gusta que le llamen. Pero medito en lo que he hecho y he pensado durante el día. Mientras rumio mis pensamientos con la paciente mansedumbre de una vaca, me pregunto a mí mismo: ¿cuáles fueron hoy tus diez victorias sobre ti mismo? ¿Y cuáles fueron las diez reconciliaciones y las diez verdades y las diez explosiones de risa con que se ha regalado tu corazón? Considerando esto, mecido por cuarenta pensamientos, repentinamente se apodera de mí el sueño, el sueño que yo no he llamado,

el señor de las virtudes. El sueño me llama sobre los ojos y mis párpados me pesan. El sueño me toca la boca y mi boca queda abierta. En verdad, el ladrón que yo prefiero se desliza en mí con ligeros pasos, me roba mis pensamientos. Yo permanezco en pie, completamente estúpido como este pupitre. Pero no permanezco en pie mucho tiempo cuando ya me acuesto.

Cuando Zaratustra oyó hablar así al sabio, se echó a reír en su corazón: porque una luz había nacido en él. Y habló así a su corazón:

«Este sabio me parece loco con sus cuarenta pensamientos; pero creo que entiende bien el sueño. ¡Dichoso el que habite cerca de este sabio! Tal sueño es contagioso aun a través de un espeso muro. Hasta de su sillón de maestro se desprende un encanto. No en vano los jóvenes estaban sentados a los pies del predicador de la virtud. Velar para dormir, dice su sabiduría. Y, en verdad, si la vida no tuviera sentido y si yo debiera escoger un sin sentido, este sin sentido me parecería el más digno de mi elección. Ahora comprendo lo que antaño se buscaba sobre todo cuando se buscaban maestros de la virtud. ¡Lo que se buscaba era un buen sueño y virtudes coronadas por adormideras! La sabiduría era el sueño sin ensueños para todos estos sabios del púlpito tan alabados. No conocían mejor sentido de la vida. Todavía en nuestros días hay muchos que se semejan a este predicador de la virtud y no siempre son tan honrados como él; pero ha pasado su época. No estarán mucho tiempo en pie cuando ya estarán acostados. Bienaventurados los adormilados, porque ellos se dormirán en seguida.

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS ALUCINADOS DEL OTRO MUNDO

CIERTO día, Zaratustra proyectó su ilusión más allá de los hombres, como todos los alucinados del ultramundo. Entonces le pareció el mundo la obra de un dios doliente y atormentado:

—El sueño y la invención de un dios me pareció ser el mundo. Algo semejante a nubes de colores delante de los ojos de un divino insatisfecho. Bien y mal, alegría y dolor, tú y yo; tales eran, para mí, las nubes de colores ante los ojos de un creador. El creador quería desplazar los ojos de sí mismo; entonces, creó el mundo. Alegría embriagadora es para quien sufre desplazar los ojos de su dolor y olvidarse. Alegría embriagadora y olvido de sí mismo: tal me pareció un día el mundo. Este mundo, eternamente imperfecto, imagen, e imagen imperfecta, de una eterna contradicción, una alegría embriagadora para su imperfecto creador: tal me pareció un día el mundo. De igual manera, también yo proyecté mi ilusión más allá de los hombres, del mismo modo que todos los alucinados del ultramundo. ¿Más allá de los hombres, en realidad? ¡Ay, hermanos míos! Este dios que yo he creado era obra de manos humanas y locura humana, como lo son todos los dioses. No era más que un hombre, pobre fragmento de un hombre y de un «yo». Surgió de mis propias cenizas y de mi propio rescoldo este fantasma. Y, verdaderamente, ¡no me vino del más allá! ¿Qué sucedió, entonces, hermanos míos? Yo, que sufría, me superé: he llevado mi propia ceniza a la montaña, he inventado para mí una llama más clara. Y he aquí que el fantasma se alejó de mí. Ahora sería para mí un sufrimiento y una humillación creer en semejantes fantasmas.

Esto dijo a los alucinados del ultramundo:

—Dolores e impotencias, he aquí lo que crearon los ultramundos y esta corta locura de felicidad que sólo conoce el que más sufre. La fatiga de aquel que de un solo salto, de un salto mortal, pretende llegar hasta el fin, esta fatiga pobre e ignorante que no quiere ni querer, ella fue la que creó todos los dioses y todos los ultramundos. ¡Hermanos míos, creedme! Fue el cuerpo el que desesperó del cuerpo: anduvo a tientas, con los dedos del espíritu extraviado tentó a lo largo de los últimos muros. ¡Hermanos míos, creedme! Fue el cuerpo el que desesperó de la tierra porque oyó hablar al vientre del ser. Quiso entonces pasar la cabeza a través de los

últimos muros, y no solamente la cabeza..., quiso pasar al «otro mundo». Pero, el «otro mundo», mundo afeminado e inhumano que es una nada celeste, está bien oculto para los hombres. Y el vientre del ser no habla al hombre si no es como hombre. Difícil es demostrar el ser, en verdad, y difícil hacerle hablar. Las cosas más singulares, ¿no os parece, hermanos míos, las mejor demostradas? Sí; este yo, la contradicción y la confusión de este yo, afirma con la mayor lealtad su ser; este yo, que crea, que quiere y que da la medida y el valor de todas las cosas. Y este yo, el ser más leal, habla del cuerpo y lo quiere todavía, aun cuando sueñe y se exalte revoloteando con sus alas rotas. Este yo aprende a hablar cada vez con mayor lealtad: y cuando más aprende más palabras encuentra para exaltar al cuerpo y a la tierra. Mi yo me ha enseñado un nuevo orgullo, yo lo comunico a los hombres: ¡Que no escondan ya más su cabeza en la arena de las cosas celestes, sino que la yergan orgullosamente; una cabeza terrestre que cree el sentido de la tierra! Yo enseñé a los hombres una voluntad nueva: seguir voluntariamente el camino que los hombres han seguido ciegamente, aceptar este camino y no resbalar fuera como los enfermos y los decrepitos. Enfermos y decrepitos fueron los que despreciaron al cuerpo y a la tierra, quienes inventaron las cosas celestes y las gotas de sangre redentora; ¡y estos venenos dulces y lúgubres fueron del cuerpo y de la tierra de donde los tomaron prestados! Las estrellas les parecían demasiado lejanas para salvarse de su miseria. Entonces, se pusieron a suspirar: ¡Ay! ¡Qué no haya caminos celestiales para que pudiéramos deslizarnos a otro ser y a otra felicidad! Por eso inventaron sus artificios y sus bebidas sangrantes. Estos ingratos se creyeron arrebatados lejos de su cuerpo y de esta tierra. Pero ¿a quién debían el espasmo y la alegría de su alborozo? A su cuerpo y a esta tierra. Zaratustra es indulgente para los enfermos. No se irrita, en verdad, ni por sus maneras de consolarse ni por su ingratitud. ¡Que se curen y se superen y que se creen un cuerpo superior! Zaratustra tampoco se irrita contra el convaleciente que contempla con ternura su ilusión per-

didada y a media noche vaga errante alrededor de la tumba de su dios; pero en las lágrimas que el convaleciente vierte, Zaratuſtra no ve más que la enfermedad y el cuerpo enfermo. Siempre ha habido muchos enfermos entre los que sueñan y se consumen en Dios. Estos aborrecen con furor a aquel que busca el conocimiento, aborrecen a la más joven de las virtudes: la lealtad. Hacia atrás, hacia los tiempos oscuros, miran siempre. Cierta es que entonces la locura y la fe eran otra cosa. La furia de la razón aparecía en la imagen de Dios y la duda era pecado. Conozco demasiado bien a los que son semejantes a Dios. Quieren que se crea en ellos y que la duda sea un pecado. Sé demasiado bien en qué creen más ellos mismos. No es ciertamente en ultramundos ni en las gotas de sangre redentora; también ellos creen más en el cuerpo, y es al suyo propio al que consideran como la cosa en sí. Para ellos el cuerpo es algo enfermizo y saldrían de su piel con el mayor placer. Es por esto que escuchan a los predicadores de la muerte y ellos mismos predicán los ultramundos. Escuchad más bien, hermanos míos, la voz del cuerpo curado: es una voz más leal y más pura. Con más pureza y mayor lealtad habla el cuerpo sano. El cuerpo completo, macizo de la cabeza a los pies, habla del sentido de la tierra.

Así hablaba Zaratuſtra.

DE LOS DENIGRADORES DEL CUERPO

—**QUIERO** dar mi consejo a los denigrados del cuerpo: No deben cambiar de método de enseñanza, sino únicamente despedirse de su propio cuerpo..., y así hacerse mudos. El niño se expresa así: «Yo soy cuerpo y alma.» ¿Y por qué no expresarse como los niños? Quien está despierto y consciente exclama: Todo yo soy cuerpo y ninguna otra cosa. El alma sólo es una palabra para una partícula del cuerpo. El cuerpo es un gran sistema de razón, una multiplicidad con una sola dirección, una guerra y una paz, un rebaño y

un pastor. Instrumento de tu cuerpo: tal es también tu pequeña razón, que tú denominas espíritu, hermano mío, pequeño instrumento y pequeño juguete de la gran razón. Dices «yo» y te sientes orgulloso de esta palabra. Pero, aunque no quieras creerlo, lo que es mucho más grande es tu cuerpo y su gran sistema de razón: él no dice «yo», pero él es yo. Lo que experimentan los sentidos, lo que reconoce el espíritu, no tiene jamás fin en sí. Pero los sentidos y el espíritu querrían convencerte que ellos son el fin de toda cosa: tal es su vanidad. Sólo son instrumentos y juguetes los sentidos y el espíritu. Detrás de ellos todavía se encuentra el ser. El ser, él también, busca con los ojos de los sentidos y escucha con los oídos del espíritu. El ser siempre busca y escucha: compara, somete, conquista y destruye. Reina y domina hasta sobre el yo. Detrás de tus pensamientos y de tus sentimientos existe un señor más poderoso, un sabio desconocido: se llama el ser. Vive en tu cuerpo; es tu cuerpo. Hay más razón en tu cuerpo que en la mejor sabiduría. ¿Quién sabe, por consiguiente, para qué necesita tu cuerpo de tu mejor sabiduría? Tu ser se ríe de tu yo y de sus cabriolas. «¿Qué son para mí estos saltos y estos vuelos del pensamiento?», se pregunta. Y él mismo responde: «Un rodeo hacia mi objeto. Soy los andadores del yo y el inspirador de sus ideas.» El ser dice al yo: «¡Experimenta dolores!» Y el yo sufre y decide no sufrir más. Y para este fin debe pensar. El ser dice al yo: «Experimenta alegrías.» Entonces el yo se regocija y sueña en seguir regocijándose con frecuencia, y para este fin debe pensar. Quiero decir algunas palabras a los denigradores del cuerpo. Que ellos desprecian lo que constituye su estima. ¿Quién es el que creó la estima y el desprecio y el valor y la voluntad? Fue el ser el creador que creó por sí mismo la estima y el desprecio, la alegría y el dolor. El cuerpo creador creó por sí mismo el espíritu como una mano de su voluntad. Aun, en vuestra locura y en vuestro desprecio, servís al ser, vosotros, denigradores del cuerpo. Yo os digo: vuestro ser quiere morir y se aparta de la vida. Ya no es capaz de hacer lo que preferiría: crear por encima de sí mismo. He aquí su deseo preferido, he

aquí todo su celo. Pero es demasiado tarde para esto: de este modo vuestro ser desaparece, ¡oh denigradores del cuerpo! Vuestro ser quiere desaparecer; ¡por eso habéis llegado a haceros denigradores del cuerpo! Porque nada podéis ya crear por encima de vosotros. Por esta razón deseáis mal para la vida y para la tierra. Una envidia inconsciente se adivina en la oblicua mirada de vuestro desprecio. Yo no sigo vuestro camino, denigradores del cuerpo! ¡No sois, de ningún modo, para mí, puentes hacia el superhombre!

Así hablaba Zaratustra.

DE LAS ALEGRÍAS Y LAS PASIONES

—HERMANO mío: cuando posees una virtud y esa virtud es tuya, no la compartes con nadie. Verdad es que tú querías llamarla por su nombre y acariciarla. Querías tomarla por la oreja y divertirte con ella. Ahora ella compartirá con el pueblo el nombre que tú le des. Tú has llegado a ser pueblo y rebaño con tu virtud. Sería mejor que dijeras: «Aquello que constituye el tormento y la dulzura de mi alma es inexpresable y sin nombre. Y esto es también lo que motiva el hambre de mis entrañas.» Que tu virtud se halle demasiado elevada para soportar la familiaridad de las denominaciones, y si te es preciso hablar con ella, no te avergüences de balbucear. Habla, pues, y balbucea: «Ésto es mi bien, el que yo amo; es así como me satisface enteramente; es así únicamente como yo quiero el bien. De ninguna manera lo apetezco como el mandamiento de un dios, ni como una ley y una necesidad humana. Que no sea para mí un guía hacia tierras superiores y hacia paraísos. Es una virtud terrestre la que yo amo; no hay en ella nada de sabiduría ni mucho menos de sentido común. A mi lado ha construido su nido este pájaro; por ello le amo con ternura. Ahora incuba en mí sus huevos de oro.» Así es como debes balbucear y alabar tu virtud. Antes tenías pasiones y las llamabas males. Pero ahora sólo tienes virtudes; nacieron de tus pa-

siones. Tú colocabas en estas pasiones tu objeto más elevado. Entonces ellas vinieron a convertirse en tus virtudes y tus alegrías. Y aún si pertenecieras a la raza de los coléricos o de los voluptuosos, de los sectarios o de los vengadores, todas las pasiones acabarían por transformarse en virtudes; todos los demonios, en ángeles. En anteriores tiempos guardabas perros salvajes en tu cueva; pero se han transformado en pájaros, en amables pájaros cantores. Con tus venenos has preparado tus bálsamos; has ordeñado a la vaca, Aflicción: ahora bebes la dulce leche de sus ubres. Y ningún mal nace ya de ti, si no es el mal que nace de la lucha de tus virtudes. Hermano mío: cuando disfrutas de la felicidad es que posees una virtud y nada más. Así caminas más fácilmente sobre el puente. Poseer muchas virtudes es una distinción; pero es una suerte muy dura y los hay que han ido a matarse al desierto porque estaban fatigados de servir de campos de batalla a las virtudes. Hermano mío: ¿son males la guerra y las batallas? Son males necesarios. La envidia y la desconfianza y la calumnia tienen un puesto necesario entre las virtudes. Observa cómo cada una de tus virtudes desea lo que de más elevado existe: quiere todo tu espíritu para que todo tu espíritu sea su heraldo; quiere toda tu fuerza en la cólera, el odio y el amor. Cada virtud está celosa de la otra, y los celos son algo terrible. También las virtudes pueden perecer por los celos. Quien da vueltas en torno de la llama de los celos, termina como el escorpión, volviendo contra sí mismo el dardo envenenado. ¡Ay, hermano mío! ¿No viste nunca a una virtud calumniarse y destruirse a sí misma? El hombre es algo que debe ser superado. Por esto necesitas amar tus virtudes, pues perecerás por causa de ellas.

Así hablaba Zaratustra.

DEL PÁLIDO CRIMINAL

—JUECES y sacrificadores, ¿no queréis matar, antes que el animal tenga erguida la cabeza? Ved: el pálido criminal ha levantado la cabeza; en sus ojos habla el gran desprecio. «Mi yo es algo que debe ser superado; mi yo es mi gran desprecio por los hombres.» Así hablan los ojos del criminal. Su momento supremo fue aquel en que se juzgó a sí mismo. ¡No dejéis que el sublime vuelva a caer en su bajeza! Para quien sufre hasta este punto de sí mismo no hay más salvación que la muerte rápida. Vuestro homicidio, ¡oh jueces!, debe hacerse por compasión y no por venganza. ¡Y al matar, cuidaos de justificar la vida! No basta que os reconciliéis con aquel a quien matáis. ¡Qué vuestra tristeza sea el amor del superhombre; así justificaréis vuestra supervivencia. Decid «enemigo» y no «malvado»; decid «enfermo» y no «miserable»; decid «insensato y no «pecador». Y tú, juez rojo, si dijeras en voz alta lo que has hecho ya en pensamiento, todos exclamarían: «¡Retirad esta inmundicia y este veneno!» Pero una cosa es el pensamiento, otra cosa la acción y otra cosa la imagen de la acción. La rueda de la causalidad no gira entre estas cosas. Una imagen fue lo que hizo palidecer a este hombre pálido. Estaba a la altura de su acto cuando lo cometió; pero después de haberlo realizado no pudo soportar su imagen. Siempre se vio a sí mismo como el autor de un solo acto. Locura llamo yo a esto, porque la excepción se ha hecho la regla de su ser. La gallina es fascinada por la línea. La señal que el criminal ha llevado sobre sí fascina su pobre razón: es la locura después del acto. Jueces: ¡escuchad! Todavía hay otra locura y esta locura es antes del acto. ¡Ay! ¡No habéis profundizado lo bastante en esta alma! El juez rojo habla así: «¿Por qué ha matado este criminal? Quería robar.» Pero yo os digo: su alma quería sangre, y de ningún modo el robo. ¡Tenía sed de la felicidad que proporciona el cuchillo! No comprendía esta locura su pobre razón.

Ella fue la que decidió al criminal. «¡Qué importa la sangre!—exclamó ella—. ¿No quieres aprovecharte de tu crimen para robar? ¿Para vengarte?» Y él escuchó a su pobre razón. Sus palabras le pesaban como el plomo. Robó, entonces, luego de asesinar. No quería tener vergüenza de su locura. El plomo de su falta pesa de nuevo sobre él. Nuevamente su pobre razón está anonadada, paralizada y pesada. Si siquiera pudiese sacudir la cabeza rodaría por el suelo su carga. Pero no hay nadie que quiera sacudir esta cabeza. ¿Qué es este hombre? Un cúmulo de enfermedades que, por mediación del espíritu, actúan sobre el mundo exterior; en él quieren ellas hacer su botín. ¿Qué es este hombre? Un ovillo de serpientes salvajes entrelazadas que con dificultad se sorportan tranquilas. Cada una marcha por su lado para buscar su botín por el mundo ¡Ved este pobre cuerpo! Intenta su pobre alma comprender sus deseos y sufrimientos. Los considera como el placer y la envidia criminal por alcanzar la felicidad que proporciona el cuchillo. Quien cae enfermo, ahora le sorprende un mal. Es el mal de este momento. Quiere hacer sufrir con lo que le hace sufrir. Pero hubo para él otros tiempos y otro bien y otro mal. La duda y la ambición personal se juzgaban antes como crímenes. El enfermo se convertía, entonces, en hereje y hechicero. Sufría y quería hacer sufrir como hereje y como hechicero. Pero no deseáis comprenderme. Y exclamáis: «Ésto sería nocivo para aquellos de entre nosotros que son buenos.» Pero, ¡qué me importan vuestros hombres buenos! Me repugnan muchas cosas que hay en vuestros buenos. Y precisamente no es el mal. ¡Yo quisiera que sufrieran una locura que los haga perecer como este pálido criminal! Yo quisiera, en realidad, que esta locura se llamase verdad, o fidelidad o justicia. Pero su virtud consiste en vivir mucho tiempo en una miserable satisfacción de sí mismo. Soy un pretil a orillas del río. ¡Quién pueda asirse a mí, hágalo! No soy vuestras muletas.

Así hablaba Zaratustra.

DEL LEER Y ESCRIBIR

—SOLAMENTE amo yo lo que se ha escrito con la propia sangre, de todo cuanto se ha escrito. Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu. No es fácil comprender la sangre extraña. Detesto a todos los perezosos que leen. Aquel que conoce al lector, ya nada hace por el lector. Un siglo más de lectores y hasta el espíritu olerá mal. Si todos tuvieran el derecho de aprender a leer, a la larga se estropeará no sólo la escritura, sino también el pensamiento. En otros tiempos, Dios era el espíritu. Después se hizo hombre. Ahora se ha elevado al populacho. Quien con sangre escribe máximas, no quiere ser leído, sino que se le aprenda de memoria. El camino más corto sobre las montañas va de una cima a otra; pero para seguirlo es preciso poseer largas piernas. Las máximas deben ser cúspides, y aquellos a quienes se habla, hombres grandes y vigorosos. El aire ligero y puro, el peligro cercano y el espíritu lleno de una alegre malignidad; todo esto compagina bien. Quiero ver a los duendes a mi alrededor, pues soy valeroso. El valor que ahuyenta los fantasmas se crea sus propios duendes. El valor quiere reír. No me hallo en comunión de alma con vosotros. Esta nube que veo por debajo de mí, esta negrura y esta pesadez de que me río es vuestra tormenta. Vosotros miráis a lo alto cuando aspiráis a la elevación. Y yo miro hacia abajo porque estoy alto. ¿Quién de vosotros al mismo tiempo puede reír y estar alto? Quien se cierne sobre las más altas montañas, se ríe de todas las tragedias de la escena y de la vida. Valerosos, despreocupados, burlones, violentos, así nos quiere la sabiduría: es mujer y no puede amar sino a un guerrero. Decís vosotros: «La vida es pesada de llevar.» Pues ¿a qué vuestro orgullo de la mañana y vuestra sumisión de la tarde? La vida es dura de llevar; ¡pero no os pongáis tan tiernos! Todos somos burros y burras agobiados de carga. ¿Qué tenemos nosotros de común con el capullo de la rosa que

tiembla porque le oprime una gota de rocío? Verdad es que amamos la vida; pero no porque estemos habituados a ella, sino al amor. En el amor siempre hay un poco de locura. Pero también siempre hay un poco de razón en la locura. Y para mí, también para mí, que me encuentro a gusto con la vida, las mariposas y las burbujas de jabón, y todo lo que entre los hombres se les asemeja, me parecen ser los que mejor conocen la felicidad. Deseos de cantar y llorar siente Zaratustra cuando ve revolotear estas pequeñas almas ligeras y locas, encantadoras e inquietas. Yo sólo podría creer en un dios que supiese bailar. Y cuando vi a mi demonio lo encontré serio, grave, profundo y solemne. Era el espíritu de la pesadez. Todas las cosas caen por su causa. Es con la risa y no con la cólera como se mata. ¡Adelante; maternos al espíritu de la pesadez! He aprendido a andar; desde entonces me abandono a correr. He aprendido a volar; desde entonces no espero a que me empujen para cambiar de sitio. Ahora soy ligero. Ahora vuelo. Ahora me veo por debajo de mí. Ahora baila en mí un dios.

Así hablaba Zaratustra.

DEL ÁRBOL DE LA MONTAÑA

ZARATUSTRA advirtió que un joven le rehuía. Una tarde, cuando caminaba solo por la montaña vecina de la ciudad llamada Vaca Multicolor, encontró a ese joven apoyado contra un árbol y lanzando sobre el valle una mirada plena de tristeza. Zaratustra rodeó con un brazo ese árbol y le habló así al joven:

—Si yo quisiera sacudir este árbol con mis manos, no podría hacerlo. Pero el viento, al cual no vemos, lo agita y lo doblega a su capricho. De igual manera somos nosotros doblegados y agitados por manos invisibles.

Asustado, se incorporó entonces el joven y respondió:

—Escucho a Zaratustra y cabalmente pensaba en él.

—¿Por qué te asustas?—le preguntó Zaratustra—. El mismo suceso ocurre al hombre y al árbol. Cuando más aspira a elevarse hacia las alturas y hacia la claridad, más profundamente ahonda sus raíces en la tierra, en las tinieblas y en el abismo. ¿En el mal?

—¡Sí, en el mal!—exclamó el joven—. ¿Cómo es posible que hayas descubierto mi alma?

Sonrió Zaratustra y expresó:

—Hay almas que no se descubrirán nunca, a menos que se comience por inventarlas.

—¡Sí, en el mal!—insistió el joven—. Decías verdad, Zaratustra. Ya no tengo confianza en mí mismo, desde que pretendo ascender a las alturas; ni nadie tiene ya confianza en mí. ¿De dónde puede provenir esto? Me transformo con demasiada rapidez. Mi presente contradice mi pasado. Salto con frecuencia los escalones cuando asciendo, cosa que no me pardonan los escalones. Cuando llego a la cima me encuentro solo, siempre solo. Nadie habla. El frío de la soledad me hace temblar. ¿Qué es, entonces, lo que pretendo en las alturas? Mi desprecio y mi deseo aumentan a la par. Cuanto más me elevo más desprecio a quien se eleva. ¿Qué es lo que pretende él en las alturas? ¡Cuánto me avergüenzo de mi ascensión y de mis resbalones! ¡Cuánto me río de mi respiración jadeante! ¡Cuánto odio a quien emprende su vuelo! ¡Cuán fatigado estoy cuando me encuentro en las alturas!

Guardó silencio el joven. Zaratustra miró el árbol cerca del cual permanecían en pie, y habló así:

—Único en la montaña se eleva este árbol. Ha crecido muy por encima de los hombres y de los animales. Y si quisiera hablar, nadie lograría comprenderle. De tal modo ha crecido. Desde entonces espera y espera sin cesar ¿Qué espera? Vive demasiado cerca del dominio de las nubes. ¿Espera, acaso, la primera descarga del rayo?

Luego que Zaratustra dijo esas palabras, con gran vehemencia exclamó el joven:

—Tú dices la verdad, Zaratustra. ¡Yo he deseado mi caída al querer alcanzar las alturas, y tú eres el

rayo que esperaba! ¡Mírame! ¿Qué soy yo aun después que tú nos has aparecido? ¡La envidia me ha matado!

Así hablaba el joven y lloraba amargamente. Zaratustra le rodeó la cintura con su brazo y lo llevó consigo.

Y cuando hubieron caminado juntos durante algunos minutos, Zaratustra comenzó a hablar así:

—Tengo el corazón desgarrado. Tu mirada me indica todavía mejor que tus palabras todo el peligro que corres. Todavía no estás libre, todavía buscas la libertad. Tus pesquisas te han hecho noctámbulo y te han proporcionado excesiva lucidez. Quieres subir libremente hacia las alturas y tu alma tiene sed de estrellas. Pero tus malos instintos, también ellos, tienen sed de libertad. Tus perros salvajes quieren ser libres y ladran de alegría en su cueva, cuando tu espíritu aspira a abrir todas las cárceles. Todavía, para mí, eres un prisionero que aspira a la libertad. ¡Ay! El alma de semejantes prisioneros llega a hacerse prudente, pero, también, astuta y malvada. Quien ha libertado su espíritu aún necesita purificarse. Mucho queda en él de violencia y de fango. Es preciso que su mirada se purifique. Sí; conozco el peligro que corres. Pero, en nombre de mi amor y de mi esperanza, yo te conjuro: ¡no arrojes lejos de ti tu amor y tu esperanza! Todavía tú te sientes noble. Y aquellos que desean tu mal y te miran con malos ojos, también te tienen por noble. Sabes que todos ellos encuentran algún noble en su camino. Todos, también los buenos, encuentran algún noble en su camino. Y aun cuando le llamaren bueno, sólo sería para arrojarle a un lado. El hombre noble aspira a crear algo nuevo y una nueva virtud. El hombre bueno desea las cosas viejas y que las cosas viejas sean conservadas. Pero el peligro del hombre noble no es que llegue a hacerse bueno, sino insolente, burlón y destructor. ¡Ay! Yo he conocido hombres que perdieron su esperanza más alta. Y, desde entonces, calumniaron todas las altas esperanzas. Descaradamente vivieron entregados, desde entonces, a ruines deseos y difícilmente se señalaron un objeto de un día para otro. «El espíritu es una voluptuosi-

dad», decían. Entonces se quebraron las alas de su espíritu. Ahora no hace más que arrastrarse, y a su contacto todo se ensucia. Antes soñaban con llegar a ser héroes; ahora sólo son gozadores. La imagen del héroe les causa espanto y pesadumbre. Pero, en nombre de mi amor y de mi esperanza, yo te conjuro. ¡No arrojes lejos de ti al héroe que hay en tu alma! ¡Santifica tu más alta esperanza!

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS PREDICADORES DE LA MUERTE

— **HAY** predicadores de la muerte y abundan en la tierra individuos a los que debe predicarse la renuncia a la vida. Abundan en la tierra los superfluos; la vida está echada a perder por tanta humanidad superflua. ¡Que la atracción de la «vida eterna» los induzca a alejarse de esta vida! A los predicadores de la muerte se los llama «amarillos»; también se los llama «negros». Pero quiero mostrároslos bajo otros colores. Los más terribles son los que llevan dentro de sí el animal de la selva y que no pueden escoger sino entre las concupiscencias y las mortificaciones. Y sus concupiscencias son también mortificaciones. Todavía no han llegado a hacerse hombres estos seres terribles. ¡Que prediquen, pues, el aborrecimiento a la vida y que se vayan! He aquí a los tísicos del alma, que, apenas nacidos, ya comienzan a morir y aspiran a las doctrinas del cansancio y del renunciamiento. ¡Quisieran estar muertos y nosotros debemos santificar su voluntad! Guardémonos de resucitar estos muertos y de hacer daño a estos ataúdes vivos. Si encuentran un enfermo, o un anciano, o un cadáver, exclaman en seguida: «¡Refutada está la vida!» Pero ellos solos son los refutados, y con ellos su mirada, que no ve sino un solo aspecto de la existencia. Rodeados por espesa melancolía y ávidos de las pequeñas casualidades, que traen la muerte, así aguardan, apretando los dientes. O bien, extienden la mano hacia las golosinas, y se burlan de sus propias puerilidades. Están enganchados a la

vida como a una brizna de paja, y se burlan de estar a ella agarrados. Su sabiduría dice: «Loco es quien permanece en la vida; ¡pero somos tan locos! ¡Y ésta es la mayor locura de la vida!» «La vida sólo es sufrimiento», afirman y no mienten. ¡Haced de manera que ceséis de existir vosotros! ¡Haced, pues, cesar la vida, que sólo es sufrimiento! Y he aquí lo que enseña vuestra virtud: «¡Debes matarte tú mismo!» «¡Debes huir de tí mismo!» «La lujuria es un pecado—dicen los unos, mientras predicán la muerte—. ¡Quedémonos aparte y no engendremos hijos!» «Parir es doloroso—dicen los otros—. ¿Para qué seguir pariendo? Sólo se da a luz a desgraciados.» También éstos son predicadores de la muerte. «Nos es necesaria la compasión—dicen los terceros—. ¡Tomad lo que yo tengo! ¡Tomad lo que soy! ¡Tanto menos ligado a la vida estaré!» Si hasta el fondo de su ser alcanzara su piedad, tratarían de amargar la vida de sus prójimos. Ser malvados: ésta sería su verdadera bondad. Pero ellos quieren desembarazarse de la vida. ¡Qué les importa, si con sus cadenas y sus dones atan a otros a ellas más estrechamente todavía! Y vosotros, también vosotros, cuya vida es inquietud y trabajo abrumador, ¿no estáis fatigados de la vida? ¿No estáis maduros para la predicación de la muerte? Todos vosotros, vosotros que amáis el trabajo sin descanso y todo lo que es rápido, nuevo, extraño, os soportáis difícilmente a vosotros mismos. Vuestra actividad es una huida, es la voluntad de olvidarse a sí mismo. Si tuvieseis más fe en la vida, os abandonaríais menos al momento. ¡Pero no tenéis bastante valor interior para la espera ni tampoco para la pereza! Resuena en todas partes la voz de los que predicán la muerte. Y el mundo está lleno de individuos a quienes es preciso predicar la muerte. O bien, «la vida eterna», que para mí es igual, con tal que se marchen en seguida.

Así hablaba Zaratustra.

DE LA GUERRA Y DE LOS GUERREROS

—No queremos que nuestros mejores enemigos nos traten con contemplaciones. Tampoco queremos que nos guarden miramientos aquellos a quienes amamos con todo nuestro corazón. ¡Dejadme, pues, deciros la verdad! ¡Hermanos míos en la guerra! Yo os amo de todo corazón. Yo fui y sigo siendo siempre vuestro semejante. Yo soy también vuestro mejor enemigo. ¡Dejadme deciros la verdad! No ignoro el odio y la envidia de vuestro corazón. No sois lo suficientemente grandes para no conocer el odio y la envidia. ¡Sed, pues, lo bastante grandes para no avergonzaros de ello! Y si no podéis ser los santos del conocimiento, sed, al menos, los guerreros. Los guerreros del conocimiento son los compañeros y los precursores de aquella santidad. Veo muchos soldados. ¡Que pueda ver muchos guerreros! Lo que llevan se llama «uniforme»; ¡que lo que ocultan bajo el uniforme! Vosotros debéis ser de los que buscan siempre con la mirada un enemigo, vuestro enemigo. Y en algunos de vosotros se descubre el odio a primera vista. Vosotros debéis buscar a vuestro enemigo y hacer vuestra guerra, una guerra para vuestros pensamientos. Y si sucumben vuestros pensamientos, a pesar de ello debe cantar victoria vuestra lealtad. Debéis amar la paz como un medio de nuevas guerras. Y la paz breve más que la prolongada. Os aconsejo la lucha y no el trabajo. Os aconsejo la victoria y no la paz. ¡Que vuestro trabajo sea una lucha, que vuestra paz sea una victoria! Uno no debe callarse ni permanecer tranquilo sino cuando se poseen flechas y un arco. De otra manera, se charla y disputa. ¡Que vuestra paz sea una victoria! ¿Decís que es la buena causa la que santifica incluso la guerra? Yo os digo: es la buena guerra la que santifica todas las causas. La guerra y el valor han hecho cosas más grandes que el amor al prójimo. No fue vuestra compasión sino vuestro arrojo lo que salvaron hasta hoy a las víctimas. «¿Qué es lo que está bien?», pre-

guntáis. Ser valiente: he aquí lo que está bien. Dejad para las jovencitas el decir: «Bien es lo que al mismo tiempo es bonito y emocionante.» Faltos de corazón se os llama. Pero vuestro corazón es sincero y yo amo el pudor de vuestra cordialidad. Vosotros sentís vergüenza de vuestro progreso y otros se sonrojan de su retroceso. ¿Que sois feos? ¡Pues bien, hermanos míos! ¡Envolveos en lo sublime: el manto de la fealdad! Cuando crece vuestra alma se hace impetuosa y hay maldad en vuestra elevación. Os conozco. Sólo deberéis tener enemigos para aborrecerlos y no para despreciarlos. Deberéis sentirnos orgullosos de vuestro enemigo; así, el éxito de vuestro enemigo será también el vuestro. La nobleza del esclavo es la rebelión. ¡Que vuestra nobleza sea la obediencia! ¡Que vuestro mismo mandato sea la obediencia! Un buen guerrero prefiere «tu debes» a «yo quiero». Y vosotros deberéis haceros mandar todo lo que amáis. Que vuestro amor por la vida sea el amor de vuestras más elevadas esperanzas y que vuestra más elevada esperanza sea el pensamiento más elevado de la vida. Permitidme que os ordene vuestro más elevado pensamiento. Helo aquí: el hombre es algo que debe ser superado. ¡Vivid así vuestra vida de obediencia y de guerra! ¡Qué importa la duración de la vida! ¿Qué guerrero querría ser objeto de contemplaciones? Yo no os trato con miramientos; yo os amo con todo mi corazón, hermanos míos en la guerra!

Así hablaba Zaratustra.

DEL NUEVO ÍDOLO

—**P**UEBLOS y rebaños todavía existen en alguna parte. Entre nosotros, hermanos míos, únicamente existen estados. ¿Qué es estado? ¡Atención! ¡Abrid los oídos! Voy a hablaros de la muerte de los pueblos. De todos los monstruos fríos, el más frío es el estado. Miente fríamente y he aquí la mentira que sale arrastrándose de su boca: «Yo, el estado, soy el pueblo.» ¡Mentira! Los que crearon los pueblos y

los que suspendieron sobre ellos una fe y un amor fueron creados. De ese modo servían a la vida. Destruidores son los hombres que arman trampas a las multitudes, llamando a esto un estado y suspendiendo por encima de ellos una espada y cien apetitos. Ahí donde exista un pueblo no se comprende al estado, y se le detesta como al mal de ojo o como a una transgresión de las costumbres y de las leyes. Os doy esta señal: cada pueblo tiene su propio lenguaje del bien y del mal; su vecino no lo comprende; se ha inventado este lenguaje para sus costumbres y sus leyes. Pero el estado miente en todas sus lenguas del bien y del mal; todo lo que dice es mentira y todo lo que tiene lo ha robado. Todo en él es falso; muerde con dientes robados, es insociable y reñidor. Hasta sus entrañas están falsificadas. Os doy este signo como signo del estado: una confusión de las lenguas del bien y del mal. En verdad, lo que indica este signo es la voluntad de la muerte. ¡Llama a los predicadores de la muerte! Demasiados hombres vienen al mundo. ¡El estado se ha inventado para los superfluos! ¡Mirad cómo atrae a los superfluos! ¡Cómo los enlaza, cómo los mastica y los requetemastica! «No hay nada más grande que yo sobre la tierra: yo soy el dedo de Dios», así aúlla el monstruo. ¡Y no son únicamente los que tienen las orejas largas y la vista baja los que caen de rodillas! ¡Ay! También en vosotros, ¡oh grandes almas!, murmura sus tétricas mentiras. ¡Ay! Adivina los corazones ricos que gustan de prodigarse. ¡Seguramente también os adivina a vosotros, vencedores del dios antiguo! ¡El combate os ha fatigado y ahora vuestra fatiga se ha puesto al servicio del nuevo ídolo! ¡El nuevo ídolo quisiera rodearse de héroes y de hombres honorables! ¡Al frío monstruo le agrada calentarse al sol de la buena conciencia! El nuevo ídolo quiere dároslo todo, si vosotros le adoráis. Así compra el brillo de vuestra virtud y la orgullosa mirada de vuestros ojos. ¡Vosotros debéis servirle de señuelo para los superfluos! ¡Sí, es la invención de una carrera infernal de un corcel de la muerte galopando sobre el adorno de los honores divinos! ¡Sí, es la invención de una muerte para la mayoría; una muer-

te que se alaba de ser vida, una servidumbre conforme al deseo de todos los predicadores de la muerte! El estado en todas partes es el lugar donde todos absorben los venenos: los buenos y los malos; donde todos, buenos y malos, se pierden; donde al lento suicidio se le llama «la vida». ¡Mirad a los superfluos! ¡Roban las obras de los inventores y los tesoros de los sabios; llaman civilización a su robo y todo se les convierte en enfermedad y desvarío! ¡Mirad a los superfluos! Siempre están enfermos; segregan bilis y a esto llaman periódicos. Se devoran y no pueden tragarse. ¡Mirad a los superfluos! Adquieren riquezas y se hacen con ello más pobres. ¡Quieren el poder estos impotentes! Y sobre todo, la palanca del poder: mucho dinero. ¡Mirad cómo trepan estos ágiles monos! Trepan los unos sobre los otros y se empujan hacia el fango y el abismo. Todos quieren acercarse al trono: es su locura; ¡cómo si la felicidad estuviera sobre el trono! A menudo, el fango está sobre el trono y—a menudo también—el trono está sobre el fango. Aparecen ante mí como locos, como monos trepadores e impetuosos. Su ídolo, este frío monstruo, huele mal; todos estos idólatras huelen mal. Hermanos míos: ¿queréis, pues, ahogaros con la exhalación de sus fauces y de sus apetitos? ¡Antes bien, romped los vidrios y saltad afuera! ¡Evitad el hedor! ¡Alejaos de la idolatría de los superfluos! ¡Evitad el hedor! ¡Alejaos de la humareda de estos sacrificios humanos! Todavía las grandes almas hallarán ante ellas la existencia libre. Quedan muchos lugares para los que viven solitarios o emparejados, lugares donde se respira el perfume de los mares silenciosos. Una ruta libre está siempre abierta para las grandes almas. Quien posee poco, en verdad, tanto menos es poseído. ¡Bendita sea la pequeña pobreza! Allí donde termina el estado, allí únicamente comienza el hombre que no es superfluo. Allí comienza la canción de la necesidad, melodía única y sin par. Allí donde acaba el estado..., ¡mirad, pues hermanos míos! ¿No veis el arcoiris y el puente del superhombre?

Así hablaba Zaratustra.

DE LAS MOSCAS DE LA PLAZA PÚBLICA

—¡REFÚGIATE en tu soledad, amigo mío! Te veo aturdido por el ruido de los grandes hombres y acribillado por los agujijones de los mediocres. En tu compañía sabrán callarse con dignidad la selva y las rocas. Aseméjate de nuevo al árbol que amas, al árbol de frondoso ramaje; suspendido sobre el mar; él te escucha silencioso. La plaza pública comienza donde termina la soledad. Y donde comienza la plaza pública comienza también el ruido de los grandes histriones y el zumbido de las moscas venenosas. Nada valen las mejores cosas del mundo sin alguien que las represente. Grandes hombres llama el pueblo a estos representantes. Comprende mal el pueblo lo que es grande, es decir, lo que crea. Pero tiene un sentido para todos los representantes, para todos los histriones de las grandes cosas. Alrededor de los inventores de los nuevos valores gira el mundo; gira invisiblemente. Alrededor de los histriones giran el pueblo y la gloria; así «va el mundo». El histrión tiene ingenio, pero poca conciencia del ingenio. Cree siempre en lo que le hace obtener los mejores efectos, en lo que mueve a las gentes a creer en él. Mañana tendrá una nueva fe y pasado mañana otra fe todavía más nueva. Tiene, como el pueblo, ágil el espíritu y pronto el cambio. Trastrocar: esto es lo que él llama demostrar. Volver loco: a esto le llama convencer. Y para él la sangre es el mejor de todos los argumentos. Califica de mentira y de nada a la verdad que no penetra sino en los oídos delicados. ¡En verdad, sólo cree en los dioses que meten mucho ruido en el mundo! ¡La plaza pública está llena de bufones alborotadores, y el pueblo se vanagloria de sus grandes hombres! Para él son los dueños del momento Pero el momento les apremia; por eso ellos te apremian a su vez. Exigen de ti un sí o un no. ¡Desgraciado de ti si quieres colocar tu asiento entre un para y un contra! No te sientas celoso de los espíri-

tus impacientes o absolutos, ¡oh amante de la verdad! Hasta ahora nunca ha ido la verdad a cogerse del brazo de los intransigentes. Deja a estas gentes precipitadas y retorna a tu tranquilidad de espíritu; únicamente en la plaza pública se ve uno exaltado por los «sí» o por los «no». Lo que sucede en las fuentes profundas sucede con calma. Es necesario que aguarden mucho tiempo para saber qué es lo que ha caído en su fondo. Todo lo que es grande sucede lejos de la plaza pública y de la gloria. Lejos de la plaza pública y de la gloria han permanecido siempre los inventores de los nuevos valores. ¡Huye, amigo mío, huye a tu soledad! Te veo acribillado por las moscas venenosas. ¡Huye a la altura donde sopla viento rudo y fuerte! ¡Huye a tu soledad! Demasiado has vivido al lado de los mediocres y de los lastimeros. ¡Huye delante de su invisible venganza! No quieren si no vengarse de ti. ¡No levantes más el brazo contra ellos! Son innumerables y tu destino no es ser cazamoscas. Innumerables son estos ruines y lastimeros; muchos edificios altivos fueron destruidos por gotas de agua y por malas hierbas. Tú no eres una piedra; pero ya te han resquebrajado muchas gotas. Y muchas gotas te rajarán y te quebrantarán todavía. Te veo cansado por las moscas venenosas. Te veo desgarrado y ensangrentado en muchos sitios. Y el orgullo desdeña encolerizarse. Querrían tu sangre con la mayor inocencia. Sus almas anémicas reclamaban tu sangre y pican con la mayor inocencia. Pero, tú que eres profundo, sufres demasiado profundamente aun con las pequeñas heridas. Antes que estés curado, habrá pasado sobre tu mano su gusano venenoso. Me parece demasiado orgulloso para matar estas moscas golosas. ¡Mas ten cuidado, no hayas sido destinado a recibir toda su venenosa injusticia! Zumban alrededor de ti, incluso te alaban. Importunidades; éstas son sus alabanzas. Quieren estar cerca de tu piel y de tu sangre. Te adulan como se adula a un dios o a un diablo. Lloriquean delante de ti, como un dios o un diablo. ¡Qué importa! Son aduladores y llorones, nada más. También acostumbran a menudo a estar amables contigo. Así actuó siempre la astucia de los cobardes.

¡Sí, los cobardes son astutos! Con su alma mezquina piensan mucho en ti: ¡les resultas siempre sospechoso! Todo lo que hace reflexionar mucho llega a hacerse sospechoso. Te castigan por todas tus virtudes. Sólo tus faltas perdonan de todo corazón. Como eres benévolo y justo, dices: «Son inocentes de su ruin existencia.» Pero su alma mezquina piensa: «Toda gran existencia es culpable.» Aún cuando tú eres benévolo para con ellos, se sienten despreciados por ti y pagan tus beneficios con malas acciones disimuladas. Tu orgullo sin palabras les contraría siempre. Se alegran cuando llegas a ser bastante modesto para ser vanidoso. Los excita todo cuanto apreciamos en un hombre. ¡Cuidate, pues, de los mediocres! En tu presencia se sienten pequeños y su bajeza arde contra ti en una invisible venganza. ¿No te has dado cuenta de que en cuanto te acercabas a ellos se callaban y sus fuerzas les abandonaban, como el humo a un fuego que se extingue? Sí, amigo mío: tú eres la mala conciencia de tus prójimos, porque ellos no son dignos de ti. Por eso te aborrecen y querrían chuparte la sangre. Tus prójimos siempre serán moscas venenosas. Tu grandeza es precisamente lo que debe hacerles cada vez más venenosos y más parecidos a las moscas. ¡Huye, amigo mío, a tu soledad, allí arriba donde sopla el viento rudo y fuerte! No es tu destino servir de caza moscas.

Así hablaba Zaratustra.

DE LA CASTIDAD

— **A**MO la selva. Es penoso vivir en las ciudades. Abundan demasiado en ellas los lascivos. ¿No es mejor caer entre las manos de un asesino que en los sueños de una mujer lasciva? Y, mirad, no obstante, a estos hombres: sus ojos demuestran que no conocen nada mejor sobre la tierra que acostarse con una mujer. Tienen fango en el fondo del alma. ¡Desdichados de ellos si hay espíritu en su fango! ¡Si al menos fuérais un animal perfecto! Pero para serlo

se necesita la inocencia. ¿Pensáis que os aconsejo matar vuestros sentidos? Os aconsejo la inocencia de los sentidos. ¿Os aconsejo, acaso, la castidad? Para algunos la castidad es una virtud. Pero para muchos otros es casi un vicio. Éstos tal vez son continentes; pero la turbia sensualidad se refleja, con evidencia, en todo cuanto hacen. Aun en las alturas de su virtud, hasta en la rigidez de su espíritu, este animal les acompaña con su discordia. ¡Y con qué aire tan lindo la turbia sensualidad sabe mendigar un trozo de espíritu cuando se le niega un pedazo de carne! ¿Os gustan las tragedias y cuanto desgarran el corazón? Yo desconfío de vuestra sensualidad. Con ojos excesivamente crueles y plenos de deseos contempláis a los que sufren: ¿no se habrá disfrazado vuestra lubricidad con el nombre de compasión? Además os ofrezco esta parábola: No pocos que intentaron expulsar a su demonio, fueron a parar a los puercos en su intento. Si la castidad pesa a algunos es preciso desviarla para que no llegue a transformarse en el camino del infierno. Es decir, del fango y de la hoguera del alma. ¿He hablado de cosas sucias? No es eso lo que hay de peor en mis ojos. Cuando la verdad es abyecta, y no cuando es sucia, al que busca el conocimiento no le agrada profundizar en sus aguas. En verdad, los hay que son castos hasta el fondo del alma. Son más dulces de corazón. Les gusta reír mejor y ríen más que vosotros. Se ríen igualmente de la castidad y preguntan: «¿Qué es la castidad? ¿No es la castidad una vanidad?» Pero esta vanidad ha venido a nosotros sin que la hayamos llamado. Hemos ofrecido a este desconocido la hospitalidad de nuestro corazón; ahora vive en nosotros, ¡que permanezca en él cuanto quiera!

Así hablaba Zaratustra.

DEL AMIGO

—«**A**quí siempre sobra uno. Llega un momento en que uno acaba convirtiéndose en dos.» Así piensa el solitario. Yo y mí siempre están conversando en asiduo diálogo ¿Cómo se tolerarían si no hubiese un amigo? El amigo para el solitario es siempre el tercero. El tercero es el flotador que impide que el coloquio de los otros dos se hunda hasta las profundidades. ¡Ay! Son innumerables las profundidades que existen para todos los solitarios. Por esto aspiran a un amigo y a la altura de un amigo. Nuestra fe en los demás descubre el objeto de nuestra fe en nosotros mismos. Nuestro deseo de un amigo revela nuestro pensamiento. Muchas veces el amor sólo sirve para saltar sobre la envidia. Muchas veces se ataca y se crea uno enemigos para ocultar que uno mismo es vulnerable. «¡Sé, al menos, mi enemigo!» Así habla el verdadero respeto, el que no se atreve a solicitar la amistad. Si se quiere tener un amigo es también preciso querer hacer la guerra en su favor. Y para hacer la guerra es necesario poder ser enemigo. Es necesario honrar al enemigo en el amigo. ¿Puedes acercarte a tu amigo sin pasar a su campo? En el amigo debe verse al mejor enemigo. Y cuando combatas contra él es cuando debes hallarte más cerca de su corazón. ¿No quieres disimular delante de tu amigo? ¿Quieres honrar a tu amigo mostrándote tal cual eres? Pues si lo haces así te mandará al diablo. El que no sabe disimular subleva. ¡Por esto hay que temer a la desnudez! ¡Ciertamente, si fuerais dioses podríais avergonzaros de vuestros vestidos! Nunca sabrás adornarte lo bastante para tu amigo; porque debes ser para él una flecha y una aspiración al superhombre. ¿Has visto ya dormir a tu amigo para que aprendas a conocerle? ¿Cómo es, pues, el rostro de tu amigo? Es tu propio rostro observado en un espejo grosero e imperfecto. ¿Has visto ya dormir a tu amigo? ¿No te ha espantado el aspecto que tenía? ¡Oh amigo mío! El hombre es

algo que debe ser superado. El amigo debe ser maestro en la adivinación y en el silencio. Tú no debes querer verlo todo. Tu dueño debe revelarte lo que hace tu amigo cuando está despierto. En tu piedad debes proceder por adivinación, para que sepas de antemano si tu amigo necesita de ella. Tal vez él ame en ti el semblante orgulloso y la mirada de eternidad. Es preciso que la compasión hacia el amigo se oculte bajo tosca envoltura y que abandones en ella un diente. Así tu compasión estará llena de delicadezas y de dulzuras. ¿Eres para tu amigo soledad y aire puro, pan y medicina? Hay quienes no pueden librarse de su propia cadena y, sin embargo, son salvadores para sus amigos. Si eres un esclavo no puedes ser un amigo. Si eres un tirano no puedes tener amigos. En la mujer han estado ocultos demasiado tiempo un esclavo y un tirano. Por esto la mujer no es todavía capaz de amistad: sólo conoce el amor. En el amor de la mujer hay injusticia y ceguera para todo lo que ella no ame. Y aun en el amor consciente de la mujer hay siempre—al lado de la luz—la sorpresa, el relámpago y la noche. La mujer no es todavía capaz de amistad. Gatas, esto es lo que son siempre las mujeres: gatas y pájaros. O, en el mejor de los casos, vacas. Todavía la mujer no es capaz de amistad. Pero, decidme vosotros, hombres: ¿quién de entre vosotros es capaz de amistad? ¡Hombres! ¡Maldición sobre vuestra pobreza y vuestra avaricia de alma! Lo que vosotros dais a vuestros amigos quiero yo darlo a mis enemigos, sin hacerme más pobre por ello. Hay camaradería: ¡que haya amistad! Así hablaba Zaratustra.

DE LOS MIL Y UN OBJETO

—SI Zaratustra ha descubierto el bien y el mal de muchos pueblos, es porque ha conocido el bien y el mal de muchos países. El bien y el mal es el poder más grande sobre la tierra que ha encontrado Zaratustra. Sin apreciar los valores no podría vivir ningún pueblo. Pero si quiere conservarse no debe

apreciarlos en igual forma que el vecino. Muchas cosas que el pueblo consideraba como buenas eran ridículas y vergonzosas para otros. Muchas cosas que aquí se consideraban malas allí eran cubiertas con el manto de púrpura de los honores. Un vecino nunca ha comprendido al otro. Su alma está constantemente asombrada de la locura y la perversidad de su vecino. Por encima de cada pueblo está suspendido un índice de valores. Es el índice de sus triunfos, es la voz de su voluntad de poder. Es honroso lo que le parece difícil. Llaman bien a lo que es indispensable y difícil. Y santifica lo raro y difícil si lo libera de la más profunda angustia. Lo que le hace reinar, vencer y brillar, lo que excita el horror y la envidia de su vecino, esto es lo que ocupa para él el primero y más elevado lugar; lo que es la medida y el sentido de todas las cosas. Cuando tengas conciencia, hermano mío, de las necesidades y de los terrenos de un pueblo, cuando conozcas su cielo y su vecino, entonces adivinarás también la ley que preside sus victorias sobre sí mismo, y sabrás por qué eleva a determinado grado sus esperanzas. «Es preciso que siempre seas el primero y que superes a los demás: tu alma celosa no debe amar sino al amigo.» Esto hizo temblar el alma de un griego y le hizo ascender por el sendero de la grandeza. «Decir la verdad y saber manejar bien el arco y las flechas.» Esto parecía costoso y difícil igualmente al pueblo de donde procede mi nombre; este nombre que al mismo tiempo es caro y difícil. «Honrar padre y madre, estar a ellos sometido hasta las raíces del alma»: este índice de victorias sobre uno mismo, lo suspendió otro pueblo por encima de sí mismo, y llegó a hacerse poderoso y eterno. «Ser fiel y dar por la fidelidad su sangre y su honor, aun tratándose de cosas malas y peligrosas.» Con esta enseñanza se superó otro pueblo, y al superarse así, llegó a verse henchido y colmado de grandes esperanzas. En verdad, los hombres se dieron a sí mismos su bien y su mal. En verdad, no los tomaron ni los encontraron ni los escucharon como una voz caída del cielo. El hombre fue quien puso los valores sobre las cosas a fin de sobrevivir. ¡Fue él quien creó el sentido

de las cosas, un sentido humano! Por esto se llamaba «hombre»; es decir, el que valúa. Evaluar es crear. Vosotros: ¡escuchad: sois creadores! Vuestra evaluación convierte en tesoros y joyas todas las cosas evaluadas. El valor se establece por la evaluación. Sin ella, la nuez de la existencia sería vana. ¡Escuchad, pues, vosotros que sois creadores! Los valores cambian cuando el creador se transforma. Quien debe crear tiene siempre que destruir. Al principio los pueblos eran los creadores; únicamente más tarde lo fueron los individuos. En verdad, el individuo, él mismo, es la más joven de las creaciones. En lejanos tiempos, los pueblos suspendieron por encima de ellos un índice del bien. El amor que quiere dominar y el amor que quiere obedecer crearon conjuntamente tales índices. Más antiguo que el placer del individuo es el placer del rebaño. Y, en tanto que la buena conciencia se llama rebaño, la mala conciencia únicamente dice: Yo. En realidad, el yo astuto, el yo sin amor que busca su bien en el bien de la mayoría, no es el origen del rebaño, sino su extinción. Siempre fueron fervientes creadores los que crearon el bien y el mal. El fuego del amor y el fuego de la ira arden bajo el nombre de todas las virtudes. Zaratustra vio muchos países y muchos pueblos. No halló poder mayor sobre la tierra que la obra de los fervientes: «bien» y «mal»: he aquí el nombre de este poder. En verdad, el poder de estas alabanzas y de estas censuras es parecido a un monstruo. Decidme, hermanos míos, ¿quién derribará este monstruo? Decidme, hermanos míos, ¿quién arrojará una cadena sobre las mil cervices de esta bestia? Mil metas ha habido hasta hoy porque ha habido mil pueblos. Sólo falta la cadena de las mil cervices. Falta la meta única. Todavía carece de meta la humanidad. Pero, hermanos míos, decidme: si la humanidad carece de meta, ¿no está ella misma en falta?

Así hablaba Zaratustra.

DEL AMOR AL PRÓJIMO

—TENÉIS prisa por acercaros al prójimo y prodigarle hermosas palabras. Yo os digo que vuestro amor al prójimo es vuestro desamor a vuestra propia persona. Acudís hacia el prójimo para huir de vosotros mismos y de ello desearíais hacer una virtud. Pero yo me doy cuenta de vuestro «desinterés». El tú es más antiguo que el yo. El tú está santificado; pero todavía no el yo. Por eso el hombre se apresura a acercarse a su prójimo. ¿Quiere decir esto que os aconseje el amor al prójimo? ¡Mas bien os aconsejaría la huida del prójimo y el amor del futuro! Por encima del amor al prójimo se encuentra el amor del futuro, de lo que está por venir. Por encima del amor del hombre yo coloco el amor por las cosas y por los fantasmas. Este fantasma que corre por delante de ti, hermano mío, este fantasma es más hermoso que tú. ¿Por qué no le prestas tu rostro y tus huesos? Pero sientes miedo y huyes hacia tu prójimo. No sabéis soportaros a vosotros mismos ni os amáis lo suficiente. Por esto querriais seducir a vuestro prójimo con vuestro amor y dorraros con su engaño. Quisiera que toda especie de prójimos y los vecinos de estos prójimos llegaran a seros insoportables. Tendriais necesidad, entonces, de crear por vosotros mismos un amigo de corazón desbordante. Cuando queréis hablar bien de vosotros mismos invitáis a un testigo, y cuando le habéis inducido a pensar bien de vosotros, sois vosotros quienes pensáis bien de vosotros mismos. Sólo quien habla contra su conciencia, y sobre todo el que habla contra su conciencia, no miente. Y cuando así habláis de vosotros en vuestras relaciones, engañáis al vecino sobre vosotros mismos. Así habla el loco: «El trato con el hombre echa a perder el carácter, sobre todo cuando se carece de él.» El uno va hacia el prójimo porque se busca a sí mismo; el otro, porque quiere olvidarse. Vuestro desamor de vosotros mismos convierte en una prisión vuestra soledad. Son los más

lejanos los que pagan vuestro amor al prójimo. Cuando estáis cinco reunidos siempre hacéis morir a un sexto. Tampoco amo vuestras fiestas: he encontrado en ellas demasiados comediantes, y hasta los espectadores se comportan como histriones. Yo no os muestro al prójimo, sino al amigo. Que el amigo resulte la fiesta de la tierra y un presentimiento del superhombre. Yo os muestro al amigo y a su corazón exuberante. Pero es preciso saber ser como una esponja cuando se quiere ser amado por corazones desbordantes. Yo os muestro al amigo que lleva en sí un mundo acabado de hacer: la corteza del bien; al amigo creador que siempre tiene para ofrecer un mundo realizado. Y lo mismo que para él se ha desenvuelto el mundo, y ha vuelto a enrollarse de nuevo, así llegará a conseguirse el bien y el mal y el objeto por la casualidad. Que el porvenir y lo que está más lejano sean para ti la razón de ser de tu hoy. Debes amar al superhombre en tu amigo como la razón de ser. Hermanos míos: yo no os aconsejo el amor al prójimo. Yo os aconsejo el amor a lo más lejano.

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS CAMINOS DEL HOMBRE CREADOR

— ¿Es tu propósito, hermano mío, retirarte a la soledad? ¿Deseas buscar el camino que te conduzca hacia ti mismo? Espera todavía un momento y escúchame: «Quien busca, fácilmente se pierde. Todo aislado es una culpa», así habla el rebaño. Y durante mucho tiempo tú has formado parte del rebaño. Todavía ha de resonar en ti la voz del rebaño. Y cuando tú digas: «Mi conciencia ya no será más como la vuestra», sonarán tus palabras a manera de queja y lamento. He aquí: esta conciencia parió también este dolor y el último resplandor de esta conciencia alumbra todavía tu aflicción. Pero tú quiere seguir la voz de tu aflicción, que es la voz que conduce hasta ti mismo. ¡Demuéstrame, pues, que estás en posesión del derecho y de la fuerza!

¿Eres tú una nueva fuerza y nuevo derecho? ¿O eres un primer movimiento? ¿O una rueda que gira sobre sí misma? ¿Puedes obligar a las estrellas a que giren alrededor de ti? ¡Ay! Son tantas las codicias que quieren elevarse hasta las alturas! ¡Tantos los movimientos desordenados de los ambiciosos! ¡Demuéstrame que no te encuentras ni entre los que codician ni entre los ambiciosos! ¡Ay! ¡Existen tantos grandes pensamientos que sólo actúan como una vejiga inflada! Cuanto más se inflan se hacen más vacíos. ¿Te llamas libre? Quiero que me digas tu pensamiento más importante y que no te has escapado de un yugo. ¿Eres alguien que tuvo el derecho de liberarse de un yugo? Hay quienes pierden su último valor al sacudirse de una servidumbre. ¿Libre, de qué? ¡Qué importa esto a Zaratustra! ¡Pero tu límpida mirada debe anunciarme: ¿libre, para qué? ¿Puedes señalarte a ti mismo tu bien y tu mal y suspender tu voluntad por encima de ti como una ley? ¿Puedes ser tú el vengador y el juez de tu propia ley? Es terrible permanecer a solas con el juez y el vengador de su propia ley. Como una estrella proyectada en el vacío y en la helada atmósfera de la soledad. Hoy todavía te atormenta el número, a ti, el único. Hoy todavía posees todo tu valor y todas tus esperanzas. Sin embargo, tu soledad te fatigará un día. Tu orgullo se doblegará y tu valor rechinará los dientes. Un día gritarás: «¡Estoy solo!» Un día no verás más tu elevación, y tu bajeza estará demasiado cerca de ti. Lo que hay en ti de sublime te causará miedo, como un fantasma. Un día gritarás: «¡Todo es falso!» Hay sentimientos que quieren matar al solitario. Si no consiguen medrar, tendrán que perecer a su vez. Pero ¿eres tú capaz de ser asesino? Hermano mío: ¿conoces ya la palabra «desprecio»? ¿Conoces el dolor de tu justicia que te obliga a ser justo para con los que te desprecian? Tú obligas a muchas personas a cambiar de parecer acerca de ti. Por ello para siempre estarán resentidos contigo. Te les has acercado, pero seguiste de largo. Esto nunca te lo perdonarán. Los has superado. Pero cuanto más te elevas más pequeño pareces a los ojos de los envidiosos. Mas a quien odian sobre todos es a aquel que

se remonta en los aires. «¡Cómo podríais vosotros ser justos conmigo!» Debes decir: «He elegido para mí vuestra injusticia como la parte que me es debida.» Injusticia y basura: esto es lo que arrojan al solitario. Sin embargo, hermano mío, si quieres ser una estrella, es preciso que, a pesar de todo, los ilumines! ¡Y prevenite de los buenos y de los justos! Les complace crucificar a los que inventan su propia virtud; aborrecen al solitario. ¡Cuídate, asimismo, de la santa simplicidad! Todo lo que no es simple les parece impío. Les complace jugar con el fuego, con las hogueras. ¡Y cuídate de los impulsos de tu amor! El solitario tiende la mano con demasiada prisa a todo lo que se encuentra en su camino. Hay hombres a quienes no debes ofrecer la mano, sino únicamente el pie; y yo quisiera que tu pie también tuviese garras de afiladas uñas. Pero el enemigo más peligroso que puedas encontrar será siempre «tú mismo». Eres «tú mismo» quien te acecha en las cavernas y en las selvas. Solitario: ¡tú sigues el camino que conduce a ti mismo! Y tu camino, ¿pasa delante de ti mismo y delante de tus siete demonios? Serás herético hacia ti mismo; brujo y adivino; loco e incrédulo; impío y malvado. Es preciso que quieras consumirte en tu propia llama. ¿Cómo querrías renovarte sin reducirte previamente a cenizas? Solitario: tú sigues el camino del creador. ¡Tú quieres crearte un dios de tus siete demonios! Solitario: tú sigues el camino del amante. Te amas a ti mismo y por eso te desprecias como sólo precisan los amantes. El que ama ansía crear porque desprecia. No sabe nada de amor quien no ha tenido que despreciar lo que más amaba. Vete a tu soledad, hermano mío, con tu amor y tu creación. Y a la tarde te seguirá la justicia arrasando la pierna. Vete a la soledad con mis lágrimas, ¡oh hermano mío! Yo amo a quien quiere crear algo más elevado que él y que en ello perece.

Así hablaba Zaratustra.

DE LAS MUJERES VIEJAS Y LAS MUJERES JÓVENES

—ZARATUSTRÁ: ¿Por qué te deslizas furtivamente en el crepúsculo? ¿Qué es lo que ocultas tan cuidadosamente bajo tu manto? ¿Acaso es un tesoro que te han entregado? ¿O bien es un niño que te ha nacido? ¿Cómo es que ahora sigues tú mismo la senda de los ladrones? ¿Eres ahora el amigo de los malvados?

Y Zaratustra respondió:

—En efecto, hermano mío, es un tesoro lo que me han entregado: es una pequeña verdad. Esto es lo que traigo. Pero es traviesa como un niño pequeño y si no le cubriera la boca, gritaría con todas sus fuerzas. Cuando, solitario, seguía hoy mi camino, a la hora en que el sol se oculta encontré a una vieja que habló así a mi alma: «Zaratustra ha hablado muchas veces, incluso a nosotras las mujeres; pero nunca nos ha hablado de la mujer.» Yo le he respondido: «No es preciso hablar de la mujer sino a los hombres sólo.» «A mí también puedes hablarme de la mujer—insistió la anciana—, ya soy lo bastante vieja para olvidar en seguida todo lo que me hayas dicho.» Accedí a los deseos de la vieja y le dije: «En la mujer todo es un enigma. Pero existe una palabra para este enigma: preñez. El hombre es para la mujer un medio; él es siempre el hijo. Pero, ¿qué es la mujer para el hombre? El verdadero hombre pretende dos cosas: el peligro y el juego. Por eso quiere a la mujer, que es el juguete más peligroso. El hombre debe ser educado para la guerra, y la mujer, para solaz del reposo del guerrero. Todo lo demás es locura. Al guerrero no le agradan los frutos demasiado dulces. Por esto ama a la mujer. La mujer más dulce deja siempre un sabor amargo. La mujer comprende a los niños mejor que el hombre. Pero el hombre es más niño que la mujer. En todo verdadero hombre se oculta un niño, un niño que quiere jugar. ¡Vamos, mujeres; descubrid al niño que hay en el hombre! ¡Que la mujer sea un juguete, menudo y puro, parecido al

diamante, irradiando las virtudes de un mundo que todavía no existe! ¡Que el brillo de una estrella resplandezca en vuestro amor! Que vuestra esperanza diga: «¡Oh, que yo dé al mundo al superhombre!» ¡Que haya valentía en vuestro amor! Por lo demás, armadas de vuestro valor iréis delante de quien os inspira miedo! ¡Que pongáis vuestro honor en vuestro amor! Aunque la mujer entiende poco de cosas de honor. Pero, cifrad vuestro honor en amar siempre más de lo que seáis amadas, en no quedar nunca en segundo lugar. Que el hombre tema a la mujer cuando ella odie; porque, en el fondo de su corazón, el hombre es simplemente inclinado al mal; pero la mujer es malvada. «¿Qué es lo que más odia la mujer?» Así decía el hierro al imán: «Te odio, más que nada, porque me atraes, sin que poseas fuerza suficiente para unirme a ti.» La felicidad del hombre es: yo quiero. La felicidad de la mujer es: él quiere. «¡Ya el mundo se ha hecho perfecto!» Así piensan todas las mujeres cuando obedecen a la plenitud de su amor. Y es preciso que la mujer obedezca y que encuentre una profundidad para su superficie. El alma de la mujer es superficie: una capa de agua móvil y tormentosa sobre un bajo fondo. Pero el alma del hombre es profunda. Sus agitaciones breman en las cavernas subterráneas. La mujer presiente el poder del hombre, pero no lo comprende. Entonces la vieja me respondió: «Zaratustra ha dicho muchas y muy lindas cosas, sobre todo para las que son bastante jóvenes para entenderle. ¡Cosa extraña, Zaratustra conoce poco a las mujeres y, sin embargo, está en lo cierto cuando habla de ellas! ¿Obedecerá esto a que nada es imposible entre las mujeres? ¡Y ahora recibe, en recompensa, una pequeña verdad!: Soy lo bastante vieja para decírtela! Cúbrela bien y ciérrale el pico; si no, chillará demasiado fuerte esta pequeña verdad.» «¡Dame, mujer, tu pequeña verdad!», exclamé. Y he aquí lo que me respondió la anciana: «¿Vas con las mujeres? ¡No olvides el látigo!»

Así hablaba Zaratustra.

DE LA MORDEDURA DE LA VÍBORA

CIERTO día caluroso, Zaratustra dormía bajo una higuera cubriéndose el rostro con el brazo, cuando una víbora le mordió en el cuello, haciéndole lanzar un grito de dolor. Al descubrirse el rostro, contempló a la serpiente. Entonces la víbora reconoció los ojos de Zaratustra, se retorció torpemente y pretendió retirarse.

—¡De ningún modo—exclamó Zaratustra—todavía no te he dado las gracias. Me has despertado a tiempo. Todavía me queda mucho camino por recorrer:

—Poco tienes ya que caminar—expresó tristemente la víbora—, mi veneno mata.

Sonrió Zaratustra y dijo:

—¿De cuándo acá un dragón ha muerto por el veneno de una serpiente? Pero, ¡recobra tu veneno! No eres lo suficientemente rica para ofrendármelo.

Entonces la víbora volvió a enrollarse alrededor de su cuello y le lamió la herida.

Cuando Zaratustra contaba este episodio a sus discípulos, éstos le preguntaron:

—¿Y cuál es la moraleja de tu historia, Zaratustra?

Zaratustra les respondió:

—Los buenos y los justos me llaman el destructor de la moral. Mi historia es inmoral. Pero si tenéis un enemigo no le devolváis bien por mal, porque se sentirá humillado. Demostradle, al contrario, que os ha hecho un bien. Y mejor que humillaros, encolerizaos. Y cuando se os maldiga, no me agrada que queráis bendecir. ¡Antes bien, maldecid un poco por vuestra parte! Y si se os inflige una gran injusticia, corresponded por vuestra parte con cinco pequeñas. Es horrible ver a quien no es oprimido sino por la injusticia. ¿Sabíais ya esto? Injusticia repartida es semiderecho. ¡Y el puede llevar la injusticia debe tomarla sobre sí! Más humano es vengarse un poco que abstenerse de la venganza. Y si el castigo no es al mismo tiempo un derecho y un honor concedidos,

al transgresor, yo no quiero vuestro castigo. Más noble es ser injusto para uno mismo que quedarse con la razón, sobre todo cuando se tiene razón. Solamente que es necesario ser bastante rico para eso. No me agrada vuestra fría justicia: siempre se transparenta en los ojos de vuestros jueces, la mirada del verdugo y de su helada cuchilla. Decidme, pues, ¿dónde se encuentra la justicia que es amor con los ojos clarividentes? ¡Indicadme, pues, el amor que soporta, no solamente todos los castigos, sino también todas las culpas! ¡Mostradme la justicia que absuelve a todos menos a quien juzga! ¿Queréis que os diga todavía esto? En quien quiere ser justo hasta el fondo del alma la mentira misma se transforma en filantropía. Pero, ¿cómo sabría yo ser justo hasta el fondo del alma? ¿Cómo podría yo dar a cada uno lo suyo? Que le sea suficiente esto: Yo doy a cada uno lo mío. En fin, hermanos míos, guardaos de ser injustos con los solitarios. ¿Cómo podría olvidar un solitario? ¿Cómo podría restituir? Un solitario es un pozo profundo. Es fácil arrojar en él una piedra; pero si cae hasta el fondo, decidme: ¿quién podrá retirarla? Cuidaos de injuriar al solitario. Pero, si le habéis agraviado, ¡matadle, si es preciso!

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS HIJOS Y DEL MATRIMONIO

—UNA pregunta de hombre a hombre quiero formularle a ti, hermano mío. Arrojaré esta pregunta en tu alma como una sonda para conocer su profundidad. Eres joven y deseas una mujer y un hijo. Pero, yo te pregunto: ¿Eres tú un hombre que tenga el derecho de engendrar un hijo? ¿Eres tú el triunfador, el vencedor de ti mismo, el soberano de tus sentidos y el dueño de tus virtudes? ¿O bien, es tu deseo el grito del animal y de la indigencia? ¿O el temor a la soledad? ¿O la discordia contigo mismo? Yo quiero que tu victoria y tu libertad aspiren a perpetuarse por el hijo. Debes construir monumentos vivientes

a tus victorias y a tu liberación. Debes construir algo más elevado que tú. Pero es preciso, previamente, que te hayas construido tú mismo, macizo de los pies a la cabeza. No debes propagar solamente tu raza más lejos, sino también más alto. Que el jardín del matrimonio te sirva para esto. Debes crear un cuerpo de esencia superior, un primer movimiento, una rueda que gire sobre sí misma. Debes crear un creador. Matrimonio: yo entiendo por tal la voluntad de dos de crear lo único que es más que los que lo han creado. Mutuo respeto, esto es el matrimonio; respeto de los que coinciden en tal voluntad. Que éste sea el sentido y la verdad de tu matrimonio. Pero lo que los inútiles, la multitud de los superfluos, llaman matrimonio, ¿cómo lo llamaría yo? ¡Ay! ¡Qué pobreza de un alma para dos! ¡Qué impureza de un alma para dos! ¡Ay, qué miserable satisfacción entre dos! Matrimonio, así llaman ellos a todo esto. Y dicen que sus uniones han sido selladas en el cielo. Pues bien: ¡yo quiero este cielo de los superfluos! ¡No quiero a estos animales enganchados en la red celestial! ¡Lejos de mí, igualmente, el dios que ha llegado cojeando para bendecir lo que ha unido! ¡No riáis de semejantes matrimonios! ¿Cuál es el hijo que no tendría razón para llorar por causa de sus padres? Este hombre me parece maduro y respetable para alcanzar el sentido de la tierra; pero cuando vi a su mujer, la tierra me pareció una mansión para insensatos. Sí. Yo quisiera que la tierra fuera sacudida por convulsiones cuando veo emparejarse a un santo con una oca. Este otro partió como un héroe en busca de verdades y sólo capturó una pequeña mentira adornada. A esto llama él su matrimonio. Tal otro era reservado en sus relaciones y difícil en su elección. Pero, de un golpe, ha echado a perder para siempre su sociedad. A esto llama él su matrimonio. Tal otro buscaba una sirvienta con las virtudes de un ángel. Pero de repente él se transformó en sirviente de una mujer y ahora le haría falta transformarse en ángel. Por todas partes no he visto sino compradores llenos de precauciones y todos tienen astutos ojos. Pero el más astuto compra a su mujer como a gato encerrado en su saco.

Muchas locuras breves: he aquí a lo que llaman amor. Y vuestro matrimonio pone fin a todas ellas, con una larga tontería. Vuestro amor por la mujer y el amor de la mujer por el hombre: ¡Oh! ¡Que se compadezcan los dioses dolientes y ciegos! Casi siempre es un animal que presiente al otro. Sin embargo, vuestro mejor amor es sólo una imagen extasiada y un doloroso ardor. Es una antorcha que debe iluminar para vosotros los caminos superiores. ¡Deberéis de amar un día más allá de vosotros mismos! ¡Aprended, pues, a amar de antemano! Por esto os fue necesario beber el amargo cáliz de vuestro amor. Hay amargura en el cáliz, aun en el cáliz del mejor amor. Así es como despierta en ti el deseo del superhombre. Así despierta en ti la sed, ¡oh creador! Sed del creador, flecha y deseo del superhombre; dime, hermano mío: ¿es ésta tu voluntad del matrimonio? Yo santifico tal voluntad y tal matrimonio.

Así hablaba Zaratustra.

DE LA MUERTE VOLUNTARIA.

—**M**UEREN muchos demasiado tarde y algunos mueren demasiado pronto. «¡Morir a tiempo!», es una doctrina que todavía resuena extraña en muchos oídos. Morir a tiempo: he aquí lo que enseña Zaratustra. Ciertamente es que quien nunca vivió a tiempo no sabría morir a tiempo. ¡Que no nazca nunca!: he aquí lo que yo aconsejaría a los superfluos. Pero, hasta los superfluos se hacen los importantes con su muerte, y hasta la nuez más hueca pretende ser cascada. Todos conceden importancia a la muerte. Pero para ellos la muerte no es todavía una fiesta. Los hombres no saben nada todavía de cómo se consagran las más bellas fiestas. Yo os muestro la muerte que consagra, la muerte que es un agujijón y una promesa para los vivientes. Quien se realiza enteramente muere de su muerte, victorioso, triunfante, rodeado de los que esperan y prometen. ¡Así debería aprenderse a morir! ¡No debería haber fies-

ta sin que el moribundo consagrarse los juramentos de los vivientes! Lo mejor es morir así. O, si no, morir en el combate y esparcir un alma grande. Pero, tanto para el combatiente como para el victorioso, es aborrecible vuestra gesticulante muerte, que avanza arrastrándose como un ladrón y que, sin embargo, viene como dueña. Os hago el elogio de mi muerte, de la muerte voluntaria, que viene a mí porque yo quiero. ¿Y cuándo querré? Quien tiene un objeto y un heredero quiere la muerte a tiempo para objeto y heredero. Y, por respeto al objeto y al heredero, no colgará más coronas marchitas en el santuario de la vida. En verdad, no quiero asemejarme a los cordeleros: estiran sus hilos a lo largo y ellos marchan siempre hacia atrás. También hay quienes llegan a hacerse demasiado viejos para sus verdades y sus victorias: una boca desdentada ya no tiene derecho a todas las verdades. Y todos cuantos buscan la gloria deben, en momento oportuno, despedirse del honor y practicar el difícil arte de marcharse a tiempo. Preciso es cesar de dejarse comer en el momento en que más apetitoso os encuentran. Esto lo saben quienes desean ser amados mucho tiempo. También hay manzanas agrias, cuyo destino es esperar hasta el último día del otoño. Y llegan a hacerse al mismo tiempo maduras, amarillas y arrugadas. El corazón es lo que envejece primero en algunos; en otros, es espíritu. Y algunos son ya viejos en su juventud. Pero cuando se es joven muy tarde, permanece uno joven mucho tiempo. Hay algunos con la vida malograda: un gusano venenoso les roe el corazón. Que prueben, por lo menos, a tener más éxito en su muerte. Otros, nunca llegan a estar en sazón; se pudren ya en el verano. Es la cobardía lo que les retiene en la rama. Hay demasiados que viven y continúan un tiempo excesivo colgados de su rama. ¡Que venga una tempestad y sacuda del árbol, todo lo que esté agusanado y podrido! ¡Vengan los predicadores de la muerte rápida! ¡Ellos serían las verdaderas tempestades que sacudirían el árbol de la vida! Pero sólo oigo predicar la muerte lenta y la paciencia para todo lo «terrestre». ¡Ay! ¿Predicáis la paciencia para todo

lo que es terrestre? ¡Quien tiene demasiada paciencia con vosotros es lo terrestre, blasfemos! En verdad, murió prematuramente este hebreo a quien honran los predicadores de la muerte lenta, y para muchos fue una fatalidad que muriera demasiado pronto. Jesús no conocía aún sino las lágrimas y la tristeza del hebreo, juntamente con el odio de los buenos y los justos. Y he aquí que, de improviso, le acometió el deseo de la muerte. ¿Por qué no se quedó en el desierto, lejos de los buenos y de los justos? Tal vez hubiera aprendido a vivir y amar la tierra, ¡y también a reír! ¡Creedme, hermanos míos! Murió demasiado pronto; si hubiera vivido hasta mi edad, él mismo se hubiera retractado de su doctrina. ¡Era lo bastante noble para retractarse! Pero, no estaba todavía maduro. El amor del joven carece de madurez: ésta es la razón de que odie a los hombres y a la tierra. Tiene todavía el alma y las alas del pensamiento pesadas y encadenadas. El hombre tiene más de niño y menos de tristeza que el joven: el hombre comprende mejor la vida y la muerte. ¡Que vuestra muerte no sea una blasfemia contra el hombre y la tierra, ¡oh amigos míos! Tal es la gracia que imploro de la miel de vuestra alma. ¡Que en vuestra agonía, vuestro espíritu y vuestra virtud lancen un último resplandor, como crepúsculo que inflama la tierra! Si no, vuestra muerte os habrá malogrado. Así quiero morir yo mismo, a fin de que améis la tierra por mi causa, ¡oh amigos míos! Y quiero retornar a la tierra para encontrar un reposo en la que me ha engendrado. En efecto, Zaratustra perseguía una meta. Hacia esa meta ha lanzado su pelota. Ahora, amigos míos, vosotros heredáis mi meta; a vosotros es a quienes lanzo mi pelota de oro. ¡Sobre todas las cosas prefiero veros lanzar la pelota de oro, amigos míos! Por esto permanezco todavía un poco más sobre la tierra: ¡perdonádmelo!

Así hablaba Zaratustra.

DE LA VIRTUD DADIVOSA

1

MUCHOS que se proclamaban sus discípulos, acudieron a despedir a Zaratustra cuando abandonó la ciudad que amaba su corazón y cuyo nombre es Vaca Multicolor. Llegaron así a una encrucijada y Zaratustra les declaró que deseaba proseguir solo su camino, porque era amigo de las marchas solitarias. Al despedirlo, sus discípulos le ofrecieron como homenaje un bastón cuyo puño de oro representaba una serpiente enroscada alrededor del sol. Zaratustra se alegró y se apoyó en el bastón y habló así a sus discípulos:

—Decidme: ¿por qué el oro ha llegado a ser el valor más alto? Porque es raro e inútil, reluciente y agradable en su brillo. Se entrega siempre. Únicamente como símbolo de la más alta virtud alcanzó el oro el valor máximo. Brillante como el oro es la mirada de quien da. El brillo del oro afirma la paz entre la luna y el sol. Rara e inútil es la más alta virtud, reluce con agradable brillo. La virtud máxima es la virtud que da. En efecto, os adivino, discípulos míos: vosotros aspiráis, como yo, a la virtud dadivosa. ¿Qué es lo que tenéis de semejante con los gatos y con los lobos? Tenéis sed de transformaros, vosotros mismos, en ofrendas y en regalos. Por eso tenéis sed de acumular todas las riquezas en vuestras almas. Vuestra alma es insaciable para desear los tesoros y las joyas, porque vuestra virtud es insaciable en ansia de dar. Vosotros forzáis a todas las cosas a aproximarse y a penetrar en vosotros, con el fin de que renazcan de vuestro manantial, como los dones de vuestro amor. En verdad, es indispensable que tal amor dadivoso se haga el pirata de todos los valores. Pero, a este egoísmo yo lo denomino sano y sagrado. Además, hay otro egoísmo, harto pobre y famélico. Un egoísmo que quiere siempre robar: es el egoísmo de los enfermos, el egoísmo enfermo. Observa con ojos de ladrón

todo lo que reluce. Mide con la avidez del hambre a quien tiene abundancia para comer, y se arrastra siempre alrededor de la mesa del dadivoso. Tal envidia es el grito de la enfermedad, la voz de una oculta degeneración. En este egoísmo, la envidia que incita a robar revela un cuerpo enfermo. ¿No es la degeneración, hermanos míos, la peor de todas las cosas? Cuando el alma dadivosa está ausente caemos en la degeneración. Nuestro camino se dirige hacia las alturas, de la especie a la superespecie. Nos estremece el sentido degenerado; nos horroriza el sentido que dice: «Todo para mí.» Nuestro sentido se eleva hacia las alturas. Así se convierte en el símbolo de nuestro cuerpo, el símbolo de una elevación. Los símbolos de estas elevaciones llevan los nombres de las virtudes. De este modo, el cuerpo cruza la historia, se transforma y lucha. ¿Y el espíritu qué es para el cuerpo? Es el heraldo de las luchas y de las victorias del cuerpo, su compañero y su eco. Todos los nombres del bien y del mal son símbolos: no dicen nada, gesticulán. ¡Quien quiera exigirles condimento está loco! Hermanos míos: estad atentos a las horas cuando vuestro espíritu quiera hablar mediante símbolos: ahí está la fuente de vuestra virtud. Es entonces cuando vuestro cuerpo se eleva y resucita; cuando arrebatada al espíritu con su felicidad para que llegue a hacerse creador para que valore y ame, para que sea el bienhechor de todas las cosas. Cuando como caudaloso río vuestro corazón desborde bendición y peligro para los ribereños, ahí está el origen de vuestra virtud. Cuando vosotros mismos os eleváis por encima de la alabanza y de la censura, y cuando vuestra voluntad, la voluntad de un hombre que ama, quiere dirigir todas las cosas, ahí está el origen de vuestra virtud. Cuando despreciáis lo que es agradable: el lecho blando; y cuando para reposar, nunca os consideráis lo suficientemente lejos de la molición, ahí está el origen de vuestra virtud. Cuando sólo poseís una voluntad única y cuando el cambio de todo dolor es para vosotros una necesidad, ahí está el origen de vuestra virtud. ¡En realidad, esto es un nuevo «bien y mal»! ¡En realidad, esto es un nuevo rumor profundo, la

voz de un nuevo manantial! Esta nueva virtud confiere poder. Es un pensamiento soberano. Adherida a este pensamiento, un alma prudente: un sol de oro y en torno suyo, la serpiente del conocimiento.

2

GUARDÓ Zaratustra breve silencio y contempló amorosamente a sus discípulos. Luego, prosiguió hablando con otro tono de voz:

—¡Permaneced fieles a la tierra, hermanos míos, con todo el poder de vuestra virtud! ¡Que sirvan al sentido de la tierra vuestro amor y vuestro conocimiento! Os lo suplico y os lo encarezco. ¡No dejéis volar a vuestra virtud lejos de las cosas terrestres y golpear con sus alas los muros eternos! ¡Ay! ¡Hubo siempre tanta virtud extraviada! ¡Devolved a la tierra, como yo lo hago, la virtud extraviada! ¡Sí, devolvedla al cuerpo y a la vida a fin de que proporcione a la tierra un sentido, un sentido humano! De mil formas distintas se han extraviado y perdido el espíritu y la virtud. ¡Ay! Aún habitan en nuestro cuerpo este extravío y esta perdición; se han llegado a hacer carne y voluntad! De mil formas diferentes se han ensayado y se han extraviado el espíritu y la virtud. Sí, el hombre era una tentativa. ¡Ay! ¡Cuántas ignorancias y cuántos errores se han hecho carne en nosotros! No sólo la razón, sino también la locura de milenios brilla en nosotros. Es peligroso ser heredero. Palmo a palmo todavía luchamos con el gigante azar y hasta impera la sinrazón sobre toda la humanidad. ¡Que vuestro espíritu y vuestra virtud sirvan al sentido de la tierra, hermanos míos, y el valor de todas las cosas será renovado por vosotros! Por esto debéis ser creadores. Por el saber se purifica el cuerpo; por el trabajo científico se eleva. Todos los instintos se santifican para quien busca el conocimiento. El alma de quien se eleva, se regocija. Médico: cúrate a ti mismo y sabrás curar a tu enfermo. Su mejor ayuda será ver con sus propios ojos a quien a sí mismo se cura. Hay mil senderos que

jamás fueron hollados, mil fuentes de salud y mil escondidas tierras de la vida. El hombre y la tierra de los hombres todavía no han sido descubiertos ni agotados. Vigilad y escuchad, solitarias. Auras de secretos impulsos vienen del porvenir; un alegre mensajero busca oídos sensibles. Solitarios de hoy, que vivís aislados, llegará el día en que formaréis un pueblo. Vosotros, que os habéis elegido vosotros mismos, seréis un día un pueblo elegido. Y de este pueblo nacerá el superhombre. En efecto, ha de llegar el día en que la tierra será un lugar de salud. ¡Ya la envuelven un nuevo aroma de salvación y esperanza!

3

GUARDÓ silencio Zaratustra, pero se mantuvo en la actitud de quien todavía no ha dicho su última palabra. Durante largo rato sopesó su bastón con aire dubitativo. Al fin habló así, con otro tono de voz:

—¡Proseguiré solo mi camino, ahora, discípulos míos! ¡Vosotros también partiréis solos! Yo lo quiero así. En verdad, os aconsejo: ¡alejaos de mí y precaeos contra Zaratustra! Mejor todavía. ¡Avergonzaos de él! Quizá os ha engañado. El hombre que busca el conocimiento no debe únicamente saber amar a sus enemigos, sino, además, aborrecer a sus amigos. Poco agradecimiento se tiene para un maestro cuando siempre se permanece discípulo. ¿Y por qué no queréis arrancar mi corona? Vosotros me veneráis; pero ¿qué ocurriría si vuestra veneración se derrumbase un día? ¡Tened cuidado para que no os aplaste una estatua! Afirmáis que creéis en Zaratustra. Pero ¡qué importa Zaratustra! Vosotros sois mis creyentes; pero ¡qué importan todos los creyentes! Todavía no os habíais buscado cuando me habéis hallado a mí. Lo mismo hacen todos los creyentes; de aquí que la fe sea tan poca cosa. Ahora os ordeno que me perdáis y que os encontréis a vosotros mismos. Y no volveré entre vosotros hasta que todos hayáis renegado de mí. Entonces, hermanos míos, buscaré

con otros ojos mis ovejas perdidas. Entonces os amaré con otro amor. Y un día deberéis ser mis amigos y los hijos de una sola esperanza. Para entonces yo quiero estar cerca de vosotros por tercera vez y celebraremos juntos el gran mediodía. Y el gran mediodía será cuando el hombre se encuentre a mitad de camino entre el animal y el superhombre y celebre como su esperanza suprema su marcha hacia un nuevo mañana. Entonces el hombre bendecirá su ocaso, porque tras él ha de surgir una nueva aurora y el sol de su conocimiento llegará al mediodía. ¡Todos los dioses han muerto! ¡Que viva ahora el superhombre! ¡Que ésta sea nuestra última voluntad un día, en el gran mediodía!

EL NIÑO DEL ESPEJO

REGRESÓ Zaratustra a la montaña y a la soledad de su cueva, aislándose de los hombres, como el sembrador que ha arrojado la semilla y espera que fructifique. Pero su alma se llenó de impaciencia y de deseo por los que amaba, pues todavía tenía mucho que darles.

Nada hay tan difícil como cerrar con amor la mano abierta y avergonzarse de dar.

Meses y años transcurrieron. Y se acrecentaba la sabiduría del solitario y le hacía sufrir con su plenitud.

Cierto día que se despertó antes de la aurora, se puso a meditar largo rato, tendido sobre su lecho, y concluyó por decir a su corazón:

«¿Por qué me ha espantado tanto mi ensueño y por qué me he despertado? ¿No se acercaba a mí un niño que llevaba un espejo? «¡Oh Zaratustra! —me decía el niño—. ¡Mírate en el espejo!» Pero, apenas miré el espejo, he lanzado un grito y mi corazón se atribuló, por que no me contemplé a mí, sino la cara gesticulante y la risa sarcástica de un demonio. En realidad, comprendo bastante bien el significado y la advertencia del sueño: mi doctrina está en peligro. La mala hierba pretende ser trigo.

Mis enemigos se han convertido en poderosos y han desfigurado el aspecto de mi doctrina, de suerte que los preferidos de mi corazón han tenido vergüenza de mis dones. He perdido a mis amigos. ¡Ha llegado la hora de buscarlos!»

Al pronunciar estas palabras, Zaratustra se sobresaltó, no con la angustia de quien está acosado por el miedo, sino con el ímpetu de un visionario y de un poeta poseído por el espíritu. Lo miraron sorprendidos porque un resplandor semejante a la aurora se reflejaba en su rostro.

—¿Que me ha acontecido, animales míos?—preguntó Zaratustra—. ¿No soy otro? ¿No ha ha venido a mí la felicidad como una tempestad? Mi dicha es loca y sólo dirá locuras; todavía es demasiado joven. ¡Tened paciencia! ¡Estoy abrumado por mi felicidad! ¡Que todos los que sufren sean mis médicos! ¡Puedo retornar al lado de mis amigos y también al lado de mis enemigos! ¡Zaratustra puede hablar otra vez y derramar y hacer el bien entre sus bienamados! Como un torrente desborda de impaciencia mi amor. Desde las alturas se desliza hasta las profundidades, del orto al ocaso. Mi alma se agita en los valles, abandonando las silenciosas montañas y las borrascas del dolor. Mucho tiempo he languidecido contemplando el futuro. Mucho tiempo me ha poseído la soledad. Así he olvidado el silencio. Todo yo me he convertido en una boca, en el bramido de un río que cae desde las altas peñas. Quiero hacer caer mis palabras sobre los valles. ¡Y que el río de mi amor corra por caminos impracticables! ¡Hallaré al fin, como un río, el camino que conduce hacia el mar! Hay en mí un lago, un lago solitario, ¡pero el torrente de mi amor lo arrastra con él hacia el llano, hacia el mar. Camino por nuevos senderos y un nuevo lenguaje habla por mí. Al igual que todos los creadores, estoy cansado de las lenguas antiguas. Mi espíritu ya no quiere correr sobre suelas gastadas. Demasiado lentas se me antojan todas las lenguas. ¡Salto dentro de tu carruaje, tempestad! ¡Y a ti también quiero castigarte con el látigo de mi malicia! Cual grito de júbilo pasaré sobre los anchos mares hasta encontrar las islas bienaventu-

radas donde residen mis amigos... ¡Y también mis enemigos entre ellos! ¡Cuánto amo ahora a cada uno de los que puedo hablar! También mis enemigos contribuyen a mi felicidad. Y cuando quiero cabalgar sobre el más fogoso de mis corceles, mi lanza es mi mejor ayuda: siempre está dispuesta a secundarme... ¡La lanza con la que amenazo a mis enemigos! ¡Cuánto les agradezco el poder arrojársela, por fin! Demasiada era la impaciencia de mi nube. Entre las risas de los relámpagos quiero arrojar a las profundidades ráfagas de granizo. Terrible se levanta mi pecho: soplará terriblemente una tempestad sobre las montañas. Así se alaviará. ¡En efecto, mi dicha y mi libertad estallan como una tempestad! Yo quiero que mis enemigos se imaginen que es el espíritu del mal el que desata su furor por encima de sus cabezas. Sí; también vosotros, amigos míos, quedaréis impresionados de espanto ante mi salvaje sabiduría, y tal vez huyáis de ella exactamente igual que mis enemigos. ¡Ay! ¡Que no sepa yo atraeros con flautas pastoriles! ¡Que mi sabiduría de león aprenda a rugir con ternura! ¡Tantas cosas hemos aprendido juntos! Mi salvaje sabiduría ha sido fecundada sobre las montañas solitarias; parió el más joven de sus pequeñuelos sobre las áridas piedras. Ahora, en su locura, recorre el desierto estéril en busca de blandas praderas; ¡mi vieja sabiduría salvaje! ¡Ella quisiera depositar lo más caro que posee, amigos míos, sobre el blando césped de vuestros corazones: sobre vuestro amor!

Así hablaba Zaratustra.

DE LAS ISLAS BIENAVENTURADAS

—CAEN los higos de las ramas: son dulces y sabrosos. Al caer, su roja piel revienta. Yo soy como viento del norte que hace caer los higos maduros. Así, cual higos maduros caen sobre vosotros mis enseñanzas, amigos míos. ¡Gozad de su pulpa de sabor exquisito! Arededor vuestro están el otoño y el claro cielo y la tarde. ¡Contemplad cuánta abun-

dancia existe alrededor nuestro! ¿Hay algo más hermoso, dentro de lo superfluo, que mirar hacia fuera, sobre los mares lejanos? En otro tiempo se decía cuando se contemplaba los mares lejanos: Dios. Pero, yo os he enseñado a decir: superhombre. Dios es una conjetura. Pero yo quiero que vuestra conjetura no vaya más lejos que vuestra voluntad creadora. ¿Sabríais vosotros crear un dios? ¡No me habléis, pues, de ninguno de los dioses! A pesar de todo, vosotros podríais crear el superhombre. ¡Quizá no lleguéis a serlo vosotros mismos, hermanos míos! Pero, vosotros podríais transformaros en padres y ascendientes del superhombre. ¡Que sea vuestra mejor creación! Dios es una conjetura. Pero yo quiero que vuestra conjetura quede confinada dentro de la esfera de lo concebible. ¿Podríais concebir un Dios? ¡Que esto signifique para vosotros la verdadera voluntad de que todo sea transformado por vosotros en lo que el hombre pueda imaginar, ver y sentir! ¡Vuestra imaginación debe avanzar hasta el límite de vuestros sentidos! Y lo que llamáis mundo ¡habéis de crearlo!; ¡debe ser vuestra razón, vuestra imagen; vuestra voluntad y vuestro amor! ¡Y esto será verdaderamente vuestra felicidad, vosotros que buscáis el conocimiento! ¿Cómo soportaríais la vida sin esta esperanza, vosotros que buscáis el conocimiento? No habéis nacido, por cierto, para lo inconcebible ni para lo irracional. Pero, quiero abriros mi corazón de par en par, amigos míos. Si existiesen dioses, ¿cómo soportaría yo no serlo de ningún modo? Luego, no existen dioses. He sido yo quien ha deducido esta consecuencia, es verdad; pero es ella ahora la que me atrae a mí. Dios es una conjetura; pero, ¿quién absorbería sin morir todos los tormentos de esta conjetura? ¿Se quiere despojar de su fe al creador, y al águila, de su vuelo en la inmensidad? Dios es una creencia que dobla todo lo recto y hace caer todo lo que está en pie. ¿Cómo? ¿Ya no existiría el tiempo y todo lo precedero sería mentira? Estos pensamientos sólo son torbellinos y vértigos de los huesos humanos, que producen náuseas al estómago. Vértigo y locura se antojan estas conjeturas. ¡Mala e inhumana considero toda

esta enseñanza de un ser único, absoluto, incommovible, suficiente e inmutable! ¡Todo lo que es inmutable no es sino símbolo! Y los poetas mienten demasiado... Las mejores palabras deben hablar del tiempo y del devenir. Deben ser una alabanza y una justificación de todo lo que es perecedero. Crear: ésta es la gran liberación del dolor y el consuelo de la vida. Muchos dolores y muchas metamorfosis son indispensables para que nazca el creador. Sí; es preciso que en vuestra vida, ¡oh creadores!, haya muchas muertes amargas. De este modo seréis los defensores y justificadores de cuanto es perecedero. Para que el creador sea él mismo el hijo que renace, es menester que tenga la voluntad de la parturienta y sufra los dolores del parto. En verdad, he seguido mi camino a través de cien almas, cien cunas y cien dolores de parto. Muchas veces he conocido las últimas horas, que parten el corazón, porque muchas veces me he despedido. Pero así lo quiere mi voluntad creadora, mi destino. O, mejor dicho, hablando con más franqueza, éste es el destino que quiere mi voluntad.

Todos mis sentimientos sufren en mí y están prisioneros. Pero mi querer llega siempre como libertador y mensajero de alegría. El querer liberta: ésta es la verdadera doctrina de la voluntad y de la libertad. Así os lo enseña Zaratustra. ¡No más querer, no más evaluar, no crear más! ¡Oh! ¡Qué permanezca siempre lejos de mí este gran cansancio! En la investigación del conocimiento sólo siento en mí la alegría de la voluntad, la alegría de engendrar y de llegar a ser. Si hay inocencia en mi conocimiento es porque en él hay voluntad de engendrar. Esta voluntad me ha llevado lejos de Dios y de los dioses. Si hubiera dioses, ¿qué quedaría por crear? Pero mi ardiente voluntad de crear me impulsa sin cesar hacia los hombres, como el martillo hacia la piedra. ¡Ah! Para mí hay en la piedra una estatua adormecida: ¡la estatua de las estatuas! ¿Por qué ha de dormir en la piedra más horrible y más dura? Entre tanto, mi martillo golpea cruelmente contra esta cárcel. La piedra se quiebra, ¿qué me importa? Yo deseo terminar estatua porque una sombra me ha visitado. ¡Lo más silencioso

y lo más ligero se ha acercado a mí! La belleza del superhombre me ha visitado como una sombra. ¡Ay, hermanos míos! ¡Qué me importan ya los dioses! Así hablaba Zaratustra.

DE LOS MISERICORDIOSOS

—**A**MIGOS míos: se han burlado de vuestro amigo al decir: «Ved a Zaratustra. Se pasea entre nosotros como si fuésemos animales». Más exacto sería que dijeran: «Quien busca el conocimiento pasa entre los animales como se pasa entre los animales». Quien busca el conocimiento llama al hombre: el animal de encarnados carrillos. ¿Por qué le ha dado este nombre? ¿No es porque el hombre se ha avergonzado demasiado a menudo? ¡Oh amigos míos! Así habla quien busca el conocimiento. ¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza: ésta es la historia del hombre! De aquí que todo hombre noble se imponga el deber de no humillar a los demás; se impone el pudor de todo lo que sufre. Verdaderamente, no simpatizo con los misericordiosos, que buscan la beatitud en su piedad; están demasiado desprovistos de pudor. Si es menester que yo sea misericordioso, por lo menos no deseo que se diga que lo soy. Y cuando lo fuera, que sea solamente de lejos. Igualmente me complace ocultar mi rostro y huir antes de ser reconocido. ¡Haced lo mismo, amigos míos! ¡Que mi destino traiga siempre a mi camino a los que, como nosotros, no sufren, y a aquellos con los que yo pueda repartir esperanzas, alimentos y miel! En efecto, yo he hecho esto y aquello para los que sufren. Pero cuando he creído obrar mejor es cuando aprendía a regocijarme mejor. Desde que existen los hombres, el hombre se ha regocijado demasiado poco. Este es nuestro único pecado original, hermanos míos. Y cuando aprendamos a regocijarnos mejor, olvidaremos entonces hacer el mal a los demás e inventar dolores. Por eso me lavo las manos que ayudaron al que sufría; por eso me enjugo también el alma. Pues me aver-

gonzaba de ver el sufrimiento del que sufría por su vergüenza; y al ayudarle, ultrajaba su orgullo. Las grandes deudas de gratitud no suscitan agradecimiento, sino encono y rencor. Y si el pequeño beneficio no se olvida, concluye convirtiéndose en un gusano roedor. «¡No aceptad sino con reserva! ¡Distinguid al tomar!» Éste es el consejo que doy a quienes nada tienen que dar. Sin embargo, yo pertenezco a los que dan. Me complace dar, en amigo, a los amigos. Pero recojan por sí mismos el fruto de mi árbol los extraños y los pobres: esto es menos humillante para ellos. ¡Los mendigos deberían ser suprimidos completamente! En verdad, se disgusta uno por no darles y se disgusta uno por darles. ¡Otro tanto debería hacerse con los pecadores y con las malas conciencias! Creedme, amigos míos, los remordimientos impulsan a morder.

Los pensamientos mezquinos son lo peor de todo. En verdad, os digo, mejor es hacer mal que pensar ruinmente. Cierto que vosotros decís: «La alegría de las pequeñas maldades nos economiza muchas grandes acciones malvadas». Pero en esto no se debiera querer economizar. La mala acción es como una úlcera: desazona, irrita y hace erupción; se expresa francamente. «He aquí: yo soy una enfermedad». Así se expresa la mala acción: ésta es su franqueza. Pero el pensamiento ruin es parecido al hombre: se sustrae, se oculta y no quiere estar en ninguna parte, hasta que todo el cuerpo queda roído y marchitado por los pequeños hongos. A pesar de todo, yo deslizo estas palabras en los oídos de quien está poseído del demonio: «¡Más vale dejar que crezca tu demonio! ¡Para ti también hay un camino de grandeza!» ¡Ay, hermanos míos! ¿No sería mejor ignorar algo en cada uno? Hay quienes llegan a hacerse transparentes para nosotros; pero todavía no es ésta una razón para que podamos penetrar en sus designios. Difícil es vivir con los hombres porque es difícil guardar silencio. Y no es para quien nos es más antipático para quien somos más injustos, sino para quien no se preocupa de nosotros. Sin embargo, si tienes un amigo que su-

fre, sé un asilo para su sufrimiento; pero procura ser una especie de cama dura, cama de campaña; es así como le serás más útil. Y si un amigo te hace mal, dile: «Te perdono lo que me has hecho; pero, el que a ti te has hecho, ¿cómo sabría yo perdonártelo?» Así habla todo amor grande: sobrepasa hasta el amor y la piedad. Es preciso sujetar su corazón; porque si le deja marchar, ¡cuán rápidamente pierde la cabeza! ¡Ay! ¿Dónde se hicieron sobre la tierra más locuras que entre los compasivos, y qué hizo mayor daño sobre la tierra que la locura de los compasivos? ¡Desgraciados de los que aman sin tener una elevación que esté por encima de su piedad! El diablo me habló así cierto día: «También Dios tiene su infierno: su amor por los hombres». Y últimamente le escuché estas palabras: «Dios ha muerto; ha sido su piedad por los hombres lo que ha matado a Dios». ¡Cuidaos, pues, de la piedad; es ella la que acabará por atraer sobre el hombre una pesada nube! ¡En verdad, yo conozco los signos del tiempo!

Retened también estas palabras: ¡Todo gran amor se halla por encima de su piedad; pues aquello que ama también lo quiere... crear! «Yo me ofrezco a mi amor y a mi prójimo como a mí mismo», así hablan todos los creadores. Y, sin embargo, todos los creadores son duros.

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS SACERDOTES

CIERTO día Zaratustra hizo una señal a sus discípulos y les habló así:

—Ahí están unos sacerdotes. Aun cuando son mis enemigos, yo os pido que paséis en silencio ante ellos y con la espada envainada. También entre ellos hay héroes. Muchos de ellos han sufrido demasiado; pero es por eso que quieren hacer sufrir a los demás. Son enemigos peligrosos. Nada es más vengativo que su humildad. Y puede suceder que quien los ataque se manche a sí mismo. Pero mi sangre

tiene parentesco con la suya; y quiero que mi sangre sea honrada, incluso en la de ellos.

Y cuando hubieron pasado, Zaratustra quedó transido de dolor. Luego de haber luchado con su pena, comenzó a hablar así:

—Estos sacerdotes me inspiran piedad. Todavía me son antipáticos. Pero, desde que estoy entre los hombres, esto no tiene importancia para mí. Sin embargo, sufro y he sufrido con ellos. Prisioneros, presentaban a mis ojos el estigma de los réprobos. El que ellos llaman el salvador los ha encadenado... Con las cadenas de los valores falsos y de las palabras ilusorias. ¡Ah! ¡Que alguno los salve de su salvador! Cuando el mar los arrojó creyeron un día que pisaban una isla; pero he aquí que se trataba de un monstruo dormido! Los falsos valores y las palabras ilusorias, éstos son para los mortales los monstruos más peligrosos. Largo tiempo el destino dormita y aguarda en ellos. Pero, al fin, se ha despertado. Se aproxima y devora a quienes sobre él han construido sus moradas. ¡Oh! ¡Veamos, pues, las moradas que se han construido estos sacerdotes! Ellos llaman iglesia a sus cuevas de desabridos olores. ¡Oh, esta luz artificial, este aire espeso! Aquí no puede el alma elevarse hasta su propia altura. Porque su creencia ordena esto: «¡Vosotros, que sois pecadores, subid los escalones de rodillas!» En verdad, yo prefiero ver una mirada impúdica que los apagados ojos de su vergüenza y de su devoción. ¿Quiénes han creado semejantes cuevas y parecidas penitencias? ¿No han sido los que querían ocultarse y los que sentían vergüenza del cielo puro? Y únicamente cuando el cielo puro atravesase las rotas bóvedas, y cuando se contemplen las hierbas y las rojas amapolas floreciendo sobre los muros en ruinas, será cuando inclinaré otra vez mi corazón hacia las moradas de Dios. Ellos soñaron vivir como cadáveres, vistieron de negro sus cadáveres; y hasta en sus discursos percibo el mal olor de las cámaras mortuorias. Y quien vive cerca de ellos, vive al lado de negros estanques en los que se oye cantar la dulce melancolía del sapo campanero. Sería

preciso que me cantaran mejores canciones para que aprendiera a creer en su salvador. ¡Sería preciso que sus discípulos tuvieran un aire más de redimidos! Quisiera verlos desnudos. Porque únicamente la belleza debiera predicar el arrepentimiento. Pero ¿quién podría quedar convencido por esta aflicción disfrazada? ¡En verdad, sus salvadores no surgieron de la libertad y del séptimo cielo de la libertad! En verdad, jamás marcharon sobre las alfombras del conocimiento. El espíritu de estos salvadores estaba lleno de lagunas. Pero en cada laguna colocaron su locura, su parche, que ellos llamaron Dios. Su espíritu estaba ahogado en la piedad y cuando ellos henchían y se hinchaban de piedad, siempre una gran locura sobrenadaba en la superficie. Con apresuramiento han lanzado su rebaño por el sendero dando gritos, ¡como si no hubiera más que un solo sendero que condujese al porvenir! ¡En verdad, estos pastores también formaban parte todavía del rebaño! Estos pastores poseían inteligencias estrechas y almas amplias; pero, hermanos míos, ¡qué territorios tan estrechos fueron hasta el presente incluso las almas más amplias! Sobre la senda que seguían han inscrito signos de sangre. Y su locura proclamaba que con la sangre se testimonia la verdad. Pero la sangre es el peor testimonio de la verdad. La sangre envenena la doctrina más pura y la transforma en locura y en odio de los corazones. Y cuando alguien atravesase sobre el fuego por su doctrina, ¿qué prueba esto? Otra cosa muy distinta es, en verdad, cuando del propio incendio surge la propia doctrina. Donde se reúnen mente fría y corazón ardiente se desata el torbellino que se llama el salvador. ¡En verdad, ha habido hombres más grandes y de un nacimiento más elevado que los que el pueblo llama salvadores, estos atrayentes torbellinos! ¡Y es preciso que seáis salvados y libertados por hombres todavía más grandes que lo fueron los salvadores, hermanos míos, si queréis encontrar el camino de la libertad! Nunca hubo hasta ahora un superhombre. Yo he visto desnudos al hombre más

grande y al hombre más pequeño: se parecen todavía demasiado. En verdad, he hallado que, incluso el más grande, era... ¡demasiado humano! Así hablaba Zaratustra.

DE LOS VIRTUOSOS

—**C**ON rayos y truenos es menester hablarles a los sentidos débiles y adormecidos. Mas la voz de la belleza habla quedamente. No se insinúa sino a las almas más despiertas. Hoy mi escudo se ha lanzado a reír y a vibrar dulcemente. ¡Era el estremecimiento y la risa sagrada de la belleza! ¡Era de vosotros, oh virtuosos, de quienes reía mi belleza! Y su voz llegaba a mí de este modo: «Todavía quieren ser... ¡pagados!» ¡Todavía queréis ser pagados, oh virtuoso! ¿Deseáis ser recompensados por vuestra virtud, tener el cielo en lugar de la tierra y la eternidad en lugar de vuestro hoy? Y ahora ¿me queréis mal porque yo enseño que no hay pagador ni contador? Y, en verdad, ni siquiera enseño que la virtud sea su propia recompensa. ¡Ay! Ésta es mi pena: astutamente se ha introducido en el fondo de las cosas la recompensa y el castigo, ¡aun en el fondo de vuestras almas, oh virtuosos! Pero, semejante al hocico del jabalí, mi palabra debe desgarrar el fondo de vuestras almas. Quiero ser para vosotros una reja de arado. Que todos los secretos de vuestra alma salgan a la luz; y cuando estéis tendidos al sol, despedazados y quebrantados, también vuestra mentira quedará separada de vuestra verdad. Porque ésta es vuestra verdad: sois demasiado limpios para la suciedad de estas palabras: venganza, castigo, recompensas, represalias. Amáis vuestra virtud como la madre ama a su hijo. Pero ¿cuándo se ha oído que una madre quiera ser pagada por su amor? Vuestra virtud es vuestro «yo» más querido. Tenéis en vosotros el deseo del anillo. Todo anillo se encurva y se retuerce con el fin de volver a sí mismo. Y toda obra de vuestra virtud es semejante

a una estrella que se extingue. Su luz todavía prosigue su ruta, recorriendo su carrera estelar... ¿Y cuándo dejará de recorrerla? De igual manera la luz de vuestra virtud prosigue todavía su ruta, aun cuando la obra esté ya realizada. Quede, pues, olvidada y muerta la obra: su rayo de luz persistirá siempre. Que vuestra virtud sea idéntica a vuestro «yo» y no algo extraño, como una epidermis o una capa. ¡He ahí la verdad sobre el fondo de vuestra alma, oh virtuosos! También hay algunos para los cuales la virtud es un espasmo producido por el golpe del látigo: ¡demasiado habéis escuchado sus gritos! Y hay otros que llaman virtud a la indolencia de su vicio. Y cuando una vez su odio y su envidia estiran sus miembros, su «injusticia» se despierta y se restriega los ojos soñolientos. Y aún existen otros que son atraídos hacia abajo: sus demonios los arrastran. Pero cuanto más se hundan, más brillan sus ojos y más su deseo codicia a Dios. ¡Ay! El grito de éstos también llega a vuestros oídos, oh virtuosos; el grito de los que exclaman: «¡Para mí, son Dios y virtud todo lo que yo no soy!» Y hay otros que avanzan pesadamente y rechinando como carros que conducen las piedras hacia el valle. Hablan mucho de dignidad y de virtud: llaman virtud a su freno. Y hay otros que son semejantes a relojes de péndulo a los cuales se da cuerda: hacen tictac, y quieren que su tictac se llame virtud. En realidad, éstos me divierten: dondequiera que encuentre estos relojes les daré cuerda con mi ironía y será necesario que se pongan a sonar. Y otros están orgullosos de una partícula de justicia y por esta partícula blasfeman de todas las cosas; de suerte que el mundo se ahoga en su injusticia. ¡Ay, qué náusea cuando la palabra virtud les cae de la boca! Y cuando dicen: «Yo soy justo.» Esto suena siempre como: «¡Estoy vengado!» Quieren reventar los ojos de sus enemigos con su virtud; y sólo se elevan para humillar a los demás. Y hay todavía otros que se corrompen en su pantano y que, agazapados entre cañas, se ponen a decir: «Virtud es permanecer tranquilo en el pantano.» «No mordamos a nadie y evitemos al que quiere morder; y en todas las cosas somos de

la opinión que se nos da.» Y aún existen otros que gustan de las posturas y que piensan: la virtud es una especie de postura. Siempre están prosternados de rodillas y sus manos se enlazan en alabanza de la virtud. Pero su corazón no sabe nada de esto. Y hay otros que creen que es virtuoso decir: «La virtud es necesaria», pero en el fondo sólo creen en una cosa: que la Policía es necesaria. Y algunos que no saben ver lo que hay de elevado en el hombre, hablan de virtud cuando contemplan demasiado cerca de la bajeza del hombre: llaman virtud a su mala vista. Unos quieren ser edificados y enderezados y llaman a esto virtud. Y otros quieren ser destruidos: llaman virtud a lo mismo. Y así resulta que casi todos creen tener alguna parte en la virtud; y todos quieren, por lo menos, ser entendidos en el «bien» y en el «mal». Pero Zaratustra no ha venido para decir a estos mentirosos y a estos insensatos: «¿Qué sabéis vosotros de la virtud? ¿Qué podríais saber vosotros de la virtud?» Ha venido, amigos míos, para que os canséis de las viejas palabras que habéis aprendido de los mentirosos y de los insensatos: Para que os canséis de las palabras: «recompensa», «represalias», «castigo», «venganza en la justicia»...

Para que os canséis de decir: «Una acción es buena porque es desinteresada.» ¡Ay, amigos míos! Que vuestro «yo» sea para la acción lo que la madre es para el hijo: ¡que ésta sea vuestra palabra de virtud! Verdaderamente yo os he arrancado cien palabras y los más queridos juguetes de vuestra virtud; y ahora me venís llorando como lloran los niños. Jugaban cerca del mar, vino la ola y se llevó sus juguetes hasta el fondo. Helos aquí que se echan a llorar. Pero la misma ola debe traerles nuevos juguetes y esparcirá ante ellos nuevas conchas multicolores. Así serán consolados; y, como ellos, vosotros también, amigos míos, tendréis vuestros consuelos... ¡y nuevas conchas multicolores!

Así hablaba Zaratustra.

DE LA CHUSMA

—FUENTE de alegría es la vida. Pero, dondequiera que viene a beber la chusma, la fuente queda envenenada. Me place todo lo limpio. Pero me desagrada las bocazas gesticulantes y la sed de las gentes impuras. Han mirado al fondo de los pozos: ahora, su odiosa sonrisa se refleja y me contempla desde el fondo de los pozos. Con su concupiscencia han envenenado el agua santa. Y al llamar alegría a sus torpes ensueños han envenenado hasta el lenguaje. La llama se indigna cuando ponen en el fuego su húmedo corazón; el espíritu hierve y humea cuando la chusma se aproxima al fuego. En sus manos el fruto se torna insípido y pasado; su mirada pudre y seca el árbol frutal. Y más de uno de los que se apartaron de la vida no se apartaron más que de la chusma; de ningún modo querían repartir con la chusma el agua, el fuego y el fruto. Y más de uno huyó al desierto y en él padeció de sed entre los animales salvajes, por no sentarse alrededor de la cisterna en compañía de sucios camelleros. Y más de uno que llegaba como exterminador y como granizada para los campos de trigo, solamente quería poner su pie sobre la boca de la chusma, con el fin de taparles el tragadero. Y no fue éste el bocado que me costó más trabajo engullir: la convicción de que la misma vida tiene necesidad de enemistad, de muerte y de la cruz de los mártires. Pero yo pregunté un día, y casi me contenía de preguntarlo: «¡Cómo! ¿Tendrá la vida necesidad de la chusma?» Las fuentes envenenadas, los fuegos hediondos, los ensueños mancillados y los gusanos en el pan de la vida, ¿son necesarios? ¡No era mi odio, sino mi tedio lo que devoraba mi vida! ¡Ay! ¡A menudo me he sentido cansado del ingenio, cuando encontraba que también la chusma era ingeniosa! Y he vuelto la espalda a los dominadores, cuando vi lo que ellos llaman hoy dominar: traficar y regatear el poder... ¡con la chusma! He permanecido entre los pueblos,

extranjero de lenguaje y cerrado de oídos, con el fin de que el lenguaje de su comercio y de su regateo por el poder me fueran desconocidos. Y, tapándome las narices, he atravesado lleno de desaliento; el pasado y el porvenir hieden al populacho plumífero. Semejante a un lisiado que quedó sordo, ciego y mudo: así he permanecido largo tiempo para no vivir con la chusma del poder, de la pluma y de la alegría. Penosamente y con prudencia ha subido mi espíritu unos escalones; las limosnas de la alegría fueron su consuelo; la vida del ciego se deslizaba, apoyada sobre un bastón. ¿Qué me ha sucedido, pues? ¿Cómo le he librado del tedio? ¿Quién ha rejuvenecido mis ojos? ¿Cómo he volado hasta las alturas en que ya no se encuentra la chusma sentada a las fuentes? ¿Es que mi tedio mismo me dio alas y fuerzas que presentían los manantiales? ¡En verdad, he debido volar a lo más alto para encontrar la fuente de la alegría! ¡Oh, la he encontrado, hermanos míos! ¡Aquí, en lo más alto, fluye para mí la fuente de la vida! ¡Y hay una vida donde se bebe sin la chusma! Fuente de alegría, ¡brotas con demasiada violencia! Y, a menudo, vuelves a vaciar la copa, queriéndola llenar. Es menester que aprenda a acercarme a ti con más modestia; mi corazón afluye a tu encuentro con demasiado ímpetu. Mi corazón, en que se consume mi estío, este estío breve, cálido, melancólico y feliz: ¡cuánto anhela mi corazón estival la frescura, fuente de alegría! ¡Lo pasado, la vacilante aflicción de mi primavera! ¡Lo pasado, la perversidad de mis copos de nieve en junio! ¡Yo llego a hacerme del todo estival, enteramente tarde de verano! Un verano en las mayores alturas, con frescos manantiales y una dichosa tranquilidad: ¡venid, oh amigos míos, que esta calma crezca en felicidad! Porque ésta es nuestra altura y nuestra patria; nuestra morada es demasiado alta y demasiado escarpada para todos los impuros y para la sed de los impuros. ¡Lanzad, por consiguiente, vuestras puras miradas a la fuente de mi alegría, amigos! ¿Cómo habría de turbarse? Os sonreirá con su pureza. Construiremos nuestro nido sobre el árbol del porvenir; las águilas nos traerán el alimento en

sus picos a nosotros los solitarios. ¡En verdad, no serán alimentos que los impuros puedan compartir! ¡Porque los impuros se imaginarían devorar fuego y abrasarse las fauces! ¡En realidad, aquí no preparamos moradas para los impuros! Nuestra felicidad parecería glacial a su cuerpo y a su espíritu. Y queremos vivir por encima de ellos como los huracanes, vecinos de las águilas, vecinos del sol: así viven los huracanes. Y, semejante al viento, un día soplaré entre ellos y cortaré la respiración de su espíritu con mi espíritu: así lo quiere mi porvenir. En verdad, Zaratustra es un huracán para todos los bajos fondos. Y da este consejo a todos sus enemigos y a todo lo que él escupe y vomita: «¡Cuidaos de escupir contra el viento!»

Así hablaba Zaratustra.

DE LAS TARÁNTULAS

— **H**E aquí la madriguera de la tarántula. ¡Mírala! Aquí está tendida la red que ha tejido. ¡Tócala para que la tarántula se estremezca! Acude ella con presteza. ¡Bien venida seas, tarántula! Hay sobre tu dorso un signo triangular y negro. Yo conozco también el signo que hay sobre tu alma. La venganza anida en tu alma. Dondequiera que muerdas se forma una costra negra. ¡Es el veneno de tu venganza que arruina el alma! ¡Os hablo en parábolas a vosotros que arruináis el alma, predicadores de la igualdad! ¡Sois para mí tarántulas ávidas de secretas venganzas! Pero terminaré por revelar vuestros secretos. ¡Por esto río en vuestra cara con mi risa de las alturas! Por esto desgarró vuestra red para que vuestra cólera os haga salir de vuestra madriguera de mentira y para que vuestra venganza surja detrás de vuestras palabras de «justicia». Porque es preciso que el hombre sea redimido de la venganza: esto es para mí el puente que conduce a las más elevadas esperanzas y un arco iris luego de prolongadas tempestades. No lo entienden así las tarántulas. Ellas sostienen: «Lo que nosotros llamamos justicia

es precisamente el mundo lleno de las tempestades de nuestra negrura.» «Nos vengaremos y difamaremos a todos los que no están hechos a nuestra medida. Los cubriremos con nuestros insultos.» «¡Voluntad de igualdad: en adelante daremos este nombre a la virtud. Queremos elevar nuestras protestas contra todo lo que es poderoso!» Sacerdotes de la igualdad: la tiránica locura de vuestra impotencia reclama a grandes gritos «la igualdad». ¡Vuestra más secreta concupiscencia de tiranos se oculta detrás de las palabras de virtud! Vanidad acibarada, envidia reprimida, quizá envidia y vanidad de vuestros padres, brotan de vosotros como llamas de locura y venganza. Aquello que el padre ha silenciado, el hijo lo proclama. Con frecuencia he hallado revelado por el hijo el secreto del padre. Se parecen a los entusiastas; sin embargo, no es el corazón el que les inflama, sino la venganza. Y si llegan a hacerse fríos y sutiles, no es la inteligencia, sino la envidia, la que les hace fríos y sutiles. Del mismo modo su envidia les conduce al camino de los pensadores. Este es el signo de su envidia: van siempre demasiado lejos. Bien es verdad que su fatiga termina por dormirse en la nieve. Acentos de venganza tiene cada uno de sus lamentos. Tono de mala intención tiene cada una de sus alabanzas. El colmo de la felicidad sería para ellos poder erigirse en jueces. Amigos míos: os doy este consejo: ¡desconfiad de todos aquellos cuyo instinto de castigar es poderoso! Son una mala ralea y una mala raza. Llevan sobre su rostro los rasgos del verdugo y del perro ratonero. ¡Desconfiad de cuantos hablan mucho de su justicia. En verdad, no es sólo de miel de lo que carecen sus almas! «Los buenos y los justos» se llaman a sí mismos. ¡No olvidéis que sólo les falta el poder para ser fariseos! Amigos míos: no quiero que se me mezcle a otros ni que con ellos se me confunda. Hay quienes predicán mi doctrina de la vida. Pero, al mismo tiempo, son predicadores de la igualdad y tarántulas. Estas arañas venenosas hablan en favor de la vida, a pesar de estar agazapadas en sus madrigueras y aisladas de la vida, pues es así como quieren hacer daño. Quieren hacer daño a quie-

nes ahora detentan el poder, pues es a éstos a quienes más conviene la predicación de la muerte. Si fuera de otro modo, las tarántulas enseñarían de otro modo, pues en otros tiempos fueron ellas las que mejor supieron calumniar al mundo y encender las hogueras. No quiero ser mezclado ni confundido con estos predicadores de la igualdad. Porque la justicia me habla así: «Los hombres no son iguales.» Ni tampoco es necesario que lleguen a serlo. ¿Qué sería, pues, mi amor al superhombre si hablasen de otro modo? Sobre mil puentes y sobre mil caminos deben apresurarse hacia el porvenir, y necesario será poner siempre entre ellos más guerras y desigualdades. ¡Así me hace hablar mi gran amor! ¡Es preciso que lleguen a hacerse inventores de estatuas y fantasmas para sus enemistades, y con sus estatuas y sus fantasmas librarán entre ellos la mayor batalla! Bueno y malo, rico y pobre, alto y bajo y todas las denominaciones de los valores, ¡tantas armas y tantos símbolos de son bélico para indicar que la vida debe siempre superarse a sí misma! La misma vida quiere elevarse hacia las alturas por medio de columnas y de escalones. Quiere escrutar los lejanos horizontes y mirar más allá de las bellezas bienaventuradas. ¡Por esto necesita las alturas! Y porque necesita las alturas, necesita los escalones y el obstáculo para ascender estos escalones es el obstáculo de los que suben. La vida quiere elevarse y, al ascender, quiere superarse. ¡Ved, amigos míos! He aquí la madriguera de la tarántula. Aquí es donde se elevan las ruinas de un viejo templo. ¡Mirad, pues, con ojos de visionario! ¡En verdad, aquél que reunió antaño sus pensamientos en un edificio de piedra, dirigido hacia las alturas, conocía el secreto de la vida tanto como el más sabio de entre todos! Es preciso que en la belleza haya todavía lucha y desigualdad y una guerra por el poder y por la supremacía. Es lo que él nos enseña aquí, en el más luminoso de los símbolos. Divinamente se quiebran aquí en la lucha las bóvedas y sus arcos. La luz y la sombra se combaten en un divino esfuerzo. ¡Asimismo, amigos míos, con nuestra certidumbre y nuestra belleza, seamos ene-

migos nosotros también! Reunamos divinamente nuestros esfuerzos, los unos contra los otros! ¡Desgracia! ¡He aquí que yo mismo he sido mordido por la tarántula, mi vieja enemiga! ¡Con su certidumbre y con su divina belleza me ha mordido el dedo! «És necesario castigar. Es preciso que se haga justicia.» Así piensa ella: «¡No en vano cantas aquí himnos en loor de la enemistad!» Sí; ¡se ha vengado! ¡Desgracia! ¡Me vas a trastornar el alma con deseos de venganza! Pero, para que no se agite mi alma, amigos míos, ¡atadme fuertemente a esta columna! ¡Prefiero ser un estilista antes que un torbellino de venganza! En verdad, Zaratustra no es un torbellino ni una tromba. Y si es un bailarín no es un bailarín de tarantela.

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS SABIOS FAMOSOS

—S OIS venerados, ¡oh sabios famosos!, porque no habéis servido a la verdad, sino al pueblo y a la superstición del pueblo. Vuestra incredulidad se ha soportado porque era una buena palabra y una astucia para con el pueblo. De este modo el amo deja hacer a sus esclavos y se divierte con su petulancia. En cambio, el espíritu libre, el enemigo de los estorbos, el que no adora y el que frecuenta las selvas, es aborrecido por el pueblo como el lobo por los perros. «Sentido de la justicia» llama el pueblo expulsarle de su escondite. Siempre azuza a sus perros más feroces contra el espíritu libre. «¡Porque la verdad está ahí; porque el pueblo está ahí! ¡Desdichado, desdichado de todo el que busca!» Esto es lo que en todo tiempo se ha repetido. Queréis dar razón a vuestro pueblo en su veneración. Es lo que denomináis «voluntad de verdad», ¡oh sabios famosos! Y vuestro corazón se ha dicho siempre: «Yo procedo del pueblo: de aquí también me ha venido la voz de Dios.» Pacientes y astutos como el asno, habéis intercedido siempre por el pueblo. ¡Y muchos poderosos que deseaban adecuar la marcha de su carro al gusto del pueblo, engancharon delante de

sus caballos un borriquillo, un sabio famoso! ¡Y ahora, oh ilustres sabios!, yo quisiera que arrojarais, por fin, bien lejos de vosotros, la piel del león! La abigarrada piel de la fiera y los mechones de pelo del explorador, del investigador y del conquistador. ¡Ay! Para aprender a creer en vuestra «veracidad» me sería necesario ver antes quebrarse vuestra voluntad de veneración. Veraz: así llamo a quien va a los desiertos sin Dios y que ha roto su corazón venerador. En la dorada arena calcinada por el sol, el sediento mira con envidia hacia los oasis de abundantes manantiales, donde, bajo frondosas arboledas, reposa la vida. Pero su sed no lo conduce a asemejarse a los satisfechos, porque donde hay oasis hay también ídolos. Hambrienta, violenta, solitaria, sin Dios, así se quiere a sí misma la voluntad del león. Libre de la dicha de los esclavos, libertado de dioses y de adoraciones, sin miedo y capaz de causar espanto, grande y solitario: así es la voluntad del veraz. Han vivido siempre en el desierto los veraces, los espíritus libres, los amos del desierto. En cambio, en las ciudades habitan los sabios famosos y bien alimentados: las bestias de tiro. Pues, semejantes a los burros, tiran siempre del carro del pueblo. No les tengo inquina. Nada de eso. Pero no son otra cosa que lacayos y seres uncidos, aunque su yugo reluzca de oro. Y a menudo han sido buenos lacayos, merecedores de elogios. Pues así habla la virtud: «¡Si es necesario que seas lacayo busca a aquel a quien sean más útiles tus servicios!» ¡El espíritu y virtud de tu amo deben aumentar, porque tú estás a su servicio; así te engrandecerás tú mismo con su espíritu y con su virtud! ¡Y así, en verdad, sabios famosos, lacayos del pueblo! ¡Os habéis engrandecido con el espíritu y la virtud del pueblo, y el pueblo ha prosperado por vosotros! ¡Declaro esto en vuestro honor! Sin embargo, ¡continuáis siendo pueblo aun en vuestras virtudes, pueblo de ojos débiles, pueblo que nada sabe del espíritu! El espíritu es la vida que se desgarr a sí misma. Con su propio sufrimiento acrece su propio saber. ¿Los sabíais ya? Y ésta es la dicha del espíritu: ser ungido por las lágrimas; ser víctima sagrada del holocausto. ¿Lo sabíais ya? Y la

ceguera del ciego, sus vacilaciones y sus tanteos darán testimonio de la potencia del sol que miró. ¿Lo sabíais ya? ¡Preciso es que quienes buscan el conocimiento aprendan a construir con montañas! Poca cosa es que el espíritu desplace las montañas. ¿Lo sabíais ya? Vosotros sólo veis las chispas del espíritu, ¡ignoráis, en cambio, qué clase de yunque es el espíritu! ¡No conocéis la crueldad de su martillo! ¡En realidad, ignoráis vosotros el orgullo del espíritu! ¡Menos aún soportaríais la modestia del espíritu, si la modestia quisiera hablar! Nunca habéis podido lanzar todavía vuestro espíritu en abismos de nieve. ¡Carecéis de suficiente calor para ello! Por tanto, ignoráis también las delicias de su frescor. Pero en todas las cosas presentáis el aspecto de tratar con demasiada familiaridad al espíritu. Y con frecuencia habéis hecho de la sabiduría un hospicio y un refugio para malos poetas. Nada tenéis de águilas. Por eso no habéis conocido la felicidad en el espanto del espíritu. Quien no sea un pájaro no debe cernerse sobre los abismos. Me parecéis tibios; pero por todo conocimiento profundo pasa una corriente de aire frío. Glaciales son las fuentes interiores del espíritu y deliciosas para las ardientes manos de los que trabajan. Erguido el espinazo, honorables y rígidos, os presentáis delante de mí, ¡oh sabios famosos! No os impulsa ni un fuerte viento ni una voluntad despierta. ¿No habéis visto nunca cruzar sobre el mar una vela temblorosa, curvada e hinchada por el ímpetu del viento? ¡Mi sabiduría, mi sabiduría salvaje, cruza el mar como la vela impulsada por el ímpetu del espíritu! Pero vosotros, sabios ilustres, que sois lacayos del pueblo, ¿cómo podríais venir conmigo?

Así hablaba Zaratustra.

LA CANCIÓN DE LA NOCHE

—Es de noche: ahora cantan más alto todas las fuentes cantarinas. Mi alma es también una fuente cantarina. Es de noche: todas las canciones de los enamorados se despiertan. También mi alma es una canción de enamorado. Algo oculto en mí quiere elevar la voz. Hay en mí un ansia de amor que habla el lenguaje del amor. Soy luz: ¡Ah si fuera noche! Pero la luz que me envuelve constituye mi soledad. ¿Por qué no seré sombra y tinieblas? ¡Cómo calmaría mi sed en los senos de la luz! ¡También a vosotras, estrellitas titilantes, luciérnagas del cielo, os bendeciría! Y me regocijaría con el regalo de vuestra luz. Pero vivo de mi luz propia; en mí termina la llama que de mí brota. No conozco la dicha de los que toman, y con frecuencia he soñado que el robar ha de ser una voluptuosidad todavía mayor. Mi pobreza es que mi mano no descansa nunca de dar. Mi envidia es contemplar los ojos llenos de ansiedad y las noches iluminadas de deseo. ¡Oh miseria de todos los que dan! ¡Oh eclipse de mi sol! ¡Oh deseo de amar! ¡Oh hambre devoradora de la saciedad! Ellos toman lo que yo les doy; pero ¿He conseguido entrar en contacto con sus almas? Entre dar y tomar media un abismo. Y hasta el abismo más pequeño es difícil de colmar. De mi belleza nace un deseo: quisiera hacer daño a quienes ilumino, quisiera despojar a los que colmo con mis regalos; ésta es mi sed de maldad. Retirando la mano cuando ya la mano ajena se acerca, vacilante como la cascada que en su caída duda todavía; así es mi sed de maldad. Tales venganzas medita mi opulencia. Tales maldades nacen de mi soledad. Mi dicha de dar ha muerto a fuerza de dar. Mi virtud se ha cansado de sí misma y de su abundancia. El que siempre da corre el peligro de perder el pudor. El que siempre reparte acaba por tener callos en las manos y en el corazón, a fuerza de repartir. Ya no se arrasan mis ojos en lágrimas por la vergüenza de los que implo-

ran. Mi mano se ha hecho demasiado dura para sentir el temblor de las manos llenas. ¿En qué han venido a parar las lágrimas de mis ojos y el plumón de mi corazón? ¡Oh soledad de todos los que dan! ¡Oh silencio de todos los que brillan! Muchos soles gravitan en el espacio desierto; su luz habla a cuanto es tinieblas, sólo para mí se callan. ¡Ay, tal es la enemiga de la luz para cuanto es luminoso! Prosigue su curso despiadadamente. Profundamente injustos contra cuanto es luminoso, fríos para con los soles, así prosiguen su curso todos los soles. Semejantes al huracán, vuelan los soles a lo largo de su órbita: ésta es su ruta. Obedecen a su voluntad inexorable: en esto está su frialdad. ¡Oh, sólo vosotros, seres oscuros y nocturnos, creáis el calor con la luz! ¡Sólo vosotros bebéis una leche confortativa en los senos de la luz! ¡Ay, el hielo me rodea, queman mi mano helados contactos! ¡Tengo sed, una sed que no es la vuestra! Es de noche. ¡Ay! ¿Por qué me es preciso ser luz y soledad y sed de tinieblas? Es de noche. He aquí que mi deseo brota como un manantial: mi deseo quiere elevar la voz. Es de noche. La voz de los surtidores se hace más elevada. También mi alma es un surtidor. Es de noche. Todas las canciones de los amantes se despiertan. También mi alma es una canción de amante.

Así cantaba Zaratustra.

LA CANCIÓN DEL BAILE

Cierta tarde recorría el bosque Zaratustra acompañado por sus discípulos y, buscando una fuente, llegó a una verde pradera rodeada de árboles y arbustos. En este claro del bosque bailaban varias muchachas. Al reconocer a Zaratustra, cesaron en sus danzas; pero Zaratustra se acercó a ellas en actitud cordial y con tono amistoso les dijo:

—No dejéis de bailar, encantadoras muchachas. Quien ha llegado a vosotras no es un aguafiestas que da mal de ojo, no es un enemigo de las muchachas. Soy el abogado de Dios ante el diablo. Ahora bien:

el diablo es el espíritu de la torpeza. ¿Cómo había yo de ser enemigo de vuestra gracia ligera, enemigo de la danza divina, de los lindos pies, de los delicados tobillos? Ciertamente es que soy una selva tenebrosa, plena de enormes y sombríos árboles; pero quien no tema mis tinieblas hallará bajo mis cipreses senderos cubiertos de rosas. También hallará al dioscecillo preferido de las jóvenes; duerme cerca de la fuente, en silencio y con los ojos cerrados. ¡En pleno día se ha dormido el muy holgazán! ¿Se habrá cansado cazando mariposas? ¡No os enfadéis conmigo, bellas danzarinas, si aplico un castigo al dioscecillo! Tal vez comience a gritar y a llorar. Pero, aun llorando mueve a risa. Y con los ojos llenos de lágrimas os pedirá un baile. Yo mismo acompañaré su baile con una canción. Un aire de danza y una sátira acerca del espíritu de torpeza, acerca de este demonio tan alto como poderoso, en quien dicen que es «el dueño del mundo.»

Y he aquí la canción que cantó Zaratustra mientras Cupido bailaba con las muchachas:

—Un día me contemplé en tus ojos, ¡oh vida!, y me pareció caer en un insondable abismo; pero tú me sacaste con anzuelos de oro; tenías una risa burlona cuando yo te llamaba insondable. «Todos los peces hablaban así—dijiste—: lo que ellos no pueden penetrar en insondable. Mas, yo soy voluble, salvaje y mujer en todo; no soy una mujer virtuosa», me dijiste. «Aunque sea para vosotros, los hombres, la infinita, o la fiel, la eterna, o la misteriosa. Vosotros, los hombres, nos prestáis siempre vuestras propias virtudes. ¡Ay, qué virtuosos sois!» La seductora se reía; pero yo desconfío siempre de ella y de su risa cuando habla mal de sí misma. Y un día hablaba yo frente a frente con mi salvaje sabiduría, me dijo airadamente: «Tú quieres, tú deseas, tú amas la vida. ¡Por eso la alabas!» Poco faltó para que le respondiera con dureza y dijese la verdad a la pendenciera; y nunca se habla más duramente que cuando se dicen «sus verdades» a su sabiduría. Porque los tres nos sustentamos sobre esta base: yo no amo profundamente sino la vida: ¡Y, en realidad, nunca la amo tanto como cuando la de-

testo! ¡Y si soy atraído hacia la sabiduría, y muchas veces atraído demasiado hacia ella, es porque me recuerda demasiado la vida! Tiene sus mismos ojos, su misma risa y hasta su mismo anzuelo de oro; ¿qué he de hacer si de tal manera se asemejan ambas? La vida me preguntó en cierta ocasión: «¿Qué es la sabiduría?» Yo me apresuré a responderle: «¡Ah, la sabiduría! Se tiene sed de ella sin poder nunca saciarse; se la codicia con ansia sin poder hartarse de ella. Se la mira bajo velos; se prende a través de redes. ¿Es hermosa? ¡Qué se yo! Pero hasta los peces más viejos muerden su anzuelo. Es voluble y porfiada. Con frecuencia la he visto morderse los labios y enredarse el pelo con el peine. Tal vez es mala y pérfida y mujer en todo; pero cuando más seduce es cuando habla mal de sí misma.» Cuando hablé así a la vida, insinuó una sonrisa perversa y cerró los ojos. «¿De quién hablas?—me dijo—. ¿No será de mí? Y aun cuando tuvieras razón, ¡venir a decirle a uno tales cosas en su propia cara! Pero ¡háblanos ahora de tu propia sabiduría!» ¡Ay! Entonces volviste a abrir los ojos, ¡oh vida bienamada! Y me pareció que volvía a caer en el insondable abismo...

Así cantó Zaratustra.

Pero cuando terminó el baile y se alejaron las muchachas, Zaratustra se entristeció.

Al fin, dijo:

—Hace largo rato que el sol se ha ocultado. La pradera está húmeda. Una fresca brisa viene de la selva. Algo desconocido me rodea y me contempla pensativamente. ¡Cómo! ¿Vives todavía, Zaratustra? ¿Por qué? ¿De qué? ¿Adónde vas? ¿Adónde? ¿Cómo? ¿No es una locura vivir todavía? ¡Ay, amigos míos! Es la noche la que se pregunta en mí. ¡Perdonad mi tristeza! Ha llegado la noche. ¡Perdonadme que la noche haya llegado!

Así hablaba Zaratustra.

LA CANCIÓN DE LAS TUMBAS

—**A**LLÍ está la isla silenciosa, la isla de las tumbas. Allí también están las tumbas de mi juventud. Allí llevaré una corona de siemprevivas de la vida. Crucé el mar por decisión de mi corazón. ¡Oh visiones y recuerdos de mi juventud! ¡Oh miradas de amor, momentos divinos! ¡Cuán velozmente os habéis desvanecido! Hoy pienso en vosotros como pienso en los muertos que amaba. Llega hasta mí de vosotros, mis muertos predilectos, un suave perfume que alivia el corazón y provoca el llanto. Perfume que conmueve y consuela el corazón del navegante solitario. Yo, el solitario, soy siempre el más rico y el más envidiado porque os he poseído y vosotros me poseéis aún. Decidme: ¿para quién, pues, cayeron del árbol tales manzanas de oro? Yo soy siempre el heredero y la tierra de vuestro amor. Yo florezco en memoria vuestra, en una florescencia de virtudes salvajes y policromas, ¡oh bienamados míos! ¡Ay! Hemos nacido para permanecer juntos, extrañas y deliciosas maravillas. ¡Y vosotros no os habéis acercado a mí y a mi deseo como tímidos pájaros, sino confiados en el que tenía confianza! Sí. Creados como yo para la fidelidad y para la dulce eternidad. Ahora será necesario que os nombre por vuestra infidelidad, ¡oh miradas y momentos divinos! Todavía no he aprendido a nombraros de otro modo. En verdad, habéis muerto demasiado rápidamente para mí, fugitivos. Sin embargo, no habéis huido de mí ni yo he huido de vosotros. No somos culpables los unos para con los otros de nuestra infidelidad. ¡Para matarme a mí os dieron muerte a vosotras, aves cantoras de mis esperanzas! Sí, hacia vosotras, amadas mías, la maldad ha disparado siempre sus flechas... para alcanzar mi corazón. ¡Y ha dado en el blanco! Porque siempre habéis sido vosotros lo más querido para mí, mi bien, mi fortuna. ¡Por esto tuvisteis que morir demasiado jóvenes; habéis perecido prematuramente! ¡Ha lanzado la flecha sobre lo

que había en mí de más vulnerable: sobre vosotras, cuya piel es parecida a un plumón y, más todavía, a una sonrisa que muere de una mirada! A mis enemigos quiero hablarles así: ¿Qué significa matar a un hombre en comparación con lo que me habéis hecho? El mal que me habéis ocasionado es peor que un asesinato. Me habéis arrebatado lo irreparable; ¡esto os digo, enemigos míos! Habéis matado las visiones y las maravillas más queridas de mi juventud. ¡Me habéis arrebatado a mis compañeros de juego, los espíritus inefables! En su memoria llevo esta corona y esta maldición. ¡Esta maldición contra vosotros, mis enemigos! ¡Porque vosotros habéis abreviado mi eternidad como una voz que se quiebra en la noche helada! ¡Yo apenas he podido entreverla como la mirada de un ojo divino: como un parpadeo! Así, en la hora oportuna, me dijo mi pureza un día: «Para mí, todos los seres deben ser divinos.» Entonces me asaltasteis con fantasmas impuros. ¡Ay! ¿Adónde huyó esta hora oportuna? «Todos los días deben ser sagrados para mí.» Así me habló un día la sabiduría de mi juventud. En verdad, palabras son éstas de una alegre sabiduría. Pero entonces vosotros, mis enemigos, me robasteis mis noches para transformarlas en insomnios preñados de tormentos. ¡Ay! ¿Adónde ha huido esta alegre sabiduría? En otra época yo reclamaba presagios felices. Entonces vosotros hicisteis pasar por mi camino un monstruoso, un nefasto búho. ¡Ay! ¿Adónde, pues, huyó mi cariñoso deseo? Un día hice voto de renunciar a todas las repugnancias. Entonces transformasteis en úlceras todo lo que me rodeaba. ¡Ay! ¿Adónde huyeron, entonces, mis nobles votos? Como un ciego he recorrido venturosos caminos. Entonces vosotros arrojasteis inmundicias en el camino del ciego y ahora estoy asqueado del viejo sendero del ciego. Y cuando realicé la cosa más difícil para mí, cuando celebraba las victorias contra mí mismo, vosotros habéis impulsado a gritar a los que me amaban, que era entonces cuando más daño les hacía. En verdad, siempre habéis procedido así contra mí. Me habéis amargado mi mejor miel y la diligencia de mis mejores abejas. Siempre habéis

enviado hacia mi caridad a los mendigos más impudentes. Habéis agrupado alrededor de mi piedad a los más incurables desvergonzados. De este modo habéis herido mi virtud en su fe. Y cuando yo ofrecía en sacrificio lo que tenía de más sagrado, vuestra devoción se apresuraba a unir a él vuestras ofrendas más grasientas; de suerte que las emanaciones de vuestra grasa sofocaba lo que yo consideraba como más sagrado. Un día quise bailar como nunca hasta entonces había bailado; quise bailar más allá de todos los cielos. Entonces, a mi más querido cantor lo apartasteis de mí. Y él entonó la canción más lúgubre y más sombría. ¡Ay! En mi oído produjo sonos con su cuerno que tenían el aire de venir del cuerno más fúnebre! ¡Cantor asesino, instrumento de malicia, tú el más inocente! ¡Dispuesto estaba ya para el mejor baile y entonces mataste mi éxtasis con tus acordes! Únicamente bailando sé expresar los símbolos de las cosas más sublimes. ¡Pero ahora mis miembros no han podido expresar mi símbolo más elevado! Ha permanecido cerrada para mí la más elevada esperanza sin que haya podido revelar su secreto. ¡Yo he visto morir todas las visiones y todos los consuelos de mi juventud! ¿Cómo he podido soportarlo? ¿Cómo he podido tolerar y sobreponerme a semejantes heridas? ¿Cómo ha resucitado mi alma de tantas tumbas? ¡Sí! Hay en mí algo invulnerable, algo que no puede sepultarse y que hace saltar las peñas: esto se llama mi voluntad. Esto transcurre a través de los años, silencioso e inmutable. Mi vieja voluntad quiere marchar a su paso sobre mis propias piernas; su sentido es duro e invulnerable. Solamente soy invulnerable en el talón. Todavía vives allí, siempre igual a ti misma, ¡tú, mi paciente voluntad! ¡Tú siempre has pasado por todos los sepulcros! En ti subsiste lo que no se ha liberado durante mi juventud y, joven y viva, te has sentado, llena de esperanzas, sobre los amarillentos escombros de las sepulturas. Sí, tú sigues siendo para mí la destructora de todas las tumbas, ¡salve, voluntad mía! ¡Sólo donde hay sepulcros hay resurrecciones!

Así hablaba Zaratustra.

DE LA VICTORIA SOBRE SÍ MISMO

—A lo que os impulsa y enardece llamáis «voluntad de verdad», vosotros, los más sabios entre los sabios. Pero yo llamo a vuestra voluntad la voluntad de imaginar el ser. Todo lo que es, queréis hacerlo imaginable. Y es que con justa desconfianza dudáis que esto sea ya imaginable. Queréis someter y doblegar a vuestra voluntad todo lo que es. Pulirlo y someterlo al espíritu como su reflejo y su imagen. Ésa es toda vuestra voluntad, ¡oh sabios entre los sabios!, ésa es vuestra voluntad de poder; e igualmente cuando habláis del bien y del mal y de la evolución de los valores. Queréis crear un mundo ante el cual podáis arrodillaros: ésa es vuestra última esperanza y vuestra última embriaguez. Sin embargo, los simples, los que se llaman el pueblo, son semejantes al río sobre el cual navega una barca adelantando sin cesar; y en la barca están sentadas, solemnes y disfrazadas, las evaluaciones de los valores. Habéis lanzado vuestra voluntad y vuestros valores al río del devenir, y una vieja voluntad me revela lo que el pueblo juzga bueno y malo. Sois vosotros, ¡oh sabios entre los sabios!, quienes habéis colocado semejantes huéspedes en esta barca; los habéis engalanado con adornos y con nombres suntuosos, ¡vosotros y vuestra voluntad dominante! El río lleva adelante vuestra barca: es preciso que la lleve. Poco importa que la quebrada ola espume y resista a su quilla con cólera. No es el río vuestro peligro y el fin de vuestro bien y de vuestro mal, ¡oh sabios entre los sabios!, sino esta voluntad misma, la voluntad de poder, la voluntad vital, inagotable y creadora. Pero, con el fin de que comprendáis mis palabras sobre el bien y el mal, os diré mis palabras sobre la vida y sobre las costumbres de todo lo viviente. Yo he seguido todo lo que es viviente, lo he perseguido sobre los grandes y los pequeños caminos, con el fin de conocer sus costumbres. Cuando la vida se callaba yo recogía su mirada sobre un

espejo de cien facetas para hacer hablar a sus ojos. Y sus ojos me han hablado. Palabras de obediencia he escuchado ahí donde he encontrado lo viviente. Todo lo que es viviente tiene algo de obediencia. Y he aquí mi segunda comprobación: se manda a aquel que no sabe obedecer a sí mismo. Tal es la costumbre de lo que es viviente. Y he aquí mi tercera; mandar es más difícil que obedecer. Porque quien manda lleva sobre sí, además, el peso de todos los que obedecen y algunas veces este peso le aplasta. En todo mando he advertido un peligro y un riesgo. Y siempre, cuando manda el que es viviente, lo que es viviente arriesga su vida. Y cuando lo que es viviente se manda a sí mismo, es menester que lo que es viviente expie su autoridad y sea juez, vengador y víctima de sus propias leyes. Y me he preguntado: ¿cómo es esto? ¿Qué es lo que persuade a lo que es viviente a obedecer, a mandar y a ser obediente, aun mandando? ¡Escuchad mis palabras, oh sabios entre los sabios! ¡Examinad seriamente si he penetrado en el corazón de la vida, hasta las raíces de este corazón! Dondequiera que he encontrado algo viviente, he encontrado la voluntad del poder; incluso en la voluntad de quien obedece he hallado la voluntad de ser amo. Que lo más fuerte domine a lo más débil, esto es lo que quiere su voluntad. Su voluntad quiere ser dueña de lo que es más débil aún. Ésta es la única alegría de la cual no quiero ser privado. Y como lo más pequeño se abandona a lo más grande, porque lo más grande quiere gozar de lo más pequeño y dominarlo, así, lo más grande también se abandona y arriesga su vida por el poder. Éste es el abandono de lo más grande. ¡Que en ello haya temeridad y peligro y que lo más grande goce su vida! Y donde hay sacrificio y favor prestado y mirada amorosa, hay también voluntad de ser dueño. Por estos caminos desviados se desliza el más débil dentro de la fortaleza y hasta en el corazón del más poderoso; allí es donde roba el poder. Y la misma vida me ha confiado este secreto: «He aquí—me ha dicho—, yo soy aquello que siempre debe superarse a sí mismo. A decir verdad, vosotros llamáis a esto voluntad de crear, o instinto del fin, de lo más su-

blime, de lo más lejano, de lo más múltiple. Pero todo esto no es sino una sola cosa y un solo secreto. Yo prefiero desaparecer antes que renunciar a esta cosa única, y, en verdad, allí donde hay descenso y caída de las hojas, es donde se sacrifica la vida... ¡para el poder! ¡Es preciso que yo sea lucha, de venir, fin y obstáculo para el fin! ¡Quien adivina mi voluntad adivina también los tortuosos caminos que necesita seguir! Cualquiera que sea la cosa que yo cree y la manera como la ame, es preciso que pronto sea su adversario y el adversario de mi amor: así lo quiere mi voluntad. Y tú, que buscas el conocimiento, tú también sólo eres el sendero y el rastro de mi voluntad. ¡En efecto, mi voluntad de poder camina también sobre las huellas de tu voluntad de lo verdadero! Seguramente no ha encontrado la verdad quien habla de la «voluntad de vida»: ¡Esta voluntad no existe! Porque lo que no es no puede querer; pero ¿cómo lo que está en la vida podría desear la vida? Únicamente donde hay vida hay voluntad. ¡Sin embargo, no es la voluntad de vida lo que yo enseño, sino la voluntad de poder! Hay muchas cosas que los vivos aprecian más que la misma vida. Pero en el mismo aprecio habla la voluntad de poder.» Tales fueron las enseñanzas que un día me dio la vida. Y mediante estas enseñanzas yo resuelvo, ¡oh sabios entre los sabios!, el enigma de vuestro corazón. En verdad os digo: que el bien y el mal que fueran imperecederos... ¡no existen! Preciso es que el bien y el mal se superen constantemente. Con vuestros valores y vuestras palabras del bien y del mal ejercéis la fuerza, vosotros los apreciadores del valor; esto es vuestro amor oculto, el brillo, la devoción y el desbordamiento de vuestra alma. Pero un poder más fuerte crece en vuestros valores, una nueva victoria sobre sí mismo que quiebra los huevos y las cáscaras de los huevos. Y quien quiera ser creador en el bien y en el mal, deberá comenzar por destruir y por romper los valores. Así, la mayor malignidad forma parte de la mayor benignidad. Pero esta benignidad es la benignidad del creador. Hablemos de ello, cueste lo que costare, ¡oh sabios entre los sabios!, porque peor es callarse. Todas las ver-

dades que se mantienen en silencio llegan a convertirse en venenosas. ¡Y que sea quebrantado todo lo que pueda ser quebrantado por nuestras verdades! ¡Todavía quedan muchas cosas por construir!

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS HOMBRES SUBLIMES

—UN mar de fondo sereno hay en mí. ¡Cualquiera adivinaría que oculta graciosos y traviosos monstruos! Impasible es mi profundidad; sin embargo, brilla de enigmas y carcajadas. He visto hoy a un hombre sublime: un hombre solemne, un penitente del espíritu. ¡Cómo se ha reído mi alma de su fealdad! Ahuecando el pecho, como quien contiene la respiración, estaba ahí de pie, el sublime, silencioso. Engalanado con horribles verdades, su botín de caza, y riqueza de harapos, cubierto con muchas espinas pero con ninguna rosa. Ni la risa ni la belleza conoce todavía. Este cazador de aspecto sombrío ha regresado de la selva del conocimiento. Ha regresado de luchar con los animales salvajes; pero su aspecto adusto denuncia todavía al animal salvaje, una fiera indómita. Ahí permanece como tigre listo a lanzarse sobre su presa. No me placen las almas tensas como la suya. Sus resistencias me molestan. Y vosotros, amigos míos, me decís que «no hay que discutir de gustos ni de colores». Pero toda vida es un lucha por los gustos y los colores. El gusto es a la vez, el peso, la balanza y el que pesa. ¡Desgraciado el ser viviente que quisiera vivir sin luchar por los pesos, las balanzas y los que pesan! Únicamente cuando se fatigue de su sublimidad comenzará su belleza este hombre sublime. Únicamente entonces querría yo saborearlo. Sólo entonces le encontraría gusto. Solamente cuando se desvíe de sí mismo saltará por encima de su sombra, y, en verdad, esto acontecerá en su sol. Demasiado tiempo ha estado sentado a la sombra; el expiador del espíritu ha visto palidecer sus mejillas, y la espera casi le ha hecho morir de hambre. Todavía hay

desprecio en sus ojos y la repugnancia se oculta en sus labios. Cierto es que ahora descansa, pero su reposo no se ha echado todavía al sol. Debiera imitar al toro. Su felicidad debiera trascender a la tierra y no al desprecio de la tierra. Quisiera verle semejante a un toro blanco, resoplando y mugiendo delante del arado. Y su mugido debiera cantar la alabanza de todo lo que es terrestre. Oscuro está su rostro. La sombra de su mano se proyecta sobre su semblante. Su mirada aun está en la sombra. Su misma acción no es todavía sino una sombra proyectada sobre él. La mano ensombrece a quien actúa. Todavía no ha superado su acto. Me gusta ver en él la columna vertebral del toro. Pero también me gustaría ver ahora la mirada del ángel. También es preciso que olvide su voluntad de héroe. Quiero que sea un hombre noble y no solamente un hombre sublime. ¡Únicamente el éter debería levantar a este hombre sin voluntad! Ha vencido monstruos, ha adivinado enigmas; pero le sería necesario también salvar a sus monstruos y a sus enigmas. Le sería necesario transformarlos en criaturas divinas. Todavía no ha aprendido su conocimiento a sonreír y a no tener envidia. Su ola de pasión no se ha colmado todavía en la belleza. En verdad, no es en la saciedad donde su deseo debe callarse y disiparse, sino en la belleza. La gracia forma parte de la generosidad de los que piensan con elevación. El brazo colocado sobre la cabeza: así debería reposar el héroe, así debería superar su reposo. Pero nada tan difícil al héroe como la belleza: la belleza es inasequible para todo ser violento. Un poco más, un poco menos, es poco y es mucho y es hasta lo esencial. Permanecer con los músculos inactivos y la voluntad libre: esto es lo más difícil para vosotros, hombres sublimes. Al poder que se hace clemente yo lo llamo condescendencia. Y cuando el poder se digna condescender a lo visible, yo lo llamo belleza. A ti más que a nadie exijo la belleza. A ti, que eres poderoso, que tu bondad sea tu última victoria sobre ti mismo. Porque te creo capaz de todas las maldades, por eso exijo de ti el bien. ¡En verdad, he reído muchas veces de los débiles, que se creen buenos

porque sus piernas son débiles! Debes imitar la virtud de la columna: a medida que se eleva va haciéndose más bella y más fina; pero más resistente interiormente. Si, hombre sublime: un día serás bello y presentarás a tu propia belleza el espejo. Entonces, tu alma vibrará de divinos deseos, ¡y habrá adoración en tu vanidad! Porque éste es el secreto del alma: cuando el héroe ha abandonado el alma, es cuando únicamente se aproxima, soñando..., el superhéroe.

Así hablaba Zaratustra.

DEL PAÍS DE LA CIVILIZACIÓN

—**M**E interné demasiado en el futuro y me dominó el espanto. Cuando miré en torno mío, el tiempo era mi único contemporáneo. Retrocedí, entonces, huyendo cada vez con más prisa. He llegado así a vuestro lado, hombres actuales. He llegado al país de la civilización. Por primera vez os he contemplado con ojos adecuados y con buenos deseos. En verdad, he llegado con el corazón desfalleciente. ¿Qué me ha acontecido? A pesar del miedo que me dominó, tuve que reír. Nunca habían contemplado mis ojos nada tan abigarrado. No cesaba de reír, a la par que me temblaban las piernas al mismo tiempo que mi corazón: «¿Acaso es éste el mundo de los cacharros de todos colores?», me pregunté. Con el rostro y los miembros pintarrajeados de mil maneras: así fue, con gran asombro mío, como os veía sentados a vosotros, los hombres actuales. Y con cincuenta espejos a vuestro alrededor; ¡cincuenta espejos que adulaban e imitaban vuestro juego de colores! ¡En verdad, no podéis llevar mejor disfraz que vuestro propio rostro, hombres actuales. ¿Quién sería capaz de reconocerlos? Embadurnados con los signos del pasado que nuevos signos recubren. ¡Bien os habéis ocultado así para todos los intérpretes! Y aunque se supiese escuadriñar las entrañas, ¿a quién haríais creer que vosotros tenéis entrañas? Parecéis amasados de colores y de recortes de papel, pegados jun-

tos. Todos los tiempos y todos los pueblos lanzan a través de vuestros velos una mirada confusa. Todas las costumbres y todas las creencias hablan confundidamente a través de vuestras posturas. El que os despojase de vuestros velos, de vuestros postizos, de vuestros colores y de vuestras posturas, no dejaría ante su vista sino espantapájaros. En verdad, yo mismo soy un pájaro espantado que un día os vio desnudos y sin colores; y hui cuando este esqueleto me hacía signos de amor. Porque preferiría debatirme en el infierno y entre las sombras del pasado. ¡Los habitantes del infierno tienen más consistencia que vosotros! ¡La amargura de mi corazón consiste en no poder resistir ni vestidos ni desnudos a los hombres actuales! Todo lo que hay de inquietante en el porvenir y todo lo que siempre ha espantado a los pájaros extraviados inspira, ciertamente, más tranquilidad y más calma que vuestra «realidad». Pues vosotros habláis así: «Estamos enteramente hechos de realidad, sin creencia y sin superstición.» ¡Infláis el buche sin tener buche siquiera. Sí; ¿cómo podríais creer vosotros, con lo abigarrados que sois, pinturas de lo que jamás se ha creído? Sois refutaciones vivas de la misma fe y la ruptura de todos los pensamientos. Seres efímeros. ¡Este nombre os doy a vosotros, «los hombres de la realidad»! Unas contra otras murmuran todas las épocas dentro de vuestros espíritus; ¡y los sueños y las murmuraciones de todas las épocas eran todavía más reales que vuestra razón despierta! Sois estériles: por eso carecéis de fe. Pero el que debía crear, poseía siempre sus sueños y sus estrellas... ¡y tenía fe en la fe! Sois puertas entreabiertas, donde aguardan los sepultureros. Y ésta es vuestra realidad: «Todo merece desaparecer.» ¡Ah!, ¿cómo estáis ahí de pie ante mí, hombres estériles, esqueletos vivos? Ciertamente los hay entre vosotros que se han dado cuenta de ello. Dicen ellos: «¿Me abrá quitado algo un dios mientras dormía?» ¡En verdad, habría en ello algo de qué hacer una mujer! «¡Es extraña esta pobreza de mis costillas!» Así han hablado ya muchos hombres ac-

tuales. ¡Sí; me hacéis reír, hombres actuales; sobre todo cuanto os asombráis de vosotros mismos! ¡Desdichado de mí si no me pudiera reír de vuestro asombro y si me fuera preciso engullir todo lo repugnante que contienen vuestras escudillas! Pero os tomo a la ligera porque debo llevar cosas pesadas; ¿qué me importan que las moscas se posen sobre mi carga? ¡En verdad, mi carga no ha de ser más pesada por eso! Y no es de vosotros. contemporáneos míos, de quienes me vendrá el gran cansancio. ¡Ay! ¿Adónde debo aún subir con mi deseo? Miro desde lo alto de todas las cumbres para informarme de patrias y tierras natales. Pero en ninguna parte los hallo. Soy un extraño en todas las ciudades y todas las puertas me sirven de salida. Los hombres actuales, hacia quienes hace un momento se inclinaba mi corazón, son ahora extranjeros para mí; ¡provocan mi hilaridad! He sido expulsado de las patrias y de las tierras natales. Por eso solo amo el país de mis hijos, la tierra desconocida entre los lejanos mares. Mi vela debe conducirme sin cesar en su busca. Quiero justificarme ante mis hijos de haber sido el hijo de mis padres. Quiero justificar para todo el porvenir este presente.

Así hablaba Zaratustra.

DEL CONOCIMIENTO INMACULADO

— CUANDO ayer salió la luna, me parecía empeñada en parir un sol; tan abultada y grávida se mostraba en el horizonte. Pero su preñez era engaño. Antes tomaría a la luna por hombre que por mujer. Ciertamente que tiene muy poco de hombre este tímido noctámbulo. Con su conciencia turbada se desliza por los tejados. Está lleno de codicia y de envidia este monje que es la luna: codicia la tierra y todas las concupiscencias de los amantes. No. No me agrada este gato de los canalones. Me repugnan todos los que fisgan a través de las ventanas en-

treabiertas Devoto y silencioso camina sobre alfombras de estrellas. Yo detesto a todos los hombres que caminan sin ruido y que no hacen sonar sus espuelas. Los pasos del hombre leal hablan. En cambio, el gato camina con pasos furtivos. Mirad como avanza la luna, desleal como un gato. ¡A vosotros, hipócritas sensibles; a vosotros que buscáis el «conocimiento puro», y a quienes yo llamo: lascivos, os ofrezco esta parábola: También vosotros amáis la tierra y todo lo terrenal. ¡Que bien os he adivinado! Pero en vuestro amor hay vergüenza y mala conciencia: os parecéis a la luna. Se ha persuadido a vuestro espíritu para que desprecie todo lo terrenal; pero no se ha persuadido vuestro corazón. ¡Sin embargo, él es lo más fuerte que hay en vosotros! Y ahora vuestro espíritu se avergüenza de obedecer a vuestro corazón y sigue caminos furtivos y engañosos para huir de su propia vergüenza. Vuestro embustero espíritu así se habla a sí mismo: «Lo más elevado para mí sería contemplar la vida sin codicia y no como los perros, con la lengua colgando. Ser feliz en la contemplación, con la voluntad muerta, sin rapacidad y sin envidia egoísta. Frío y gris todo el cuerpo, pero embriagados de luna los ojos. Lo mejor para mí, de este modo se licencia a sí mismo aquel que ha sido licenciado, sería amar la tierra como la ama la luna, y no acariciar su belleza sino con los ojos. Y he aquí lo que llamo el conocimiento inmaculado de todas las cosas: no solicitar de las cosas sino el poder acostarse delante de ellas del mismo modo que un espejo de cien miradas.» ¡Oh hipócritas y lascivos! Os falta la inocencia en el deseo. ¡Por ello calumniáis al deseo! ¡En realidad, vosotros no amáis la tierra como los creadores, como los engendradores, gozosos de crear! ¿Dónde hay inocencia? Allí donde exista voluntad de engendrar. Y quien quiera crear por encima de sí mismo, poseerá a mis ojos la voluntad más pura. ¿Dónde hay belleza? Allí donde es preciso que yo quiera con toda mi voluntad; donde quiero amar y desaparecer, con el fin de que una imagen no quede como ima-

gen solamente. Amar y desaparecer: esto concuerda desde la eternidad. Querer amar supone estar dispuesto a la muerte. ¡Esto os digo, cobardes! ¡Pero vuestra mirada estrábica y afeminada quiere ser «contemplativa»! ¡Y aquello a donde poder acercarse con los ojos pusilánimes debe ser llamado bello! ¡Oh vosotros, que mancháis los nombres más nobles! Hombres immaculados, que buscáis el conocimiento puro, vuestra maldición debe ser ésta: que no lleguéis jamás a engendrar aunque estéis acostados, abultados y llenos, en el horizonte. En verdad, tenéis la boca llena de nobles palabras; ¿querréis hacernos creer que vuestro corazón desborda, mentirosos? Mis palabras son palabras rudas, menospreciadas e informes y me gusta recoger las migajas que en vuestros festines caen bajo la mesa. Pero ellas me bastan siempre... ¡para decir la verdad a los hipócritas! Sí; mis espinas, mis conchas y mis hojas de cacto deben... cosquillearos en las narices, ¡hipócritas! Siempre hay aire viciado en torno vuestro y de vuestros festines, porque vuestros pensamientos lascivos, vuestras mentiras y vuestros disimulos están en el aire! Ante todo, tened el valor de tener fe en vosotros mismos; ¡en vosotros mismos y en vuestro corazón! Quien no tiene fe en sí mismo, miente siempre. Habéis colocado ante vosotros la máscara de un dios, hombres «puros»; vuestra horrible y rastrera larva se ha ocultado bajo la máscara de un dios. ¡En verdad, presumís demasiado, «contemplativos»! Hasta Zaratustra ha sido engañado por vuestras pieles divinas; no ha adivinado las serpientes cubiertas bajo estas pieles. En vuestros juegos creía yo ver recrearse el alma de un dios: ¡hombres que buscáis el conocimiento puro! ¡No conocía mejor arte que vuestros artificios! La distancia que de vosotros me separaba me ocultaba las inmundicias de la serpiente y los malos olores, y no sabía que la astucia de un lagarto vagabundeaba lasciva por aquí. Pero, me he acercado a vosotros: entonces el día ha venido a mí..., y ahora llega para vosotros. ¡Los amores de la luna son su

crepúsculo! ¡Miradla! ¡Está allá arriba, sorprendida y pálida ante la aurora! Porque ya despierta la fogosa aurora; su amor por la tierra atrae. El amor del sol es inocencia y deseo creador. ¡Contemplad cómo la aurora se extiende impaciente sobre el mar! ¿No notáis el sediento y cálido aliento de su amor? Anhela aspirar el mar y sorber sus profundidades. Y el deseo del mar se levanta con sus mil senos. Porque la mar quiere ser besada y aspirada por el sol; quiere llegar a hacerse aire y altura y sendero de luz y ¡luz, ella misma! En verdad, semejante al sol, yo amo a la vida y a todos los mares profundos. Y para mí, el conocimiento es esto: todo lo que es profundo debe elevarse... ¡a mi altura!

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS ERUDITOS

—**C**ierta vez me contó un niño que, mientras yo dormía, una oveja se puso a devorar las hojas de la corona de hiedra que engalanaba mi cabeza; y mientras comía decía estas palabras: «Zaratustra ya no es un erudito.» Después de lo cual se alejó altiva y desdeñosa. Me place estar tendido allí donde los niños juegan, a lo largo de un agrietado muro, bajo los cardos y las rojas amapolas. Todavía soy un erudito para los niños así como para los cardos y las amapolas rojas. Aun en su maldad son inocentes. Ya no soy un erudito para las ovejas. Así lo quiere mi suerte. ¡Bendita sea! Porque ésta es la verdad: he salido de casa de los eruditos dando un portazo detrás de mí. Durante demasiado tiempo se sentó en su mesa mi alma hambrienta. Yo no estoy, como ellos, adiestrado para el conocimiento como para cascar nueces. Yo amo la libertad y el aire sobre la fresca tierra. Prefiero dormir sobre pieles de bueyes que sobre sus honores y dignidades. Soy demasiado ardiente y estoy demasiado consumido por mis propios pensamientos: con frecuencia me falta la respiración; entonces necesito salir al aire libre y aban-

donar los recintos llenos de polvo. Pero ellos se han sentado al fresco, a la sombra. En todas partes sólo quieren ser espectadores y cuidan mucho de no sentarse en los escalones calcinados por el sol. Semejantes a los que se estacionan en la calle, y con la boca abierta miran a las gentes que pasan, de igual modo ellos esperan con la boca abierta los pensamientos de los otros. Si se les toca la mano, levantan involuntariamente nubes de polvo alrededor de ellos, como si fueran sacos de harina. Pero ¿quién pondría en duda que su polvo procede del grano y de la gloria de los campos estivales? Si se muestran prudentes yo quedo horripilado de sus breves sentencias y de sus verdades: su erudición hiede frecuentemente a pantano; y, en verdad, yo he oído croar a las ranas en su sabiduría. Son diestros y ágiles de dedos. ¿Qué quiere mi sencillez al lado de su complejidad? Sus dedos se aplican a todo lo que sea hilar, anudar y tejer; ¡así hacen el punto de las medias de su espíritu! Son buenos relojes de péndulo, en el supuesto de que se haya tenido el cuidado de darles cuerda. En tal caso, señalan la hora sin equivocarse y producen al mismo tiempo un modesto tictac. Trabajan como molinos y morteros: ¡basta con arrojarles el grano!; ellos se ocupan de moler el grano y de convertirlo en blanca harina. Ellos se vigilan unos a otros los dedos con desconfianza. Fecundos inventores de pequeñas malicias, espían a aquellos de ciencia claudicante..., acechan como arañas. Siempre los he visto preparar sus venenos con precaución; siempre cubiertos sus dedos con guantes de vidrio. También saben cazar con reclamo: yo los he visto hacerlo con tanto entusiasmo que se cubrían de sudor. Somos extraños los unos para los otros. Todavía me son más opuestas sus virtudes que sus falsedades y sus reclamos. Y cuando permanecía entre ellos, permanecía por encima de ellos. Por esto me han tomado encono. No quieren que se diga que alguien camina por encima de sus cabezas. Por eso pusieron leña, tierra y basura entre sus cabezas y yo. Por esto han sofocado el ruido de mis pasos; y, hasta hoy, son los más

eruditos los que menos me han comprendido. Han puesto entre ellos y yo todas las flaquezas y todas las faltas de los hombres. En sus viviendas llamarían a esto «suelos de trampa». Pero, a pesar de todo, yo camino con mis pensamientos por encima de sus cabezas. Y aun cuando quisiese marchar apoyado en mis propios defectos, todavía caminaría por encima de ellos y de sus cabezas. Pues los hombres en nada son iguales: esto dice la justicia. Y lo que yo quiero no tendrían ellos el derecho de quererlo.

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS POETAS

A uno de sus discípulos dijo Zaratustra:

—Desde que conozco mejor el cuerpo, el espíritu ya no es para mí sino un cuasi espíritu, y todo lo «imperecedero» es tan sólo un símbolo.

Y el discípulo le respondió:

—Te he oído ya hablar así. Y añadías entonces: «Pero los poetas mienten demasiado.» ¿Por qué decías que los poetas mienten demasiado?

—¿Me preguntas por qué?—replicó Zaratustra—. No soy de los que son interrogados sobre su porqué. ¿Es de ayer lo que he vivido? Hace mucho tiempo que he vivido las razones de mis opiniones. Se necesitaría que yo fuese un gran tonel de memoria para poder guardar mis razones conmigo. Me cuesta ya demasiado trabajo guardar mis opiniones. Muchos pájaros se me escapan. Y también me sucede tener en mi palomar un ejemplar que no es de mi palomar y que me es extraño. Tiemblo cuando introduzco la mano en la jaula. Y, sin embargo, ¿qué te decía un día Zaratustra? Que los poetas mienten demasiado; pero Zaratustra también es poeta. ¿Crees, por consiguiente, que he dicho la verdad en esto? ¿Por qué lo crees?

—Yo creo en Zaratustra—respondió el discípulo.

Zaratustra meneó la cabeza y sonrió. Luego habló así:

—La fe no me salva. La fe en mí mismo, menos que ninguna otra. Más aún, suponiendo que alguien dijera en serio que los poetas mienten demasiado, tendría razón. Nosotros mentimos demasiado. Poquísimas son las cosas que sabemos y aprendemos demasiado mal. Luego, es indispensable que mintamos. ¿Y quién entre nosotros, los poetas, no ha adulterado su vino? En nuestras bodegas se han fabricado muchas mezclas venenosas; allí se ha realizado lo indescriptible. Y por lo mismo que sabemos muy pocas cosas nos agradan profundamente los pobres de espíritu, ¡sobre todo cuando se trata de mujeres jóvenes! Y deseamos hasta las cosas que las viejas se cuentan por la noche. Es lo que llamamos entre nosotros el eterno femenino. Y haciéndonos la ilusión de que existe un camino secreto que conduce al saber y el cual se sustrajese a los que aprenden algo, creemos en el pueblo y en su «sabiduría». Pues todos los poetas creen que quien está tendido sobre la hierba o sobre una ladera solitaria, aguzando el oído, puede aprender algo de lo que ocurre entre el cielo y la tierra. Y cuando los agitan emociones tier-nas, creen siempre los poetas que la naturaleza misma se ha enamorado de ellos y que se desliza en su oído para murmurarles sus secretos y acariciadoras palabras. ¡Se envanecen y se glorifican de ello ante todos los mortales! ¡Ay! ¡Existen tantas cosas entre el cielo y la tierra que sólo los poetas han soñado! Y sobre todo, por encima del cielo; porque todos los dioses son símbolos y artificios de poeta. En verdad, siempre somos atraídos hacia las regiones más elevadas, es decir, al reino de las nubes. Es allí donde colocamos nuestros globos de colores y los denominamos dioses y superhombres. ¡Porque son lo suficientemente ligeros para estos lugares todos estos dioses y superhombres! ¡Ay, qué cansado estoy de todo lo que es insuficiente y que a toda costa quiere ser acontecimiento! ¡Ay, qué cansado estoy de los poetas!

Cuando Zaratustra concluyó su discurso, su discípulo estaba irritado contra él, pero guardó silencio. Zaratustra también permaneció en silencio, y su mi-

rada se volcó hacia su interior como si escrutara lejanos horizontes. Al fin, lanzó un suspiro y respiró hondo. Dijo entonces:

—Yo soy de hoy y de ayer. Pero en mí hay algo que es de mañana y de pasado mañana, del porvenir. Estoy hastiado de los poetas, de los antiguos y de los modernos. Todos ellos son para mí superficiales como mares desecados. No han pensado con suficiente profundidad; por eso no ha descendido su sentimiento hasta la raíz. Un poco de voluptuosidad y un poco de fastidio: esto es lo mejor que ha habido en sus meditaciones. Los arpegios de su lira me parecen fugaces y espectros. ¡Qué han sabido, hasta ahora, del fervor y el fuego que hay en los sonidos? A mi juicio, tampoco son lo bastante limpios; revuelven todas sus aguas para darles la apariencia de profundas. Les agrada hacerse pasar por conciliadores; pero para mí siguen siendo gentes de términos medios y de componendas, desordenados y sucios. ¡Ay! He lanzado mis redes en sus mares para recoger buena pesca y siempre saqué la cabeza de un viejo dios. De este modo, el mar ha regalado una piedra al hambriento. Y ellos mismos parecen proceder del mar. Cierto es que entre ellos se encuentran perlas. Esto es lo que hace que se asemejen tanto más a duros testáceos. Con frecuencia he hallado en su interior espuma salada en vez de alma. Del mar han tomado su vanidad. ¿Acaso el mar no es el pavo real más vanidoso entre todos los pavos reales? Aun delante del búfalo más feo hace la rosca: despliega sin cansarse la seda y la plata de su abanico de encajes. El búfalo mira con rabia: su alma está más cerca de la espesura que de la arena, pero también más cerca del pantano. ¡Qué le importa la belleza y el mar y el esplendor del pavo real! ¡Este es el símbolo que dedico a los poetas! En verdad, ¡su espíritu es el pavo real más vanidoso entre todos los pavos reales y un mar de vanidad! El espíritu del poeta quiere espectadores. ¡Que sólo sean búfalos! A pesar de todo, estoy hastiado de este espíritu y veo llegar un tiempo en que él estará cansado de sí mismo. Ya he visto transformarse a los poetas

y dirigir su mirada contra ellos mismos. He visto llegar a los penitentes del espíritu: han nacido entre los poetas.

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS

No lejos de las islas felices de Zaratustra existe una isla donde humea constantemente un volcán.

Dice la gente, y sobre todo las viejas, que esta isla está situada como una roca ante la puerta del infierno. Un estrecho sendero que atraviesa el volcán conduce hasta esa puerta.

Un día en que Zaratustra estaba en las islas felices, ocurrió que un barco ancló en la isla del volcán humeante y su tripulación descendió a tierra para cazar conejos. Pero a la hora del mediodía, cuando el capitán y su tripulación se hallaban de nuevo reunidos, vieron de pronto que un hombre cruzaba el aire, acercándose a ellos, mientras una voz pronunciaba claramente estas palabras:

—¡Llegó el momento; llegó el momento!

Y cuando la aparición estuvo más próxima a ellos —pasó rápido como una sombra dirigiéndose hacia el volcán—, reconocieron con gran asombro a Zaratustra; pues todos, con excepción del capitán, lo conocían y le amaban como ama el pueblo, con una mezcla de amor y de temor.

Dijo el viejo piloto:

—¡Mirad: ved a Zaratustra rumbo al infierno!

Por esos mismos días, cuando estos marinos arribaron a la isla del Fuego, corría el rumor de que Zaratustra había desaparecido. Y cuando se preguntó a sus amigos, dijeron que había partido durante la noche, a bordo de un buque, sin decir a dónde pensaba ir.

Así se difundió cierta inquietud, inquietud que, al cabo de tres días, aumentó con la historia de los marinos. Y todo el pueblo refería que el diablo se había llevado a Zaratustra. Verdad es que sus dis-

cíbulos no hacían sino reírse de estos rumores. Y uno de ellos llegó a decir:

—Más bien creo que es Zaratustra el que se ha llevado al diablo.

Pero en el fondo de su alma estaban llenos de inquietud y zozobra. Grande fue, por consiguiente, su alegría, cuando cinco días después apareció Zaratustra en medio de ellos.

Y éste fue el relato del coloquio de Zaratustra con el perro de fuego:

—La tierra tiene una piel; esta piel tiene sus enfermedades. Una de estas enfermedades se llama, por ejemplo, hombre. Y otra de estas enfermedades se llama perro de fuego. A propósito de este perro, se ha dicho y se ha dejado decir a los hombres muchas mentiras. Para profundizar en este secreto he atravesado el mar, y he visto, realmente, la verdad, desnuda de pies a cabeza. Ahora sé lo que hay de verdad en el perro de fuego. Y también en todos los demonios de rebeldía y de inmundicia de los que se atemorizan no solamente las viejas. ¡Sal de tu profundidad, perro de fuego!—exclamé—, y confiesa cuán profunda es tu profundidad. ¿De dónde sacas lo que escupes sobre nosotros? Bebes copiosamente del mar, ¡lo revela la sal de tu facundia! ¡En verdad, para un perro de las profundidades tomas demasiado tu alimento de la superficie! Te considero, todo lo más, como un ventrículo de la tierra, y cuando he oído hablar a los demonios de la rebelión y de la inmundicia, siempre los he hallado semejantes a ti, con tu sal, tus mentiras y tu grosería. Sois diestro en aullar y en ofuscar con ceniza; sois los mayores jactanciosos y conocéis el arte de hacer servir el fango. Allí donde os halléis es preciso que haya fango cerca de vosotros y materias esponjosas, oprimidas y estrechas; ellas son las que quieren ser puestas en libertad. ¡Libertad! Tal es vuestro grito preferido; pero yo he perdido la fe en los «grandes acontecimientos» desde que van acompañados de tanto humo y de tantos aullidos. ¡Créeme, demonio de las erupciones ruidosas e infernales! Los grandes acontecimientos no son nuestras horas más ruidosas

sino las más silenciosas. El mundo no gravita alrededor de los inventores de nuevos estruendos, sino alrededor de los inventores de nuevos valores. Y gravita en silencio. ¡Y confiésalo! El resultado era insignificante apenas se disipaba tu estrépito y tu humedad. ¡Qué importa que una ciudad se mortifique y que caiga al fango una columna! Y además, agrego estas palabras para los destructores de columnas: la mayor de las locuras es echar sal en el mar y columnas en el fango. ¡La columna descansa en el fango de vuestro desprecio; pero su ley quiere que del desprecio renazca para ella la nueva vida y la belleza vivificante! ¡Ahora se acusa con perfiles más divinos y un dolor más seductor! Y, en verdad, ¡todavía os dará las gracias por haberla derribado, destructores! Éste es el consejo que doy a los reyes y a las iglesias y a cuantos se han debilitado por la edad y la virtud: ¡dejaos derribar a fin de que retornéis a la vida, y que la virtud vuelva a vosotros!» Así hablé delante del perro de fuego. Entonces él me interrumpió refunfuñando y me interrogó: «¿Iglesia? ¿Qué es eso?» Le respondí: «¿Iglesia? Es una especie de estado y una especie más mentirosa. Pero ¡cállate, perro de fuego; tú conoces tu especie mejor que nadie! El estado es un perro hipócrita como tú mismo y, como a ti, le gusta hablar por medio de humaredas y de aullidos, para hacer creer, como tú, que su palabra viene del fondo de las cosas. Porque el estado quiere ser en absoluto el animal más importante de la tierra, y todo el mundo cree que lo es.» Luego que hablé en esa forma, el perro de fuego parecía loco de celos. Rabioso exclamaba: «¡Cómo! ¿El animal más importante de la tierra? ¿Y se cree que lo es?» Y salieron de su garganta ruidos y vapores tan espantosos, que pensé que iba a ahogarse de ira y de envidia. En fin, acabó por callarse y fué serenando. Cuando hubo callado, le dije riéndome: «¡Te encolerizas, perro de fuego, luego, tengo razón contra ti! Y para que yo conserve la razón, déjame hablarte de otro perro de fuego; éste habla, realmente, desde el corazón de la tierra. Su aliento es de oro, y una lluvia de oro: así lo

quiere su corazón. Las cenizas y el humo y la espuma caliente, ¿qué son para él? ¡Una risa revolotea a su alrededor como una nube de colores! ¡Es enemigo de tus gorgoteos, de tus escupitajos, de tus deteriorados intestinos! A pesar de todo, el oro y la risa los extrae del corazón de la tierra porque, para que lo sepas, ¡el corazón de la tierra es de oro!» Cuando escuchó estas palabras el perro de fuego, le fue imposible seguir escuchándome. Vergonzosamente metió el rabo entre las piernas, y dijo, en tono descompuesto: «¡Guáaaau, guáaaau!», arrastrándose hacia su cueva.

Así contaba Zaratustra su coloquio con el perro de fuego. Pero sus discípulos apenas si le escuchaban; tantos eran sus deseos de hablarle de los marineros, de los conejos y del hombre que volaba.

—¿Qué debo pensar de esto?—preguntó Zaratustra—. ¿Por ventura, soy un fantasma? Pero tal vez era mi sombra. ¿Habéis oído ya hablar del viajero y de su sombra? Lo cierto es que será necesario que la sujete mejor, porque de otro modo concluirá echando a perder mi reputación.

Y una vez más movió la cabeza Zaratustra con asombro.

—¿Qué debo pensar de esto?—repetía—. ¿Por qué ha gritado el fantasma: «¡Llegó el momento! ¡Llegó el momento!» ¿Para qué puede ser momento oportuno?

Así hablaba Zaratustra.

EL ADIVINO

—Y vi una gran tristeza difundirse en el ánimo de los hombres. Los mejores se cansaban de sus obras. Y se propagó esta doctrina acompañada de este credo: «¡Todo está vacío. Todo es igual. Todo pasó!» Y en todos los montes repercutió el eco: «¡Todo está vacío, todo es igual, todo pasó!» Verdad es que hemos cosechado. Pero ¿por qué se han podrido y ennegrecido nuestros frutos? ¿Qué es lo

que ha caído la última noche de la mala luna? Todo esfuerzo ha sido vano. Nuestro vino ha cambiado convirtiéndose en veneno. El mal de ojo ha amarellado nuestros campos y nuestros corazones. Nos hemos secado por completo, y si el rayo cae sobre nosotros, nuestras cenizas volarán hechas polvo. Sí; hemos cansado hasta al fuego. ¡Todas las fuentes se han secado para nosotros, y el mar se ha retirado! ¡Todo el suelo quiere quebrarse, pero los abismos no nos quieren engullir! ¡Ay! ¿Dónde existe todavía un mar donde pueda uno ahogarse? Así resuena nuestra queja, esta queja que cruza sobre los tranquilos pantanos. ¡En verdad, nos hemos cansado demasiado para morir; ahora continuamos viviendo despiertos... dentro de criptas funerarias!

Así escuchó hablar Zaratustra a un adivino. Y su vaticinio le llegó al corazón y lo transformó. Vagó triste y fatigado y se hizo semejante a aquellos de quienes había hablado el adivino.

—En verdad—declaró a sus discípulos—, falta poco para que descienda ese largo crepúsculo. ¡Ay! ¿Qué haré para salvar mi luz más allá de este crepúsculo? ¿Qué haré para que no se ahogue en esta tristeza? ¡Es preciso que ella sea la luz de los mundos futuros y que ilumine las noches más lejanas!

Así, profundamente preocupado, Zaratustra vagó de aquí para allá, y durante tres días no tomó ni bebida, no tuvo un punto de reposo y perdió la palabra. Por fin terminó cayendo en un profundo sueño. Sus discípulos pasaron largas vigiliassentados a su alrededor y aguardaban con inquietud a que despertase para continuar hablando y para curarse de su tristeza.

Cuando despertó Zaratustra, habló a sus discípulos con una voz que parecía llegar de muy lejos:

—¡Amigos míos: escuchad el sueño que he tenido y ayudadme a interpretar su sentido! Para mí, es un enigma este sueño. Su estado permanece oculto como si lo cubriera un velo. Todavía no vuela libremente su significado. Soñé que había repudiado a todas las formas de la vida. Me había convertido en vigilante y guardián de tumbas, allá lejos, sobre la

solitaria montaña del castillo de la muerte. allá arriba cuidaba los ataúdes de la muerte. Las sombrías bóvedas se llenaban de trofeos de victoria. A través de los ataúdes de cristal me contemplaban las existencias vencidas. Yo respiraba el olor de eternidades polvorientas. Mi alma también estaba inerte y polvorienta. Y quién hubiera sido capaz de aligerar su alma? Claridad de medianoche rodeábame siempre y a su lado se agazapaba la soledad, y también un silencio de muerte, interrumpido por roncidos: el peor de mis amigos. Conmigo llevaba las llaves, las más herrumbrosas de todas las llaves. Y sabía abrir con ellas las puertas más rechinantes. Semejantes a gritos roncós y malditos, corrían los sonidos a lo largo de los corredores cuando se abrían las alas de la puerta. El pájaro gritaba funestamente, no quería ser despertado. Mi corazón se oprimía aún más, lleno de espanto, cuando todo era silencio pérfido y quedaba yo solo dentro de ese enmudecimiento. Así fue pasando el tiempo, si es que puede hablarse de tiempo, lentamente: ¡Qué sabía yo de tiempo! Pero, por fin, aconteció lo que me despertó. Semejantes a truenos sonaron en la puerta tres veces unos golpes que hicieron retumbar las bóvedas con tres aullidos. Entonces me acerqué a la puerta. «¡Alpa! — llamé — ¿Quién lleva su ceniza hacia montaña? ¡Alpa! ¡Alpa! ¿Quién lleva su ceniza hacia la montaña?» Y oprimía la llave y sacudía la puerta y me esforzaba inútilmente. ¡La puerta no se abría ni un dedo! Entonces, el huracán separó violentamente las hojas de la puerta; con agudos gritos y chillidos que cortaban el aire me lanzó un ataúd negro. Y chillando y aullando se rompió el ataúd y escupió mil carcajadas. Mil muecas de niños, de ángeles, de búhos, de locos y de enormes mariposas reían maliciosamente en mis narices, burlándose de mí. Horriblemente me asusté. Caí a tierra y como nunca lo había hecho, di estridentes gritos de espanto. Mis propios gritos me despertaron y volví en mí.

Así narró Zaratuſtra su sueño. Después guardó silencio porque todavía ignoraba el significado de su

sueño. Pero su discípulo predilecto se levantó ágilmente, tomó la mano de Zaratustra y habló así:

—¡Oh Zaratustra! Es tu misma vida la que nos explica tu sueño. ¿No eres tú mismo el viento de agudos chillidos, que arranca las puertas del castillo de la muerte? ¿No eres tú mismo el ataúd lleno de policromas maldades y lleno de angélicas muecas de la vida? En verdad, Zaratustra penetra en todas las cámaras mortuorias semejante a mil carcajadas infantiles, riéndose de todos esos vigilantes y de todos esos guardianes de tumbas y de todos los que agitan sus llaves con un son siniestro. Tú los espantarás y los confundirás con tu risa, y los derribarás al suelo. Desmayo y despertar demostrarán tu poder sobre ellos. ¡Y aun cuando lleguen el largo crepúsculo y la mortal fatiga, tú no desaparecerás de nuestro cielo, afirmador de la vida! Tú nos has hecho contemplar nuevas estrellas y nuevos esplendores nocturnos. En verdad, has extendido sobre nuestras cabezas, como la policroma tela de una tienda de campaña, la misma risa. Ahora brotarán siempre risas infantiles de los ataúdes; ahora vendrá, en perpetua victoria sobre el cansancio mortal, un viento poderoso. Tú mismo eres testigo y adivino de ello. En verdad, has soñado con tus mismos enemigos: éste ha sido tu sueño más penoso. Pero de igual manera que tú has despertado de ellos y has retornado a ti, deben ellos también despertarse de sí mismos..., ¡y venir a ti!...

Habló así el discípulo predilecto y todos los demás se agrupaban en torno a Zaratustra, le tomaban las manos y pretendían convencerle de que abandonara su lecho y su tristeza para retornar a ellos. No obstante, Zaratustra proseguía sentado sobre su lecho y con una mirada extraña en sus ojos. Como quien vuelve luego de prolongada ausencia, contempló a sus discípulos e interrogó sus semblantes y todavía no los reconocía. Pero, cuando ellos lo incorporaron y le pusieron en pie, su mirada se transformó instantáneamente: comprendió todo lo que había sucedido, y, acariciándose la barba, exclamó con potente voz:

—¡Bien! Todo eso vendrá a su debido tiempo.

Pero, cuidado, discípulos, de que dispongamos de una buena comida y, ¡al momento! ¡Así pienso expiar mis malos sueños! Pero el adivino debe comer y beber a mi lado. ¡Y, en verdad, yo le mostraré un mar donde podrá ahogarse!

Así hablaba Zaratuſtra. Y luego contempló largo rato el rostro del discípulo que había interpretado su sueño, sacudiendo suavemente la cabeza.

DE LA REDENCIÓN

CIERTO día, cuando Zaratuſtra cruzaba el gran puente, se le acercaron los inválidos y los mendigos, y un jorobado le habló así:

—Mira, Zaratuſtra: también el pueblo aprende de ti y comienza a creer en tus doctrinas. Pero todavía falta una cosa para que pueda creerte del todo: ¡te falta convencernos igualmente a nosotros, los inválidos! En verdad, tienes dónde escoger: es una ocasión preciosa para que practiques un ensayo sobre nuestras cabezas. Puedes hacer ver a los ciegos, hacer correr a los cojos y aligerar un poco a quien lleva en sus espaldas un fardo demasiado pesado. ¡Yo creo que ésta sería la verdadera manera de conseguir que los lisiados creyesen en Zaratuſtra!

Pero Zaratuſtra respondió de este modo a quien le había hablado:

—Si se quita su joroba al jorobado, se le quita al mismo tiempo su espíritu; así enseña el pueblo. Y si se devuelve la vista a un ciego, ve sobre la tierra demasiadas cosas malas; de suerte que maldice a quien le ha curado. Quien hace correr al cojo, le ocasiona el mayor de los perjuicios, porque apenas sabe correr cuando le ganan sus vicios. Esto es lo que el pueblo enseña a propósito de los lisiados. ¿Y por qué no ha de aprender Zaratuſtra del pueblo lo que el pueblo ha aprendido de Zaratuſtra? Pero, desde que vivo entre los hombres, es para mí la cosa más sencilla darme cuenta de esto: a uno le falta un ojo; al otro, un oído; un tercero carece de piernas, y hay otros que han perdido la lengua o la nariz o

hasta la cabeza. Veo y he visto las peores cosas, y entre ellas las hay tan espantosas, que no quisiera hablar de todas ni tampoco callarme sobre muchas. He visto hombres que carecen de todo, excepto de algo en lo que andan demasiado abundantes..., hombres que sólo son un ojo muy grande, o una boca muy grande, o un vientre muy grande, o cualquier otra cosa grande. Yo les llamo lisiados al revés. Y cuando viniendo de mi soledad cruzaba por vez primera este puente, no daba crédito a lo que mis ojos veían. No cesaba de mirar y concluí por decir: «Esto es una oreja. Una oreja tan grande como un hombre.» Miré desde más cerca y, en realidad, detrás de la oreja se movía algo que daba lástima por su pequeñez, pobreza y debilidad. Y, en verdad, la enorme oreja se sustentaba sobre un tallito delgadísimo..., ¡y este tallito era un hombre! Mirando a través de una lente se podía llegar a reconocer una carita envidiosa, y también un alma diminuta, vanidosa y huera, que temblaba en el extremo del tallo. Sin embargo, el pueblo me dijo que la gran oreja era no solamente un hombre, sino un gran hombre, un genio. Pero nunca he creído en el pueblo cuando hablaba de los grandes hombres, y he persistido en mi creencia de que se trataba de un inválido al revés, que tenía muy poco de todo y demasiado de una cosa.

Después que Zaratustra habló al jorobado y a aquellos de quien él era intérprete y mandatario, se volvió hacia sus discípulos y con profundo descontento les dijo:

—Amigos míos: en verdad ando entre los hombres como entre fragmentos y miembros de hombre. No hay nada más espantoso para mis ojos que ver a los hombres destrozados y esparcidos, como si estuvieran tendidos sobre un campo de batalla. Y cuando mis ojos huyen del presente al pasado, siempre hallan lo mismo: fragmentos, miembros mutilados y pavorosos azares...; pero, ¡nada de hombres! El presente y el pasado de la tierra...; ¡ay, amigos míos!, son para mí las cosas más insoportables; yo no podría vivir si no fuese un visionario de lo que fatalmente ha de llegar. Visionario, voluntario, crea-

dor, porvenir y puente hacia el porvenir..., ¡ay!, y en cierto modo, también un lisiado en pie sobre este puente: Zaratustra es todo esto. Y también vosotros con frecuencia os preguntáis: «¿Quién es para nosotros Zaratustra? ¿Cómo podríamos nombrarlo?» Y, cómo en mi caso, vuestras respuestas han sido preguntas a su vez. ¿Es el que promete o el que cumple? ¿Un conquistador o un heredero? ¿El otoño o la reja de un arado? ¿Un médico o un convaleciente? ¿Es un poeta, o bien, dice la verdad? ¿Es un libertador o un opresor? ¿Bueno o malo? Camino entre los hombres, fragmentos del porvenir, del porvenir que contemplo en mis visiones. Y todos mis pensamientos tienden a reunir y a juntar en una sola cosa lo que es fragmento y enigma y pavoroso azar. ¿Cómo soportaría yo ser hombre si el hombre no fuera también poeta, adivinador de enigmas y redentor de la casualidad? Salvar a los que han sido y transformar todo «lo que era» en «lo que yo quisiera que hubiese sido». ¡A esto únicamente llamaría yo redención! Voluntad: así se llama el libertador y el mensajero de alegría. Esta es mi enseñanza, amigos míos. Mas aprended también esto: la voluntad misma está prisionera todavía. El querer, liberta; mas ¿cómo se llama lo que encadena aún al libertador? «Fue»: así se llama el rechinar de dientes y la pena más escondida de la voluntad. Impotente para todo lo que ha sido hecho, la voluntad es un perverso espectador de todo lo pasado. La voluntad no puede obrar hacia atrás. Y no poder aniquilar el tiempo y el deseo del tiempo, es la pena más escondida de la voluntad. El querer liberta. ¿Qué imagina la voluntad para librarse de su pena y para huir de su calabozo? ¡Ay!, todo prisionero llega a convertirse en loco. También la voluntad prisionera se liberta con locura. Que el tiempo no retroceda: eso excita su cólera; «lo que fue», así se llama la piedra que la voluntad no puede levantar. Por eso, por rabia y por despecho, levanta las piedras y se venga de quien ni la rabia ni el despecho lo dominan. De esta manera, la voluntad libertadora se ha hecho maligna y toma venganza sobre todo lo que es capaz de sufrimiento, de su impotencia para retroceder en el tiempo. Esto, y nada

más que esto, es el fundamento de la venganza: la repulsión de la voluntad contra el tiempo y su «fue». En verdad, hay una gran locura en nuestra voluntad, ¡y la maldición de todo lo que es humano es que esta locura haya aprendido a tener espíritu! ¡El espíritu de la venganza!: ésta fue, amigos míos, la mejor reflexión de los hombres hasta el presente. Y dondequiera exista el dolor, deberá haber siempre castigo. «Castigo»: así se llama a sí misma la venganza. Con una palabra mentirosa simula una conciencia limpia. Y como en el que quiere hay sufrimiento, puesto que no puede querer hacia atrás, la misma voluntad y toda vida deberían ser... ¡castigo! Y así se han acumulado en el espíritu una nube tras otra, hasta que la locura proclamó: «¡Todo pasa porque merece pasar!» Es preciso que el tiempo devore a sus criaturas: esto es esencialmente justicia; así lo ha proclamado la locura. Las cosas obedecen a un orden moral, basado en el derecho y el castigo. ¡Ay! ¿Dónde se encontrará la salvación de la corriente de las cosas y del castigo que supone la «existencia»? Esto ha proclamado la locura. «¿Puede haber redención habiendo un derecho eterno? ¡Ay! No es posible levantar la losa del pasado, ¡es menester que igualmente los castigos sean eternos!» Así lo ha proclamado la locura. Ningún acto puede ser destruido. ¡Cómo podría ser suprimido por el castigo! ¡Esto, esto es lo que hay de eternal en la «existencia», este castigo, que la existencia deba ser, una y otra vez, eternamente acción y castigo! A menos que la voluntad termine por libertarse a sí misma y que el querer se convierta en no querer... ¡No obstante, amigos míos, todos vosotros ya conocéis estas canciones de la locura! Yo os he llevado lejos de estas canciones cuando os dije: «La voluntad es creadora.» Todo «lo que fue» es fragmento y enigma y espantosa casualidad..., hasta tanto que la voluntad creadora añada: «¡Pero si es así como yo lo quería!» Hasta que la voluntad creadora añada: «¡Pero es así como yo lo quiero!» «Así lo querré». ¿Acaso ha hablado ya ella de este modo? ¿Cuándo sucederá esto? ¿Se ha libertado ya la voluntad de su propia locura? ¿Ha llegado a hacerse para sí misma la

voluntad, redentora y mensajera de alegría? ¿Ha olvidado el espíritu de venganza y todos los rechimientos de dientes? ¿Quién le ha enseñado la reconciliación con el tiempo y algo todavía más elevado que la reconciliación? Es preciso que la voluntad que es la voluntad de poder, quiera algo más elevado que la reconciliación; ¿cómo? ¿Quién le enseñará aún a querer hacia atrás?

A esta altura de su discurso, repentinamente se detuvo Zaratustra como si algo lo hubiera horrorizado en grado sumo. Con las pupilas dilatadas de espanto contempló a sus discípulos: su mirada penetraba como una flecha en sus pensamientos y en el fondo de sus pensamientos. Pero a los pocos instantes volvió a reír, y serenamente dijo:

—Difícil es vivir entre los hombres por lo difícil que es callarse. Sobre todo para un hablador.

Así hablaba Zaratustra. Pero el jorobado, que había escuchado la conversación ocultando el rostro con el brazo, cuando oyó reír a Zaratustra, elevó su mirada con curiosidad y dijo lentamente:

—¿Por qué nos habla Zaratustra de manera distinta a sus discípulos?

Respondió Zaratustra:

—¿Qué tiene ello de extraño? ¡Con contrahechos bien se puede hablar en tono contrahecho!

—Cierto—insistió el jorobado—; y con escolares se puede presumir de maestro. Pero ¿por qué habla Zaratustra de otro modo a sus discípulos que a sí mismo?

DE LA SABIDURÍA DE LOS HOMBRES

—Lo espantoso no es la altura, sino la pendiente. La pendiente desde la cual se precipita la mirada en el vacío y se tiende la mano hacia la cumbre. Allí es donde el vértigo de su voluntad oprime el corazón. ¡Ay, amigos míos! ¿Adivináis también vosotros la doble voluntad de mi corazón? ¡Que mi mirada se precipite hacia la cumbre mientras que mi mano quiera agarrarse y sostenerse... en el vacío! ¡Esto es

mi pendiente y mi peligro! Mi voluntad se agarra al hombre, me ato al hombre con cadenas, porque me siento atraído hacia el superhombre: porque ahí es donde quiere ir mi otra voluntad. Y así vivo ciego entre los hombres como si no los conociese: para que mi mano no pierda enteramente su fe en las cosas sólidas. No os conozco a vosotros, hombres: ésta es la oscuridad y el consuelo que suelen rodearme. Estoy sentado en el camino al alcance de todos los pícaros que pasan y pregunto: ¿quién quiere engañarme? Mi primer acto de prudencia humana es dejarme engañar, para no verme obligado a permanecer en guardia por causa de los que engañan. ¡Ay! Si yo estuviera en guardia ante el hombre, ¿cómo podría ser el hombre un ancla para mi nave aérea? Sería arrancado y llevado a lo alto con demasiada facilidad. Él necesita que yo sea su prudencia. Ahí radica la providencia que está por encima de mi destino. Y quien no quiera morir de sed entre los hombres debe aprender a beber en todos los vasos; y quien quiera permanecer puro entre los hombres debe aprender a lavarse con agua sucia. Y he aquí que con frecuencia me digo, para consolarme: «¡Pues bien! ¡Vamos, viejo corazón! ¿No ha triunfado de ti una desdicha? ¡Goza de ella como de una dicha!» He aquí otro acto mío de prudencia humana: tengo más contemplaciones con los vanidosos que con los orgullosos. ¿No es la vanidad herida la madre de todas las tragedias? Pero en donde es herido el orgullo nace algo mejor que él. Para que exista placer en la contemplación de la vida es necesario que su argumento sea bien interpretado; pero para esto hacen falta buenos actores. He encontrado que todos los vanidosos son buenos actores: representan y quieren que se disfrute contemplándolos: todo su espíritu está en esta voluntad. Representan e inventan. Me agrada contemplar la vida cerca de ellos para curarme la melancolía. Esa es la razón de mis contemplaciones con los vanidosos, porque son los médicos de mi melancolía y porque me sujetan al hombre como a un espectáculo. Y, además, ¿quién sería capaz de medir en toda su profundidad la modestia del vanidoso! Deseo al vanidoso el bien y le

tengo lástima a causa de su modestia. De vosotros quiere aprender la fe en sí mismo: se alimenta de vuestras miradas; de vuestras manos recoge el elogio. Le place creer en vuestras mentiras desde que mentís para él, pues en su corazón suspira: «¿Qué soy yo?» Y si la verdadera virtud es la que nada sabe de sí misma... ¡Pues bien! ¡El vanidoso nada sabe de su modestia!... Mi tercer acto de prudencia humana es no permitir que vuestra timidez me quite el apetito por la vista de los malos. Soy feliz al mirar los milagros a que da nacimiento el ardiente sol: tales son los tigres, las palmeras y las serpientes de cascabel. También entre los hombres surgen hermosos soles tórridos y entre los malos abundan cosas maravillosas. Cierto es que del mismo modo que los más juiciosos entre vosotros no me lo parecen tanto, de la misma manera he encontrado la maldad de los hombres por debajo de su fama. Y suelo preguntarme balanceando la cabeza: ¿por qué sonáis todavía, serpientes de cascabel? Incluso para el mal hay, en verdad, un porvenir y el mediodía más ardiente no ha sido descubierto todavía por el hombre. ¡Cuántas cosas hay hoy que se llaman las peores maldades y que no pasan, sin embargo, de tener doce pies de ancho y tres meses de largo! Pero un día vendrán al mundo mayores dragones. Porque para que el superhombre tenga su dragón—el superdragón que sea digno de él—es preciso que muchos soles tórridos caldeen las húmedas selvas vírgenes. Es preciso que vuestros gatos monteses se transformen en tigres y vuestros sapos venenosos en cocodrilos, ¡porque es indispensable que el buen cazador disponga de buena caza! Y, en verdad, justos y buenos: ¡Muchas cosas hay en vosotros que provocan la risa y, sobre todo, vuestro temor de lo que hasta el presente ha sido llamado «demonio»! ¡Tan distanciada está vuestra alma de lo que es grande, que el superhombre os resultaría espantoso en su bondad! Y vosotros, prudentes y sabios, vosotros huiríais delante del fuego solar de la sabiduría donde el superhombre baña la alegría de su desnudez! Vosotros, hombres superiores, con quienes ha tropezado mi mirada, ésta es mi duda y mi se-

creto sobre vosotros: ¡adivino que trataríais a mi superhombre de... demonio! ¡Ay, estoy cansado de estos hombres superiores, estoy cansado de los mejores entre ellos! ¡Tengo el deseo de subir desde su «altura», cada vez más alto, lejos de ellos, hacia el superhombre! Un estremecimiento me sobrecogió cuando vi desnudo a los mejores de entre ellos; entonces las alas me impulsaron para cernirme en otra parte, en los lejanos futuros. En los futuros más lejanos, en los mediodías más meridionales que jamás haya soñado un artista: ¡allá lejos donde los dioses se avergüenzan de todos los ropajes! Pero vosotros, ¡ah, hombres, prójimos y hermanos míos!, quiero veros disfrazados y bien adornados y vanidosos dignos, vosotros, los «buenos y justos». Y quiero permanecer sentado entre vosotros, disfrazado yo también, con el fin de desconoceros y de desconocerme yo mismo, porque ésta es mi última prudencia humana.

Así hablaba Zaratustra.

LA HORA MÁS SILENCIOSA

— ¡Ay!, amigos míos, ¿qué me ha sucedido? Estoy conturbado, desorientado, obedeciendo de mala gana, dispuesto a alejarme. ¡Ay!, a alejarme de vuestro lado. ¡Sí! Es preciso que una vez más regrese Zaratustra a su soledad. Pero esta vez el oso retorna a su cueva sin alegría. ¿Que me ha sucedido? ¿Qué es lo que me obliga a partir? ¡Ay! La otra, que es mi airada dueña, así lo quiere, me lo ha ordenado. ¿No os dije nunca su nombre? Ayer, al anoche- cer, me lo ha ordenado la más silenciosa de mis horas: éste es el nombre de mi terrible dueña. Y he aquí lo que ha sucedido, por que es preciso que os lo diga todo, para que vuestro corazón no se endu- rezca nada contra quien se aleja precipitadamente. ¿Conocéis vosotros el terror de quien se adormece? Desde los pies a la cabeza se asusta porque comien- za a faltarle el suelo y comienza a soñar. Esto os digo a guisa de parábola: ayer, en la más silenciosa de las

horas, me ha faltado el sueño; dio principio el sueño. Avanzaban las agujas, el reloj de mi vida respiraba. Nunca había advertido tal silencio en torno mío, de suerte que mi corazón se llenó de espanto. Repentinamente oí a la otra que me decía, sin voz: «Tú lo sabes, Zaratustra.» Al oír su cuchicheo yo grité de espanto y la sangre huyó de mi rostro; pero me callé. Entonces la otra repitió sin voz: «¡Tú lo sabes, Zaratustra, pero no lo dices!...» Al fin, yo respondí desafiante: «¡Sí; lo sé; pero no quiero decirlo!» Entonces la otra replicó, sin voz: «¿No quieres, Zaratustra? ¿Verdad? ¡No te ocultes tras esa actitud de desafío!» Y yo lloraba y temblaba como un niño y decía: «¡Ay! Lo quisiera hacer; pero ¿cómo podría hacerlo? ¡Perdónamelo! ¡Es superior a mis fuerzas!» Entonces, la otra replicó, sin voz: «¿Qué importa de ti, Zaratustra? ¡Di tu palabra y rómpete!» Y yo respondí: «¡Ay!, ¿ésta es mi palabra? ¿Quién soy yo? Espero a uno más digno que yo; no soy digno ni aun de romperme contra él.» Entonces la otra replicó, sin voz: «¿Qué importa de ti? No eres bastante humilde todavía; la humildad tiene la piel más dura.» Y yo respondí: «¡Cuánto no he soportado ya la piel de la humildad! Vivo a los pies de mi altura: la elevación de mis cumbres nadie me la indicó nunca, pero conozco bien mis valles.» Entonces, la otra replicó, sin voz: «¡Oh Zaratustra; quien tiene que transportar montañas transporta también los valles y los bajos fondos!» Y yo respondí: «Mi palabra no ha transportado montañas y lo que he dicho no ha alcanzado a los hombres. Es verdad que he caminado entre los hombres, pero no les he alcanzado todavía.» Entonces la otra replicó, sin voz: «¿Qué sabes tú de eso? El rocío cae sobre la hierba en el momento más silencioso de la noche. Y yo respondí: «Se han burlado de mí cuando he descubierto y he seguido mi propio camino. Y, en verdad, entonces mis pies tiemblan. Y ellos me dijeron esto: «¡Ya no conoces el camino y ya no sabes ni andar!» Entonces la otra replicó, sin voz: «¡Qué importan sus burlas! Tú eres uno que ha olvidado obedecer; ahora debes mandad.» ¿No sabes tú quién es aquel de quien todos tienen necesidad? El que ordena las

grandes cosas. Es difícil llevar a cabo grandes cosas: todavía es más difícil ordenar grandes cosas. Y he aquí tu falta más imperdonable: tienes el poder y no quieres reinar.» Y yo respondí: «Me falta la voz del león para mandar.» Entonces la otra me dijo, siempre como un susurro: «Son las más silenciosas palabras las que provocan la tempestad. Son los pensamientos que llegan como conducidos con pies de paloma los que dirigen el mundo. ¡Oh Zaratustra! Debes caminar como el fantasma de aquel que vendrá un día. «Así mandarás, y mandando, irás a la cabeza.» Y yo respondí: «Me da vergüenza.» Entonces la otra me dijo, sin voz: «Te hace falta volverte niño y abandonar la vergüenza. El orgullo de la juventud te posee todavía; has llegado a hacerse joven a la tarde; pero quien quiera llegar a hacerse niño debe igualmente superar su juventud.» Prolongado rato medité, temblando. Al fin repetí mi primera respuesta: «¡No quiero!» Entonces, en torno mío estalló una carcajada. ¡Ay! Esta carcajada me desgarraba las entrañas y me partía el corazón! Y, por última vez, la otra me dijo: «¡Oh Zaratustra, tus frutos maduraron; pero tú no estás maduro todavía para tus frutos! Por consiguiente, te es preciso retornar a la soledad a fin de que tu dureza se ablande más.» Y de nuevo hubo una risa y como una fuga. Después, el silencio; un silencio profundo que se plasmó alrededor de mí. Pero yo yacía en tierra bañada de sudor. Ahora lo habéis oído todo. Por esto es preciso que yo regrese a mi soledad. Nada os he ocultado, amigos míos. Sin embargo, os he dado a conocer cuál es siempre el más discreto entre los hombres... ¡y quien quiere ser discreto! ¡Ay, amigos míos! ¡Yo tenía todavía algo que hablaros, todavía tenía algo que dar a vosotros! ¿Por qué no os lo doy? Por ventura, ¿soy avaro?

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras, se apoderó de él la inmensidad de su dolor ante el pensamiento de separarse muy pronto de sus amigos, de suerte que comenzó a sollozar y nadie lograba consolarle. No obstante, se marchó completamente solo, de noche, dejando allí a sus amigos.

SEGUNDA PARTE

«Vosotros miráis a lo alto cuando aspiráis a la elevación. Y yo miro hacia abajo porque estoy alto.

¿Quién de vosotros puede al mismo tiempo reír y estar alto?

Quien se cierne sobre las más altas montañas se ríe de todas las tragedias de la escena y de la vida.»

(ZARATUSTRA: «Del leer y escribir»)

EL CAMINANTE

YA era medianoche cuando Zaratustra se puso en camino por lo alto de la sierra de la isla con el propósito de llegar al alba a la otra orilla, donde pensaba embarcarse. Disponía esta orilla de una cómoda rada, donde los barcos extranjeros solían anclar y admitían a bordo a quien quisiera abandonar las islas felices. Mientras Zaratustra subía por la ladera de la montaña, iba pensando en las numerosas caminatas solitarias que había realizado desde su juventud y en las muchas montañas, sierras y cumbres que ya había escalado. «Soy un caminante y un trepador de montañas—dijo a su corazón—; no me agradan las llanuras y se me ocurre que no puedo permanecer tranquilo mucho tiempo. Y cualquiera que fuere mi destino, sea el que fuere el suceso que me acontezca, siempre será para mí un viaje y una ascensión: acaba por no vivirse más que lo que está en uno. Pasaron los tiempos cuando podía esperar los acontecimientos de la casualidad. Mas ¿qué podría acontecerme que ya no me pertenezca? Mi propio yo retorna constantemente, está de regreso y he aquí a todas sus partes que tanto tiempo estuvieron alejadas y dispersas entre todas las cosas y todos los azares. Además, sé una cosa: ahora estoy en mi última cumbre y ante lo que ha sido escatimado tanto tiempo. ¡Ay, es preciso que siga el camino más duro! ¡Ay, he comenzado mi más solitario

viaje! Y es que hombres como yo no se escapan de tal hora, de la hora que les dice: ¡Sólo ahora recorres tu camino de grandeza! Ahora se confunden la cumbre y el abismo! Sigues tu camino de engrandecimiento: ¡en este momento ha venido a ser tu último refugio lo que hasta ahora era tu último peligro! Sigues tu camino de engrandecimiento: ¡ahora tu firmeza ha de consistir en no tener ya caminos detrás de ti! Sigues tu camino de engrandecimiento: ¡Aquí nadie ha de deslizarse en tu busca! Tus mismas pisadas han borrado tu camino tras de ti y por encima de tu camino está escrito: Imposibilidad. Y si en adelante te faltan todas las escalas, será indispensable que sepas trepar sobre tu propia cabeza: ¿qué otra cosa podrías hacer para subir más alto. Sobre tu propia cabeza y aún más allá, ¡por encima de tu corazón! Ahora lo más suave se te hará lo más duro. En quien cuida con exceso de sí mismo, el exceso de cuidados llega a hacerse una enfermedad. ¡Bendito sea lo que endurece. Yo no alabo el país donde corren abundantes la miel y la manteca. Para ver muchas cosas es necesario aprender a ver lejos de uno: este endurecimiento es necesario para todos los que escalan las montañas. Pero quien busca el conocimiento con ojos indiscretos, ¿cómo podría ver otra cosa que las ideas del primer plano? Mas tú, ¡oh Zaratustra!, tú quieres distinguir todas las razones y el fondo de las cosas: te es preciso, pues, pasar sobre ti mismo para ascender... ¡más allá, más alto, hasta que tus mismas estrellas queden por debajo de ti! Sí: ¡Mirar hacia abajo sobre mí mismo y sobre mis estrellas: sólo esto sería para mí la cumbre, esto sigue siendo para mí la última cumbre por escalar!»

Así se hablaba Zaratustra a sí mismo, mientras ascendía, consolando su corazón con severas máximas: porque tenía el corazón más heridos que nunca. Y cuando llegó a lo alto de la sierra vio el otro mar que se extendía ante él. Entonces permaneció inmóvil y quedó en silencio largo rato. En la altura, la noche era fría, clara y estrellada. Finalmente, con tristeza expresó:

«Comprendo mi destino. ¡Vamos! Estoy decidido.

Ahora se inicia mi última soledad. ¡Ah, triste y negro mar que estás a mis pies! ¡Sombrio y nocturno descontento! ¡Ah, destino, océano! ¡Es necesario que descienda hacia vosotros! Me hallo ante mi más alta montaña y mi más largo viaje. Por esto es preciso que descienda más abajo de lo que jamás haya subido..., más adentro del dolor de lo que nunca he ascendido. ¡Hasta la más negra onda de dolor! Lo quiere así mi destino. ¡Pues bien!: Estoy dispuesto. ¿De dónde proceden las más altas montañas? Esto me preguntaba antaño. Entonces aprendí que vienen del mar. Este testimonio está escrito en sus peñas y en las cimas de sus crestas. Desde lo más bajo debe alcanzar su cumbre lo más elevado.»

Así razonaba Zaratustra en la cumbre de la montaña donde reinaba el frío. Pero cuando llegó cerca del mar y acabó encontrándose solo entre los arrecifes, se sintió cansado del camino y más lleno de deseos que nunca. «Todo duerme ahora—pensó—; también el mar está dormido. Me contempla con sus ojos extraños y soñolientos. Percibo su aliento, que es cálido; percibo también que sueña. Se agita, soñando, sobre duros cojines. ¡Escucha! ¡Escucha los gemidos que le arrancan los malos recuerdos! O ¿son quizá, funestos presagios? ¡Ay! ¡Tristeza estoy contigo, monstruo oscuro, y me enojo conmigo mismo por causa tuya. ¡Ay! ¿Por qué no tendrá mi mano suficiente fuerza? ¡Cómo me gustaría librarte de los malos sueños!»

Mientras Zaratustra pensaba de este modo, se reía de sí mismo con melancolía y amargura.

«¡Cómo! ¡Zaratustra!—se dijo—. ¿Quieres todavía cantar consuelos al mar? ¡Ay! ¿Zaratustra, loco rico de amor, ebrio de confianza? Pero siempre fuiste lo mismo: siempre te has acercado familiarmente a las cosas terribles. Tú querías acariciar a todos los monstruos. El soplo de un cálido aliento, una ligera piel hueca con patas... inmediatamente estabas dispuesto a amar y a atraer. El amor es el peligro del más solitario, ¡el amor por cualquier cosa con tal de que sea viva! ¡Verdaderamente, mi locura y mi modestia en amor mueven a risa!

Así pensaba Zaratustra, y por segunda vez se lan-

zó a reír. Recordó entonces a sus amigos abandonados. Y como si hubiese pecado en pensamiento contra ellos, se enojó consigo mismo a causa de ese pretendido pensamiento. Y al instante trocó su risa en lágrimas. Zaratustra lloró amargamente de ira y de añoranza.

LA VISIÓN Y EL ENIGMA

1

INTENSA curiosidad y expectativa se difundió a bordo del barco cuando los marineros se enteraron de la presencia de Zaratustra—pues al mismo tiempo que él se había embarcado un hombre procedente de las islas Felices—y esperaban su palabra. No obstante, Zaratustra permaneció callado durante dos días y estuvo glacial y sordo de tristeza, de manera que no respondía ni a las miradas ni a las preguntas. Pero en la noche del segundo día aunque callaba todavía se abrieron de nuevo sus oídos, por que se escuchaban muchas cosas extraordinarias y peligrosas sobre este barco, que venía de lejos y quería ir más lejos todavía. Mas Zaratustra era amigo de todos los que realizan largos viajes y no se dignan vivir sin peligro. Y, ¡he aquí!, a fuerza de escuchar, terminó por desatarse su propia lengua y se quebró el hielo que cubría su corazón. Entonces comenzó a hablar así:

—A vosotros, aventureros y audaces exploradores, quienesquiera que seáis; a vosotros que os habéis embarcado con velas llenas de astucia, sobre mares espantosos...; a vosotros, que estáis ebrios de enigmas, dichosos con el día gris; a vosotros, cuya alma se deja atraer por el sonido de las flautas de todos los falaces remolinos...; porque no queréis seguir a tientas, con mano temblorosa, el largo hilo conductor, y en todas partes en donde podéis adivinar aborrecéis el deducir...; a vosotros sólo refiero el enigma que he visto, la visión del más solitario... Últimamente he atravesado el pálido crepúsculo con

semblante duro y sombrío y con los labios apretados. Más de un sol se me ha ocultado. Un sendero que subía con insolencia a través de montones de escombros, un sendero perverso y solitario que ya no quería ni hierba ni matorrales, un sendero de la montaña gritaba bajo el reto de mis pies. Caminando, mudos, sobre el burlón crujir de los guijarros, aplastando la piedra que los hacía resbalar, mis pies pugnaban por subir. Más alto, resistiendo al espíritu que los atraía hacia abajo, hacia el abismo, al espíritu de la pesadez, mi demonio y enemigo mortal. Más alto, aunque estuviera gravitando sobre mí el espíritu de la pesadez, mitad enano, mitad topo, paralizado, paralizador, vertiendo plomo en mis oídos y vertiendo en mi cerebro, gota a gota, pensamientos de plomo. «¡Oh Zaratustra!—me susurraba, sílaba por sílaba, en tono burlón—. ¡Piedra de la sabiduría, te has lanzado en el aire; pero toda piedra lanzada debe... volver a caer! ¡Oh Zaratustra, piedra de la sabiduría, piedra lanzada, destructor de estrellas! ¡A ti mismo es a quien has lanzado tan alto; pero toda piedra que se lanza debe volver a caer! Te has condenado a ti mismo, a tu propia lapidación. ¡Oh Zaratustra, has arrojado muy lejos la piedra...; pero ella volverá a caer sobre ti!» El enano se calló entonces y su silencio duró largo rato, de modo que me sentía oprimido; así, cuando se es dos, se está, en realidad, más solitario que cuando se está solo. Subí, subí más, soñando y pensando; pero todo me oprimía. Me asemejaba a un enfermo a quien fatiga la esperanza de su sufrimiento y que una pesadilla despierta de su primer sueño. Pero en mí hay algo que yo llamo valor: es lo que, hasta hoy, ha hecho callar en mí toda protesta. Este valor determinó que me detuviera, al fin, para decir: «¡Enano! ¡Uno de nosotros dos debe desaparecer: tú o yo!» Porque el valor es el mejor matador, el valor que ataca; pues en todo ataque hay un alarde. El animal más valeroso es el hombre: por eso ha vencido a todos los animales. Al son de su alarde ha dominado todos los dolores; mas el dolor humano es el dolor más profundo. El valor mata también al vértigo al borde de los abismos, ¿y en dónde no se

hallará el hombre al borde del abismo? Basta mirar... para contemplar abismos. El valor es el mejor matador, el valor que ataca, acabará por matar la muerte misma, porque dice: «¿Cómo? ¿Era eso la vida? ¡Bien! ¡Volvamos a empezar otra vez!» En esa máxima hay mucho alarde fanfarrón. Quien tenga oídos escuche.

2

—«¡ALTO ahí, enano!—grite—. ¡O yo, o tú! Pero yo soy el más fuerte de los dos... ¡Tú no conoces mi más profundo pensamiento! ¡Ese no sabrías llevarlo!» Ocurrió entonces que el enano saltó de mis hombros, lo que me alivió de su peso. Se acurrucó sobre una piedra, delante de mí. Pero en el lugar donde nos habíamos detenido se hallaba, como por casualidad, un pórtico. «¡Mira este pórtico, enano!, dije. Tienes dos rostros. Aquí se reúnen dos caminos; nadie los ha recorrido hasta ahora totalmente. Esta larga calle que desciende, esta calle se prolonga durante una eternidad, y esta larga calle que sube es... otra eternidad. Estos caminos se contradicen, chocan el uno contra el otro, y es aquí, en este pórtico, donde se reúnen. El nombre del pórtico aparece grabado en un frontis: se llama «instante.» Pero si alguien siguiera una de estos dos caminos, yendo cada vez más lejos, ¿crees tú, enano, que estos caminos estarían en contradicción?» Y en enano murmuró: «Todo lo que es recto miente. Toda verdad es una curva; el mismo tiempo es un círculo.» «¡Espíritu de la pesadez!, exclamé con ira, ¡no tomes la cosa tan a la ligera! Si no, te dejaré ahí, patizambo. Y no olvides que he sido yo quien te ha traído aquí arriba! ¡Mira este instante!, proseguí. Desde este pórtico del momento retorna hacia atrás una larga y eterna calle. Detrás de nosotros hay una eternidad. Todo lo que es capaz de correr, ¿no debe haber recorrido ya esta calle? Todo lo que puede suceder, ¿no debe ya haber sucedido, acontecido, pasado? Y si todo lo que es, ha sido ya, ¿qué piensas, enano,

de este instante? Este pórtico, ¿no debe también haber sido antes de ahora? Y todas las cosas, ¿no están encadenadas de tal manera que este instante atrae en pos de sí a todas las cosas del porvenir? Por consiguiente..., también a él. Todo lo que es capaz de correr, ¿no debe seguir por segunda vez esta larga ruta que asciende? Y esta perezosa araña que trepa en el claro de luna, y el mismo claro de luna, y yo y tú, reunidos bajo este pórtico, murmurando sobre las cosas eternas, ¿no es preciso, acaso, que todos hayamos sido ya aquí? ¿No debemos nosotros volver y correr nuevamente por esta calle que asciende ante nosotros, por esta larga y lúgubre calle? ¿No es preciso que eternalmente retornemos?» Así hablaba, con voz cada vez más apagada, porque tenía miedo de mis propios pensamientos, de mis más íntimos pensamientos. Entonces, de improviso, oí a un perro que aullaba cerca de nosotros. ¿Había oído jamás a un perro aullar de ese modo? Mis pensamientos intentaban recordar retrocediendo en el tiempo. Sí. Cuando yo era niño, en mi más lejana infancia... Entonces oí a un perro aullar de esta manera. Y le ví, también, con el pelo erizado, tenso el cuello, temblando en medio de la noche más silenciosa, en que los mismos perros creen en los fantasmas. De suerte que me compadecí de él. Porque acababa de levantarse la luna llena por encima de la casa con un silencio de muerte. En seguida se detuvo, disco de fuego, sobre el plano tejado como sobre un bien que le fuese ajeno. Eso es lo que exasperó al perro, porque los perros creen en los ladrones y en los fantasmas. Y cuando oí de nuevo aullar así, de nuevo me apiadé. ¿Dónde se habían ido, ahora, el enano, el pórtico, la araña y todos los murmullos? ¿Había, pues, soñado? ¿Me había despertado? De pronto me encontraba entre salvajes peñascos, solo, abandonado en el solitario claro de luna. ¡Pero allí yacía un hombre! Y, ¡he aquí!, el perro, saltando y gimiendo, con el pelo erizado, ahora que me veía llegar, se puso a aullar, a gritar; ¿había oído alguna vez a un perro gritar así pidiendo socorro? En verdad, nunca había visto nada parecido a lo que vi allí. Vi a un joven pastor retorcerse en convul-

siones, el rostro descompuesto y una enorme serpiente negra colgando fuera de su boca. ¿Había yo visto jamás tal repugnancia y tan pálido espanto sobre un rostro? Quizás dormía cuando la serpiente se introdujo en su garganta..., y allí se había aferrado. Mi mano comenzó a tirar de la serpiente; ¡pero, en vano!: no lograba arrancar la serpiente de la garganta. Entonces, algo en mi corazón comenzó a gritar: «¡Muerde! ¡Muerde sin descanso!» «¡Arráncale la cabeza! ¡Muerde sin descanso!...» De este modo comenzó a gritar algo dentro de mí; mi espanto, mi odio, mi repugnancia, mi compasión, todo mi bien y todo mi mal comenzaron a gritar en mí a la par. ¡Valientes que me rodeáis, exploradores audaces y aventureros y quienesquiera que seáis, vosotros que habéis embarcado con astutas velas sobre ignotos mares; vosotros que os recreáis con los enigmas! ¡Adivinadme el enigma que vi entonces y explicadme la visión del más solitario! Por que esto fue una visión y una previsión, ¿qué símbolo era el que vi entonces? ¿Y cuál es el que debe venir? ¿Quién es el pastor al cual se le introdujo al serpiente en la garganta? ¿Cuál es el hombre cuya garganta experimentará el ataque de lo más negro y terrible que existe? El pastor comenzó a morder, obedeciendo el consejo que le daba con mis gritos, ¡mordió, dando una fuerte dentellada! Escupió lejos de sí la cabeza de la serpiente, que saltó sobre sus piernas... No era ya ni hombre ni pastor..., estaba transfigurado, radiante, reía! Nunca hasta entonces había visto a nadie como a él! ¡Oh hermanos míos! He oído una risa que no era la risa de un hombre..., y ahora una sed me devora, un deseo que nunca será satisfecho. El deseo de esta risa me devora. ¡Oh! ¡Cómo habría de resignarme a morir ahora!...

Así hablaba Zaratustra.

DE LA AVENTURA NO BUSCADA

ABRUMADO por tales enigmas y amarguras, cruzó Zaratustra el mar. Cuando ya se había alejado cuatro jornadas de las islas Felices y de sus amigos, Zaratustra consiguió dominar su dolor. Victorioso y con firmeza se enfrentaba de nuevo a su destino. Fue entonces cuando, radiante de alegría, Zaratustra habló así a su conciencia: «Una vez más estoy solo y quiero estarlo. A solas con el cielo diáfano y el mar libre. De nuevo la tarde me circunda. En horas de la tarde encontré por primera vez a mis amigos. Y por la tarde también la segunda vez, a la hora en que la luz se hace más suave. Porque las partículas de felicidad que están en camino entre el cielo y la tierra buscan asilo en las almas de luz. Ahora la felicidad ha hecho a la luz más suave. ¡Oh tarde de mi vida! También un día mi felicidad descendió al valle, buscando asilo en él; entonces encontró esas almas abiertas y hospitalarias. ¡Oh tarde de mi vida! ¡Qué no he abandonado yo para tener una sola cosa: ese plantel viviente de mis pensamientos y esta luz matutina de mis esperanzas más elevadas! Un día el creador buscó a los compañeros y a los hijos de su esperanza. Y, ¡he aquí!, aconteció que no podía encontrarlo si no era empezando por crearlos él mismo. Estoy, pues, en el centro de mi obra, yendo hacia mis hijos y volviendo de entre ellos; es preciso, que, por sus hijos, se realice Zaratustra a sí mismo. Porque únicamente se ama desde el fondo del corazón al hijo propio y a la propia obra; y allí donde existe un gran amor de sí mismo, es esto signo de fecundidad: esto es lo que he observado. Todavía florecen mis hijos en su primavera, cerca los unos de los otros, sacudidos al mismo tiempo por el viento: éstos son los árboles de mi mejor terreno, de mi jardín. ¡Y, en verdad, donde existen tales árboles, unos al lado de otros, allí existen islas felices! Pero un día los trasplantaré y los pondré apartados unos de otros, para que cada uno de ellos

aprenda la soledad, el orgullo y la prudencia. Retorcido y nudoso, de flexible dureza, cada uno de ellos debe crecer cerca del mar, faro viviente de la invencible vida. Allá lejos, donde las tempestades se precipitan en el mar, donde la falda de la montaña es bañada por las olas, es preciso que cada uno monte la guardia noche y día, vigilando para hacer su examen de conciencia. Es preciso que sea reconocido y probado para que se sepa si es de mi raza y de mi origen, si es dueño de una firme voluntad, silencioso incluso cuando habla, cediendo como si tomara cuando da..., para llegar a ser un día mi compañero, creando y festejando con Zaratustra: alguien que grabará mi voluntad sobre mis tablas para la total realización de todas las cosas. Y por él y por sus semejantes es preciso que me realice yo mismo. Por esto me sustraigo ahora a mi felicidad, ofreciéndome a todos los infortunios... para mi última prueba y mi postrer examen de conciencia. Y, en verdad, era tiempo que yo partiese. La sombra del viajero y el tiempo más largo y la más silenciosa de las horas, todos, me han dicho: «¡Es el momento oportuno!» Por el ojo de la cerradura ha soplado el viento y me ha dicho: «¡Ven!» La puerta se ha abierto disimuladamente, y me ha dicho: «¡Vete!» Pero estaba encadenado al amor por mis hijos: era el deseo, el deseo de amor el que me ataba, con el fin de llegar a ser la presa de mis hijos y perderme por ellos. Desear es ya para mí perderme. Os tengo, hijos míos. En esta posesión todo debe ser certidumbre y nada debe ser deseo. Pero el sol de mi amor abrasaba sobre mi cabeza. Zaratustra se cocía en su propio jugo..., en esto, sombras y dudas pasaron sobre mí. Deseaba ya el frío y el invierno. «¡Que el frío y el invierno me hagan de nuevo tiritar y castañetear los dientes!», suspiraba. Entonces surgieron de mí glaciales brumas. Mi pasado rompió sus tumbas. Muchos dolores enterrados vivos se despertaron. No había hecho sino dormir oculto bajo un sudario. Así, todo me decía por signos: «¡Es el momento!» Pero yo... no oía, hasta que, al fin, mi abismo comenzó a agitarse y mi pensamiento me mordió. ¡Ay! ¡Pensamiento llegado de mi abismo, tú, que eres mi

pensamiento! ¿Cuándo encontraré fuerzas para oírte cavar y no temblar? ¡El corazón me late hasta en la garganta cuando te oigo cavar! Tu silencio quiere estrangularme, ¡tú, que eres silencioso, como silencioso es mi abismo! Nunca me he atrevido todavía a llamarte a la superficie: ¡Me ha bastado llevarte conmigo! Todavía no he sido lo suficientemente fuerte para la última audacia del león, para la última temeridad. Tu pesadez siempre me ha sido terrible; ¡pero quiero encontrar un día la fuerza y la voz del león para hacerte subir a la superficie! ¡Cuando haya conseguido esto en mí, conseguiré algo todavía más grande, y una victoria será la señal de mi realización! Hasta tanto, continuaré navegando a la deriva a través de inciertos mares. La casualidad me lame y me acaricia. Miro hacia adelante y hacia atrás. Pero al fin no veo nada. La hora de mi última lucha no ha llegado todavía. O... ¿quizá llega en este instante? En verdad, el mar y la vida que le rodean me contemplan con pérfida belleza! ¡Oh tarde de mi vida! ¡Oh felicidad de antes de la noche! ¡Oh rada en alta mar! ¡Oh paz en la incertidumbre! ¡Cómo desconfío de todos vosotros! En verdad, ¡desconfío de vuestra pérfida belleza! Me parezco al amante que desconfía de una sonrisa demasiado aterciopelada. Empujo ante mí esta hora dichosa como empuja ante sí el celoso a la bienamada, cariñoso hasta en su dureza. ¡Lejos de mí, hora dichosa! Contigo me ha llegado, a pesar mío, una bienaventuranza. Aquí estoy, dispuesto para mi más profundo dolor: ¡has llegado a destiempo para mí! ¡Lejos de mí, hora venturosa! ¡Busca más bien refugio allá lejos..., entre mis hijos! ¡Aléjate de prisa! ¡Bendíceles antes de la noche y ofréceles mi felicidad! Ya la noche se acerca. El sol se oculta; con él se aleja mi dicha!

Así hablaba Zaratustra. Y durante toda la noche esperó su desventura. Pero esperó inútilmente. La noche permaneció silenciosa y transparente, y la felicidad se le fue acercando cada vez más cerca. Al amanecer, Zaratustra se rió para sí mismo y se dijo:

«La felicidad corre tras de mí. Es que yo no corro tras las mujeres. Y la felicidad es mujer.»

ANTES DE SALIR EL SOL

—¡OH cielo que me cubres, cielo profundo, cielo transparente! ¡Abismo de la luz! Al contemplarte me estremezco de ansias divinas. Lanzarme a tu altura..., ¡tal es mi profundidad! Refugiarme bajo tu pureza..., ¡tal es mi inocencia! Al dios lo oculta su belleza: así ocultas tus estrellas. No hablas: así anuncias tu sabiduría. Hoy has salido para mí, mudo sobre los agitados mares. Tu amor y tu pudor se revelan a mi alma agitada. Has llegado a mí pleno de hermosura y oculto por tu belleza. Me hablas sin palabras, revelándote por tu sabiduría. ¡Oh, que no haya adivinado todo el pudor de tu alma! Has llegado a mí antes que el sol, a mí, el más solitario. Somos amigos de siempre: nuestra tristeza, nuestros temores y el fondo de nuestro ser nos son comunes. Hasta el mismo sol nos es común. No nos hablamos porque sabemos demasiadas cosas. Nos callamos y mediante sonrisas nos comunicamos nuestro saber. ¿No eres tú la luz nacida en mi hogar? ¿No eres tú el alma de mi inteligencia? Juntos lo hemos aprendido todo. Juntos hemos aprendido a elevarnos por encima de nosotros, hacia nosotros mismos y a mostrar sonrisas sin nubes...; sin nubes, a sonreír con ojos cristalinos a través de inmensas lejanías, mientras por debajo de nosotros hierven, como la lluvia, la violencia y el fin y la culpa. Y cuando caminaba solo, ¿de qué sentía hambre mi alma durante las noches y sobre los senderos del error? Y cuando escalaba las montañas, ¿a quién si no a ti buscaba yo sobre las cumbres? Y todos mis viajes y todas mis ascensiones, ¿qué eran sino un deseo y un recurso de mi torpeza? ¡Toda mi voluntad no tiene otro objeto que remontar el vuelo, que volar en el cielo! Y ¿qué era lo que yo odiaba más que a las nubes y que todo lo que te empaña? ¡Odiaba incluso mi propio odio, porque te empañaba! Detesto a las nubes que pasan, a estos gatos monteses que se arrastran; nos roban a ambos lo que en común

poseemos: la inmensa e infinita afirmación de las cosas. Somos enemigos de las nubes que pasan, esas mediadoras y enredadoras; esos seres híbridos e indecisos que no saben ni bendecir ni maldecir con toda su alma. ¡Prefiero ocultarme dentro de un tonel, sin ver el cielo, o sepultarme en el abismo, antes que contemplarte, cielo luminoso, empañado por las nubes que pasan! Y con frecuencia he sentido deseos de detenerlas con relámpagos de oro y, semejante al trueno, tocar los timbales sobre su vientre de caldero..., como un timbalero frenético porque me roban tu afirmación, ¡cielo puro que sobre mí te tiendes, cielo transparente, abismo de luz! ¡Porque te roban mi afirmación! Prefiero el ruido y el trueno y las injusticias del mal tiempo a este reposo de gatos, vacilante y circunspecto. Y también entre los hombres a quienes más odio son a esos seres híbridos e indecisos que andan con paso de lobo, nubes cavilosas y vacilantes. «¡Quién no sepa bendecir debe aprender a maldecir!» Esta transparente enseñanza me ha llegado de un cielo transparente; esta estrella brilla en mi cielo aun en las noches más negras. ¡Pero yo bendigo y afirmo siempre, con tal que tú me circundes, cielo transparente, abismo de luz! Es entonces cuando llevo a todos los abismos mi afirmación bienhechora. He llegado a ser el que bendice y afirma: largo tiempo he luchado para esto. He sido un luchador para tener un día las manos libres para bendecir. Y ésta es mi bendición: estar por encima de todas las cosas como su propio cielo, su cúpula, su campana de azul y su tranquilidad eterna. ¡Y bienaventurado quien así bendiga! Porque todas las cosas son bautizadas en las aguas de la eternidad, más allá del bien y del mal. Pero el bien y el mal no son en sí mismos sino fugitivas sombras, penas llorosas y nubes de paso. En verdad, es una bendición y no una maldición enseñar que: «Sobre todas las cosas, se halla el cielo-casualidad, el cielo-inocencia, el cielo-acaso, el cielo-petulantia.» «Por casualidad», tal es la más antigua nobleza del mundo. Yo se la he otorgado a todas las cosas, las he libertado de la servidumbre de la finalidad. Esta libertad y esta serenidad celestes las he

colocado como campanas de azul sobre todas las cosas, cuando he enseñado que por encima de ellas, y por ellas, ninguna «voluntad eterna» afirmaba su voluntad. Yo he colocado, en lugar de esta voluntad, esta petulancia y esta locura, cuando he enseñado que: Una cosa hay que será siempre imposible: ¡ser razonable! No obstante, un poco de razón, un grano de sabiduría disperso de estrella en estrella..., esta levadura está mezclada a todas las cosas: ¡se debe a la locura que la sabiduría esté mezclada a todas las cosas! Es posible un poco de sabiduría; pero en todas las cosas he hallado esta venturosa certidumbre: prefieren bailar sobre los pies de la casualidad. ¡Oh cielo que estás sobre mí, cielo alto y puro! Ahora, para mí, tu pureza consiste en esto: que no existe la eterna araña y la tela de araña de la razón... ¡Que seas un lugar de baile para las casualidades divinas, que seas una mesa divina para el juego de los dados y para los jugadores divinos!... Pero ¿te sonrojas? ¿He dicho cosas que no se deben decir? ¿He maldecido queriendo bendecirte? ¿O es la vergüenza de estar a solas conmigo lo que te hace enrojecer? ¿Dices que me marche y que me calle porque ahora... llega el día? El mundo es profundo, mucho más profundo que pueda haberlo soñado el día. Hay cosas que es preciso callar delante del día. Pero el día llega; por consiguiente, ¡separémonos! ¡Oh cielo que estás sobre mí, cielo ardiente y púdico! ¡Oh felicidad de antes de salir el sol! Llega el día; por consiguiente, ¡separémonos!...

Así hablaba Zaratustra.

DE LA VIRTUD QUE HUMILLA

1

CUANDO llegó de nuevo Zaratustra a tierra firme, no se dirigió de inmediato a su montaña y a su cueva, sino que recorrió muchos caminos e hizo muchas preguntas, informándose de esto y aquello, de tal modo que bromeando decía de sí mismo: «He aquí un río que luego de mil meandros regresa a su

fuente». Porque quería saber qué había sido del hombre durante su ausencia; si había llegado a hacerse más grande o más pequeño. Y cierto día observó una hilera de casas nuevas; entonces se asombró y dijo:

—¿Qué significan estas casas? ¡En verdad, ningún alma grande las ha edificado como símbolo de sí misma! ¿Las habrá sacado de su caja de juguetes un niño estúpido? ¡En tal caso, que las vuelva a meter en la caja otro niño! ¿Pueden entrar y salir hombres en estos cuartos y desvanes? Me parecen hechas para muñecas empenachadas de seda o para gatitos golosos que gustan de dejarse comer.

Y Zaratustra se detuvo y meditó. Con tristeza exclamó, finalmente:

—¡Todo ha llegado a hacerse más pequeño! Por todas partes veo puertas más bajas: el que pertenece a mi especie todavía puede pasar por ellas; pero ¡es indispensable que se humille! ¡Oh!, ¿cuándo retornaré a mi patria donde no me sea obligado a humillarme..., humillarme ante los pequeños? Y Zaratustra suspiró y miró hacia la lejanía.

Ese mismo día pronunció un discurso sobre la virtud que humilla.

2

—CAMINO por entre este pueblo con el espíritu alerta. No me perdonan los hombres que no envidie sus virtudes. Ladran tras de mí porque les digo: Las gentes pequeñas necesitan virtudes pequeñas..., ¡y porque no alcanzan a comprender que la existencia de las gentes pequeñas sea necesaria! Soy parecido al gallo en corral ajeno, que es perseguido a picotazos hasta por las mismas gallinas; sin embargo, no siento rencor por las gallinas que me picotean. Soy cortés con ellas, como para con todas las cosas pequeñas desagradables. Ser punzante para con los pequeños me parece una sabiduría digna de erizos. Todos hablan de mí, cuando a la noche están sentados alrededor del fuego; ¡todos hablan de mí, pero nadie piensa... en mí! Éste es el nuevo silencio

que he aprendido a conocer; el ruido que hacen en torno a mí tiende un manto sobre mis pensamientos. Ellos murmuran entre sí: ¿Qué nos quiere esta sombría nube? ¡Cuidemos que no nos traiga una epidemia! Y el otro día una mujer apretó contra sí a su hijo que quería acercarse a mí: «¡Alejaos de los niños—gritaba—. Ojos como los vuestros queman las almas de los niños!» Cuando hablo, tosen. Creen que la tos refuta a los fuertes vientos. ¡Nada adivina del murmullo de mi felicidad! «No tenemos tiempo todavía para Zaratustra.» Tal es su objeción. Pero ¿qué importa un tiempo «que no tiene tiempo» para Zaratustra? Aun cuando me glorificasen. ¿Cómo podría dormir sobre sus laureles? Su alabanza para mí es un cinturón de espinas; me sigue pinchando aún después de habérmelo quitado. También esto lo he aprendido en medio de ellos: Quien alaba parece que devuelve lo que se le ha dado, ¡pero en realidad quiere que se le dé más! ¡Preguntad a mis pies si les gusta su manera de alabar y de atraer! En verdad, no quieren ni bailar ni estarse quietos, según tal regla y tal tictac. Procuran elogiarme su modesta virtud y atraerme hacia ella. Quisieran acordar mis pies al tictac de la pequeña felicidad. Camino por entre este pueblo con el espíritu alerta. Han llegado a hacerse más pequeños y siguen empequeñeciéndose cada vez más: la causa de ellos está en su doctrina de la felicidad y de la virtud. Tienen la modestia de su virtud, porque quieren tener sus comodidades. Mas solo una virtud modesta se aviene con las comodidades. También aprenden a andar a su modo y hacia adelante: es lo que yo llamo andar a la pata coja. De este modo constituyen un obstáculo para los que tienen prisa. Entre ellos los hay que van hacia adelante mientras que, con el cuello estirado, miran hacia atrás. Los pies y los ojos no deben mentir ni desmentirse. Pero entre las gentes ruines hay muchas mentiras. Algunos de entre ellos «quieren», pero la mayoría sólo son «queridos». Algunos de entre ellos son sinceros, pero la mayoría son malos comediantes. Hay entre ellos cómicos sin saberlo y cómicos sin quererlo. Los sinceros no abundan, sobre todo los comediantes sinceros. Aquí son raras

las cualidades del hombre, por eso se masculinizan las mujeres. Pues sólo quien sea bastante hombre será capaz de emancipar en la mujer... a la mujer. Y he aquí la peor de las hipocresías que encontré entre ellos: los que mandan simulan las virtudes de los que obedecen. «Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos», así salmodia la hipocresía de los dominadores. Y ¡desgraciados de aquellos cuyo primer amo no es sino el primer servidor! ¡Ay! La curiosidad de mi mirada se ha desviado hacia su hipocresía. Y he adivinado perfectamente su felicidad de mosca y su zumbido en los vidrios calentados por el sol. ¡Tanto como hay de bondad hay de flaqueza! ¡Tanto como hay de justicia y de compasión hay de flaqueza! Los unos para los otros son llamados sencillos, leales y benévolos, como lo son los granos de arena los unos para con los otros. Abrazar modestamente una pequeña felicidad, ¡a esto le llaman «resignación»! Y a la vez miran ya de reojo, modestamente, hacia otra pequeña felicidad. En su simplicidad, sólo tienen un deseo en el fondo: que nadie les haga daño. Por eso son corteses para con todos y les hacen bien. Pero es cobardía; aunque se le dé el nombre de «virtud.» Y cuando ocurre que esta gentecilla habla con rudeza, yo advierto en su voz únicamente un ronquido..., ¡pues cada ráfaga de viento les enronquece! Son astutos. Sus virtudes poseen ágiles dedos. Pero carecen de puños: sus dedos no saben ocultarse tras de su puño. Para ellos es virtud aquello que transforma en modesto y domesticado, ellos han hecho del lobo un perro y del mismo hombre el mejor animal doméstico del hombre. «Nosotros hemos colocado nuestra silla en medio—esto me dice su alegría—, a igual distancia de los moribundos gladiadores que de los cerdos alegres.» Pero eso es... mediocridad, aunque se le dé el nombre de moderación.

—CAMINO por entre este pueblo y dejo caer mis palabras. Pero no las saben recoger ni conservar. Están asombrados de que no haya venido para condenar la mala conducta y los vicios. En verdad, tampoco he venido para ponerme en alerta contra los ladrones. Están asombrados porque no estoy dispuesto a aguzar y a pulir su sabiduría; ¡como si no poseyeran ya bastante sabios sutiles voces rechinan como pizarrines! Y cuando yo grito: «¡Maldecid a todos los cobardes demonios que están en vosotros y que, complacientemente, gemirían y querrían cruzar sus manos y adorar!»; entonces ellos gritan: «¡Zaratustra es impío!» Y sus profesores de resignación son los que más gritan. Pero es a ellos, precisamente, a quienes me complace gritar al oído: ¡Sí! ¡Yo soy Zaratustra, el impío! ¡Estos profesores de resignación! Allí donde haya ruindad, enfermedad y tiña, se arrastran como piojos. Mi repugnancia es lo único que impide que los aplaste. ¡Pues bien!, he aquí el sermón que he compuesto para sus oídos: Yo soy Zaratustra, el impío, que dice: «¿Quién es más impío que yo para que me regocije con su enseñanza?» Yo soy Zaratustra, el impío; ¿dónde encontraré a mis semejantes? Mis semejantes son todos aquellos que a sí mismo se dan su voluntad y que se despojan de toda resignación. Yo soy Zaratustra, el impío: yo hago hervir en mi marmita todo lo que es casualidad. Y solamente cuando la casualidad está cocida en su punto le doy la bienvenida para hacer de ella mi alimento. Y, en verdad, muchas casualidades se han acercado a mí en plan de amo. Pero mi voluntad les habló en un tono más imperioso aún e inmediatamente se postraron de rodillas ante mí, suplicándome... Suplicándome que les diera refugio y cordial hospitalidad y tratando de halagarme con palabras aduladoras: «Mira, ¡oh Zaratustra!, solamente un amigo puede venir de esta manera ante otro amigo.» Pero ¡para qué hablar cuando nadie tiene mis oídos! Quiero gritar de este modo a todos los vientos. ¡Cada vez os hacéis más pe-

queños, pequeñas gentes! ¡Vosotros, que gustáis de vuestras comodidades, os desmigajáis! ¡Acabaréis por perecer..., a causa de la multitud de vuestras modestas virtudes, de vuestras pequeñas omisiones, a causa de vuestra menguada resignación permanente. Tenéis demasiadas contemplaciones, cedéis demasiado: ¡de esto está formado el suelo donde crecéis! ¡Mas, para que un árbol llegue a hacerse grande tiene que profundizar sus duras raíces en torno de duras peñas! Vosotros no prestáis ayuda para tejer la tela del porvenir de los hombres, y vuestra misma nada es una tela de araña y una araña que vive de la sangre del porvenir! Y cuando tomáis es como si robaseis, ¡oh modestos virtuosos! No obstante, aun entre los pícaros dice el «honor»: «Es preciso robar solamente allí donde no se pueda saquear.» «Esto se da»..., tal es también una doctrina de la resignación. Mas yo os digo a vosotros que amáis vuestras comodidades, esto se toma, ¡y esto tomará cada vez más de vosotros! ¡Ay! ¡Que no os desprendéis de todas estas semivoluntades, que no os decidís para la pereza como para la acción! ¡Ay! ¡Que no comprendéis mis palabras!: «Haced siempre lo que queráis; ¡pero sed de antemano de los que pueden querer!» «Amad siempre a vuestro prójimo como a vosotros mismos; pero sed de antemano de los que se aman así mismos..., de los que se aman con el gran amor, con el gran desprecio!» Así habla Zaratustra, el impío. Mas, ¡para qué hablar cuando nadie tiene mis oídos! Todavía no es hora. Soy, entre este pueblo, mi propio precursor, mi propio canto del gallo en las calles oscuras. ¡Pero su hora llega! ¡Y también llega la mía! De hora en hora se hacen más pequeños, más pobres, más estériles..., ¡pobre hierba!, ¡pobre tierra! ¡Pronto estarán ante mí, como la hierba seca, como una estepa y, en verdad, cansados de sí mismos... y sedientos de fuego más que de agua. ¡Oh bienaventurada hora del rayo! ¡Oh misterio de la mañana!... Un día haré de ellos corrientes de fuego y profetas de lenguas llameantes. Profetizarán con lenguas de fuego: ¡Ya viene, ya se acerca el gran mediodía!

Así hablaba Zaratustra.

EN EL MONTE DE LOS OLIVOS

«**C**OMO astuto huésped ha entrado el invierno en mi vivienda. Amaratadas tengo las manos por el apretón de su amistad. Tributo honores a este huésped astuto; pero me complace dejarlo solo. Me agrada huir de él; y si se corre bien, acábase por conseguirlo. Corro allí donde no corre el viento, con los pies y los pensamientos calientes. Corro hacia el soleado rincón de mi monte de olivos. Allí me río de mi riguroso huésped y le estoy agradecido por atrapar las moscas de mi casa y por hacer callar muchos leves ruidos. Pues no tolera el zumbido de una mosca ni, mucho menos, el de dos; hasta las callejas las deja de noche en tanta soledad que en ellas se asusta aun la luz de la luna. Es un huésped duro, pero yo le honro y no rezo al ventrudo dios del fuego, como hacen los afeminados. ¡Mejor es casteñetear los dientes que adorar a los ídolos!, tal es mi modo de ser. Y detesto más que nada a todos los ídolos de fuego, que son ardientes, hirvientes y tristes. Cuando amo a alguien lo amo mejor en invierno que en verano; me burlo mejor de mis enemigos, me burlo con más valor desde que el invierno está en mi casa. Con valor, ciertamente, aun cuando me acurruque en mi cama..., porque entonces mi felicidad escondida todavía ríe con fanfarronería y mi mentiroso sueño ríe igualmente. ¿Por qué arrastrarse? Jamás hasta ahora, en todo mi vida, me he arrastrado ante los poderosos. Y si he mentido alguna vez, lo hice por amor. Por eso estoy contento aun en un lecho de invierno. Una cama sencilla me abriga mejor que una cama lujosa, porque soy celoso de mi pobreza. Y es en el invierno cuando más fiel me es mi pobreza. Con una perversidad doy comienzo a cada día. Me burlo del invierno tomando un baño frío; esto hace refunfuñar a mi severo amigo. También me complace cosquillearle con una vela para que permita, al fin, surgir al cielo del alba cenicienta. Pero es, sobre todo por la mañana, cuando soy malo. De madrugada, cuando los cubos rechinan en la fuente y

los caballos relinchan por las calles grises... Entonces aguardo impaciente a que el cielo se ilumine, el cielo invernal de grises barbas, el anciano de blanca cabeza..., el cielo silencioso de invierno, que sume a todo, incluso al sol, en silencio. ¿Acaso sería de él de quien aprendí los largos silencios iluminados? O bien, ¿los ha aprendido él de mí? O bien, ¿los ha inventado cada uno de nosotros? Origen múltiple tienen todas las cosas buenas. Todas las buenas cosas traviesas saltan de placer en la existencia: ¡cómo no harán esto más que una sola vez! También el largo silencio es una buena cosa juguetona. Y, semejante a un cielo de invierno, mi rostro está límpido y la calma se asoma a mis ojos...; como el cielo de invierno oculto yo mi sol y mi flexible voluntad de sol. ¡En verdad, he aprendido bien este arte y esta malicia de invierno! Mi arte y aquella de mis perversidades que más quiero es haber enseñado a mi silencio a no traicionarme por el silencio. Con el ruido de las palabras y de los dados me divierto engañando a las gentes solemnes que acechan: quiero que mi voluntad y mi propósito escapen a su severa atención. He inventado el largo y claro silencio para que nadie pueda contemplar en el abismo de mis razones y de mi última voluntad. He encontrado más de un hombre malicioso que velaba su rostro y enturbiaba sus aguas, con el fin de que nadie pudiera mirar a través y ver hasta el fondo. Pero precisamente a él acudían las gentes astutas y desconfiadas, aficionadas a las dificultades: ¡y le pescaban sus peces más ocultos! No obstante, quienes se conservan claros y honestos y transparentes... son aquellos a quienes menos traiciona el silencio: son tan profundos que el agua más clara no revela lo que existe en el fondo. ¡Silencioso cielo invernal de la barba de nieve, cabeza blanca de ojos claros que sobre ti te hallas! ¡Oh símbolo divino de mi alma y de la petulancia de mi alma! ¿Será preciso que me oculte como alguien que ha tragado oro..., para que no me abran el alma? ¿Será preciso que suba sobre zancos para que no me vean mis largas piernas... todos estos tristes envidiosos que me rodean? ¿Cómo podría soportar mi felicidad la envidia de

todas estas almas ennegrecidas de humo, reconcentradas, agriadas, enmohecidas? Por esto sólo les enseño el invierno y el hielo que cubre mis cumbres...; no les enseño mi montaña circundada por todas las fajas del sol. Únicamente perciben ellos el silbido de mis tempestades invernales y no saben que camino también sobre cálidos mares, semejantes a los vientos del sur, indolentes, aplanadores y ardientes. Han tenido piedad por mis azares y mis contrariedades; pero mis palabras dicen: «Dejad que venga a mí la casualidad: ¡es inocente como un pequeño niño! ¿Cómo podrían soportar mi felicidad, si no rodease mi felicidad de miserias y de contratiempos invernales, si no la cubriese con toca de pieles y manto de nieve?... ¿Cómo, si no tuviese yo mismo piedad de su apiadamiento, del apiadamiento de estos tristes envidiosos?... ¿Cómo, si yo mismo no suspirase y tiritase delante de ellos, dejándome envolver pacientemente en su piedad? Ésta es la sabiduría retozona y la bienaventuranza de mi alma: que nada oculta de su invierno y de sus vientos glaciales. Ni siquiera oculta sus sabañones. Para unos, la soledad es la huida del enfermo; para otros, la huida ante el enfermo. ¡Que me escuchen gemir y suspirar a causa del frío invierno todos estos híbridos y pobres libertinos que me rodean! Con esos gemidos y esos suspiros yo evito sus caldeados aposentos. Que me compadezcan y me tengan lástima por mis sabañones: «Acabará por helarse en el hielo de su conocimiento», así ellos se lamentan. Corro con los pies calientes, mientras tanto, de un lado para otro sobre mi monte de los olivos. En el soleado rincón de mi monte de los olivos canto burlándome de toda compasión.»

Así hablaba Zaratustra.

CAMINANDO

ZARATUSTRA regresaba sin prisa—dando un rodeo y cruzando así muchos pueblos y muchas ciudades—hacia sus montañas y su cueva. Y, caminando, llegó también, de improviso, a la puerta de la gran ciudad; mas cuando hubo llegado allí, un loco furioso saltó sobre él con los brazos extendidos, obstruyéndole el paso. Este loco era el mismo que el pueblo llamaba «el mono de Zaratustra», porque imitaba un poco las maneras de Zaratustra y las cadencias de su palabra. También le gustaba apropiarse del tesoro de su sabiduría. Y así habló el loco a Zaratustra:

—¡Oh Zaratustra! Aquí esta la gran ciudad. ¡Nada has de encontrar en ella y puedes perderlo todo! ¿Para qué querías chapotear en este fango? ¡Ten compasión de tus piernas! Mejor es que escupas sobre la puerta de la gran ciudad, y... ¡vuelve sobre tus pasos! Este es el infierno para los pensamientos solitarios. Aquí se hacen cocer vivos los grandes pensamientos y se les reduce a papilla. Aquí se pudren todos los grandes sentimientos; aquí no se permite hacer ruido sino a los sentimientos ruines y agotados. ¿No percibes ya el olor de los mataderos y de los bodegones del espíritu? ¿No humea esta ciudad con los vapores de los espíritus sacrificados? ¿No ves colgadas las almas, como trapos harapientos y sucios?... ¡Y utilizan estos trapos para hacer periódicos! ¿No oyes cómo aquí el ingenio llega a transformarse en juego de palabras? ¡Se juega con repugnantes equívocos!... ¡Y con estas aguas sucias hacen los periódicos! Se desafían y no saben por qué. Se acaloran y no saben por qué. Hacen tintinear su hojalata y sonar su oro. Son fríos y buscan el calor en el aguardiente, están acalorados y buscan la frescura en los espíritus frígidos. La opinión pública les produce fiebre y los hace completamente ardientes. Todos los apetitos y todos los vicios han elegido aquí su domicilio; pero también hay virtuosos entre ellos; hay aquí muchas virtudes hábiles y

laboriosas..., muchas virtudes laboriosas con dedos para escribir, chupatintas y burócratas, adornados con condecoraciones, padres de hijas rellenas de paja y sin culo. Hay aquí también mucha piedad, y mucha unción baja y cortesana, y muchas bajezas ante el dios de los ejércitos. Porque de «lo alto» llueven las estrellas y los escupitajos de gracia; y es hacia lo alto donde se dirigen los deseos de todos los pechos sin estrellas. La lucha tiene su corte, y la corte sus satélites; y el pueblo mendicante y todas las hábiles virtudes mendicantes elevan sus rezos hacia todo lo que procede de la corte. «Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos...» ¡Así rezán al soberano todas las virtudes hábiles, para que la merecida estrella se enganche, al fin, al angosto pecho! Pero la luna gira alrededor de todo lo terrestre; así también el soberano da vueltas en torno de lo que hay de más terrestre..., ¡pero lo que hay de más terrestre es el oro de los abaceros. El dios de los ejércitos no es el dios de los lingotes; el soberano propone y... ¡el abacero dispone! ¡Oh Zaratustra! ¡En nombre de todo lo que haya en ti de fuerte, de claro y dé bueno, escupe sobre esta ciudad de abaceros, y vuelve sobre tus pasos! Aquí sangre viciada, anémica y espumosa corre por las arterias; ¡escupe sobre la gran ciudad, que es el gran pozo negro donde se acumula toda la materia fecal! ¡Escupe sobre la ciudad de almas deprimidas y de pechos angostos, de ojos envidiosos y de pegajosos dedos!... ¡Sobre la ciudad de los importunos y de los impertinentes, de los plumíferos y los vocingleros, de los exasperados ambiciosos!... ¡Sobre la ciudad donde se reúne todo lo corrompido, desconceptuado, lascivo, sombrío, podrido, ulcerado, conspirador!... ¡Escupe sobre la gran ciudad, y vuelve sobre tus pasos!...

Pero en este punto Zaratustra interrumpió al loco furioso y le tapó la boca.

—¡Te callarás, al fin!—exclamó Zaratustra—. ¡Hace tiempo que me están repugnando tus palabras y tus modales! ¡Hete aquí que por haber vivido tanto tiempo al borde del pantano, tú también te has transformado en rana y sapo! ¿No circula ahora por tus propias venas la sangre de los pantanos, viciada

y espumosa, puesto que ahora también tú sabes croar y blasfemar? ¿Por qué no has ido a la selva? ¿Por qué no has trabajado la tierra? ¿No está el mar lleno de verdes islas? Desprecio tu desprecio, y si me adviertes, ¿por qué no te has advertido a ti mismo? Sólo del amor debe levantarse el vuelo de mi desprecio y de mi ave anunciadora: ¡no del pantano!... Te llaman mi mono, loco furioso; pero yo te llamo mi cerdo gruñón... Tu gruñido acabará por echar a perder mi elogio de la locura. ¿Qué era lo que así te hizo gruñir? Nadie te adulaba la bastante... ¡Por eso te has sentado al lado de estas inmunicias, con el fin de tener motivos para gruñir!... ¡Con el fin de tener numerosos motivos de venganza! Porque la venganza, loco vanidoso, es toda tu furia excrementicia; te he adivinado bien! ¡Pero tu lenguaje de loco es nocivo para mí, incluso cuando tienes razón! ¡Y aun cuando la palabra de Zaratustra tuviera razón mil veces, tú me la quitarías con mis propias palabras!

Así hablaba Zaratustra; y, mirando a la gran ciudad, suspiró y se calló largo rato. Al fin, dijo estas palabras:

—También yo estoy asqueado de esta gran ciudad: no es sólo este loco lo que me repugna. ¡Tanto aquí como allá no hay nada que mejorar ni que empeorar! ¡Maldición sobre esta gran ciudad! ¡Quisiera ya ver la columna de fuego que ha de incendiarla! Porque es preciso que tales columnas de fuego precedan al gran mediodía. Pero esto tiene su momento oportuno y su propio destino. Sin embargo, a guisa de despedida te daré a ti, loco, este precepto: ¡Cuando ya no se puede amar, es preciso... pasar!...

Así hablaba Zaratustra, y pasó de largo ante el loco y ante la gran ciudad.

LOS TRÁNSFUGAS

1

—¡A Y, todo lo que poco ha estado aún verde y lleno de color, sobre esta pradera, ahora está marchito y gris! ¡Cuánta miel y esperanza he llevado desde aquí a mi colmena! Todos estos corazones juveniles se han hecho ya viejos... ¡y apenas son viejos!; son solamente corazones cansados, vulgares y perezosos... Ellos explican esto diciendo: «Hemos vuelto a ser piadosos.» Todavía hace poco que les vi andar de madrugada con animosas piernas; pero sus piernas del conocimiento se han cansado y ahora calumnian hasta su valentía de la mañana. En verdad, más de uno alzaba antaño sus piernas como un bailarín; la risa le hacía seña en mi sabiduría. Después se puso a reflexionar. Acabo de verle encorvado..., arrastrándose hacia la cruz. Antaño revoloteaban en torno de la luz y de la libertad, como hacen los mosquitos y los poetas jóvenes. Algo más viejos, algo más fríos, ya están sentados ahora detrás de la estufa, como hipócritas beatos y santurrones. ¿Se desanimaron porque la soledad me tragó como una ballena? ¿Han prestado en vano el oído largo tiempo, plenos de deseo, sin oír mis trompetas y mis anuncios de heraldo? ¡Ay!, siempre son contados aquellos cuyo corazón conserva largo tiempo sus ánimos y su impetuosidad; en este pequeño grupo el espíritu permanece perseverante. Todo el resto es cobardía. El resto es siempre la mayoría, los vulgares y los superfluos; los que están demás... ¡Todos ellos son cobardes!... Quien sea de mi especie topará en su camino con aventuras semejantes a las mías: de suerte que sus primeros compañeros deberán ser cadáveres y acróbatas. Los segundos compañeros, sin embargo, se llamarán los creyentes: una animada multitud, mucho amor, mucha locura; mucha veneración infantil. Quien pertenezca a mi especie entre los hombres deberá ligar su corazón a estos

creyentes. ¡Quien conozca la especie humana, feble y huidiza, no deberá creer en estas primaveras ni en estas policromas praderas! Si estos creyentes pudiesen de otra manera, querrían de otra manera también. Lo que no es más que a medias, destruye a todo lo que es completo, ¡para qué lamentarse cuando se marchitan las hojas! ¡Oh Zaratustra! ¡Déjalas ir, déjalas caer y no te lamente! ¡Antes bien: sopla sobre ellos con el murmullo del viento!... ¡Sopla sobre estas hojas, oh Zaratustra! ¡Que todo cuanto esté marchito caiga y se aleje de ti cuantos antes!...

2

—«HEMOS venido a ser piadosos.» De este modo confiesan los tráfugas y todavía hay muchos entre ellos demasiado cobardes para confesar esto. Les miro al blanco de sus ojos y, en pleno rostro, en el carmín de su mejilla, les digo: ¡Vosotros sois de los que rezan de nuevo! ¡Sin embargo, rezar es una vergüenza! No para todo el mundo; pero sí para ti y para mí y para todos los que tienen su conciencia en la cabeza. ¡Para ti, rezar es una vergüenza! Bien lo sabes: el cobarde demonio que hay en ti y que se complace en juntar las manos o en cruzar los brazos, y que anhela una vida más fácil..., este cobarde demonio te dice: «¡Hay Dios!» Por esto eres de los que huyen de la luz, de aquellos a quienes la luz molesta siempre. Ahora necesitas sumergir cotidianamente tu cabeza en la noche y en las tinieblas. Y, en verdad, has elegido bien tu hora, porque los pájaros de la noche han emprendido de nuevo su vuelo. Ha llegado la hora de los hijos de la noche, la hora de holgar en que... no «huelgan». Lo oigo y lo percibo. Llegó la hora de la caza y de las procesiones, no de una caza salvaje, sino de una caza mansa y suave, husmeando en los rincones sin hacer más ruido que el murmullo de los rezos..., la caza de los santurrones llenos de alma; todas las ratoneras de los corazones están de nuevo dispuestas! Y dondequiera que levante una cortina, se precipita fuera una falena. ¿Estaba allí

agazapada, en compañía de otra falena? Pues en todas percibo comunidades escondidas, y dondequiera que haya retiros, se encuentran nuevos beatos con el olor de los beatos. Se reúnen juntos durante veladas enteras, y se dicen: «¡Volvamos a ser como los niños, e invoquemos al buen Dios!» Tienen la boca y el estómago echados a perder por los piosos confiteros. O bien, durante largas noches, contemplan la astucia de una araña en acecho, que predica la sabiduría a las otras arañas, enseñándolas: «¡Bien está tejer su tela debajo de las cruces!» O bien se pasan sentados durante días enteros para pescar con caña a la orilla de los pantanos, y creen que eso es ser profundo; ¡pero yo considero que quien pesca donde no hay peces no es ni superficial! O bien aprenden, con piedad y alegría, a tocar el arpa con un cancionista, a quien agradaría insinuarse en el corazón de las jovencitas, pues este cancionista está cansado de las viejas y de sus alabanzas. O bien aprenden el miedo con un sabio, medio trastornado, que aguarda en las habitaciones, a obscuras, a que los espíritus aparezcan... ¡mientras que su propio espíritu desaparece por completo! O bien escuchan a un viejo charlatán, músico ambulante, a quien la tristeza del viento ha enseñado la lamentación de los tonos. Ahora silba como el viento y predica la tristeza en un tono triste. Y algunos de entre ellos se han hecho hasta vigilantes nocturnos; ahora saben soplar en el cuerno, rondar en la noche y despertar viejas cosas dormidas desde hace mucho tiempo. Ayer oí, en la noche, junto a las viejas tapias del jardín, cinco palabras a propósito de estas viejas cosas; procedían de estos viejos vigilantes nocturnos, tristes y esmirriados: «Para un padre, no vela bastante por sus hijos: los padres humanos hacen esto mejor que él.» «Es demasiado viejo. Ya no se ocupa absolutamente nada de sus hijos», respondió el otro vigilante nocturno. «Pero ¿tiene hijos? ¡Nadie puede demostrarlo si no lo demuestra él mismo! Hace mucho tiempo que quisiera vérselo demostrar con seriedad!» «¿Demostrar? ¿Ha demostrado jamás ése alguna cosa? Las pruebas son difíciles para él; le importa mucho que se crea en él.»

«¡Sí, sí! La fe le salva, la fe en sí mismo. ¡Es la manera de ser de los viejos! ¡Lo mismo somos nosotros!...» Así se hablaron, el uno al otro, los dos vigilantes nocturnos, enemigos de la luz; después soplaron tristemente sus cuernos. Esto es lo que pasó ayer, en la noche, junto a las viejas tapias del jardín. En cuanto a mí, mi corazón se retorció de risa; quería estallar, pero no sabía cómo; y los accesos de hilaridad me sacudían el diafragma. En verdad, ésta será mi muerte: ahogarme de risa, viendo a los burros borrachos y oyendo de este modo a los vigilantes nocturnos de Dios. ¿No hace ya mucho tiempo que pasó al momento para semejantes dudas? ¿Quién tendría el derecho de derperter de su sueño cosas tan bajas, enemigas de la luz? Hace mucho tiempo que acabaron los dioses antiguos..., ¡y en verdad, tuvieron un magnífico y alegre fin divino! No pasaron por el «crepúsculo» para ir hacia la muerte..., ¡afirmar tal cosa es mentira!... Al contrario, ¡se dieron la muerte a sí mismos a fuerza de... reír! Sucedió esto cuando un dios pronunció la frase más impía, la frase: «¡No existe más que un dios! ¡No tendrás a ningún otro dios ante mi vista!» Un viejo dios barbudo, un dios colérico y celoso se propasó hasta este extremo... Entonces fue cuando todos los dioses se echaron a reír y a gritar, agitándose en sus asientos. «¿No consiste precisamente la divinidad en que haya dioses..., y no un solo dios?» Quien tenga oídos para oír, oiga.

Así hablaba Zaratustra en la ciudad que amaba y que tenía el nombre de Vaca Multicolor.

EL REGRESO

—¡OH soledad! ¡Soledad, patria mía! ¡Demasiado tiempo he vivido salvaje, en salvajes países extranjeros, para no volver a ti derramando lágrimas! Ahora, amenázame con el dedo, como amenazan las madres, y sonriéndome como una madre sonríe, dime solamente: «¿Quién era el que tiempo ha huyó lejos de ti como un torbellino?... ¿El que

al marcharse exclamó: «Harto tiempo he hecho compañía a la soledad; he olvidado el silencio»? ¿Es esto lo que, sin duda, has aprendido ahora? «¡Oh Zaratustra, lo sé todo! ¡Sé que te sentías más abandonado entre la multitud, tú, el único que lo estuviste jamás conmigo! Una cosa es el abandono y otra la soledad. ¡Esto es lo que has aprendido ahora! Y también que entre los hombres serás siempre un salvaje y un extraño... ¡Un salvaje y un extraño aun cuando te amen, porque ante todo, ellos quieren que se les guarden consideraciones! Pero aquí estás en tu casa y en tu morada; aquí puede decirlo todo y expansionarte por completo; aquí nadie se avergüenza por los sentimientos ocultos y obstinados. Aquí todas las cosas se acercan a tu palabra, te lisonjean y te colman de caricias, porque quieren subir sobre tus espaldas. Montando sobre todos los símbolos cabalgas aquí hacia todas las verdades. Aquí puedes hablar a todas las cosas con rectitud y franqueza; y, en verdad, cuando se les habla con rectitud, creen recibir alabanzas. Otra cosa, sin embargo, es el abandono; porque, ¿te acuerdas, Zaratustra? Cuando tu ave comenzó a gritar por encima de ti, cuando estabas en la selva sin saber adonde ir, indeciso, al lado de un cadáver..., cuando decías: ¡que me guíen mis animales!, he encontrado más peligros entre los hombres que entre los animales: ¡eso era abandono! Y, ¿te acuerdas, Zaratustra?, cuando estabas sentado en tu isla, fuente de vino, entre vacíos cubos, dando de beber a los que tenían sed y derramando sin tasa; ...hasta que al fin fuiste el único sediento entre los hombres ebrios; y, de noche, te lamentabas: ¿No hay mayor felicidad en tomar que en dar? ¿Y no hay aún mayor felicidad en robar que en tomar? ¡Eso era abandono! Y, ¿te acuerdas, Zaratustra?, cuando llegó la más silenciosa de tus horas y te arrojó de ti mismo, cuando te dijo en un perverso cuchicheo: «¡Habla y rómpete!» Cuando te quitó el gusto por tu espera y tu silencio y desanimó tu humilde valor: ¡Eso era abandono! ¡Oh soledad! ¡Soledad, patria mía! ¡De qué modo me habla tu voz, cariñosa y bienaventurada! Nosotros no nos interrogamos el uno al otro, no nos lamentamos el

uno al otro; abiertamente pasamos juntos por las puertas abiertas. Porque en ti todo es abierto y luminoso; y las horas se deslizan aquí más ligeras. Pues en la obscuridad el tiempo parece más pesado de llevar que en la luz. Aquí se me revela la esencia y la expresión de todo lo existente; todo lo que es, quiere aquí expresarse y todo lo que ha de llegar a ser quiere aprender de mí a hablar. Allá lejos, sin embargo..., ¡todo discurso es vano! La mejor sabiduría es olvidar y pasar..., ¡esto es lo que allá he aprendido! El que quiera comprenderlo todo en los hombres, debe cogerlo todo. Pero mis manos están demasiado limpias para esto. Estoy asqueado con sólo respirar su aliento. ¡Ay! ¡Por qué habré vivido tanto tiempo entre su estruendo y su mal aliento! ¡Oh bienaventurada soledad que me rodea! ¡Oh puros aromas que me circundan! ¡Oh, cómo este silencio hace aspirar a pleno pulmón el aire puro! ¡Oh, cómo escucha este silencio bienaventurado! Allá lejos, sin embargo..., todo habla y nada se oye. Si se anuncia su sabiduría a campanillazos, los abaceros, en la plaza pública, apagarán su sonido con el ruido de la calderilla. Todo habla en ellos y nadie sabe ya comprender. Todo cae en el agua y nada en las fuentes profundas. Todo habla en ellos; nada se logra ni nada se concluye. Todo cacarea, mas ¿quién quiere todavía permanecer en el nido incubando sus huevos? Todo habla en ellos, todo está diluido. Y lo que ayer era demasiado duro hasta para el tiempo y para los dientes del tiempo, cuelga hoy desgarrado y roído de la boca de los hombres del día. Todo habla en ellos, todo se ha divulgado. Y lo que poco ha se llamaba misterio y secreto de las almas profundas, pertenece hoy a las trompetas callejeras y a otros alborotadores. ¡Oh humana naturaleza! ¡Cosa singular! ¡Rumor en las calles obscuras! Hete aquí detrás de mí... ¡Mi mayor peligro ha quedado a mis espaldas! Las contemplaciones y la compasión siempre fueron mi mayor peligro, y todos los seres humanos quieren que se les trate con contemplaciones y que se les compadezca. Guardando en mi intimidad mis verdades, las manos agitadas como las de un loco y el corazón trastornado

por mentirillas piadosas...; así he vivido siempre entre los hombres. Estaba sentado entre ellos, disfrazado, dispuesto a desconocerme para soportarlos, gustando de decirme para persuadirme a mí mismo: ¡Qué loco eres; no conoces a los hombres! Cuando se vive entre los hombres se olvida lo que de ellos se sabe. Entre los hombres hay demasiados primeros términos..., que allí pueden hacer las perspectivas, reducidas y lejanas. Y si me desconocían, en mi locura los trataba con más cumplimientos que a mí mismo, por causa de ello; habituado como estaba a la dureza para conmigo mismo, en mí mismo me vengaba a menudo de mis contemplaciones. Zaherido por las moscas venenosas y roído como una piedra por las numerosas gotas de la maldad, así he permanecido entre ellos y todavía me decía: «Todo lo pequeño es inocente de su pequeñez.» Las moscas que he hallado ser más venenosas eran, sobre todo, los que se llamaban los «buenos»: pican con la mayor inocencia; ¡como podrían ser justos... para conmigo! La piedad enseña a mentir a los que viven entre los buenos. La piedad hace pesado el aire a todas las almas libres. Porque la necedad de los buenos es insondable. Ocultarme yo mismo y ocultar mi riqueza..., he aquí lo que aprendí a hacer allá lejos. Pues a todos los ricos los he hallado pobres de espíritu. La mentira de mi piedad consistió en saber de cada uno..., en ver y sentir en cada uno lo que era bastante para él, lo que para él, era demasiado espíritu. A sus rígidos sabios, los he llamado sabios y no rígidos, así he aprendido a engullir las palabras. A sus sepultureros, yo los he llamado investigadores y conocedores, de esta manera he aprendido a cambiar las palabras. Los sepultureros cogen enfermedades a fuerza de cavar fosas. Bajo los viejos escombros duermen las miasmas. Preciso es no remover los pantanos. Es necesario vivir sobre las montañas. ¡Venturosas mis narices que respiran de nuevo la libertad de las montañas! ¡Por fin se ve libre mi nariz del olor de todos los seres humanos! Cosquilleada por el aire vivo como por un vino espumoso, mi alma estornuda y dice: «¡Salud!»

Así hablaba Zaratustra.

LOS TRES MALES

1

Hoy me hallaba sobre un promontorio, soñando más allá del mundo, con mi último sueño de la mañana: sostenía en mis manos una balanza y pesaba el mundo. ¡Oh! ¿Por qué llegó la aurora demasiado pronto para mí? Sus celos y su ardor me han despertado. Está siempre celosa del ardor de mis sueños matinales. Mensurable para quien disponga de tiempo, ponderable para un buen pensador, asequible para alas vigorosas, adivinable para divinos aficionados a los problemas: así ve el mundo mi sueño. Mi sueño, osado navegante, medio-buque, medio-ráfaga, silencioso como las mariposas, impaciente como el halcón: ¡qué paciencia y qué calma ha tenido hoy para poder pesar el mundo! ¿Le habrá hablado en secreto mi sabiduría, mi sabiduría del día, risueña y despierta, que se burla de todos los «mundos infinitos»? ¿Porque ella dice: «donde hay fuerza, el número acaba de hacerse dueño, porque él es quien más fuerza posee». ¡Con qué certidumbre ha contemplado mi sueño este mundo infinito. No había por su parte ni curiosidad, ni indiscreción, ni temor, ni súplica...; como si una hermosa manzana se ofreciera a mi mano, una manzana de oro, madura, de piel fresca y aterciopelada..., del mismo modo se ofreció a mí el mundo...; como si un árbol, un árbol de dilatadas ramas, firme en su voluntad, encorvado y retorcido para apoyo y descanso del viajero cansado, me hiciera seña; así estaba colocado el mundo sobre mi promontorio...; como si unas manos amables vinieran a mi encuentro trayendo un cofrecito..., un cofrecito abierto para deleite de ojos reverentes y púdicos; así venía el mundo a mi encuentro..., ni bastante enigmático para conmover el amor de los hombres, ni bastante inteligible para adormecer la sabiduría de los hombres..., algo humanamente bueno; ¡tal fue hoy para mí el mundo que tanto se calumnia! ¡Qué reconocido estoy a mi

sueño matinal, por haber pesado así el mundo de madrugada! ¡Ha llegado a mí como algo humanamente bueno, este sueño, consuelo del corazón! Y para proceder como él, ahora que es de día, y para que lo mejor que hay en él me sirva de ejemplo, quiero colocar en este momento en la balanza los tres mayores males y pesarlos humanamente bien... Quien enseñó a bendecir, enseñó igualmente a maldedir; ¿cuáles son las tres cosas más malditas de la tierra? Son las que quiero colocar en la balanza. La voluptuosidad, el afán de dominación, el egoísmo. Estas tres cosas han sido las más malditas y las más calumniadas hasta el presente..., éstas son las cosas que quiero pesar humanamente bien. ¡Pues bien! ¡He aquí mi promontorio y he ahí el mar: el mar corre espumeante hacia mí, acariciador, este perro fiel y viejo, este monstruo de cien cabezas a quien amo. ¡Pues bien! Aquí quiero colocar la balanza, sobre el mar encrespado, y escojo igualmente un testigo de vista..., ¡eres tú, árbol solitario, de ancha copa y de intenso aroma, a quien amo!... ¿Sobre qué puente camina el presente hacia el porvenir? ¿Qué fuerza es la que obliga a lo que está en lo alto a descender a lo que está abajo? ¿Y qué es lo que fuerza a lo más elevado a crecer todavía? Ahora la balanza se mantiene inmóvil y en equilibrio; y he puesto en ella tres preguntas de peso; el otro platillo que sostiene tres respuesta de peso.

2

—VOLUPTUOSIDAD..., es el aguijón y la mortificación para todos los que llevan cilicio y desprecian al cuerpo; es el «mundo maldito» para todos los alucinados del ultramundo; porque se burla de todos los herejes y los arroja de su lado. Voluptuosidad..., para la canalla es el fuego lento en que se abrasa la canalla; y ardiente hoguera para toda la leña carcomida y para los trapos sucios. Voluptuosidad..., solamente para los abatidos en un veneno dulzón, pero para los que tienen la voluntad del

león, es el mejor cordial, el vino de los vinos, que se economiza religiosamente. Voluptuosidad... es la mayor felicidad simbólica para la esperanza y la dicha superiores. Porque hay muchas cosas que tienen derecho a la unión y aún más que a la unión..., muchas cosas que son más extrañas a sí mismas que lo pueda ser el hombre a la mujer; ¿y quién ha comprendido nunca por completo hasta qué punto el hombre y la mujer son *extraños* el uno al otro? Voluptuosidad..., sin embargo, quiero poner coto a mis pensamientos y a mis palabras; ¡para que los cerdos y los exaltados no invadan mis jardines! Deseo de dominar..., es el látigo heridor para los más duros de todos los corazones endurecidos, el espantoso martirio que se reserva al más cruel, la sombría llama de las hogueras vivientes. Deseo de dominar..., es el freno perverso puesto a los pueblos más vanos, el que ridiculiza todas las virtudes inconscientes, a caballo sobre todos los orgullos. Deseo de dominar..., es el temblor de tierra que rompe y disgrega todo lo que es caduco y hueco, el colérico destructor de todos los sepulcros blanqueados, que reprende y castiga, el punto de interrogación que surge al lado de las respuestas prematuras. Deseo de dominar..., cuya mirada hace al hombre humillarse y arrastrarse, que lo esclaviza y lo rebaja por debajo de la serpiente y del cerdo; hasta que, al fin, clama en él el gran desprecio. Deseo de dominar..., el maestro terrible que enseña el gran desprecio, que predica a la cara de las ciudades y de los imperios: «¡Vete!»..., hasta que, al fin, ellos mismos exclamen: «¡Que me vaya!» Deseo de dominar..., que también sube hacia los puros y los solitarios para atraerlos, que sube hacia las alturas de la satisfacción de uno mismo, ardiente como el amor que señala sobre el cielo atraentes alegrías empurpuradas. Deseo de dominar..., mas ¿quién querría llamar a esto un deseo, cuando la altura aspira al poder hacia abajo? ¡En verdad, nada hay de febril ni de enfermizo en semejantes deseos, en semejantes descensos! Que la solitaria altura no se aísle eternamente ni quede de sí satisfecha; que la montaña descienda hacia el valle y los

vientos de las alturas hacia las llanuras... ¡Oh, quién encontraría el verdadero nombre para bautizar y honrar un deseo semejante! «Virtud que da»; así nombró Zaratustra a esta cosa inexpresable. Y fue en aquel momento cuando igualmente sucedió—¡y, en verdad, por vez primera!—que sus palabras hicieron el elogio del egoísmo, el sano y bueno egoísmo que brota de un alma poderosa..., del alma poderosa ligada al cuerpo elevado, al cuerpo bello, victorioso y confortador, en torno del cual todo se hace imagen..., el cuerpo flexible que convence, el bailarín cuyo símbolo y cuya expresión es el alma gozosa de sí mismo. La alegría egoísta de tales cuerpos, de tales almas, se llama «virtud». Esta alegría egoísta se protege a sí misma con sus conceptos acerca del bien y del mal, como si se rodeara de un bosque sagrado; y, con los nombres de su dichá destierra lejos de sí cuanto es despreciable. Destierra lejos de sí cuanto es cobarde; ella dice : «malo es... lo que es cobarde». Le parece despreciable cuanto sufre, suspira y se lamenta constantemente y que recoge hasta las ventajas más pequeñas. Desprecia igualmente toda sabiduría lamentable; pues, en verdad, existe también la sabiduría que florece en la oscuridad; una sabiduría de sombras nocturnas que constantemente suspira: «¡Todo es inútil!» No tiene en aprecio la temerosa desconfianza que quiere juramentos en lugar de miradas y de manos atentas; ni tampoco la sabiduría demasiado desconfiada..., pues es propio de almas cobardes. El obsequioso le parece todavía más bajo, el perro que humildemente se coloca de espaldas; e, igualmente, hay una sabiduría que es humilde, rastrera, piadosa, obsequiosa. Pero odia hasta la repulsión a quien jamás quiere defenderse, a aquel que se traga los escupitajos venenosos y las miradas torvas, al paciente demasiado paciente que lo soporta todo y con todo se contenta; porque éstas son costumbres de lacayos. Ya se trete de ser servil ante los dioses y los puntapiés divinos o ante los hombres y las estúpidas opiniones de los hombres, el egoísmo bienaventurado escupe al rostro a todos los servilismos. Malo: este adjetivo aplica a todo lo bajuno, insignificante, abatido y

servil, a los ojos entornados y sumisos, a los corazones contritos y a estas criaturas falsas y sometidas que besan con labios temblorosos. Falsa sabiduría..., así denomina a todas las buenas palabras de los lacayos, de los viejos y de los agotados; y, sobre todo, a la absurda locura pedante de los sacerdotes! Los falsos sabios, todos los sacerdotes, los que están fatigados de este mundo y aquellos cuya alma es semejante a la de las mujeres y los lacayos... ¡Oh! ¡Qué de intrigas han tejido contra el egoísmo! ¡Y esto precisamente debía ser virtud y llamarse virtud, alzarse contra el egoísmo! «Desinteresados», ¡esto deseaban ser, con buenas razones, todos estos poltrones y todas estas arañas cansadas de vivir! Pero para todos ellos llega ahora el día, el cambio, la espada del juicio, el gran mediodía, ¡allí muchas cosas serán manifestadas! Y el que glorifica al yo y el que santifica al egoísmo, éste, en verdad, dice lo que sabe, lo adivina: ¡He aquí, ya llega, ya se acerca el gran mediodía!

Así hablaba Zaratustra.

DEL ESPÍRITU DE PESADEZ

1

—Yo hablo como habla el pueblo; demasiado rudo y demasiado cordial para los elegantes. Más extraña aún parecerá mi palabra a los burócratas y a los plumíferos. Mis manos... son manos de loco; ¡malditas sean todas las mesas y todos los muros y todo lo que puede servir para recibir los adornos y los garabatos de loco! Mis pies..., son pezuñas de caballo; con ellas troto y galopo por montes y valles, de acá para allá, y el placer me mete el diablo en el cuerpo durante mi rápida carrera. Mi estómago..., quizá sea el estómago de un águila. Pues a toda otra prefiero la carne de cordero. Pero, indudablemente, es un estómago de pájaro. Alimentado con cosas inocentes y frugales, dispuesto a volar e impaciente por levantar el vuelo..., me recreo en ser así, ¡cómo no

había de tener algo de pájaro! Y, sobre todo, soy como un pájaro, porque soy enemigo del espíritu de la pesadez; ¡enemigo a muerte, en verdad, enemigo jurado, enemigo nato! ¿Adónde no ha levantado el vuelo y extraviado ya mi enemistad? Allá arriba podría entonar un canto..., y quiero entonarlo; aunque esté solo en una casa vacía y sea necesario que cante para mis propios oídos. Hay muchos cantantes que no tienen la garganta flexible, la mano elocuente, la mirada expresiva y el corazón despierto sino cuando la casa está llena..., no me parezco a éstos...

2

— **Q**UIEN un día enseñe a volar a los hombres habrá cambiado de lugar todos los hitos. Para él los hitos escapan por los aires y bautizará de nuevo a la tierra..., le llamará: «la ligera». El avestruz corre con más rapidez que el jinete más veloz, pero también ella esconde pesadamente su cabeza en la pesada tierra; lo mismo hace el hombre que todavía no sabe volar. La tierra y la vida le parecen pesadas, y esto es lo que quiere el espíritu de la pesadez. Sin embargo, el que quiera llegar a ser ligero como el pájaro debe amarse a sí mismo..., esto es lo que yo enseño, yo. No se trata del amor de los enfermos y de los calenturientos, pues en éstos el amor propio huele mal. Es necesario aprender a amarse a sí mismo con amor sano, con el fin de soportarse a sí mismo y no vagabundear..., esto es lo que enseño. Tal vagabundaje ha recibido el nombre de «amor al prójimo»; con esta frase de amor se ha mentido y disimulado inmejorablemente, sobre todo por los que vivían de los demás. Y, en verdad, *aprender* a amarse no es un mandato para hoy ni para mañana. Por el contrario, es, de todas las artes, la más sutil, la más astuta y la más paciente. Porque toda propiedad está muy oculta para su poseedor, y de todos los tesoros, el que os pertenece es el que más tarde se descubre...; he ahí la obra del espíritu

le la pesadez. Apenas entramos en la cuna, y ya nos dotan con pesadas palabras y pesados valores: «bien» y «mal» se llama este patrimonio. En gracia a estos valores se nos perdona la vida. Y para impedir a tiempo que se amen a sí mismos, deja que a él se acerquen los niños: he ahí la obra del espíritu de la pesadez. Y nosotros..., ¡nosotros llevamos fielmente aquello con que nos cargan sobre los robustos hombros y a través de áridas montañas! Y si nos lamentamos del calor, se nos dice: «Sí, la vida es pesada de llevar!» ¡Mas quien es pesado de llevar es el hombre mismo! Porque lleva consigo sobre sus hombros demasiadas cosas extrañas. Semejante al camello, se arrodilla y se deja cargar abundantemente. Sobre todo el hombre vigoroso y paciente, lleno de veneración: éste carga sobre sus hombros demasiadas palabras y valores extraños y pesados..., ¡y entonces la vida le parece un desierto! Y, en verdad, ¡cuántas cosas que os *pertenecen* son igualmente pesadas de llevar! El interior del hombre se asemeja mucho al de la ostra: desagradable, blanducho y difícil de agarrar...; de suerte que una doble corteza con nobles adornos se ve obligada a interceder por el resto. Pero también este arte debe ser aprendido: ¡poseer corteza, una bella apariencia y una sabia ceguera! Mucho se engaña uno todavía sobre otras muchas cosas del hombre, porque hay en él muchas cortezas pobres y tristes y que son demasiado corteza. Hay en él muchas fuerzas y bondades ocultas que jamás son adivinadas; los manjares más delicados no encuentran aficionados. Las mujeres, las más delicadas, saben esto: un poco más gordas, un poco más delgadas... ¡Ah! ¡Cómo influye en el destino tan poca cosa! Difícil es descubrir el hombre: más difícil todavía para sí mismo; con frecuencia miente el espíritu a propósito del alma. He ahí la obra del espíritu de la pesadez. Mas el que dice: ¡Éste es mi *bien* y mi *mal!*, éste se ha descubierto a sí mismo, con estas palabras ha hecho callar al topo y al enano que dicen: «Bien para todos, mal para todos.» En verdad, tampoco me gustan aquellos para quien todas las cosas son buenas y que llaman a este mundo el mejor de los mundos. Los

llamo los satisfechos. ¡No es el mejor de los gustos la satisfacción que gusta de todo! ¡Yo alabo la lengua del gastrónomo, el paladar delicado y raro que ha aprendido a decir: «Yo», y «Sí», y «No». Pero mascarlos todo y digerirlo todo..., es hacer como los cerdos! ¡Decir constantemente I-A, es lo que únicamente aprenden el burro y los que a su especie pertenecen!... El amarillo profundo y el rojo intenso son los colores preferidos por mi gusto..., que mezcla la sangre a todos los colores. El que blanquea su casa me revela que tiene el alma blanqueada. Los unos, enamorados de las momias; los otros, de los fantasmas; y todos igualmente enemigos de la sangre y de la carne... ¡En enorme contradicción con mi gusto están todos! Porque a mí me gusta la sangre. Y no quiero permanecer donde escupe todo el mundo: éste es mi gusto de ahora..., preferiría, con mucho, vivir entre ladrones y perjuros. Nadie tiene oro en la boca. Pero los lamedores de escupitajos me repugnan todavía más; y el animal más repugnante que he encontrado entre los hombres lo he denominado parásito. Éste querría amar y querría vivir del amor. Yo llamo desgraciados a todos los que sólo pueden escoger entre dos cosas: llegar a ser animales feroces o feroces domadores de animales; no quisiera levantar a su lado mi tienda de campaña. Llamo también desgracias a los que se ven obligados a esperar siempre..., todos estos consumidores y abaceros, estos reyes y demás guardianes de tiendas y de países..., no son de mi gusto. En verdad, también yo he aprendido a esperar, a esperar largo tiempo, pero a esperarme a mí. Y he aprendido, sobre todo, a tenerme en pie, a andar, a correr, a saltar, a trepar y a bailar. Pues ésta es mi doctrina: el que quiera llegar a aprender a volar un día, debe, de antemano, aprender a tenerse en pie, a andar, a correr, a saltar, a trepar y a bailar; ¡no se aprende a volar de buenas a primeras! He aprendido a escalar más de una ventana con escalas de cuerda; con ágiles piernas he trepado a elevados mástiles: ¡sentarse sobre los elevados mástiles del conocimiento, qué felicidad!...; flamear como diminutas llamas sobre elevados mástiles: solamente una

lucecita; pero, sin embargo, ¡qué consuelo tan grande para los buques encallados y para los naufragos!... He llegado a mi verdad por muchos caminos y de muchas maneras: no he ascendido por una sola escala a la altura desde la que mi vista mira hacia lo lejano. Y cuando he preguntado por mi camino ha sido siempre contra mi voluntad... y ¡esto me contrarió siempre! He preferido siempre preguntar y probar a los mismos caminos. Probar y preguntar: tal fue toda mi manera de caminar: y ¡en verdad, necesario es también responder a semejantes preguntas! Pues esto es de mi gusto:... no es bueno ni mal gusto, pero es *mi* gusto, del cual no tengo por qué sentir vergüenza ni ocultarme. «Tal es ahora mi camino..., ¿dónde está el vuestro?» Esto es lo que yo respondía a los que me preguntaban por «el camino». Porque el camino..., el camino no existe.

Así habla Zaratustra.

DE VIEJAS Y NUEVAS TABLAS

1

—ESTOY sentado en actitud de espera, rodeado de viejas tablas rotas y otras nuevas a medio escribir. ¿Cuándo llegará mi hora? La hora de mi ocaso y de mi perdición. Pues quiero regresar una vez más al lado de los hombres. Es lo que ahora estoy esperando: porque es preciso de antemano que lleguen a mí los signos anunciadores de que ha llegado *mi hora*..., el león sonriente con el enjambre de palomas. Esperando, hablo como el que dispone de tiempo, me hablo a mí mismo. Nadie me cuenta cosas nuevas: yo me cuento, pues, a mí mismo.

—CUANDO llegué al lado de los hombres los encontré apoyados sobre una vieja presunción. Todos creían saber, desde hacía mucho tiempo, lo que es bien y mal para el hombre. Toda discusión sobre la virtud les parecía una cosa vieja y cansada, y el que quería dormir a gusto hablaba todavía del «bien» y del «mal» antes de acostarse. Yo he sacudido el sopor de este sueño al enseñar que: Nadie sabe todavía lo que es bien y mal... ¡a no ser el creador! Pero es el creador quien crea la finalidad de los hombres y quien da su sentido y su porvenir a la tierra: solamente él crea el bien y el mal de todas las cosas. Yo les he ordenado que derriben sus viejas cátedras y, doquiera se halle esta vieja presunción, les he ordenado que se rían de sus grandes maestros de la virtud, de sus santos, de sus poetas y de sus salvadores del mundo. Les he ordenado que se rían de sus sabios austeros y les he puesto en guardia contra los negros espantajos plantados sobre el árbol de la vida. Me he sentado al borde de su gran avenida de ataúdes entre la carroña y los buitres, y me he reído de todo su pasado y del estéril esplendor de este pasado que se deshace en ruinas. En verdad, semejante a los penitenciarios y a los locos, he anatematizado lo que hay en ellos de grande y de pequeño... De la pequeñez de lo mejor de ellos, de la pequeñez de lo peor de ellos, ¡de esto me reía! Mi prudente deseo brotaba de mí acompañado de gritos y de risas. ¡Verdaderamente ha nacido sobre las montañas como una sabiduría salvaje... mi gran deseo de alas murmuradoras! Y a menudo me ha conducido muy lejos, más allá de los montes, hacia las alturas, en medio de la risa: entonces me acontecía volar estremeciéndome como una flecha, a través de los éxtasis ebrios de sol...; más allá, en los lejanos futuros que ningún sueño ha visto, en los más cálidos mediodías que jamás soñó imaginación alguna: allá lejos, donde los dio-

ses de la danza tienen vergüenza de todas las vestiduras..., para que hable en parábolas, para que balbucee y claudique como los poetas; ¡y, en verdad, siento vergüenza por verme obligado a ser todavía un poeta!... Donde todo devenir me parecían bailes y picardías divinas, donde el mundo desencadenado y desenfrenado se refugiaba en sí mismo: como una eterna huida de sí y un eterno hallazgo de sí entre los numerosos dioses, como una bienaventurada contradicción de sí, una repetición y un retorno hacia ellos mismos, de los numerosos dioses... Donde todo tiempo me parecía una bienaventurada burla de los instantes, donde la necesidad era la misma libertad que, gozosa, jugueteaba con el aguijón de la libertad... Donde he vuelto a encontrar mi viejo demonio y mi enemigo nato, el espíritu de la pesadez y todo cuanto él ha creado: la violencia, la ley, la necesidad, la consecuencia, la finalidad, la voluntad, el bien y el mal... Porque, ¿no es indispensable que existan cosas sobre las cuales se pueda pasar y bailar? ¿No es indispensable que existan topos y torpes enanos, a causa de los que son más ligeros que nadie?

3

—**A**LLÍ también recogí sobre mi camino el calificativo de superhombre y esta doctrina: el hombre es algo que debe ser superado..., el hombre es un puente y no un fin, que se dice bienaventurado de su mediodía y de su noche, una ruta hacia nuevas auroras: la palabra de Zaratustra en el gran Mediodía y todo lo que he suspendido por encima de los hombres, semejante a un segundo ocaso de púrpura. En verdad, les hice ver también nuevas estrellas y nuevas noches; y sobre las nubes y sobre el día y la noche he colocado la risa como un tapiz de variados colores. Les he enseñado todos mis pensamientos y todas mis aspiraciones: les he enseñado a reunir y a juntar todo lo que hay en el hombre de fragmentario, de enigmático y de azar lú-

gubre..., como poeta, como adivinador de enigmas, como redentor del azar, les he enseñado a ser acreedores del porvenir, y a salvar, creando, todo lo que fue. Salvar el pasado del hombre y transformar todo «lo que era» hasta que la voluntad diga: «¡Así quería yo que esto fuese! ¡Así lo querré...!» Esto es lo que yo he llamado su salvación; les he enseñado a llamar salvación únicamente a esto... Ahora yo espero mi salvación... para volver una última vez a su lado. Porque quiero volver una vez más al lado de los hombres: ¡es entre ellos donde quiero desaparecer, y, al morir, quiero ofrecerles el más rico de mis dones! He aprendido esto del sol cuando se pone, del pródigo sol, que en ese momento derrama sobre el mar el oro de su riqueza inagotable..., de suerte que hasta los más pobres pescadores reman en ese momento con remos de oro. Pues esto es lo que vi ha mucho, y, en tanto que lo contemplaba, mis lágrimas corrían sin cesar... También Zaratustra, semejante al sol, quiere desaparecer: ahora espera sentado, rodeado de viejas tablas rotas y de nuevas tablas... a medio escribir.

4

—**A**quí está una de esas nuevas tablas. Pero ¿dónde están mis hermanos que han de llevarla conmigo al valle y a los corazones de carne?... Mi gran amor para los más distanciados exige esto: ¡no tengas contemplaciones con tu prójimo! El hombre es algo que debe ser superado. Puede uno llegar a superarse por numerosos caminos y medios: ¡en ti está el conseguirlo! Sólo el bufón piensa: «También se puede saltar por encima del hombre.» Supérate a ti mismo, incluso en tu prójimo. ¡No consientas que te regalen un derecho que tú eres capaz de conquistar! Lo que tú haces nadie puede hacértelo a su vez. Y no hay recompensa en ello. Quien no puede mandarse a sí mismo, debe obedecer. ¡Y los hay que saben mandarse, pero les falta mucho para que también sepan obedecer!

5

—**P**ROPIO de las almas nobles es no querer nada gratuitamente. Y la vida, menos que nada. Quien forma parte del populacho quiere vivir gratuitamente; pero nosotros, a quienes la vida nos ha sido dada..., ¡nosotros pensamos constantemente en lo mejor que podríamos dar a cambio! En verdad, es un noble lenguaje el que dice: «Lo que la vida nos ha prometido nosotros queremos mantenerlo... para la vida.» No se debe querer gozar cuando no hay de qué gozar. ¡No se debe querer gozar! Porque el placer y la inocencia son las dos cosas más púdicas: ninguna de las dos quiere ser buscada. Es necesario poseerles..., ¡pero todavía es mejor buscar la culpa y el dolor!

6

—**¡O**H hermanos míos! El precursor es siempre sacrificado. Ahora bien: nosotros somos precursores. Todos nosotros nos desangramos en el altar secreto de los sacrificios, todos nos quemamos y nos asamos en honor de los viejos ídolos. Lo mejor de nosotros es todavía joven: esto es lo que irrita las viejas gargantas. Nuestra carne es tierna, nuestra piel no es sino una piel de cordero... ¡Cómo no hemos de tentar a los viejos sacerdotes idólatras! Todavía vive en nosotros mismos el viejo sacerdote idólatra que se prepara a celebrar un festín con lo mejor que hay en nosotros. ¡Ay, hermanos míos! ¡Cómo no han de ser sacrificados los precursores! Pero así lo quiere nuestra esencia, y amo con todo mi corazón a los que se hunden para desaparecer, porque pasan al otro lado.

7

—SER verídicos: ¡pocas gentes saben serlo! ¡Y el que lo sabe no quiere serlo! Y los otros, los buenos, menos que nadie.

¡Oh los buenos!... Los hombres buenos jamás dicen la verdad; ser bueno de esta manera es una enfermedad para el espíritu. Estos buenos ceden, se rinden; su memoria repite y su razón obedece; ¡pero el que obedece no se oye a sí mismo! Todo lo que para los buenos es malo debe reunirse para hacer nacer una verdad. ¡Oh hermanos míos! ¿Sois lo bastante malos para esta verdad? La audacia temeraria, la prolongada desconfianza, la cruel negativa, la repugnancia, la incisión en lo vivo..., ¡cuán raro es que todo esto se reúna! ¡Toda ciencia ha nacido hasta el presente al lado de la mala conciencia! Romped, romped las viejas tablas; vosotros, que buscáis el conocimiento!

8

—C UANDO hay tablones tendidos sobre el agua, cuando el río está cruzado por pasarelas y barandillas, entonces, en verdad, no se dará crédito a nadie que afirme que «todo corre». Por el contrario, hasta los mismos imbéciles le contradirían: «¡Cómo! ¡Cómo!, exclamarían. ¿Que todo corre? ¡Sin embargo, los tablones y los pasamanos están por encima del río! Por encima del río todo es sólido: todos los valores de las cosas, los puentes, las nociones, todo lo que es «bien» y «mal»: ¡todo es sólido!» Y cuando llega el invierno, que es el domador de los ríos, los más maliciosos aprenden a desconfiar; y, en verdad, entonces no son sólo los imbéciles lo que dicen: «¿No estará todo inmóvil?» «En el fondo todo está inmóvil...» ¡Pero el viento del deshielo eleva su protesta contra estas palabras! ¡El viento del

deshielo, un toro que no trabaja, un toro furioso y destructor que rompe el hielo con cuernos de cólera! El hielo, a su vez..., ¡rompe las pasarelas! ¡Oh hermanos míos! ¿No corre todo ahora? ¿No han caído al agua todas las pasarelas y todas las barandillas? ¿A quién le importaría todavía del «bien» y del «mal»? ¡Venga a nosotros la desgracia! ¡Venga a nosotros la gloria! ¡El viento del deshielo sopla!... Predicad, hermanos míos, a través de todas las calles.

9

—**E**XISTE una antigua locura que se llama bien y mal. La rueda de esta locura ha girado, hasta el presente, en torno de los adivinos y de los astrólogos. Hace tiempo que se creía en los adivinos y en los astrólogos, porque se creía que todo era fatalidad: «¡Tú debes, porque es preciso!» Más tarde se desconfió de todos los adivinos y de todos los astrólogos, porque se creyó que todo era libertad: «¡Tú puedes, porque quieres!» ¡Oh hermanos míos! ¡Sobre el porvenir y sobre las estrellas no se han hecho, hasta el presente, sino suposiciones sin fundamento; por esto, sobre el bien y el mal no se han hecho sino suposiciones sin fundamento!

10

—«**¡N**o robarás! ¡No matarás!» Estas palabras se llamaban santas en otros tiempos. Ante ellas se inclinaban de rodillas y se inclinaba la cabeza y se despojaba de las sandalias. Mas yo os pregunto: ¿Ha habido nunca mayores bandidos y mayores asesinos en el mundo que los bandidos y los asesinos provocados por estas santas palabras? ¿No existen en la misma vida el robo y el asesinato? Y, al santificar estas palabras, ¿no se ha asesinado a la verdad misma? ¿No era predicar la muerte san-

tificar todo lo que contradecía y disuadía de la vida?
¡Oh hermanos míos! ¡Romped, romped las antiguas
tablas!

11

—TENGO compasión por todo el pasado, que veo abandonado..., ¡abandonado a la suerte, al espíritu y a la locura de todas las generaciones venideras, que transformarán todo lo que fue en un puente para ellas! Podría venir un gran déspota, un maligno demonio, que violentaría todo el pasado por su suerte y por su desgracia; hasta que el pasado llegara a ser para él un puente, una señal, un héroe y el canto del gallo. Mas he aquí el otro peligro y mi otra compasión: los pensamientos del que forma parte del populacho no remontan sino hasta su abuelo; con el abuelo acaba el tiempo. Así queda abandonado todo lo pasado, porque podría acontecer que un día el populacho llegara a ser amo y ahogara toda la época en innobles aguas. Por esto, hermanos míos, es necesaria una nueva nobleza, adversaria de todo lo que es populacho y despotismo, una nobleza que escribiría de nuevo la palabra «noble» sobre nuevas tablas. ¡Porque son necesarios muchos nobles para que haya nobleza! O bien, como dije hace tiempo en parábola: «¡En esto está precisamente la divinidad: en que haya muchos dioses; pero no un Dios!»

12

—¡OH hermanos míos! Os investiré de una nueva nobleza, que os revelo debéis ser para mí creadores y educadores..., sembradores del porvenir. En verdad, no es una nobleza que podáis comprar como compra el abacero con su oro, porque lo que tiene precio tiene escaso valor. ¡Lo que os honrará más no será vuestro origen, sino el fin que perseguís! ¡Qué

sea vuestro honor vuestra voluntad, y el paso que dais hacia adelante queriendo sobrepasaros a vosotros mismos! ¡En verdad, vuestro honor no ha de consistir en haber servido a un príncipe—¡qué importan ya los príncipes!—, ni en que hayáis llegado a ser muralla de lo que es, para que lo que es adquiera mayor solidez! Ni en que vuestro linaje haya llegado a ser palaciego de la corte, ni en que hayáis aprendido a ser de varios colores, como el flamenco, que se pasa largas horas de pie a orillas del estanque. Porque saber estar de pie es un mérito entre los cortesanos, y todos los palaciegos creen que el permiso para estar sentado será una de las felicidades de que gozarán después de la muerte. Ni tampoco en que un espíritu, que ellos llaman santo, haya conducido a vuestros antepasados a tierras prometidas, que yo no he de alabar; pues el país en que ha brotado el peor de todos los árboles—la cruz—no tiene nada de qué ser alabado. Y en verdad, ¡cualquiera que sea el país en que este «Espíritu-Santo» haya conducido a sus caballeros, el cortejo de sus caballeros era siempre precedido de... cabras, gansos, locos y chiflados!... ¡Oh hermanos míos! ¡No es hacia atrás donde debe mirar vuestra nobleza, sino hacia fuera! ¡Debéis ser expulsados de todas las patrias y de todos los países de vuestros antepasados! ¡Debéis amar el país de vuestros hijos: que sea este amor vuestra nueva nobleza..., el inexplorado país de lejanas mares; éste es el que yo ordeno a vuestras velas que busquen, que continúen buscando todavía! ¡Debéis redimirlos en vuestros hijos de ser los hijos de vuestros padres: así libertaréis todo el pasado! ¡Por encima de vosotros coloco esta nueva tabla!

13

—«¿**P**ARA qué vivir? ¡Todo es inútil! Vivir es trillar paja; vivir... es quemarse sin llegar a calentarse...» Estas viejas habladurías circulan todavía como «sabiduría»; son antiguas, huelen a rancio; por eso se las honra más. También la podredumbre

da nobleza... Los niños podrían hablar del mismo modo: ¡Temen al fuego, porque el fuego les ha quemado! Hay mucha puerilidad en los viejos libros de la sabiduría. Y el que constantemente trilla paja, ¿cómo tendría derecho a burlarse cuando se trilla trigo? ¡Se debería amordazar a tales locos! Se sientan a la mesa y no aportan nada, ni siquiera buen apetito, y, a pesar de ello, blasfeman: «¡Todo es inútil!» ¡Pero el comer bien y el beber bien—¡oh hermanos míos!—no es ciertamente un arte inútil! ¡Romped, romped las tablas de los eternos descontentos!

14

—**D**ICE la gente que para el puro todo es pureza. Mas yo os digo: ¡para el puerco todo es porquería! Por eso los fanáticos y los humildes, que caminan también con la cabeza inclinada, predicán: «El mismo mundo es un monstruo enfangado.» Todos ellos tienen sucio el espíritu, sobre todo los que no se dan tregua ni reposo hasta que no han visto el mundo por detrás, los alucinados del tras-mundo! A ellos les digo yo, en pleno rostro, aun faltando a la decencia: el mundo se parece al hombre en que tiene un trasero..., ¡esto es muy cierto! Hay mucho fango en el mundo: ¡esto es muy cierto; pero no es ésta la razón de que el mundo sea un monstruo enfangado! La sabiduría quiere que haya en el mundo muchas cosas que huelan mal: ¡hasta el asco crea alas y fuerzas que presienten los manantiales! Los mejores tienen algo que repugna: ¡hasta el mejor es algo que debe ser superado!... ¡Oh hermanos míos! ¡Es una cosa muy sabia que haya mucho fango en el mundo!...

—HE escuchado a piadosos alucinados del ultramundo decir a su conciencia palabras como éstas, en serio, sin malicia ni chanza, aunque no haya sobre la tierra nada más falso ni nada peor. «¡Dejad, pues, al mundo ser el mundo! ¡No levantéis ni un dedo contra él!» «¡Dejad a la gente hacerse ahorcar por los que quieran; dejadla hacerse degollar, golpear, maltratar y desollar!: no levantéis ni un dedo para oponeros. Esto les enseñará a renunciar al mundo.» «Y deberías también humillar y degollar a tu propia razón, porque tu razón es de este mundo...; así aprenderías tú mismo a renunciar al mundo...» ¡Oh hermanos míos!: romped, rompedme estas viejas tablas de los devotos! ¡Destrozaed en vuestras bocas las palabras de los calumniadores del mundo!

—«QUIEN mucho aprende, olvida todos los deseos violentos. «Esto es lo que hoy se murmura en todas las calles oscuras. «La sabiduría cansa, nada vale la pena; ¡tú no debes codiciar!» He visto colgada esta nueva tabla hasta en las plazas públicas. ¡Romped, oh hermanos míos, romped también esta nueva tabla! La han colgado las gentes hastiadas del mundo, los predicadores de la muerte y los lacayos; ¡porque ved que es un llamamiento al servilismo!... Han aprendido mal y no han aprendido las mejores cosas; todo demasiado pronto y todo demasiado de prisa; han comido mal y se les ha echado a perder el estómago...; porque su espíritu es un estómago echado a perder: ¡él es quien aconseja la muerte! Porque, en realidad, hermanos míos, el espíritu es un nuevo estómago! La vida es una fuente de alegría; pero para quien deja que hable a su estómago

estropeado. al padre de la tristeza, todas las fuentes están envenenadas. Para quien tiene la voluntad del león, el conocer es una alegría. Pero el que está cansado está bajo el imperio de una voluntad extraña: todas las olas juguetean con él. Y así hacen todos los hombres débiles: se pierden sobre sus caminos. Y su fatiga acaba por preguntar: «¿Por qué hemos seguido nunca este camino? ¡Todo es igual!» A ellos les agrada oír predicar: «¡Nada vale la pena! ¡Vosotros no debéis querer!» Pero es un llamamiento al servilismo. ¡Oh hermanos míos! Zaratustra llega a manera de una ráfaga de viento fresco para todos estos que están cansados de su camino; ¡muchas narices estornudarán a causa de él! ¡Mi libre aliente sopla igualmente a través de los muros de las prisiones y en los espíritus presos! La voluntad liberta: porque la voluntad es creadora; esto es lo que yo enseño. ¡Os es necesario aprender, sólo para crear! ¡Y de mí solamente necesitáis aprender a aprender, a aprender bien!... Quién tenga oídos que oiga.

17

—**D**ISPUESTA está la barca..., boga hacia allá lejos tal vez hacia la gran nada... Pero ¿quién quiere embarcarse hacia ese «tal vez»? ¡Nadie de vosotros quiere embarcarse en la barca de la muerte! ¿Por qué pretendéis entonces estar fatigados del mundo? ¡Fatigados del mundo! ¡Antes de ser arrebatados de la tierra! ¡Siempre os he encontrado deseosos de la tierra, enamorados de vuestra propia fatiga de la tierra! No en vano tenéis el labio colgante: ¡un ligero deseo terrenal pesa todavía sobre él! ¿Y no flota aún en vuestra mirada una nubecilla de alegría terrenal, que todavía no habéis olvidado? Hay sobre la tierra muchas buenas invenciones, útiles las unas, agradables las otras; por esto es necesario amar a la tierra. Y alguna invenciones tan buenas, que, como el seno de la mujer, son a la vez útiles y agradables. ¡Pero a vosotros, que estáis fatigados del mundo y perezosos, es preciso acariciaros

con vergajos! ¡Es preciso aligeraros las piernas a vergajazos! Porque si no sois enfermos ni criaturas gastadas, de los que la tierra está fatigada, sois astutos perezosos, o bien, gustadores de placeres, gatos golosos y ladinos. Y si no queréis volver a correr alegremente, debéis... ¡desaparecer! No es preciso querer ser el médico de los incurables: así enseña Zaratustra; ¡desapareced, pues! Pero se necesita más valor para llegar a una finalidad que para llegar a hacer un verso nuevo: esto lo saben todos los médicos y todos los poetas...

18

—¡OH hermanos míos! Existen tablas creadas por la fatiga y tablas creadas por la pereza, por la podrida pereza: aunque hablan de la misma manera, quieren ser escuchadas de manera diferente... ¡Contemplad ese hombre abatido! Sólo le separa una cuarta de su objeto, pero, a causa de su fatiga, se ha echado, malhumorado, en la arena. ¡Qué valiente! Bosteza de cansancio, fatigado de su camino, de la tierra, de su objeto y de sí mismo; no quiere dar ni un paso más... ¡este valiente! Ahora, el sol le acribilla con sus rayos, y los perros querrían lamer su sudor; pero él, con su testarudez, se ha acostado ahí, y prefiere consumirse...; ¡consumirse a una cuarta de su objeto! ¡En verdad, será necesario que arrastréis por los pelos hacia su cielo a... este héroe! En verdad, vale más que lo dejéis ahí donde se ha acostado, para que le venga el sueño, el sueño consolador, con su murmullo de refrescante lluvia. ¡Dejadle dormido hasta que se despierte por sí mismo..., hasta que rechace por sí mismo todo cansancio y toda señal de cansancio! Pero, alejad de él, hermanos míos, a los perros, a los cazurros perezosos y a toda esa hormigueante canalla..., ¡a toda la hormigueante canalla de las gentes «ilustradas», que se alimentan del sudor de los héroes!...

—Yo trazo en torno mío círculos y sagradas fronteras; cada vez son menos los que ascienden conmigo sobre las montañas, siempre más elevadas; yo levanto una cadena de montañas cada vez más santas. ¡Pero dondequiera que queráis subir conmigo, hermanos míos, velad por que los parásitos no asciendan con nosotros! Un parásito no es sino un gusano rastrero e insinuante, que quiere engordar a costa de todos vuestros secretos enfermos y heridos. Y su arte de adivinar dónde está el cansando de las almas que suben, consiste en esto: en construir su repugnante nido en vuestra aflicción, en vuestro descontento, en vuestro frágil pudor. Allá donde el fuerte es débil, allá donde el noble es demasiado indulgente..., allí contruye él su nido repugnante: el parásito habita donde el grande tenga secretos enfermos. ¿Cuáles son las más alta y la más baja especie entre los seres? El parásito es la especie más baja; pero los que pertenecen a la especie más alta son los que mayor número de parásitos alimentan. Porque el alma que posee la escala más larga y que más bajo puede descender, ¿cómo no había de llevar sobre ella el mayor número de parásitos?... El alma más amplia, que puede correr, extraviarse y errar al límite, dentro de sí misma, la más necesaria, que por placer se precipita en el azar..., el alma que es, que se zambulle en el devenir; el alma que posee, que quiere entrar en el querer y en el deseo..., el alma que huye de sí misma y que viene al encuentro de sí misma en el más amplio círculo; el alma más sabia, a quien la locura convida con la mayor dulzura..., el alma que más se ama a sí misma, en quien todas las cosas tienen su elevación y su descenso, su flujo y su reflujo... ¡Oh! ¿Cómo el alma más elevada no había de tener los peores parásitos?

20

—¡OH hermanos míos! ¿Soy yo cruel, por ventura? Mas yo os digo: ¡Preciso es todavía empujar a lo que cae! Todo lo que a hoy pertenece cae y se descompone: ¿quién, por tanto, querría retenerlo? Pero yo..., ¡yo todavía quiero empujarlo! ¿Conocéis la voluptuosidad de precipitar las peñas en las profundidades cortadas a pico?... ¡Mirad cómo ruedan a mis profundidades estos hombres de hoy! ¡Oh hermanos míos, yo soy un preludio, un ejemplo para mejores jugadores! ¡Obrad de acuerdo con mi ejemplo! ¡Y si hay alguno a quien no enseñéis a volar, enseñadle, al menos, a... caer más de prisa!...

21

—ME agradan los valientes; pero no basta el ser un buen combatiente..., ¡es necesario, igualmente, saber a quién se hiere! Y, con frecuencia, hay más valentía en abstenerse y en pasar de largo, con el fin de reservarse para un enemigo más digno. No debéis tener sino enemigos dignos de odio; pero de ningún modo enemigos dignos de desprecio: es preciso que os sintáis orgullosos de vuestro enemigo; ya he enseñado esto otra vez. Es preciso que os reservéis para un enemigo más digno, ¡oh amigos míos!, porque hay muchos entre ellos ante los que es preciso pasar de largo..., sobre todo ante la numerosa canalla que alborota los oídos hablándoos del pueblo y de las naciones. ¡Guardaos de su «para» y de su «contra»! Hay en ellos mucha justicia y mucha injusticia: el espectador se enoja. Ser espectador y herir en la masa... es obra de un instante: ¡por esto, marchaos a la selva y dad reposo a vuestra espada! ¡Seguid vuestros caminos! ¡Y dejad a los pueblos y a las naciones que sigan los suyos!... ¡Oscuros

caminos, en verdad, en los que no brilla la menor esperanza! ¡Que reine el abacero allí en donde todo cuanto brilla no es sino el oro de los abaceros! Ya no es época de reyes: lo que hoy se llama pueblo no merece rey. Contemplad cómo las naciones imitan, también ellas, ahora, a sus abaceros: ¡recogen las más insignificantes ventajas en todas las barreduras! Se espían, se imitan..., y a esto llaman «buena vecindad». ¡Oh lejanos y dichosos tiempos aquellos en que un pueblo decía: Quiero ser el amo de otros pueblos! Porque, hermanos míos, lo mejor es lo que debe reinar; ¡lo mejor es lo que quiere igualmente reinar! Y donde otra doctrina impere, lo mejor... falta.

22

—SI éstos tuvieran gratis el pan, ¡pobres de ellos! ¿Tras de qué andarían gritando ellos? ¿Qué conversación mantendrían, no siendo la de su manutención? ¡Preciso es que tengan dura la vida! Son animales de presa: en su «trabajo» hay igualmente raptó. En su éxito..., hay igualmente astucia. ¡Por esto es preciso que tengan dura la vida! Es preciso, pues, que lleguen a hacerse mejores animales de presa, más finos y más astutos, animales más parecidos al hombre, porque el hombre es el mejor animal de presa. El hombre ha quitado ya sus virtudes a todos los animales: por esto es el hombre el que, de todos los animales, ha tenido la vida más dura. Solamente los pájaros se hallan todavía por encima de él. Y si el hombre aprendiera también a volar, ¡desgraciado de él! ¿A qué altura volaría su rapacidad?

—**D**E esta manera quiero al hombre y a la mujer: el uno apto para la guerra, la otra apta para engendrar; pero, ambos, aptos para bailar con la cabeza y con los pies. ¡Y que todos los días en que no hayamos bailado, por lo menos una vez, se pierdan para nosotros! ¡Y que nos parezca falsa toda verdad que no traiga consigo, cuando menos, una alegría!

—**V**IGILIA de qué modo concertáis vuestros matrimonios, vigilad para que no resulte un mal concierto! ¡Habéis concertado demasiado de prisa, de ahí viene un rompimiento! Y aún es mejor romper el matrimonio que humillarse y mentir... He aquí lo que me ha dicho una mujer: «¡Verdad es que he quebrantado los lazos del matrimonio; pero los lazos del matrimonio me habían quebrantado ante a mí!» Siempre he visto que los que estaban mal avenidos estaban sedientos de la peor venganza: se vengaban en todo el mundo de no poder andar separadamente. Por esto quiero que los que son de buena fe digan: «¡Nosotros nos amamos: cuídemos que nuestro afecto se conserve! ¡Si no, nuestra promesa será una equivocación!» «¡Dadnos una moratoria, una unión breve para que veamos si somos capaces de una unión larga! ¡Mucha cosa es ser siempre dos!» Así es como aconsejo a todos los que son de buena fe. ¿Y cuál sería mi amor por el superhombre y por todo lo que debe venir si aconsejara y si hablara de otra manera? No debéis únicamente multiplicaros, sino elevaros—¡oh hermanos míos!—, y que seáis ayudados en esto por el jardín del matrimonio.

—**Q**UIEN haya adquirido la experiencia de los antiguos orígenes, acabará por buscar las fuentes del porvenir y de los nuevos orígenes. ¡Oh hermanos míos! No ha de pasar mucho tiempo ya hasta que broten nuevos pueblos, hasta que nuevos manantiales bramen en sus profundidades. Porque el temblor de tierra, que ciega muchas fuentes y que origina mucha sed, saca también a la luz las fuerzas interiores y los misterios. Porque el temblor de tierra descubre nuevas fuentes. En el cataclismo de los pueblos antiguos hicieron irrupción nuevas fuentes. Y el que exclama: «Mirad, he aquí una fuente para muchos sedientos, un corazón para muchos abatidos, una voluntad para muchos instrumentos», alrededor de él se congrega un pueblo, es decir, muchos hombres que ensayan. Lo que allí se ensaya es quién sabe mandar y quién debe obedecer. ¡Ay!, y con cuantas investigaciones, adivinaciones, consejos, experiencias y tentativas nuevas! La sociedad humana es una tentativa; esto es lo que yo enseño: una larga investigación; ¡Pero busca al que manda!, ¡una tentativa, oh hermanos míos, y no un «contrato»! ¡Destruid, destruid semejantes palabras, que son palabras de corazones cobardes y de medios términos.

—**¡O**H hermanos míos! ¿Dónde está el mayor peligro de todo porvenir humano? ¿No está entre los buenos y los justos?... , entre los que dicen y sienten en su corazón: «Nosotros sabemos ya lo que es bueno y justo, estamos en posesión de ello; ¡malhaya el que todavía quiera investigar en este terreno!» ¡Y cualquiera que sea el mal que puedan hacer los malos, el más perjudicial de todos los ma-

es el que hacen los buenos! ¡Y cualquiera que sea el mal que puedan hacer los calumniadores del mundo, el más perjudicial de todos los males es el que hacen los buenos! ¡Oh hermanos míos! Un día, alguien miró en el corazón de los buenos y de los justos, y dijo: «Éstos son los fariseos.» Pero no lo comprendieron. Hasta los buenos y los justos no podían comprenderle: su espíritu es un prisionero de su buena conciencia. La necedad de los buenos es una prudencia insondable. Mas ésta es la verdad: es preciso que los buenos sean fariseos... ¡No tienen derecho a elegir! Es preciso que los buenos crucifiquen al que se invente su propia virtud; ¡ésta es la verdad! Otro que descubrió su país—el país, el corazón y el terreno de los buenos y de los justos—fue quien preguntó: «¿Quién es el que más odian?» Es al creador al que más odian, al que destruya las viejas tablas y los viejos valores, al destructor... a quien ellos llaman criminal. Porque los buenos no pueden crear: son siempre el principio del fin. Crucifican a quien escribe nuevos valores en nuevas tablas, sacrifican el porvenir para sí..., ¡crucifican todo el porvenir de los hombres! Los buenos... fueron siempre el principio del fin...

27

—¡OH hermanos míos! ¿Habéis comprendido también este lenguaje? ¿Y lo que un día dije acerca del «último hombre»?... ¿En quiénes están los mayores peligros para el porvenir de los hombres? ¿No es entre los buenos y los justos? ¡Suprimid, suprimid a los buenos y a los justos!... ¡Oh hermanos míos! ¿Habéis comprendido también este lenguaje?

—¿HUIS de mí? ¿Os habéis asustado? ¿Tembláis ante este lenguaje? ¡Oh hermanos míos! Hasta que os he dicho que destruyáis a los buenos y a las tablas de los buenos no he embarcado al hombre en su alta mar. Ahora únicamente es cuando llegan a él el gran terror, la gran mirada circular, la gran enfermedad, el gran tedio, el gran mareo. Los buenos os han enseñado engañosas costas y falsas seguridades; habéis nacido entre las mentiras de los buenos y en ellas os habéis guarecido. Los buenos han falseado y desnaturalizado radicalmente todas las cosas. Mas quien descubrió el país «hombre», descubrió al mismo tiempo el país «porvenir de los hombres.» ¡Ahora debéis ser para mí marineros bravos y pacientes! ¡Marchad rectamente, a compás, ¡oh hermanos míos!, aprended a andar rectamente! El mar está agitado por las olas; hay en él muchos que necesitan de vosotros para enderezarse. El mar está agitado por las olas; todo está en el mar. ¡Pues bien! ¡Marchad, viejos corazones de marineros! ¡Qué importa la patria! ¡Queremos hacernos a la vela hacia allá lejos, hacia el país de nuestros hijos; a través de la inmensidad! Allá lejos se agita—más fogoso que el mar—nuestro gran deseo.

—«¿POR qué eres tan duro?—preguntó un día el carbón de piedra al diamante—. ¿No somos parientes cercanos?...» ¡Oh hermanos míos!, yo os pregunto: ¿por qué tan enclenques?, ¿no sois, por ventura, mis hermanos? ¿Por qué tan enclenques, tan plegadizos, tan blandos? ¿Por qué hay tanta renunciación, tanta abnegación en vuestros corazones? ¿Por qué brilla tan poco el destino en vuestra mirada? Y si no queréis ser destinos inexorables, ¿cómo

podríais un día vencer conmigo? Y si vuestra dureza no quiere centellear y cortar y rajar, ¿cómo podríais un día llegar a crear conmigo? Los creadores son duros; y deben pareceros una bienaventuranza imprimir la huella de vuestra mano sobre los siglos como sobre blanda cera..., una bienaventuranza el escribir sobre la voluntad de milenios, como sobre el bronce..., más duro que el bronce, más noble que el bronce. Sólo el más duro es el más noble. ¡Oh hermanos míos! esta nueva tabla coloco por encima de vosotros: ¡haceos duros!

30

—¡OH tú, mi voluntad! ¡Descanso de toda pena; tú, mi necesidad! ¡Líbrame de todas las victorias ruines! Azar de mi alma que yo llamo destino! ¡Tú que estás en mí por encima de mí! ¡Guárdame y resérvame para un gran destino! Y tu última grandeza, voluntad mía, consérvala para el fin... ¡Para que seas implacable en tu victoria! ¡Ay, que no sucumba a su victoria! ¡Ay! ¿Qué mirada no se ha oscurecido en esta embriaguez de crepúsculo? ¡Ay! ¿Qué pies no han tropezado y olvidado su andar en la victoria?... Para que un día me halle dispuesto y maduro al llegar el gran mediodía, dispuesto y maduro como el bronce calentado hasta el blanco, como la nube preñada de relámpagos y la ubre repleta de leche..., dispuesto para mí mismo y para mi más oculta voluntad; un arco que arde en deseos de conocer su flecha, una flecha que arde en deseos de conocer su estrella... ¡Una estrella dispuesta y madura en su mediodía, traspasada y ardiente, dichosa de la celeste flecha que la destruye..., sol en sí misma y cruel voluntad de sol, dispuesto a destruir en la victoria! ¡Oh voluntad! ¡Descanso de toda pena; tú, mi necesidad! ¡Resérvame para una gran victoria!...

Así hablaba Zaratustra.

EL CONVALECIENTE

1

CIERTA mañana, a poco de haber regresado a su cueva, Zaratustra saltó de su lecho como un loco y se puso a gritar con una voz terrible, gesticulando como si otro que él estuviera sobre su lecho y no quisiera levantarse; y la voz de Zaratustra retumbaba de tan terrible modo que sus animales, espantados, se aproximaron a él, y de todas las grutas y de todas las hendiduras vecinas de la cueva de Zaratustra huyeron todos los animales, volando, revoloteando, arrastrándose y saltando, según que poseyeran pies o alas.

Y Zaratustra pronunció estas palabras:

—¡En pie, pensamiento vertiginoso, surgido de lo más profundo de mi ser ¡Yo soy tu canto del gallo y tu alba matutina, dragón dormido! ¡Levántate! ¡Mi voz acabará por despertarte! ¡Arranca los tapones de tus oídos! ¡Levántate! ¡Hay aquí bastante estrépito para que aprendan a oír hasta las tumbas! ¡Restriega tus ojos a fin de expulsar el sueño, toda miopía y toda ceguera! Escúchame también con tus ojos: mi voz es un remedio hasta para los que son ciegos de nacimiento. Y una vez que despiertes será para siempre. ¡No es mi costumbre despertar de su sueño a tatarabuelos, para decirles... que se duerman de nuevo! ¿Te agitas, te estiras y roncas? ¡Levántate, levántate! No es roncar lo que te hace falta, sino... hablar. ¡Zaratustra te llama; Zaratustra, el impío! Yo, Zaratustra, el afirmador de la vida, el afirmador del dolor, el afirmador del eterno círculo..., ¡a ti; al más profundo de mis pensamientos es a quien llamo! ¡Oh, qué alegría! Llegas..., ¡te oigo! Mi abismo habla. ¡He vuelto hacia la luz mi última profundidad! ¡Oh, qué alegría! ¡Ven aquí! ¡Dame la mano!... ¡Ah! ¡Deja! ¡Ah! ¡Ah!... ¡Horror!, ¡horror!, ¡horror!... ¡Desgraciado de mí!

A PENAS concluyó de decir estas palabras, Zaratus-
tra se derrumbó en tierra como muerto, y
como muerto quedó largo tiempo. Cuando volvió
en sí estaba pálido y tembloroso, y permaneció acos-
tado sin querer comer ni beber nada en mucho
tiempo.

En este estado permaneció siete días; sin embar-
go, sus animales no se apartaron de su lado ni de
día ni de noche, a excepción del águila, que algunas
veces levantaba el vuelo a la busca de alimentos; y
depositaba sobre el lecho de Zaratus-
tra cuanto atrapa-
ba en sus garras; de suerte que Zaratus-
tra acabó
por hallarse acostado sobre un lecho de bayas ama-
rillas y rojas, de racimos, de manzanas enanas, de
hierbas aromáticas y de piñas. Y a sus pies estaban
tendidas dos ovejas que el águila había robado a
sus pastores con gran esfuerzo. Al fin, después de
siete días, Zaratus-
tra se incorporó en su lecho, tomó
en su mano una manzana y se puso a olfatearla y
encontró agradable su aroma. Entonces los animales
creyeron llegada la hora de hablar: «¡Oh Zaratus-
tra!—dijeron—; siete días hace que permaneces
echado con ojos soñolientos; ¿no quieres, al fin, po-
nerte en pie? ¡Sal de tu cueva!; el mundo te aguarda
como un jardín; el viento se carga de profundos per-
fumes que quieren venir a ti; y todos los arroyos
quieren correr hacia ti. Todas las cosas suspiran
tras de ti, desde que quedaste solo durante siete
días... ¡Sal de tu cueva! ¡Todas las cosas quieren ser
tus médicos! ¿Ha llegado a ti una nueva certidum-
bre, pesada y cargada de levadura? Te has acostado
ahí como una masa que fermenta: tu alma se espon-
jaba y rezumaba por todos los bordes...»

Zaratus-
tra respondió:

«¡Oh animales míos, continuad charlando de este
modo y dejadme que os escuche! Vuestra charla me
reanima; donde se charla, el mundo me parece ex-
tendido ante mí como un jardín! ¡Cuánta dulzura

hay en las palabras y en los sonidos! ¿No son las palabras y los sonidos los arco iris y los puentes de ilusión tendidos entre los seres por siempre separados? A cada alma pertenece un mundo; para cada alma, toda otra alma es un ultramundo. Entre las cosas más parecidas, es donde mienten los más bellos espejismos; los abismos más estrechos son los más difíciles de franquear. ¿Cómo podría haber algo fuera de mí..., para mí? ¡El no-yo no existe! Pero todos los sonidos nos hacen olvidar esto; ¡qué dulce es poder olvidarlo! ¿No han sido dados a las cosas los nombres y los sonidos para confortar con ello al hombre? El lenguaje es una bella locura; el hombre, al hablar, baila sobre todas las cosas. ¡Cuán dulce es toda palabra! ¡Cuán dulces parecen todas las mentiras de los sonidos! Los sonidos hacen bailar nuestro amor sobre cambiantes arcos iris...»

«¡Oh Zaratustra!—dijeron entonces los animales—, para los que piensan como nosotros, son las mismas cosas las que bailan: todo viene y tiende la mano, y ríe y huye..., y retorna. Toda va, todo retorna, la rueda de la existencia gira eternamente. Todo muere, todo florece de nuevo, el ciclo de la existencia se persigue eternamente. Todo se quiebra, todo se reúne de nuevo; eternamente se edifica el mismo edificio de existencia. Todo se separa, todo se encuentra de nuevo: el anillo de la existencia permanece fiel a sí mismo. A cada momento comienza la existencia; en torno de cada «aquí» se extiende la esfera allá lejos. El centro está en todas partes. El sendero de la eternidad es tortuoso...»

«¡Oh traviosos! ¡Oh cajitas de música!—respondió Zaratustra, sonriendo de nuevo—. ¡Qué bien sabéis lo que debía realizarse en siete días!... ¡v de qué modo se deslizó este monstruo hasta el fondo de mi garganta para ahogarme! Pero de una dentellada le corté la cabeza y la escupí lejos de mí. Y vosotros..., ¡vosotros habéis hecho ya de ello un estribillo! Pero ahora me he acostado ahí, cansado de haber mordido y haber escupido, todavía enfermo de mi propia liberación. ¿Y habéis sido vosotros espectadores de todo esto? ¡Oh animales míos! ¿Sois también vosotros, por ventura, crueles? ¿Habéis querido contem-

plar mi gran dolor, como hacen los hombres? Porque el hombre es el más cruel de todos los animales. Asistiendo a tragedias, a combates de toros, a crucifixiones, es como, hasta el presente, se ha hallado más a su gusto sobre la tierra; y su paraíso sobre la tierra lo halló, en verdad, cuando inventó el infierno. Cuando el gran hombre clama..., inmediatamente acude el pequeño a su lado; y la envidia le hace llevar colgando la lengua fuera de la boca. Pero él llama a esto su «compasión». Mirad al hombre pequeño, al poeta sobre todo... ¡Con qué ardor sus palabras acusan a la vida! ¡Escuchadle, pero no olvidéis oír el placer que existe en toda acusación! A estos acusadores de la vida, la vida, en un abrir y cerrar de ojos, los hace entrar en razón. «¿Me amas?»—dice ella, la desvergonzada—. «Aguarda un poco; todavía no tengo tiempo para ti.» El hombre es el animal más cruel para consigo mismo; ¡y entre todos aquellos que se llaman «pecadores», «portadores de la cruz» y penitentes, no olvides percibir la voluptuosidad que se mezcla en sus quejas y en sus acusaciones! Y yo mismo..., ¿es que con esto quiero ser el acusador del hombre? ¡Ay, animales míos! ¡El mayor mal es necesario para el mayor bien del hombre; esto es lo único que he aprendido hasta el presente...: el mayor mal es la parte mejor de la fuerza del hombre, la piedra más dura para el creador supremo; preciso es que el hombre llegue a hacerse mejor y más perverso... Yo no he estado atado a esta cruz, que deriva de saber que el hombre es malo, pero yo he gritado como nadie ha gritado hasta ahora: «¡Ay! ¿Por qué es tan pequeña su peor maldad? ¡Ay! ¿Por qué es tan pequeña su mejor bondad?» El gran hastío del hombre..., este hastío era el que me ahogaba y había penetrado en mi garganta; y también, lo que predijo el adivino: «¡Todo es igual, nada vale la pena, el saber ahoga!» Un largo crepúsculo se arrastraba, claudicando ante mí, una tristeza mortalmente cansada y ebria, que decía con voz cortada por los bostezos: «Eternamente retornará el hombre de quien te sientes fatigado, el hombre pequeño»; así bostezaba mi tristeza arras-trando las piernas sin poder dormirse. La tierra hu-

mana se transformaba para mí en caverna, su seno se abría, todo lo que era viviente se hacía para mí podredumbre, osamentas humanas y pasando en ruinas. Mis suspiros se colgaban sobre todas las tumbas y ya no podían separarse de ellas; mis suspiros y mis preguntas croaban, sofocaban, roían, y se lamentaban día y noche. «¡Ay! ¡El hombre retornará eternamente! ¡El hombre pequeño retornará eternamente!»... Hace tiempo vi desnudos al más grande y al más pequeño de los hombres: demasiado parecidos el uno al otro..., ¡demasiado humanos, aun el más grande! ¡El más grande, demasiado pequeño! ¡En esto estaba mi cansancio del hombre! ¡Y el eterno retorno, hasta del más pequeño!... ¡En esto estaba mi cansancio de toda existencia! ¡Ay! ¡Tedio! ¡Tedio! ¡Tedio!»

Así habla Zaratustra, suspirando y temblando, pues se acordaba de su enfermedad. Mas entonces, sus animales no le dejaron proseguir.

«¡Cesa de hablar, convaleciente—le respondieron sus animales—; sal de aquí, vete adonde el mundo te aguarda, semejante a un jardín. ¡Ve al lado de los rosales, de las abejas y de todos los enjambres de palomas! ¡Ve sobre todo al lado de los pájaros cantores para que aprendas su canto! Porque el canto conviene a los convalecientes; que hable primero el que goce de salud. Y si el que disfruta de salud quiere canciones han de ser otras que las del convaleciente.»

«¡Oh traviosos! ¡Oh cajitas de música! ¡Callaos! —respondió Zaratustra riéndose de sus animales—. ¡Qué bien sabéis cuál es el consuelo que he inventado para mí en siete días! Que haya de cantar de nuevo: ése es el consuelo que he inventado para mí, ésa es la curación. ¿Queréis, por ventura, hacer también de esto un estribillo?» «¡Cesa de hablar—le respondieron otra vez sus animales—; tú, que eres convaleciente, prepárate primero una lira, una lira nueva! Porque..., ¡mira, Zaratustra! Para tus nuevas canciones se necesita una lira nueva. ¡Canta, oh Zaratustra, y que tus canciones resuenen como una tempestad; cura tu alma con nuevas canciones, para que puedas sobrellevar tu gran destino, que hasta

ahora no lo fue de nadie! Porque tus animales saben perfectamente quién eres tú, Zaratustra, y lo que tú has de llegar a ser: he aquí que tú eres el profeta del eterno retorno de las cosas... ¡Este es, ahora, tu destino! Es necesario que seas tú el primero que enseña esta doctrina... ¡Cómo este gran destino no había de ser también tu mayor peligro y tu peor enfermedad! Mira, nosotros sabemos lo que tú enseñas: que todas las cosas retornan eternamente y que nosotros mismos retornamos con ellas; que nosotros hemos sido ya una infinidad de veces y que todas las cosas han sido con nosotros. Tú enseñas que hay un gran año del devenir, un monstruoso gran año: es preciso que, a semejanza de un reloj de arena, se invierta sin cesar, de nuevo, para de nuevo correr y vaciarse..., de tal suerte que todos estos años se asemejan entre ellos en lo grande y también en lo pequeño..., de suerte que hasta nosotros somos en este gran año semejantes a nosotros mismos, en lo grande y en lo pequeño. Y si quisieras morir ahora, ¡oh Zaratustra!: he aquí que también sabemos cómo te hablarías a ti mismo... ¡pero tus animales te suplican que no mueras todavía! Hablarías sin temblar y exhalarías más bien un suspiro de alegría; ¡porque te librarías de un gran peso y de una gran angustia; tú, el más paciente!... «Ahora muero y desaparezco—dirías—y dentro de un instante no será ya nada. Las almas son tan mortales como los cuerpos. Pero retornaré* un día la red de las causas en que estoy engarzado..., ¡y tornará a crearme! Yo mismo formo parte de las causas del eterno retorno de las cosas. Retornaré con este sol, con esta tierra, con este águila, con esta serpiente..., no para una vida nueva, ni para una vida mejor o parecida. Retornaré eternamente para esta misma vida, idénticamente igual, en lo grande y también en lo pequeño, a fin de enseñar nuevamente el eterno retorno de todas las cosas..., a fin de proclamar nuevamente la palabra del gran mediodía de la tierra y de los hombres, a fin de enseñar nuevamente a los hombres la venida del superhombre. Ya he dicho mi palabra y mi palabra me destruye; así lo quiere mi eternal destino..., ¡desaparezco como profeta!

Al presente es llegada la hora, la hora en que el que desaparece se bendice a sí mismo... Así acaba el ocaso de Zaratustra.»

Cuando los animales pronunciaron estas palabras, se callaron y aguardaron a que Zaratustra les dijera algo; pero Zaratustra no se dio cuenta de que callaban. Estaba acostado tranquilamente, los ojos entornados como si durmiera, aunque no dormía: porque conversaba con su alma. Cuando la serpiente y el águila le vieron tan silencioso, respetaron el gran silencio que le rodeaba y se retiraron con precaución.

ACERCA DEL GRAN DESEO

1

—¡OH alma mía!, te he enseñado a decir «hoy», como «otras veces» y «hace tiempo» y a bailar en tu turno por encima de todo lo que estaba aquí y allá lejos. ¡Oh alma mía!, te he libertado de todos los escondrijos, alejé de ti el polvo, las arañas y la penumbra. ¡Oh alma mía!, te he limpiado de todo ruín pudor y de la virtud de los escondrijos y te he persuadido para que permanezcas desnuda ante los ojos del sol. Con la tempestad que se llama «espíritu» he soplado sobre tu mar agitado por las olas; he expulsado de él todas las nubes y hasta estrangulé al degollador, que se llama «pecado.» ¡Oh alma mía!, te he otorgado el derecho de decir «no» como la tempestad y de decir «sí» como dice «sí» el cielo despejado. Ahora estás tranquila como la luz y te filtras a través de las tempestades negadoras. ¡Oh alma mía!, te he concedido la libertad sobre lo creado y lo increado, y ¿quién como tú conoce la voluptuosidad del porvenir? ¡Oh alma mía!, te he enseñado el desprecio, que no procede como la carcoma; el gran desprecio amante, que ama más donde más desprecia. ¡Oh alma mía!, te he enseñado a persuadir de tal manera que hasta las causas se te muestren: semejantes al sol, que hasta al mismo mar persuade de que se eleve a su altura. ¡Oh alma mía!,

he separado de ti toda la obediencia, toda genuflexión y todo servilismo: yo mismo te he dado el nombre de «tregua en la pena» y de «destino.» ¡Oh alma mía!, te he dado nuevos nombres y juguetes de variados colores; te he llamado «destino» y «circunferencia de circunferencias» y «ombligo del tiempo» y «cúpula azul.» ¡Oh alma mía!, he derramado sobre ti todas las claridades y todas las sombras, todos los silencios y todos los deseos..., y entonces creciste para mí como un tronco de vid. ¡Oh alma mía!, eres ahora—cargada y repleta de abundancia—una cepa de abultados frutos, exuberante de racimos de uva apretados y de un moreno dorado..., abrumada y plena de tu dicha; en la espera y en la abundancia, avergonzada hasta en tu espera. ¡Oh alma mía!, ¡no hay ahora en ningún lugar un alma que no sea más amante, más grande y más comprensiva! ¿En dónde podrían estar el pasado y el porvenir, más próximos el uno a otro que en ti? ¡Oh alma mía!, todo te lo he dado y mis manos se han desposeído para ti..., ¿y ahora? Ahora tú me dices sonriendo, plena de melancolía: ¿Quién de nosotros dos debe dar las gracias? ¿No es el donador quien debe agradecer por haber querido tomar? ¿No es el dar una necesidad? ¿No es... compadecerse el aceptar?... ¡Oh alma mía!, comprendo la sonrisa de tu melancolía; ¡tu abundancia tiende ahora las manos llenas de deseos! ¡Tu plenitud lanza sus miradas sobre los rugientes mares: busca y espera; el deseo infinito de la plenitud lanza una mirada a través del sonriente cielo de tus ojos! ¡Y, en verdad, alma mía! ¿Quién contemplaría tu sonrisa sin derramar lágrimas? Hasta los mismos ángeles lloran a causa de la excesiva bondad de tu sonrisa. Tu bondad, tu excesiva bondad, que no quiere ni lamentarse ni llorar; y, sin embargo, ¡oh alma mía!, tu sonrisa desea las lágrimas y tus temblorosos labios los sollozos. «¿No es una queja todo llanto?, ¿y no es toda queja una acusación? De este modo te hablas a ti misma y por ello prefieres sonreír, alma mía, sonreír, que derramar tu pena..., ¡derramar tu pena! ¡Derramar en mares de lágrimas toda la pena que te produce tu plenitud y toda la ansiedad que hace suspirar a la

viña por el viñador y por la podadera del viñador! ¡Mas si no quieres llorar, llorar hasta que se agote tu melancolía de púrpura, preciso será que cantes, alma mía!... Mira: yo mismo sonrío; yo, que te he predicho esto: cantar con voz tonante, hasta que todos los mares lleguen a hacerse silenciosos para tu gran deseo..., hasta que sobre los mares silenciosos y ardientes se mezcla la barca, la dorada maravilla, cuyo oro se rodea del bullir de todas las cosas, malignas y extrañas..., y de muchos animales pequeños y grandes, y de todo lo que tiene piernas ligeras y adecuadas para poder correr por senderos de violetas..., hacia la dorada maravilla, hacia la barca voluntaria y hacia su dueño; mas él es el viñador que aguarda con su podadera de diamante..., tú, gran libertador, alma mía, el inefable..., para quien sólo las canciones del porvenir podrán hallar el nombre. Y, en verdad, ya tu aliento tiene el perfume de las canciones y del porvenir... ¡Ya ardes en deseos y sueñas; ya tu sed te lleva a beber en todos los pozos de consuelo, de graves ecos, ya tu melancolía descansa en la bienaventuranza de las canciones del porvenir!... ¡Oh alma mía!, todo te lo he dado, hasta lo que era mi último bien, y mis manos se han desposeído para ti...: te dije que cantases; éste fue mi último don. Te dije que cantases; habla, pues, habla: ¿Quién de nosotros dos debe ahora dar las gracias? Todavía mejor: ¡canta para mí, canta, alma mía! ¡Y déjame que te dé las gracias!...

Así hablaba Zaratustra.

LA OTRA CANCIÓN DE BAILE

1

—TE miré a los ojos, ¡oh vida!, días pasados. Vi brillar oro en el fondo oscuro de tus pupilas. Pareció detener esta voluptuosidad los latidos de mi corazón. ¡Vi brillar una barca de oro en las aguas tenebrosas; una cuna dorada que se hundía y surgía del agua haciendo guiños! Tú lanzabas una mirada

hacia mis pies, locos de baile; una mirada insinuante, abrasadora, risueña e interrogadora. Solamente dos veces, con tus manecitas, hiciste sonar tu carraca..., y ya mis pies se balanceaban, ebrios de baile. Mis talones se alzaban, los dedos de mis pies escuchaban para comprenderte; ¿o lleva el bailarín sus oídos en los dedos de los pies? ¡Hacia ti he saltado, y entonces retrocediste ante mi arroj! ¡Y hacia mí silbaban las lengüecitas de tus cabellos sueltos y agitados! De un salto retrocedí de tu lado y de tus serpientes; tú te enderezabas ya, medio vuelta, los ojos llenos de deseos. Con ambiguas miradas me muestras las sendas desviadas; sobre estas sendas desviada mis pies aprenden... ¡atucias! Cuando estás cerca de mí, te temo; cuando está lejos de mí, te amo; tu huida me atrae; tu búsqueda me detiene...; sufro; pero ¿qué es lo que por ti no sufriría de buen grado? Tú, cuya frialdad quema; cuyo odio seduce, cuya huida atrae, cuyas burlas conmueven...; ¡quién no te aborrecería, gran ocultadora, dominadora, seductora e investigadora que encuentra! ¡Quién no te amaría, inocente, impaciente, precoz pecadora de infantiles ojos! ¿Dónde me arrastras ahora, criatura juiciosa, criatura revoltosa? Y he aquí que huyes de nuevo, dulce, aturdida, joven ingrata. Te sigo bailando hasta sobre una pista dudosa; ¿dónde estás? ¡Dame la mano! ¡Oh, cuando menos, un dedo! Hay aquí cavernas y espesos matorrales. ¡Vamos a extraviarnos! ¡Alto! ¡Detente! ¿No ves revolotear a los búhos y a los murciélagos? ¡Tú, búho! ¡Murciélagos! ¿Quieres burlarte de mí? ¿Dónde estamos? Has aprendido a aullar y a chillar de los perros. ¡Amablemente rechinabas delante de mí tus blancos dientes; tus ojos perversos chisporroteaban hacia mí a través de tu ensortijada melena! ¡Que baile por montes y por valles! Yo soy el cazador, ¿quieres tú ser mi perro o mi gamuza? ¡Ahora, a mi lado! ¡Mas de prisa aún, perversa saltadora! ¡Ahora, hacia arriba! ¡Del otro lado!... ¡Desgraciado de mí! ¡Me he caído al saltar! ¡Ah! ¡Mira cómo estoy tendido! ¡Mira, petulante, cómo imploro tu gracia! ¡Mucho me gustaría caminar en compañía... por senderos más agra-

dables! ¡Por los senderos del amor, a través de silenciosos y multicolores matorrales! O bien, allá lejos, por los senderos que costean el lago: en él nadan y bailan peces de colores y de oro. ¿Te sientes ahora cansada? Allá lejos hay ovejas y puestas de sol: ¿no es hermoso dormir mientras los pastores tocan la flauta? ¿Tan cansada estás? ¡Voy a llevarte! ¡No hagas más que abandonar tus brazos! ¿Sientes, quizá, sed? ¡Yo te daría algo, pero tu boca no lo quiere! ¡Esta maldita serpiente, está resbaladiza hechicera, brusca y ágil! ¿En dónde te has metido? ¡Pero siento sobre mi rostro dos huellas de tus manos, dos manchas rojas! ¡Estoy verdaderamente cansando de ser siempre tu mono de imitación! ¡Bruja! ¡Hasta el presente, yo he cantado para ti. Ahora, debes tú... gritar para mí! ¡Debes bailar y gritar al ritmo de mi látigo! Pero... ¿he olvidado, acaso, el látigo? ¡No!...

2

—HE aquí lo que entonces me respondió la vida, cubriéndose sus delicados oídos: «¡Oh Zaratus-tra! ¡No restalles tan espantosamente tu látigo! Bien lo sabes: el ruido asesina los pensamientos..., y ¡he aquí que a mí llegan tan tiernos pensamientos! No somos los dos adecuados para nada: somos verdaderos indolentes. Más allá del bien y del mal hemos hallado nuestra isla y nuestra verde pradera... ¡Los dos solos las hemos hallado! ¡Por esto es preciso que nos amemos el uno al otro! Y aun cuando no nos amáramos con todo nuestro corazón, ¿es necesario desearse mal cuando no se ama de todo corazón? Y que te amo, que te amo a menudo, demasiado lo sabes muy bien: La razón de ello es que estoy celosa de tu sabiduría. ¡Ah! ¡Esta vieja loca sabiduría! Si alguna vez te abandonara tu sabiduría, ¡ay!, mi amor te abandonaría con la misma rapidez...» En este momento, la vida me miró pensativamente, tras de sí y alrededor de sí, y dijo con voz queda: «¡Oh Zaratus-tra, no me eres bastante fiel! Falta mucho para que me ames tanto como dices. Sé que pien-

sas en abandonarme pronto. Hay una vieja campana, pesada, muy pesada; en la noche suena allá arriba, hasta en tu cueva... Cuando oyes a esa campana dar las horas a media noche, piensas en abandonarme entre las doce y la una de la noche..., piensas en ello, ¡oh Zaratustra! ¡Sé que quieres abandonarme pronto.» «Sí—respondí titubeando—; pero sabes igualmente...» Y le dije algo al oído, pegado a los enmarañados mechones de su cabellera, a sus mechones amarillentos y revueltos. «¿Tú sabes eso, Zaratustra? Eso no lo sabe nadie...» Y nos hemos contemplado uno a otro, hemos dirigido nuestras miradas hacia la verde pradera, sobre la que caía la frescura de la noche, y hemos llorado juntos... Pero entonces la vida me era más querida que nunca me lo fue toda mi sabiduría.

Así hablaba Zaratustra.

3

¡UNA!—¡Alerta, hombre!

¡DOS!—¿Qué dice la profunda medianoche?

¡TRES!—He dormido, he dormido...

¡CUATRO!—Me he despertado de un profundo sueño...

¡CINCO!—El mundo es profundo.

¡SEIS!—Y más profundo de lo que pensaba el día.

¡SIETE!—Profundo es su dolor.

¡OCHO!—La alegría..., más profunda que la pena.

¡NUEVE!—El dolor dice: pasa y acaba.

¡DIEZ!—Pero toda alegría quiere la eternidad...

¡ONCE!—¡Quiere la eternidad profunda!

¡DOCE!

LOS SIETE SELLOS O
LA CANCIÓN DEL ALFA Y DEL OMEGA

1

SI soy vidente y traspasado de ese espíritu clarividente que mora en alta cresta entre dos mares..., que camina entre el pasado y el porvenir como una sombría nube..., enemigo de todas las agobiantes hondonadas, de todo lo que está cansado y que no puede morir ni vivir..., pronto para el relámpago en el alma oscura, pronto para el rayo de redentora claridad, preñado de afirmadores resplandores, que se ríen de su afirmación, preparado para adivinatoras centellas..., ¡bienaventurado el preñado de tales relámpagos! ¡Y en verdad, es preciso que esté mucho tiempo suspendido sobre la cumbre, como una pesada tormenta, aquel que un día debe encender la luz del porvenir!... ¡Oh! ¿Cómo no había de estar anhelante de la eternidad, anhelante del nupcial anillo de los anillos..., del anillo del devenir y del retorno? Nunca todavía he encontrado la mujer de la cual quisiera tener hijos, si no es esta mujer a quien amo: ¡porque te amo, oh eternidad! ¡Porque te amo, oh eternidad!

2

SI alguna vez mi ira ha violado las tumbas, removido límites de fronteras y arrojado viejas tablas rotas en abismos cortados a pico; si alguna vez mi burla ha dispersado en todas direcciones las palabras decrepitas; si he venido como una escoba para las arañas y como un viento purificador para las cavernas mortuorias, viejas y enmohecidas; si alguna vez me he sentado lleno de alegría en el lugar donde están sepultados los antiguos dioses, bendiciendo y amando al mundo, al lado de los monu-

mentos de antiguos calumniadores del mundo..., pues yo amaré hasta las iglesias y las tumbas de los dioses, cuando el cielo mire con transparente mirada, a través de sus rotas bóvedas; me place estar sentado en las iglesias en ruinas, semejante a la hierba y a la roja amapola... ¡Oh! ¿Cómo no estaría anhelante de la eternidad, anhelante del nupcial anillo de los anillos..., el anillo del devenir y del retorno? Nunca hasta ahora he hallado a la mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer a quien amo: ¡porque te amo, oh eternidad! ¡Porque te amo, oh eternidad!

3

SI alguna vez llegó hasta mí un soplo, un soplo del soplo creador, de esta necesidad divina que obliga hasta a los azahares a bailar las danzas de las estrellas; si alguna vez reí con la risa del relámpago creador, al que sigue regañando, pero obedientemente, el prolongado trueno de la acción; si alguna vez he jugado a los dados con los dioses en el divino tablero de la tierra, de suerte que la tierra temblaba y se quebraba, lanzando al aire ríos de fuego..., porque la tierra es un divino tablero, trémulo de nuevas palabras creadoras y del ruido de unos dados divinos... ¡Oh! ¿Cómo no había yo de arder en deseos de eternidad y del nupcial anillo de los anillos..., el anillo del devenir y del retorno? Nunca hasta ahora he hallado a la mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer a quien amo: ¡porque te amo, oh eternidad! ¡Porque te amo, oh eternidad!

4

SI alguna vez he bebido un largo trago de las especias y las drogas contenidas en este cántaro espumoso, en donde están muy mezcladas todas las cosas; si alguna vez mi mano ha mezclado lo más le-

jano con lo más próximo, el fuego con el espíritu, la alegría con la pena y las peores cosas con las mejores; si yo mismo soy un grano de arena redentora, que hace que todas las cosas se mezclen bien en el cántaro de las drogas..., porque existe una sal que liga el bien al mal, y el mismo mal es digno de servir de especia y de hacer desbordar la espuma del cántaro... ¡Oh! ¿Cómo no había yo de arder en deseos de eternidad y del nupcial anillo de los anillos..., el anillo del devenir y del retorno? Nunca hasta ahora he hallado a la mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer a quien amo: ¡porque te amo, oh eternidad! ¡Porque te amo, oh eternidad!

5

SI amo al mar y a todo lo que al mar se parece, y más aún cuando fogosamente me contradice; si llevo en mí esta alegría del investigador, esta alegría que la vela impulsa hacia lo desconocido; si hay en mi alegría, la alegría del navegante; si alguna vez mi contento exclamó: «¡Las costas han desaparecido..., ahora ha caído mi última cadena..., la inmensidad se agita en torno mío; muy lejos de mí centellean el tiempo y el espacio, ¡vamos!, ¡en marcha, viejo corazón!... ¡Oh! ¿Cómo no había yo de arder en deseos de eternidad y del nupcial anillo de los anillos..., el anillo del devenir y del retorno? Nunca hasta ahora he hallado a la mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer a quien amo: ¡porque te amo, oh eternidad! ¡Porque te amo, oh eternidad!

6

SI mi virtud es virtud de bailarín; si a menudo he saltado a pies juntos en entusiasmos de oro y de esmeralda; si mi maldad es una maldad risueña, que se encuentra en su centro, bajo arcos de rosas

y setos de azucenas..., porque en la risa se encuentra reunido todo lo malo, pero santificado y libertado por su propia bienaventuranza... Y si es mi alfa y mi omega que todo lo que es pesado llegue a hacerse ligero, que todo cuerpo llegue a hacerse bailarín; todo espíritu, ave; ¡y en verdad, esta es mi alfa y mi omega!... ¡Oh! ¿Cómo no había yo de arder en deseos de eternidad y del nupcial anillo de los anillos..., el anillo del devenir y del retorno? Nunca hasta ahora he hallado a la mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer a quien amo: ¡porque te amo, oh eternidad! ¡Porque te amo oh eternidad!

7

SI alguna vez he desplegado por encima de mí tranquilos cielos, volando con mis propias alas en mi propio cielo; si me he regocijado nadando en profundas lejanías de luz; si la sabiduría del ave de mi libertad ha llegado..., porque así habla la sabiduría del ave: «¡He aquí que no existe hacia arriba ni hacia abajo! ¡Tú, que eres ligero, lánzate hacia aquí y hacia allá, hacia adelante, hacia atrás!... ¿No se han hecho todas las palabras para los pesados? ¿No mienten todas las palabras a quien es ligero? ¡Canta! ¡No hables más!...» ¡Oh! ¿Cómo no había yo de arder en deseos de eternidad y del nupcial anillo de los anillos..., el anillo del devenir y del retorno? Nunca hasta ahora he hallado a la mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer a quien amo: ¡porque te amo, oh eternidad.

TERCERA Y ÚLTIMA PARTE

«¡Ay! ¿Dónde se hicieron, sobre la tierra, mayores locuras que entre los misericordiosos? Y ¿qué es lo que, sobre la tierra, hizo mayores males que la locura de los misericordiosos?

¡Desgraciados de todos los que aman sin disfrutar una altura que se halle por encima de su piedad!

Así me habló un día el diablo: «También Dios tiene su infierno: es su amor por los hombres.»

Y, últimamente, le oí decir estas palabras: «Dios ha muerto; le ha matado su piedad por los hombres.»

(ZARATUSTRA: «Los misericordiosos»)

LA OFRENDA DE LA MIEL

Y otra vez pasaron meses y años sobre el ama de Zaratustra, sin que él lo advirtiera. No obstante, sus cabellos blanqueaban. Cierta día, cuando estaba sentado sobre una piedra, ante su cueva, contemplando silencioso la lejanía, pues desde ese lugar se veía el mar, muy a lo lejos, por encima de tortuosos abismos, sus animales, pensativos, que daban vueltas en torno suyo, terminaron por colocarse ante él. Y le dijeron:

«¡Oh Zaratustra! ¿Buscan tus ojos tu felicidad?...»

«¿Qué importa la felicidad?—respondió él—. Hace mucho tiempo que ya no aspiro a la felicidad: aspiro a mi obra.»

«¡Oh Zaratustra!—replicaron en el acto los animales—. Hablas de esto como alguno que estuviera saturado de bien. ¿No estás acostado en un lago de felicidad teñido de azul?»

«¡Traviesillos—respondió Zaratustra sonriendo—, qué bien habéis escogido la parábola! Pero sabéis también que es pesada mi felicidad y que no tiene la movilidad de la ola: me aprieta y no quiere separarse de mí, pegajosa como la pez hirviente...»

Entonces sus animales, pensativos comenzaron otra vez a dar vueltas en torno suyo, y de nuevo se colocaron ante él:

«¡Oh Zaratustra!—dijeron—, ¿es, por ventura, ésta

la causa de que cada vez te oscurezcas y amarillees más, aunque tus cabellos tengan la pretensión de ser blancos y hechos de cáñamo? ¡Mira, estás apoyado sobre tu pez y en tu desgracia!»

«¡Qué decís vosotros, animales míos!—exclamó Zaratustra, riendo—; en verdad, he blasfemado al hablar del pez. Porque lo que me acontece, acontece a todos los frutos que maduran. La miel que circula por mis venas, hace más espesa mi sangre y más silenciosa mi alma.»

«Así debe ser, ¡oh Zaratustra!—respondieron los animales, apretándose contra él—, ¿pero no quieres ascender hoy sobre una elevada montaña? El aire es puro y hoy más que nunca se puede vivir en el mundo.»

«Sí, animales míos—respondió Zaratustra—; vosotros me aconsejáis a maravilla y completamente de acuerdo con mis deseos: ¡quiero ascender hoy sobre una elevada montaña! Pero cuidado para que encuentre allí miel a mi alcance, la miel de las colmenas de oro, miel amarilla y blanca, y buena, y de una frescura glacial. Porque sabed que allí arriba quiero verificar la ofrenda de la miel.»

Cuando Zaratustra llegó a la cumbre despidió a los animales que le habían acompañado y advirtió que estaba solo; entonces se rió de todo corazón y habló de esta manera:

—¡He hablado de ofrendas, de ofrendas de miel; pero esto no era sino una habilidad de mi discurso y, en verdad, una útil locura! Aquí arriba puedo hablar con mayor libertad que delante de los retiros de los eremitas y de los animales domésticos de los eremitas ¿Qué hablaba yo de sacrificar? Yo despilfarro lo que se me da; yo, el despilfarrador de mil manos, ¡cómo había de atreverme a llamar a esto... sacrificio! Y, cuando he pedido miel, lo que pedía era un cebo; colmenas doradas, dulces silvestres, de que tan golosos son los osos gruñones y las aves raras... Y pedía el mejor cebo, el cebo que necesitan los cazadores y los pescadores. Pues si cierto es que el mundo es como una sombría selva poblada de animales, jardín de delicias para todos los cazadores salvajes, me parece que aún se asemeja más a un

mar extenso y sin fondo. Un mar lleno de peces multicolores y de cangrejos, del cual hasta los mismos dioses estarían engolosinados, de modo que, por este mar, se harían pescadores y lanzarían sus redes: ¡tan rico en grandes y pequeños prodigios es el mundo! Sobre todo, el mundo de los hombres, el mar de los hombres; hacia él lanzo yo mi sedal de oro, diciendo: ¡ábrete, abismo humano! ¡Ábrete y arrójame a tus peces y tus cangrejos brillantes! ¡Hoy atrapo para mí con mi mejor cebo los peces humanos más prodigiosos! Arrojo a lo lejos mi felicidad, la disperso por todas las lejanías, entre el oriente, el mediodía y el occidente, para observar si muchos peces humanos aprenden a morder y a debatirse en la extremidad de mi felicidad. Hasta que las víctimas de mi escondido y afilado anzuelo necesitan subir hasta mi altura; hasta que los más llamativos gobios de las profundidades estén al lado del más perverso de los pescadores de peces humanos. Porque yo soy desde siempre y con todo mi corazón una fuerza que atrae, que levanta, que eleva; un constructor, un educador, un conductor que no en vano se dijo tiempo ha: «¡Transfórmate en lo que eres!» Por tanto, que suban ahora los hombres hasta mi lado; porque aguardo todavía los signos que me indiquen que ha llegado el momento de mi descenso; no descendo todavía, yo mismo, entre los hombres, como debo. Por esto aguardo aquí, astuto y burlón, en las altas montañas, ni impaciente ni paciente, sino más bien como el que ha olvidado la paciencia... porque ya no «padece». Porque mi destino me da tiempo, ¿se habrá olvidado de mí? O bien, ¿estará cazando moscas a la sombra de una roca? Y, en verdad, estoy agradecido a mi eternal destino por no hostigarme ni empujarme y por dejarme tiempo para bromas y maldades; de suerte que hoy he podido trépar a esta elevada montaña para coger peces. ¿Hubo nunca un hombre que cogiera peces en lo alto de una montaña? Y aun cuando lo que quiera hacer aquí arriba sea una locura, mejor es acometer una locura que llegar a ponerse solemne, verde y amarillo a fuerza de aguardar en las profundidades..., lleno de cólera a fuerza de esperar, como el rugido

de una santa tempestad que llega de las montañas, como el impaciente que grita a los valles: ¡«Escúchadme, u os castigaré con el azote de Dios!» No es que por esto desee ningún mal a semejantes coléricos; los tomo en cuenta, nada más que lo preciso para reírme de ellos. Me explico que estén impacientes estos ruidosos que disfrutarán de la palabra hoy o nunca. Pero yo y mi destino..., nosotros no hablamos para «hoy», ni tampoco hablamos para «siempre»; tenemos paciencia para hablar, tenemos tiempo, mucho tiempo. Será necesario, no obstante, que él llegue un día y no le será permitido pasar de largo. ¿Quién deberá llegar un día sin que le sea permitido pasar de largo? Nuestro gran azar; es decir, nuestro grande y lejano Reinado del Hombre, el reinado de Zaratustra que dure mil años... ¡Qué me importa que este «lejano» esté tan lejos todavía! No por ello es menos real para mí... Lleno de confianza me mantengo en pie sobre esta base..., sobre una base eterna, sobre arcaicas rocas, sobre estos antiguos montes, los más altos y firmes, a quien todos los vientos se aproximan como a un límite meteorológico, para informarse de los lugares de origen y destino. ¡Ríe, pues, ríe, transparente y saludable maldad mía! ¡Lanza tu centelleante risa burlona desde lo alto de las montañas! ¡Atrae con tu centelleo a los más bellos peces humanos! Y todo lo que en todos los mares me pertenece, la cosa mía en todas las cosas; cógelo para mí, tráemelo aquí arriba, que esto es lo que espera el más perverso de todos los pescadores. ¡Ve con libertad, anzuelo mío! ¡Desciende, dirígete al fondo, cebo de mi dicha! ¡Rezuma tu más dulce rocío, miel de mi corazón! ¡Muerde, anzuelo, muerde en el vientre de todos los negros pesares! ¡Mirad libremente, ojos míos! ¡Oh, cuántos mares me circundan, que futuros humanos despiertan con la aurora! Y por encima de mí..., ¡qué sonrosado silencio! ¡Qué silencio sin nubes!

EL GRITO ANGUSTIOSO

AL siguiente día, de nuevo se encontraba Zaratu-
ustra ante su cueva, sentado encima de una
piedra, mientras sus animales erraban por el mundo
para proporcionarse nuevos alimentos..., y también
nueva miel; porque Zaratuustra había derrochado y
disipado hasta la última partícula de la miel vieja.

Pero mientras estaba allí sentado, con un palo en
la mano, siguiendo el dibujo que la sombra de su
cuerpo proyectaba en el suelo, sumergido en pro-
funda meditación, que, en verdad, no recaía ni sobre
sí ni sobre su sombra..., repentinamente se estremeció
y se sobrecogió de espanto; porque había visto
otra sombra al lado de la suya. Y girando sobre sí
mismo al levantarse rápidamente, vio al adivino, en
pie, a su lado, al mismo que una vez había alimentado
y calmado la sed en su mesa, al proclamador
del gran cansancio que enseña: «Todo es igual, nada
vale la pena, el mundo carece de sentido, el saber
asfíxia»; pero desde entonces su rostro se había
transformado. Y cuando Zaratuustra le miró la cara,
su corazón quedó sobrecogido de espanto: de tal
modo se acusaban en su semblante todas las predicciones
funestas y todas las desgracias imprevistas.

El adivino, que había comprendido lo que sucedía
en el alma de Zaratuustra, se pasó la mano por el
rostro como si quisiera borrar las señales que en
él había; Zaratuustra, por su parte, hizo lo mismo.
Cuando se hubieron fortalecido y repuesto mutua-
mente, se dieron la mano para indicar que querían
reconocerse.

—Bienvenido seas, adivino del gran cansancio—dijo
Zaratuustra—; no en vano fuiste mi huésped y mi
comensal hace tiempo. ¡Come y bebe hoy también
en mi morada y perdona que un viejo alegre se
siente contigo en la mesa.

—¿Un viejo alegre?—dijo el adivino, moviendo la
cabeza—. Quienquiera que seas o quiequiera que
quieras ser, ¡oh Zaratuustra!, no lo serás ya mucho

tiempo aquí arriba. Dentro de poco tu barca no estará ya al abrigo.

—¿Estoy yo, por ventura, al abrigo?—preguntó, riendo, Zaratustra.

—Las olas suben y suben sin cesar en torno de tu montaña—respondió el adivino—, las olas de la inmensa miseria y del inmenso pesar; pronto acabarán por levantar tu barca y por arrastrarte con ella.

Entonces Zaratustra se calló asombrado.

—¿No oyes nada todavía?—prosiguió el adivino—. ¿No oyes un murmullo y un zumbido que viene del abismo?

Zaratustra continuó callado y escuchó; entonces oyó un grito prolongado que los abismos se lanzaban y se devolvían, porque ninguno de ellos quería guardarlo; tan funesto era el son que tenía.

—Fatal proclamador—dijo, por fin, Zaratustra—; ése es el grito de angustia y la llamada de un hombre que probablemente surge de un negro mar. Mas, ¿qué me importa la angustia de los hombres! ¿Sabes tú cuál es el nombre del último pecador que me ha sido reservado?

—¡Piedad!—respondió el adivino con el corazón rebosante, elevando sus manos—. ¡Oh Zaratustra, vengo para hacerte cometer tu último pecado!

Apenas habían acabado de ser pronuncialas estas palabras cuando resonó el grito de nuevo, más prolongado y con mayor intensidad que antes y ahora mucho más cercano:

—¿Oyes, oyes, Zaratustra?—exclamó el adivino—, es a ti a quien se dirige el grito, a ti es a quien llama: ¡Ven, ven, ven, es la hora, es el momento oportuno!...

Pero Zaratustra se callaba, turbado y conmovido; por fin, preguntó, como el que duda en su interior:

—¿Y quién es el que me llama allá lejos?

—Bien lo sabes—respondió con viveza el adivino—; ¿por que lo disimulas? ¡Es el hombre superior quien te llama en su socorro!

—¡El hombre superior!—exclamó Zaratustra, horrorizado—. ¿Qué quiere? ¿Qué quiere? ¡El hombre superior! ¡Qué quiere él aquí?—y su piel se cubrió de sudor.

El adivino no respondió a la angustia de Zaratustra; seguía y seguía escuchando, inclinado hacia el abismo. Pero como el silencio se prolongara largo tiempo, volvió su mirada hacia atrás y vio a Zaratustra en pie y tembloroso.

—¡Oh Zaratustra—comenzó a decir con voz entristecida—, no tienes el aspecto de aquel a quien su dicha hace cambiar! ¡Te será preciso bailar para no caer de espaldas! Y aunque quisieras bailar delante de mí y dar todo género de brincos, nadie podría decirme: «¡Mira; he aquí el baile del último hombre alegre!» Si alguien que buscara aquí a ese hombre subiera hasta esta altura, subiría en vano: hallaría grutas y cavernas, escondrijos para gentes escondidas; pero ni pozos de dicha, ni tesoros, ni nuevos filones de felicidad. La felicidad..., ¿cómo habría de encontrar la felicidad entre semejantes sepultados, entre tales ermitaños! ¿Tendré necesidad de buscar la última felicidad en las islas Felices y, a lo lejos, entre los ignorados mares? ¡Pero todo es igual; nada vale la pena, todas las investigaciones son en vano, no existen ya las islas Felices!...

De este modo suspiró el adivino; pero en cuanto exhaló el último suspiro, Zaratustra recobró su serenidad y su seguridad como quien vuelve a la luz saliendo de una profunda sima.

—¡No! ¡No! ¡Tres veces no—exclamó con voz potente, acariciándose la barba—; yo sé esto mucho mejor que tú! ¡Existen las islas Felices! ¡No hables más, saco de tristezas, llorón! ¡Cesa ya de gimotear, nube lluviosa de montañas! ¿No ves que ya estoy mojado por tu tristeza y asperjado como un perro? Ahora me sacudo y me escapo lejos de ti para volver a estar seco: ¡No te asombres de esto!, ¿no es muy cortés mi conducta? Sin embargo, la corte mía está aquí. En lo que se refiere a tu hombre superior... ¡Pues bien!, a toda prisa voy a buscarlo en estas selvas: de ahí ha venido su grito. Tal vez le amenace algún animal salvaje. Está en mis dominios. ¡No quiero yo que le suceda aquí ninguna desgracia! Y, en verdad, en mi casa hay muchos animales salvajes...

Con estas palabras se dispuso Zaratustra a partir. Pero entonces le dijo el adivino:

—Oh Zaratustra, tú eres un pícaro! ¡Conozco bien que lo que quieres es desembarazarte de mí! Prefieres marcharte a las selvas para perseguir animales salvajes. Pero ¿de qué te serviría esto? A pesar de ello me volverías a encontrar de nuevo a la noche; estaré sentado dentro de tu propia cueva, paciente y pesado como un leño..., ¡estaré sentado allí, aguardándote!

—¡Así sea!—exclamó Zaratustra al marchar—; y lo que me pertenece en mi cueva te pertenec a ti, mi huésped, igualmente. Pero si hallase todavía la miel, ¡pues bien!, ¡lámela hasta que no dejes nada, oso gruñón, y endulza tu alma. ¡Porque esta noche vamos a estar los dos alegres! ¡Alegres y contentos de que haya terminado esta jornada! Y tú mismo debes acompañar mis canciones con tus bailes, como si fueras mi oso amaestrado. ¿No crees nada de esto? ¿Sacudes la cabeza? Pues bien, ¡vete, oso viejo! Que yo soy también un adivino.

Así hablaba Zaratustra.

CONVERSANDO CON LOS REYES

ANTES de una hora de caminar por sus montañas y sus selvas, Zaratustra vio de pronto un extraño cortejo. Por en medio del camino que él se disponía a seguir, avanzaban dos reyes, provistos de coronas y de cinturones de púrpura, vistosos como flamencos: empujaban ante ellos un asno cargado.» «¿Qué quieren estos reyes en mi reino?»—dijo a su corazón Zaratustra, lleno de asombro, y se ocultó de prisa detrás de un matorral.

Pero cuando los reyes llegaron a su lado, exclamó a media voz, como hablándose a sí mismo:

—¡Cosa extraña, extraña! ¿Cómo conciliar esto? ¡Veo dos reyes..., y un solo asno.

Entonces los dos reyes se detuvieron, comenzaron a sonreír y miraron hacia el lado de donde provenía la voz, y después se contemplaron uno al otro la cara:

—También entre nosotros se piensan frecuente-

men estas cosas—dijo el rey de la derecha—, pero no se dicen.

El rey de la izquierda se encogió de hombros y respondió:

—Debe ser algún cabrero o, tal vez, algún ermitaño que ha vivido demasiado tiempo entre las peñas y los árboles. Pues el carecer en lo absoluto de sociedad perjudica también a las buenas formas.

—¡Las buenas formas!—replicó el otro rey con aire amargo y enfadado—. ¿De quién si no de las «buenas formas» y de nuestra «buena sociedad» queremos nosotros evadirnos? Antes mejor vivir entre los ermitaños y los cabreros que con nuestro dorado populacho, falso y acicalado..., aunque se llame la «buena sociedad», aunque se llame «nobleza». Allí todo es falso y podrido, y antes que todo la sangre, gracias a antiguas y malas enfermedades y a peores curanderos. El que yo prefiero, el que es hoy para mí mejor, es el aldeano de buena salud: es rudo, astuto, obstinado y sufrido; hoy día es la especie más noble. El aldeano es hoy día el mejor; y la especie aldeana deberá ser soberana. Pero aunque estamos en el reinado del populacho..., yo no me dejo ya deslumbrar. Populacho quiere decir revoltijo. Revoltijo populachero: en él todo se mezcla con todo, el santo con el ladrón, el hidalgo con el judío y todos los animales del arca de Noé. ¡Las buenas formas! Todo es entre nosotros falso y podrido. Nadie sabe ya venerar; de esto precisamente queremos huir. Son perros golosos e importunos que doran las hojas de las palmeras. Lo que me ahoga de asco es que nosotros mismos, los reyes, hemos acabado por hacernos falsos, revestidos y disfrazados con el envejecido fausto de nuestros antepasados; figuras de pompa para los más tontos y los más astutos y para todos los que hoy trafican usurariamente con el poder. No somos los primeros y es necesario que aparentemos serlo; hemos acabado por cansarnos y hartarnos de esta farsa. Nos hemos apartado del populacho, de todos estos vocingleros y de todas estas moscas plumíferas, para escapar de la pestilencia de los tenderos, de los impotentes esfuerzos de la ambición y del aliento fétido... ¡Pu! Nada de vivir

en medio del populacho!... ¡Ni de aparentar ser el primero en medio del populacho! ¡Ah! ¡Qué asco! ¿Qué importamos ya nosotros, los reyes?...

—Se apodera de ti tu vieja dolencia—dijo en este momento el rey de la izquierda—, vuelve a dominarte el asco, pobre hermano. Pero sabes bien que alguien nos escucha.

Al punto, Zaratustra, que había sido todo ojos y oídos para estas palabras, salió de su escondite, dirigióse al lado de los reyes y comenzó a decir:

—Quien os escucha, quien gusta de escucharos a vosotros, los reyes, se llama Zaratustra. Yo soy Zaratustra, el que un día dijo: «¡Qué importan ya los reyes!» ¡Perdonadme si me he regocijado cuando os habéis dicho el uno al otro: «¡Qué importamos ya nosotros, los reyes!» Pero aquí estáis vosotros en mi reino y bajo mi dominio. ¿Qué es lo que podéis buscar en mi reino? Sin embargo, tal vez hayáis encontrado en vuestro camino lo que yo busco: yo busco al hombre superior.

Cuando los reyes escucharon esto, se golpearon el pecho y dijeron a una:

—¡Estamos descubiertos! Con la espada de tu palabra cortas la oscuridad más profunda de nuestros corazones. Tú has descubierto nuestra angustia. Porque he aquí que nosotros nos hemos puesto en camino para encontrar al hombre superior..., al hombre que nos es superior, a pesar de que somos reyes. Para él traemos este asno. Porque el hombre más elevado de la tierra debe, igualmente, ser el señor más elevado. No hay calamidad más terrible para todos los destinos humanos que cuando los poderosos de la tierra no son al mismo tiempo los primeros hombres. Es entonces cuando todo llega a hacerse falso y monstruoso, cuando marcha torcidamente. Y cuando ellos son los últimos, y más bien animales que hombres, entonces el valor del populacho sube y sube y, finalmente, la virtud popular acaba por decir: «¡He aquí que sólo soy yo la virtud!»...

—¿Qué es lo que acabo de oír?—respondió Zaratustra—. ¡Qué sabiduría hay entre los reyes! Estoy maravillado y, verdaderamente, ya estoy deseoso de

componer una canción sobre esto... Mi canción tal vez no será para los oídos de todo el mundo. Hace mucho tiempo que he olvidado el respeto para las orejas largas. ¡Vamos! ¡Adelante!—(pero sucedió en este momento que también el asno tomó la palabra y dijo, distintamente y con mala intención: «Iiii..., Aaaa»)—:

Antiguamente..., creo que era en el año...,
dijo la sibila, ebria sin haber bebido vino:
«¡Malhaya, esto marcha mal ahora!
Decadencia, decadencia! ¡Nunca el mundo
[siguió peor camino:
Roma ha descendido a la mujer, a la casa
[pública;
el César de Roma a la bestia ha descendido;
¡hasta Dios se ha hecho judío!»

2

Los reyes se deleitaron con esta canción de Zaratu-
tustra; el de la derecha comenzó a decir:

—¡Oh Zaratu-
tustra, qué bien hemos hecho en po-
nernos en camino para verte! Porque tus enemigos
nos habían enseñado tu imagen en su espejo; allí
tenías el gesto de un demonio de risa sarcástica; de
suerte que hemos tenido miedo de ti. ¡Pero qué im-
porta! De nuevo penetrabas en nuestros oídos y en
nuestros corazones con tus máximas. Y entonces,
acabamos por decinos: ¡Qué importa el rostro que
tiene! Es preciso que nosotros oigamos a quien nos
enseña: «Debéis amar la paz como un medio para
nuevas guerras, y la paz breve más que la prolon-
gada.» Nunca pronunció nadie palabras tan guerre-
ras. «¿Qué es lo que está bien? Ser valientes es lo
que está bien. La buena guerra santifica toda causa.»
¡Oh Zaratu-
tustra, ante estas palabras se despertó en
nuestros cuerpos la sangre de nuestros padres!; han
sido como palabras de primavera para viejos toneles
de vino. Cuando las espadas se cruzaban, semejantes
a serpientes manchadas de sangre, entonces nuestros
padres se sentían arrastrados hacia la vida; el sol de

la paz les parecía débil y tibio, y la paz prolongada les causaba vergüenza. ¡Cómo suspiraban nuestros padres cuando veían colgadas del muro las espadas relucientes e inútiles! Semejantes a estas espadas, sentían ellos sed de guerra. Porque una espada quiere beber sangre; una espada brilla de deseo...

Mientras los reyes conversaban de esta forma, con entusiasmo, de la felicidad de sus padres, Zaratustra fue acometido de un violento deseo de burlarse de su entusiasmo; porque eran evidentemente pacíficos los reyes que ante sí tenía; reyes de facciones decadentes y delicadas. Pero se sobrepuso a este deseo.

—¡Vamos! ¡En marcha!—exclamó—. ¡Heos en el camino; allá arriba está la cueva de Zaratustra; y hoy debe tener una gran tertulia! Mas ahora un grito de opresora angustia me llama lejos de vosotros. Mi cueva se verá honrada si en ella toman los reyes asiento para aguardar; ¡mas es bien cierto que tendréis que esperar mucho tiempo! Mas ¿qué importa? ¿Dónde mejor que en las cortes se aprende hoy a esperar? Y de todas las virtudes de los reyes la única que les queda, ¿no se llama hoy saber esperar?

Así hablaba Zaratustra.

3

LA SANGUIJUELA

ABSTRAÍDO en sus pensamientos, Zaratustra continuó su camino, cruzando selvas y pasando cerca de sus lagunas. Pero, como ocurre cuando se medita sobre temas profundos, tropezó inadvertidamente con un hombre. Un grito de dolor, dos juramentos y veinte graves injurias sonaron en los oídos de Zaratustra: de suerte que, en su espanto, levantó su palo para golpear al hombre con quien acababa de tropezarse. No obstante, con prontitud recuperó su serenidad y su corazón se lanzó a reír de la locura que acababa de cometer.

—Perdóname—dijo el hombre con quien había

tropezado y que se levantaba furioso y luego se sentaba en el suelo—, perdóname y escucha, antes de nada, una parábola. Como el viajero que, soñando en lejanas cosas en un camino solitario, tropieza por descuido con un perro soñoliento, con un perro acostado al sol:... y semejantes a mortales enemigos, llenos de mortal espanto, ambos se levantan y encaran bruscamente..., así nos ha ocurrido a nosotros. Y, sin embargo, sin embargo, ¡qué poco ha faltado para que se acaricien este perro y este solitario! ¿No son los dos... solitarios?

—¡Quienquiera que tú seas—respondió todavía con cólera el hombre que Zaratustra acababa de tropezar—te acercas a mí demasiado no sólo con tu pie, sino también con tu parábola! ¡Mírame!, ¿soy, por ventura, un perro?—y diciendo esto se incorporó sacando del estanco su brazo desnudo, porque estaba tendido en el suelo, cuan largo era, oculto y desconocido, como el que acecha una pieza en los pantanos.

—Pero ¿qué es, pues, lo que haces?—exclamó espantado Zaratustra, porque veía correr mucha sangre por su brazo desnudo—. ¿Qué te ha sucedido? ¿Te ha mordido algún animal dañino, desdichado?

El que sangraba sonreía burlescamente, todavía con cólera.

—¿Qué tienes tú que ver con esto?—exclamó el hombre, y quiso continuar su camino—. Aquí estoy en mi casa y en mis dominios. Que me interrogue quien quiera. No he de responder a los lerdos.

—Te equivocas—dijo Zaratustra lleno de piedad, reteniéndole—, te equivocas: aquí no estás en tu reino, sino en el mío, y aquí no debe acontecer a nadie ninguna desgracia. Llámame siempre como quieras... Yo soy el que debo ser. Me llamo Zaratustra. ¡Vamos! Allí arriba está el camino que conduce hasta la cueva de Zaratustra: no está muy lejos... ¿No quieres venir a mi cueva para curar tus heridas? ¡No has tenido suerte en este mundo, desgraciado: primero te mordió la bestia..., después te atropelló el hombre!...

Pero desde que el hombre escuchó el nombre de Zaratustra, se transformó.

—¿Qué es, pues, lo que me acontece? ¿Qué preocupación tengo en la vida si no es la preocupación de este hombre único, de Zaratustra, y de este animal único que vive de la sangre de la sanguijuela? Por causa de la sanguijuela estaba tendido ahí, al borde de la laguna, semejante a un pescador, y ya mi brazo sumergido había sido mordido diez veces, cuando un animal más bello—el mismo Zaratustra—se puso a chupar mi sangre! ¡Oh ventura! ¡Oh prodigio! ¡Bendito sea este día que me ha traído hasta esta laguna! ¡Bendita sea la mejor ventosa, la más viva entre todas las que hoy viven, bendito sea Zaratustra, la gran sanguijuela de las conciencias!...

Así hablaba el desconocido con quien Zaratustra había tropezado; y Zaratustra se regocijó con sus palabras y con su respetuosa y delicada conducta.

—¿Quién eres?—le preguntó tendiéndole la mano—; entre nosotros quedan por aclarar y por despejar muchas cosas; pero me parece que ya el día nace claro y puro.

—Yo soy el escrupuloso del espíritu—respondió el que había sido interrogado—, y en las cosas del espíritu, es difícil que nadie las tome con más rigor, estrictez y dureza que yo, excepción hecha de aquel de quien yo he aprendido, de Zaratustra mismo. ¡Mejor es no saber nada que saber muchas cosas a medias! ¡Mejor es ser loco por cuenta de uno, que sabio en la opinión de los demás! Yo..., yo voy al fondo:... ¿qué importe que sea pequeño o grande? ¿Qué, que se llame pantano o cielo? Me basta un pedazo de tierra, de grande como la palma de la mano: ¡con tal que sea realmente tierra sólida!... Un pedazo de tierra, grande como la palma de la mano; en él se puede estar de pie. En la verdadera ciencia escrupulosa no hay nada de grande ni nada de pequeño.

—Entonces, ¿eres tal vez tú el que busca conocer la sanguijuela?—preguntó Zaratustra—. ¿Investigas hasta en los más profundos principios de la sanguijuela, tú, el escrupuloso?

—¡Oh Zaratustra—respondió el hombre a quien

había tropezado Zaratustra—; eso sería una monstruosidad! ¡Cómo me iba yo a atrever a que se me ocurriera semejante cosa! En lo que soy maestro y entendido es en el cerebro de la sanguijuela: ¡ahí está mi universo! ¡Esto es también un universo! Mas perdona que aquí se manifieste mi orgullo, pues sobre este dominio no tengo rival. Por esto te he dicho: «Aquí está mi dominio.» ¡Mucho tiempo hace que persigo esta cosa única: el cerebro de la sanguijuela, a fin de que la sutil verdad no se me escape más! Aquí está mi reino. Por esto he arrojado a un lado todo lo demás, por esto todo lo demás ha llegado a serme indiferente; y al lado de mi ciencia se extiende mi negra ignorancia. Mi conciencia del espíritu exige de mí que sepa una cosa y que ignore todo lo demás: estoy asqueado de todos los términos medios del espíritu, de todos los que poseen un espíritu nebuloso, voluble y fantástico. Donde termina mi probidad empieza mi ceguera; quiero ser ciego. Sin embargo, donde quiero saber quiero también ser probo, es decir, severo, duro, estrecho, cruel, implacable. ¡Oh Zaratustra! Lo que me atrae y lo que me repele de tu doctrina es que hayas dicho un día: «El espíritu es la vida que incide en la misma vida.» Y, en verdad, he aumentado mi propia ciencia con mi propia sangre.

—Como—interrumpió Zaratustra—lo prueba la evidencia—y la sangre continuaba saliendo del desnudo brazo del escrupuloso. Diez sanguijuelas estaban agarradas a él—. ¡Oh extraño personaje, cuánta enseñanzas contiene esta evidencia; es decir, tú mismo! Tal vez no me atrevería a verter todas las enseñanzas en tus severos oídos. ¡Vamos! ¡Separémonos aquí! Aunque me gustaría volver a encontrarte. Allá arriba está el camino que conduce a mi cueva. Allí deber ser esta noche bien venido entre mis huéspedes. También quisiera reparar en tu cuerpo el daño que te ha hecho Zaratustra al hollarle con sus pies: en esto estaba meditando. Pero ahora, un grito de opresora angustia me llama lejos de ti.

Así hablaba Zaratustra.

EL ENCANTADOR

1

AL dar la vuelta a una roca vio Zaratustra, no lejos de allí, por encima de él y en el mismo camino, un hombre que gesticulaba brazos y piernas como un loco furioso, y que acabó por precipitarse de bruces en el suelo.

—¡Alto!—dijo entonces Zaratustra a su corazón—; ése debe ser el hombre superior, de él procede este siniestro grito de angustia...; voy a ver si puedo socorrerle.

Pero cuando acudió al lugar donde el hombre estaba caído en el suelo, encontró a un viejo tembloroso, de mirada inmóvil. Y a pesar de todo el trabajo que se tomó Zaratustra para enderezarlo y ponerlo en pie, todos sus esfuerzos resultaron vanos. El desgraciado no parecía darse cuenta que alguien estaba junto a él; por el contrario, haciendo gestos impresionantes como el que se halla abandonado y aislado del mundo entero. Sin embargo, al fin, después de muchos estremecimientos, sobresaltos y contracciones sobre sí mismo, comenzó a lamentarse así:

—¿Quién me da calor, quién me ama todavía?
 ¡Tendedme manos calientes!
 ¡Ofrecedme corazones ardientes!
 ¡Tendido, estremecido,
 moribundo a quien calientan
 los pies entumecidos!...
 Por ignorada fiebre sacudido,
 temblando entre los agudos témpanos de escarcha;
 ¡por ti, pensamiento, acosado!
 ¡Cazador tras de nubes!
 ¡Innombrable! ¡Espantoso! ¡Oculto!;
 por ti fulminado;
 ojo burlón que en la oscuridad me contempla,
 aquí estoy echado,
 me doblo y me retuerzo, atormentado,

por todos los martirios eternos,
herido
por ti, cazador de los más crueles;
por ti, el dios desconocido...

¡Hierde más fuerte!
¡Hierde otra vez más!
¡Traspasa, desgarta este corazón!
¿Por qué con flechas despuntadas
me has de atormentar?
¿Qué miras todavía
—en tus ojos burlones un divino fulgor—,
tú, a quien no cansa el humano dolor?
¿No quieres matar?
¿Solamente quieres martirizar, martirizar?
¿Y por qué me has de martirizar?
¿Por qué me has de martirizar,
Dios desconocido y burlón?

¡Ah! ¡Ah!
¿Acercándote, te arrastras
en medio de esta noche?...
¿Qué quieres?
¡Habla!
Me empujas y me oprimes...
¡Damasiado cerca estás ya!
¡Celoso! ¡Mi corazón espías!
Me oyes respirar.

¿De qué estás celoso?
¡Quita allá! ¡Quita allá!
¿Para qué esta escala?
¿Quieres penetrar,
introducirte en mi corazón,
entrar en mis más ocultos pensamientos?
¡Desvergonzado! ¡Desconocido! ¡Ladrón!
¿Qué quieres robar?
¿Qué quieres escuchar?
Tú, el... dios-verdugo,
con tus tormentos,
qué quieres arrancar?
¿Es que como un perro
me debo ante ti humillar?
¿Y para ofrecerte mi amor,
abandonándome, ebrio y ausente de mí
me debo arrastrar?

¡Es en vano!
 ¡Hierre todavía!
 ¡Cruelísimo aguijón!
 No soy un perro, sino tu caza.
 ¡Cazador de cruel corazón!
 Tu prisionero más orgulloso.
 ¡Habla, por fin,
 salteador que escondido en las nubes
 estás al acoso!
 ¡Habla! ¡Desconocido
 que tras los relámpagos
 estás escondido!
 ¿Qué quieres, qué quiere de mí,
 tú, que en los caminos acechas...?
 ¿Cómo?
 ¿Un rescate?
 Y, como rescate, ¿qué es lo que tú quieres,
 que estás esperando?
 ¡Pide mucho!... ¡Te lo aconseja mi orgullo!
 y habla poco..., te lo aconseja mi otro orgullo!
 ¡Ah! ¡Ah!
 ¿Es a mí a quien quieres?,
 ¿soy yo, todo yo, lo que prefieres?...
 ¡Ah! ¡Ah!
 ¿Y tú, loco, me martirizas,
 torturas mi orgullo?
 ¡Dame amor!
 ¡Quién me ama todavía?
 ¿Quién, aún, me da color?
 ¡Tendedme manos calientes!
 ¡Ofrecedme corazones ardientes!
 A mí, al más solitario
 —a quien el hielo hace languidecer siete veces
 a la busca de los enemigos,
 de los mismos enemigos—,
 ofrécete, sí, abandónate...
 ...a mí, tú, el más cruel enemigo...
 ¡Ha huido!
 ¡Hasta mi compañero único,
 mi gran enemigo,
 mi desconocido,
 mi dios-verdugo!...
 ¡Ha huido!

...¡No!
 ¡Vuelve!
 ¡Con todos tus suplicios;
 pero vuelve!
 ¡Vuelve al último solitario!
 ¡Todas mis lágrimas
 hacia ti su ruta orientan!
 ¡Y de mi corazón la postrera llama
 para ti despierta!
 ¡Vuelve,
 mi dios desconocido, dolor mío,
 dicha mía postrera!

2

PERO al llegar a este punto no pudo Zaratustra contenerse más tiempo; cogió su palo y dio con todas sus fuerzas al que se lamentaba.

—¡Deténte—exclamó, con una risa llena de cólera—, deténte, histrión! ¡Monedero falso! ¡Mentiroso inveterado! ¡Te reconozco perfectamente! ¡Quiero quemarte los pies, siniestro encantador; sé perfectamente cómo hay que asar a los de tu especie!

—¡Acaba—dijo el viejo, levantándose de un salto—, ¡oh Zaratustra!, no me golpees más! ¡Todo esto no ha sido sino una broma! ¡Estas cosas forman parte de mi arte; te he querido someter a prueba, con esta prueba! ¡Y, en verdad, bien has penetrado en mis pensamientos! Pero también tú..., no es pequeña prueba que me has dado de ti mismo. ¡Eres duro, sabio Zaratustra! Golpeas duramente con tus verdades. ¡Tu bastón nudoso me obliga a confesar... esta verdad!

—No me adules—respondió Zaratustra, que continuaba irritado y con el semblante sombrío—, alma de histrión! Eres una falsa apariencia; ¿por qué hablas de... verdad? Tú, el pavo entre los pavos, mar de vanidad, ¿qué es lo que representabas delante de mí, siniestro encantador? ¿En quién debía yo creer cuando así te lamentabas?

—Yo representaba al expiador del espíritu—res-

pondió el anciano—; tú mismo inventaste hace tiempo esta palabra...; representaba al poeta, al encantador que acaba por volver su espíritu contra sí mismo, al que está transformado, y que hiela su mala ciencia y su mala conciencia. Y confíésalo francamente, Zaratustra; ¡has necesitado tiempo para descubrir mis artificios y mis embustes! ¡Cuando sostenías mi cabeza entre tus manos, creías en mi miseria... Te he oído gemir: «¡Se le ha amado demasiado poco, demasiado poco!» Lo que interiormente hacía regocijarse a mi perversidad era el haberme engañado hasta ese punto.

—Debes haber engañado a otros más sagaces que yo—respondió Zaratustra, con dureza—. Yo no estoy en guardia contra los engañadores; es preciso que me abstenga de tomar precauciones; así lo quiere mi suerte. Pero tú..., es preciso que engañes; ¡te conozco lo bastante para saberlo! Es preciso que tus palabras tengan un doble, un triple, un cuádruple sentido. ¡Incluso lo que acabas de confesarme en este momento, no era para mí bastante verdadero ni bastante falso! ¿Cómo sabrías proceder de otro modo, perverso monedero falso? Disfrazarías incluso tu propia enfermedad si te mostraras desnudo delante de tu médico. Así has disfrazado en mi presencia tu mentira, cuando decías: ¡No lo he hecho sino por broma! Pero también había seriedad en ello, ¡eres algo semejante a un expiador del espíritu! Te adivino bien: has llegado a transformarte en el encantador de todo el mundo; pero, con respecto a ti mismo, ya no te queda ni mentira ni astucia..., ¡te has desencantado a ti mismo! Has cosechado el tedio con tu verdad única. Ninguna palabra es en ti verdadera, pero tu boca lo es todavía; es decir, el tedio que llena tu boca...

—¿Y quién eres tú?—exclamó en este momento el viejo encantador, con voz alterada—. ¿Quién tiene derecho a hablarme así, a mí, que soy el más grande de los vivos de hoy?—y la verde mirada de sus ojos cayó sobre Zaratustra. Pero al punto se transformó y dijo tristemente—: «¡Oh Zaratustra, estoy cansado de todo esto, mis artes me repugnan, yo no soy grande! ¡De qué serviría fingir! ¡Pero tú bien sabes

que he buscado... la grandeza! Yo quería representar un gran hombre, y ha habido muchos a quienes he convencido; pero esta mentira ha sido superior a mis fuerzas: me estrelló contra ella. ¡Oh Zaratustra, de mí todo es mentira; pero yo me destruyo..., esto es cierto!...»

—Te honra—replicó Zaratustra, con aire sombrío y la mirada baja—, te honra haber buscado la grandeza, pero también esto te traiciona. No eres grande. Viejo y siniestro encantador; lo que hay de mejor y más honrado en ti, lo que yo celebro en ti es que estés cansado de ti mismo y que hayas exclamado: «Yo no soy grande.» Por esto te honro como a un expiador del espíritu, y aun cuando esto sólo ha durado un abrir y cerrar de ojos..., en este momento has sido verídico. Pero, dime: ¿Qué buscas aquí, en mis selvas, entre mis rocas? Y si es por mí por quien te has acostado en mi camino, ¿qué prueba quieres de mí?... ¿Con qué querías tentarme?...

Así hablaba Zaratustra y sus ojos centelleaban. El viejo encantador hizo una pausa; después dijo:

—¿Es que te he tentado? Yo sólo hacía buscar... ¡Oh Zaratustra, yo busco a alguien veraz, recto, sencillo, alguien sin fingimientos, un hombre todo probidad, un vaso de sabiduría, un santo del conocimiento, un hombre! ¡Oh Zaratustra! ¿No lo sabes, por ventura? Yo busco a Zaratustra.

Hubo entonces un prolongado silencio por parte de ambos. Zaratustra se sumió en profunda meditación y cerró los ojos. Después, llegando hasta su interlocutor, cogió la mano del encantador y dijo, lleno de delicadeza y astucia:

—¡Pues bien; allá arriba está el camino que conduce a la cueva de Zaratustra! En mi cueva puedes buscar a quien desearías encontrar. Pide consejo a mis animales, a mi águila y a mi serpiente; ellas te ayudarán a encontrarle. Sin embargo, mi cueva es grande. Cierto es que yo mismo todavía no he visto un gran hombre. La mirada más sutil es todavía demasiado torpe para percibir al que es grande. Éste es el reinado del populacho. ¡He visto ya a tantos que se estiraban y se inflaban, mientras el pueblo exclamaba: «Ved, pues; he aquí un gran hombre.»

¡Pero de qué valen todos los fuelles de la fragua! Siempre acaba por escaparse de ellos el viento. La rana, la rana que se ha inflado demasiado acaba siempre por estallar; entonces el viento se escapa de ella. He aquí a lo que yo llamo una juiciosa distracción: hundir un punzón en el vientre de un inflado; ¡Prestad oído a esto, hijos míos! Nuestro hoy pertenece al populacho. ¿Quién puede saber todavía lo que es grande o pequeño? ¿Quién buscaría todavía la grandeza con éxito? Todo lo más, un loco; y los locos triunfan. ¡Tú buscas los grandes hombres, loco extraño! ¿Quién te ha enseñado a buscarlos? ¿Es hoy el momento oportuno para esto? ¡Oh maligno investigador..., ¿por qué me tientas?...

Así hablaba Zaratustra, y, aliviado el corazón y riéndose, prosiguió su camino.

FUERA DE SERVICIO

Poco después de haberse librado del encantador, Zaratustra vio a alguien sentado a la vera del camino que recorría: un hombre alto y negro, con un rostro delgado y pálido. El aspecto de este hombre le contrarió enormemente.

—Desgraciado de mí—dijo a su corazón—, veo la aflicción enmascarada; este rostro me parece que pertenece a la clericalla; ¿qué quieren estas gentes en mi reino? ¡Cómo! ¡Acabo apenas de escaparme de este encantador y ya otro nigromante pasa por mi camino!... Un mago cualquiera que impone las manos, un sombrero de milagros por la gracia de Dios, un difamador del mundo, lleno de unción; ¡que el diablo se lo lleve! Pero nunca se encuentra al diablo cuando de él se necesita; ¡siempre llega demasiado tarde este maldito pata-coja!

Así blasfemaba Zaratustra con el corazón impaciente, y pensaba cómo podría conseguir pasar ante el hombre negro sin ser visto; pero he aquí que no pudo lograrlo. Porque en el mismo instante, el que estaba sentado enfrente de él, advirtió su presencia; y, semejante a aquel para quien acontece una feli-

cidad inesperada, se puso en pie y se dirigió hacia Zaratustra.

—¡Quienquiera que seas, viajero errante—dijo—, ayuda a un extraviado que busca un anciano a quien pudiera acontecerle aquí una desgracia! Éste es para mí un mundo extraño y lejano, hasta he oído aullar a los animales salvajes; y el que pudiera ofrecerme asilo, ha desaparecido él también. He buscado al último hombre piadoso, un santo y un ermitaño que, aislado, no había oído decir en su selva lo que hoy conoce todo el mundo.

—¿Qué es lo que hoy día sabe todo el mundo?—preguntó Zaratustra—. ¿Es tal vez que el antiguo Dios ya no existe, el Dios en que todo el mundo creía hace tiempo?

—Tú lo has dicho—respondió el viejo, entristecido—, y yo he servido a este antiguo Dios hasta el último momento. Pero ahora estoy fuera de servicio, estoy sin amo, y a pesar de ello, no soy libre; además, no estoy nunca contento si no es recordando. Por esto he subido a estas montañas, para celebrar nuevamente una fiesta..., como conviene a un viejo papa y a un viejo padre de la iglesia—¡porque has de saber que yo soy el último papa!...—; una fiesta de piadosos recuerdos y de culto divino. Pero ahora está él también muerto, el más piadoso de los hombres, este santo de la selva que no cesaba de dar gracias a Dios por medio de canciones y rezos. Ya no le he vuelto a encontrar cuando he descubierto su choza...; pero he visto a dos lobos que aullaban a causa de su muerte..., porque le amaban todos los animales. Entonces he huido. ¿He venido, pues, en vano a estas selvas a estas montañas? Mi corazón se ha decidido a buscar otro, al más piadoso de todos los que no creen en Dios..., ¡se ha decidido a buscar a Zaratustra!

Así hablaba el anciano y contemplaba con penetrante mirada al que tenía en pie ante él; Zaratustra tomó la mano del viejo papa y le contempló con admiración largo rato.

—Mira esta mano tuya, venerable, esta mano larga y delgada ¡Es la mano de alguien que siempre ha dado la bendición, mas en este momento estrecha al

que tú buscas, a mí, a Zaratustra. Yo soy Zaratustra, el impío, el que dice: ¿quién hay que sea más impío que yo, para que me regocije con su enseñanza?

Así hablaba Zaratustra, penetrando con su mirada los pensamientos y el fondo de los pensamientos del viejo papa. Por fin, éste comenzó a decir:

—El que más le amaba y el que más le poseía es también el que más lo ha perdido...; mira, yo creo que de nosotros dos soy yo el más impío. Mas, ¿quién podría alegrarse de ello?

—¿Le has servido hasta el fin?—preguntó Zaratustra, pensativo, después de un profundo y prolongado silencio—. ¿Sabes cómo ha muerto? ¿Es cierto lo que se dice, que es la piedad la que lo ha matado? ¿La piedad de ver al hombre colgado de la cruz, sin poder soportar que su amor por los hombres llegara a ser su infierno y a la postre su muerte?

El viejo papa no respondió, pero miró de lado con un aire huraño y una expresión dolorosa y sombría en el rostro.

—Deja que se vaya—continuó Zaratustra, después de reflexionar prolongadamente, mirando siempre al viejo al blanco de los ojos—. Deja que se vaya, está perdido. Y aunque te honre no hablar sino bien de este muerto, sabes tan bien como yo quién era y los extraños caminos que seguía.

—Para hablar entre tres ojos—dijo el papa, que era tuerto, tranquilizado de nuevo—acerca de las cosas de Dios, yo estoy más iluminado que Zaratustra mismo..., y tengo el derecho de estarlo. Mi amor ha servido a Dios durante largos años, mi voluntad ha obedecido por doquier a su voluntad. Pero un buen servidor lo sabe todo y también ciertas cosas que su amo se oculta a sí mismo. Éste era un Dios oculto, lleno de misterios. En verdad, su mismo hijo vino a él por caminos desviados. A las puertas de su creencia existe el adulterio. El que alaba a Dios como Dios del amor, no se ha formado una idea bastante elevada sobre el amor. ¿No quería este Dios ser también juez? Pero, el que ama, ama más allá del castigo y de la recompensa. En su juventud, este Dios de oriente era duro y sediento de venganza; edificó un infierno para divertir a sus favoritos.

Pero acabó por envejecer y hacerse blando, y tierno, y compasivo, pareciéndose más a un abuelo que a un padre; pero, pareciéndose todavía más a una abuela vacilante y decrepita. Con el rostro arrugado estaba sentado al amor de la lumbre, siempre inquieto por la debilidad de sus piernas, cansado del mundo, cansado de querer; y acabó un día ahogado por su excesiva piedad...

—Viejo papa—interrumpió Zaratustra—, ¿has visto tú esto con tus propios ojos? Es posible que esto haya sucedido así; así y también de otro modo. Cuando los dioses mueren, mueren siempre de muchas clases de muerte. ¡Pues bien! ¡De tal o cual manera, ya no existe! Repugnaba a mis ojos y a mis oídos; no quería echarle en cara nada peor. Yo amo todo lo que tiene transparente la mirada y que habla francamente. Pero él—bien lo sabes tu, viejo sacerdote— tenía algo de tu casta, de la casta de los curas..., era equívoco. Además, tenía el espíritu confuso. ¡Cuánta ojeriza nos cobró este iracundo por haberle comprendido mal! Pero ¿por qué no ha hablado con más claridad? Y si el defecto estaba en nuestros oídos, ¿por qué nos dio unos oídos que le oían mal? Si había barro en nuestros oídos, ¡vamos a ver!, ¿quién lo había metido allí? A este alfarero que no había terminado su aprendizaje hubo demasiadas cosas que le salieron mal. Pero que se haya vengado en sus cacharos y en sus criaturas porque le habían salido mal..., esto fue un pecado contra el buen gusto. Dentro de la piedad hay también un buen gusto; este buen gusto ha acabado por decir: «¡Quitadnos semejante Dios! ¡Antes mejor no tener ninguno, antes mejor organizar los destinos por cuenta propia, antes mejor estar locos, antes mejor ser Dios uno mismo!

—¿Qué es lo que oigo?—dijo en este punto el viejo papa, aguzando el oído—. ¡Oh Zaratustra, tú eres más piadoso de lo que crees, con tal incredulidad! Para ello ha debido de haber algún dios que te ha convertido a tu impiedad. ¿No es tu misma piedad la que te impide creer en Dios? ¡Tu excesiva lealtad terminará por llevarte más allá del bien y del mal! ¡Mira lo que para ti está reservado. Tú tienes dos

ojos, una mano y una boca que están predestinados a bendecir por toda la eternidad. No se bendice únicamente con la mano. A tu lado, aunque tú quieres ser el más impío, advierto un secreto olor que para mí es, al mismo tiempo, benéfico y doloroso. ¡Oh Zaratustra, déjame ser tu huésped por una sola noche! ¡En ningún sitio de la tierra me sentiré más a gusto que a tu lado!...

—¡Amén! ¡Qué así sea!—exclamó Zaratustra, grandemente asombrado—. Allá arriba está el camino que conduce a la cueva de Zaratustra. En verdad, me gustaría conducirte allí yo mismo, venerable, porque amo a todos los hombres piadosos. Pero ahora un grito de angustia me llama urgentemente lejos de ti. En mis dominios, ninguna desgracia debe acontecer a nadie; mi cueva es un puerto seguro. Y me gustaría volver a poner en tierra firma y sobre pies bien sólidos a todos los tristes. ¿Pero quién te quitaría tu melancolía de sobre los hombros? Yo soy demasiado débil para esto. En verdad, tendríamos que aguardar mucho tiempo hasta que alguien te resucitara tu Dios. Porque este Dios antiguo ya no vive: está absolutamente muerto...

Así hablaba Zaratustra.

EL MÁS FEO DE LOS HOMBRES

Y una vez más Zaratustra recorrió bosques y montañas. Sin cesar buscaban sus ojos, sin que en ninguna parte consiguieran encontrar lo que él quería ver, el desesperado a quien el gran dolor arrancaba tales gritos de angustia. A lo largo del camino se alegraba en su corazón y estaba lleno de agradecimiento:

—¡Cuántas cosas buenas me ha dado este día, sin duda en compensación del mal comienzo que ha tenido! ¡Qué interlocutores tan extraños he encontrado! ¡Por el momento, voy a rumiar largo tiempo sus palabras, como si se tratara de un buen grano; mis dientes las masticarán y remasticarán sin descanso, hasta que corran en el alma como leche!...

Pero, en un recodo del camino que dominaba una roca, el paisaje cambió de improviso y Zaratustra penetró en el reino de la muerte. Allí se elevaban arrecifes rojos y negros y no se advertía ni hierba ni un árbol, ni el canto de un pájaro. Pues era un valle del que todos los animales, huían incluso los animales salvajes; únicamente una especie de grandes serpientes verdes, de horrible aspecto, venían a morir allí cuando llegaba el fin de su vida. Por esto los pastores llamaban a este valle Muerte de las Serpientes.

Zaratustra se abismó en negros recuerdos, pues le parecía haberse ya encontrado en este valle. Y una pesadez agobiante presionó su espíritu: de suerte que comenzó a caminar lentamente, cada vez más lentamente, hasta que al fin concluyó por detenerse. Mas entonces, como abriera los ojos, vio algo que estaba sentado a la vera del camino, algo que tenía figura humana y que, sin embargo, apenas tenía nada de humano..., algo indescriptible. Y, bruscamente, Zaratustra fue acometido de una gran vergüenza por haber visto con sus ojos semejante cosa: ruborizándose hasta la raíz de sus blancos cabellos, volvió su mirada, y ya emprendía de nuevo la marcha, a fin de abandonar aquel lugar nefasto, cuando, de repente, un rumor se elevó del triste desierto: ascendió del suelo una especie de gluglú, y de gorgoteo como cuando el agua barbotea y hace gluglú en la noche en una cañería obturada; este ruido acabó por transformarse en una voz humana...; esta voz decía:

—¡Zaratustra, Zaratustra! ¡Adivina mi enigma! ¡Habla, habla! ¿Cuál es la venganza contra el testigo? ¡Deténte y vuelve atrás, eso está a cubierto de escarcha! ¡Pon cuidado, no vaya tu orgullo a romperse aquí las piernas! ¡Oh Zaratustra orgulloso, tú te crees sabio! ¡Adivina, pues, el enigma, tú que quiebras las nueces más duras...; adivina el enigma que soy yo! ¡Habla, pues, ¿quién soy yo?

Pero cuando Zaratustra hubo escuchado estas palabras..., ¿qué pensáis vosotros que pasó en su alma? Se llenó de compasión; y se desplomó de golpe, como una encina que habiendo resistido largo tiempo al hacha de los podadores se desploma de repen-

te pesadamente, espantando a los mismos que querían derribarla. Mas en seguida se levantó del suelo con una expresión de dureza marcada en su rostro.

—Te reconozco perfectamente—dijo con voz de bronce—: tú eres el asesino de Dios. Déjame marchar. ¡Tú no has soportado al que te veía..., al que te veía constantemente, en todo tu horror, tú, el más feo de los hombres! ¡Te has vengado de este testigo!

Así hablaba Zaratustra y se disponía a continuar su camino; pero el indescriptible se agarró a un faldón de sus vestidos y comenzó a barbotear de nuevo y a buscar sus palabras.

—¡Quédate!—dijo al fin—. ¡Quédate! ¡No pases de largo! He adivinado cuál era el hacha que te ha derribado. ¡Albricias, Zaratustra, por verte en pie nuevo! Tú has adivinado, lo sé bien, lo que en su alma siente el que ha matado a Dios..., el asesino de Dios: ¡Quédate! Siéntate a mi lado, que no será en balde. ¿Hacia quién iría yo, sino hacia ti? Quédate, siéntate. ¡Pero no me mires! ¡Honra de ese modo... a mi fealdad! Me persiguen: ahora tú eres mi refugio supremo. No es que me persigan con su odio ni con sus guardias. ¡Oh, yo me burlaría de semejantes persecuciones, serían mi orgullo y mi alegría! ¿No fueron alcanzados, hasta ahora, los más grandiosos éxitos por los que más perseguidos se vieron? Y el que mucho persigue aprende fácilmente a seguir..., ¿no lo está ya efectuando... por detrás? Pero es su compasión..., es su compasión lo que yo rehúyo, y contra ello busca en ti un refugio. ¡Oh Zaratustra, tú, mi supremo refugio, tú, el único que me has adivinado, protéjeme! ¡Tú has adivinado lo que siente en su alma el que mató a Dios! ¡Quédate! Y si quieres marcharte, impaciente viajero, no tomes el camino que yo he traído. Este camino es malo. ¿Vas a guardarme rencor porque al cabo de demasiado tiempo chapurreo así mis palabras, porque ya me permito darte consejos? Mas sábelo, yo soy el más feo de todos los hombres. El de más grandes y pesados pies. Doquiera por donde yo he pasado, es malo el camino; yo desfondo y destruyo todos los caminos. Pero bien he visto que querías pasar en silencio por mi lado y he observado que te sonrojabas; en ello adivino que

tú eras Zaratustra. Otro cualquiera me hubiera arrojado su limosna, su compasión con la mirada y con sus palabras. Pero no soy bastante mendigo para aceptar limosna: tú lo has adivinado. ¡Soy demasiado rico, rico en cosas grandes y formidables, las más feas y las más indescriptibles! ¡Oh Zaratustra, tu vergüenza me honra! Con gran trabajo he escapado a la muchedumbre de los misericordiosos, con el fin de encontrar al único que entre todos enseña hoy día que «la compasión es importuna»... ¡A ti, Zaratustra!... Ya se trate de la piedad de un Dios o de la piedad de los hombres, la compasión es una ofensa al pudor. Y el rehusar ayuda puede ser más noble que esa virtud, demasiado presurosa en socorrer. Es a esta virtud a la que la gentecilla considera hoy día como la virtud por excelencia: no tienen nada de respeto para el gran infortunio, para la gran fealdad, para la gran deformidad. Mi mirada pasa por encima de todos éstos, como la mirada del mastín pasa por encima de los bulliciosos rebaños de ovejas. Son seres pequeños, grises y lanudos, llenos de buena voluntad y de espíritu gregario. Como la garza que con la cabeza erguida lanza con desprecio su mirada sobre la superficie de quietos estanques, así dirijo yo desdeñosamente mi vista sobre el gris hormigueo de las insignificantes olas, de las voluntades pobres, de las almas ruines. Demasiado tiempo se le ha dado la razón a esta gentecilla: y de este modo se ha acabado por darles el poder... Y ahora ellos predicán: «Nada es bueno sino lo que la gentecilla llama bueno». Y lo que hoy día se llama «verdad», es lo que enseña este predicador salido de sus filas, este extraño santo, este abogado de las gentes ruines, que afirmaba de sí mismo «yo soy... la verdad». Este presuntuoso ha sido la causa de que desde hace mucho tiempo las gentes ruines se den importancia... Al enseñar «yo soy la verdad», ha enseñado un error craso. ¡Oh Zaratustra! Tú, sin embargo, pasaste ante él diciendo: «¡No! ¡No! ¡Tres veces no!» ¿Se dio nunca respuesta más cortés a semejante presuntuoso? Tú has puesto a los hombres en guardia contra su error, tú fuiste el primero en poner en guardia contra la piedad... hablando, ni

para todo el mundo ni para nadie, sino para ti y tu especie. Tú tienes vergüenza de la vergüenza de los grandes sufrimientos. Y en verdad, cuando dices: «De la compasión se eleva una gran nube, ¡oh, humanos, estad alerta!» Y cuando enseñas: «Todos los creadores son duros, todo amor grande es superior a su piedad», entonces, ¡oh Zaratustra, cuán bien me parece conocer los signos del tiempo! Pero tu mismo..., ¡guárdate de tu propia piedad! Porque hay muchos que hacia ti caminan, muchos de aquellos que se ahogan y se hielan... Al mismo tiempo, yo igualmente te pongo en guardia contra mí mismo. Tú has adivinado mi mejor y mi peor enigma..., quién era yo y lo que he hecho. Yo conozco el hacna que puede derribarte. No obstante..., fue preciso que murieses: él miraba con ojos que lo veían todo..., veía las profundidades y los abismos del hombre, todas sus disimuladas fealdades y vergüenzas. Su piedad no conocía el pudor: descubría hasta los repliegues más inmundos de mi ser. Fue preciso que muriera este curioso entre todos los curiosos, este indiscreto, este misericordioso. A mí me veía constantemente. Fue preciso que me vengase de semejante testigo; si no, preferible dejar yo mismo de vivir. ¡El Dios que lo veía todo, incluso al hombre, tal Dios debía morir! ¡El hombre no soporta que viva semejante testigo!

Así hablaba el más feo de los hombres.

Pero Zaratustra se levantó, dispuesto a marcharse; se sentía helado hasta en sus entrañas.

—Ser incalificable—dijo—, me has disuadido de seguir tu camino. Para recompensarte, te recomiendo el mío. Mira: allá arriba está la cueva de Zaratustra. Mi cueva es espaciosa y profunda y tiene multitud de recovecos; el más escondido encuentra allí su escondite. Y cerca de ella hay cien hendiduras y cien guaridas para los animales que reptan, que vuelan y que saltan. ¡Oh expatriado que te has desterrado a ti mismo! ¿No quieres vivir en medio de los hombres y de la piedad de los hombres? ¡Pues bien! ¡Haz como yo! Así también tú aprenderás de mí: sólo quien obra aprende. Comienza de antemano por conversar con mis animales! ¡Que el animal más

fiero y el animal más astuto sean para nosotros verdaderos consejeros!

Así hablaba Zaratustra; y continuó su camino, más pensativo y más despacio que antes, porque a sí mismo se preguntaba muchas cosas sin encontrar fácil respuesta.

«¡Cuán miserable es el hombre!—pensaba en su corazón—. ¡Cuán feo, cuán repleto de bilis, cuán lleno de oculta vergüenza! Dicen que el hombre se ama a sí mismo. ¡Ay, cuán grande debe ser este amor por sí! ¡Cuánto desprecio necesita vencer cada día; también aquél se amaba y se despreciaba...; para mí era un gran enamorado y un gran denigrador. Jamás he hallado a nadie que se despreciara tan profundamente: también hay elevación en esto. ¡Ay! ¿Era tal vez éste el hombre superior, cuyo grito de angustia he oído yo? Me agradan los hombres del gran desprecio. Sin embargo, el hombre es algo que debe ser superado...».

EL MENDIGO VOLUNTARIO

DESPUÉS que se separó Zaratustra del más feo de los hombres, sintió la sensación de soledad y de frialdad, porque muchos pensamientos solitarios y glaciales pasaron por su espíritu, de suerte que, a causa de esto, también sus miembros se enfriaron. Mas como trepaba, cada vez más arriba, por montes y valles, unas veces a través de verdes praderas; otras sobre barrancos agrestes y pedregosos, excavados en otro tiempo por algún torrente impetuoso, acabó su corazón por reanimarse y consolarse.

«¿Qué es, pues, lo que me ha acontecido?—se preguntó—. Algo cálido y vivo que debe existir en mi vecindad me reanima. Ya estoy menos solo; presiento a los compañeros, a los desconocidos hermanos que vagan en torno mío; su cálido aliento conmueve mi alma.»

Mas como mirase alrededor de sí buscando a los que habían de servirle de consuelo en su soledad, he aquí que divisó unas vacas reunidas sobre una

altura; de ellas procedían la compañía y el olor que habían reanimado su corazón. Estas vacas parecían seguir atentamente un discurso que se les dirigía, y no prestaban la menor atención al nuevo visitante.

Mas cuando Zaratustra hubo llegado a su lado, oyó distintamente una voz de hombre que entre ellas se elevaba, y era bien visible que todas ellas tenían vuelta la cabeza al lado de su interlocutor.

Entonces Zaratustra escaló a toda prisa la altura y dispersó a los animales, pues temía no hubiera ocurrido allí alguna desgracia, que la compasión de las vacas hubiera difícilmente podido remediar. Pero en esto se equivocaba, pues he aquí que un hombre estaba sentado en tierra y parecía querer persuadir a los animales de que no tuvieran ningún temor ante él. Era un hombre pacífico, un dulce predicador de las montañas, cuyos ojos pregonaban la bondad.

—¿Qué buscas tú por aquí—le interrogó Zaratustra con estupefacción.

—¿Qué que busco aquí?—respondió—. ¡Lo mismo que tú, aguafiestas! Es decir, la felicidad sobre la tierra. Por esto quisiera que estas vacas me enseñasen su sabiduría. Pues sabe que hace ya media mañana que las hablo e iban a responderme. ¿Por qué las has espantado? Si no retrocedemos y no llegamos a hacernos como las vacas, no podemos entrar en el reino de los cielos. Pues hay una cosa que deberíamos aprender de ellas: a rumiar. Y, en verdad, aun cuando el hombre conquistara el mundo entero, si no aprendía esta única cosa, quiero decir a rumiar, ¿de qué le serviría todo lo demás? Porque no se desharía de su gran pesar..., de su gran pesar que hoy se llama hastío. ¿Y quién es el que hoy no tiene llenos de hastío el corazón, la boca y los ojos? ¡Tú también! ¡Tú también! ¡Pero mira estas vacas...!

Así habló el predicador de la montaña; después dirigió su mirada hacia Zaratustra..., pues hasta este momento sus ojos permanecían fijos amorosamente sobre las vacas...; pero, de pronto, cambió su faz.

—¿A quién estoy hablando?—exclamó espantado, levantándose al instante. Éste es el hombre sin hastío; éste es el mismo Zaratustra, el que ha triunfado

del gran hastío; éstos son los ojos, ésta es la boca, éste es el corazón del mismo Zaratustra.

Y así hablando, besaba las manos de aquel a quien se dirigía, y sus ojos se arrasaban de lágrimas; y se comportaba como si un don o un tesoro precioso le hubiese caído del cielo de repente. Las vacas contemplaban todo esto asombradas.

—¡No hables de mí, atrayente y extraño!—respondió Zaratustra, evitando sus caricias—. ¡Háblame primeramente de ti! ¿No eres tú el mendigo voluntario que hace tiempo arrojó lejos de sí su enorme riqueza?... ¿No eres el que sintió vergüenza de la riqueza y de los ricos, el que huyó entre los pobres con el fin de darles su abundancia y su corazón? Mas ellos no te acogieron.

—Bien sabes—dijo el mendigo voluntario—que no me acogieron. Por esto es por lo que acabé yendo al lado de los animales y de las vacas.

—Allí aprendiste—interrumpió Zaratustra—cuánto más difícil es dar buenamente; que el bien dar constituye un arte, la suprema maestría de la bondad hábil.

—Sobre todo, en nuestros días—respondió el mendigo voluntario—, hoy en que todo lo bajo se levanta ferozmente orgulloso de su casta, de la casta populachera. Porque tú sabes perfectamente que ha llegado la hora para la gran insurrección del populacho y de los esclavos; la funesta, prolongada y lenta insurrección ¡crece y crece sin cesar! Hoy día los pequeños se rebelan contra todo lo que sea beneficioso y limosna; ¡que estén alerta los demasiado ricos! Desgraciado de quien, semejante a un panzudo frasco, rezuma lentamente a través de un gollete demasiado estrecho..., porque, al presente, son estos frascos a los que más a gusto se rompe el cuello. Lúbrica codicia, biliosa envidia, áspera sed de venganza, orgullo populachero: todo esto me ha dado en el rostro. No es cierto que los pobres sean bienaventurados. El reino de los cielos está entre las vacas.

—¿Y por qué no entre los ricos?—preguntó Zaratustra para tentarle, mientras impedía que las vacas olisquearan familiarmente al pacífico apóstol.

—¿Por qué me tientas?—respondió éste—, lo sabes mejor que yo. ¡Oh Zaratustra! ¿Qué es, pues, lo que me ha impulsado hacia los más pobres? ¿No fue el asco de nuestros más ricos?... ¿De estos forzados de la riqueza que, con fría mirada, devorado el corazón por pensamientos de lucro, saben sacar provecho de todos los montones de basura..., de toda esta inmundicia, cuya ignominia clama al cielo?...

¿De este populacho dorado y falsificado, cuyos antepasados tenían las uñas largas, buitres o traperos, de esta gente con amabilidad para las mujeres, lúbrica y olvidadiza..., que apenas se diferencia de las prostitutas?

¡Populacho en las alturas! ¡Populacho abajo! ¡Qué importan ya hoy día los «pobres» y los «ricos»! He olvidado de hacer tal distinción y he huido muy lejos, cada vez más lejos, hasta que he llegado al lado de estas vacas.

Así hablaba el apóstol pacífico y respiraba agitadamente y sudaba de emoción con sus propias palabras, de suerte que las vacas se asombraron otra vez. Pero Zaratustra, en tanto que profería estas duras frases, le miraba a la cara con una sonrisa, moviendo silenciosamente la cabeza.

—Te estás violentando, predicador de la montaña, empleandó tan duras palabras. No han nacido tus ojos ni tu boca para semejantes durezas. Ni tampoco tu estómago, según parece: pues en ningún modo fue hecho para nada que sea cólera u odio rebosante. Tu estómago tiene necesidad de alimentos más suaves; tú no eres un carnicero. Antes bien, me pareces herbívoro y vegetariano. Tal vez rumias el grano; en todo caso no estás hecho para los goces carnívoros y te agrada la miel.

—Bien me has adivinado—respondió el mendigo voluntario, con el corazón aliviado—. Me gusta la miel e igualmente rumio el grano, porque he buscado lo que tiene buen gusto y perfuma el aliento. Y también lo que exige mucho tiempo y sirve de pasatiempo y de golosina a los suaves indolentes y a los haraganes. Estas vacas, a decir verdad, ganan a todos en este arte: han inventado el rumiar y el acostarse al sol. También se abstienen de todos los

pensamientos graves y de peso que inflaman el corazón.

—Pues bien—dijo Zaratustra—; también deberías ver a mis animales, a mi águila y a mi serpiente...; hoy día no tienen semejante sobre la tierra. Mira: he aquí el camino que conduce a mi cueva; sé su huésped por esta noche. Y habla con mis animales de la felicidad de los animales, hasta que yo regrese. Porque ahora un grito de angustia me llama con premura lejos de ti. También encontrarás en mi casa miel nueva, miel de doradas colmenas; de una frescura glacial, ¡cómela! ¡Ahora, por mucho que lo sientas, despídete a toda prisa de tus vacas, hombre atraente y extraño! Pues son ellas tus mejores amigos y tus maestros de sabiduría.

—Con la excepción de una solo a quien yo prefiero—respondió el mendigo voluntario—. ¡Oh Zaratustra, tú eres tan bueno y aún mejor que una vaca!

—¡Vete, vete, vil adulador!—exclamó Zaratustra, con cólera—. ¿Por qué quieres corromperme con todas estas alabanzas y con la miel de estas adulación? ¡Vete, vete, lejos de mí—exclamó una vez más, levantando su palo sobre el afectuoso mendigo; pero éste se puso a salvo a toda prisa.

LA SOMBRA

No hacía mucho rato que el mendigo voluntario se había alejado y Zaratustra había tornado a su soledad, cuando detrás de él escuchó una exclamación:

—¡Detente, Zaratustra! ¡Espérame! ¡Soy yo, oh Zaratustra; yo, tu sombra!

No obstante, Zaratustra no esperó, por que de pronto se sintió invadido por el despecho a consecuencia de la gran multitud que se agolpaba en sus montañas.

—¿Dónde está mi soledad? Ya es demasiado todo esto; mis montañas hormiguean de gente; mi reino ya no es de este mundo, tengo necesidad de nuevas montañas. ¡Me llama mi sombra! ¡Qué importa mi

sombra! ¡Si corre en pos de mí... yo huiré de ella!

—Así hablaba Zaratuſtra a su corazón mientras huía; pero el que tras él estaba le seguía; de suerte que eran tres a correr, uno detrás de otro; primero el mendigo voluntario, después Zaratuſtra y en tercero y último lugar, su sombra. Pero no hacía mucho que corrían de tal guisa cuando ya Zaratuſtra se dio cuenta de su locura, y de un golpe arrojó lejos de sí todo su despecho y toda su repugnancia.

—¡Pues qué!—exclamó—. ¿No han acontecido en todo tiempo a nosotros los viejos santos y solitarios, las cosas más extrañas? En verdad, mi locura ha aumentado en las montañas. ¡He aquí que oigo sonar, unas tras de otras, seis viejas pisadas de locos! Mas ¿tiene Zaratuſtra el derecho de tener miedo de una sombra? Del mismo modo acabaré por creer que tiene piernas más largas que yo.

Así hablaba Zaratuſtra a su corazón mientras huía, riendo con sus ojos y con su espíritu. Se detuvo y se volvió bruscamente..., y he aquí que estuvo a punto de arrojar al suelo a su sombra que le persiguía; de tal manera estaba a él pegada y tan débil era. Cuando la contempló con sus ojos se espantó, como ante la repentina aparición de un fantasma. Tan desnutrida, negruzca y gastada estaba la que marchaba a sus talones; tan marcado era su aspecto de acabamiento.

—¿Quién eres tú?—preguntó impetuosamente Zaratuſtra?—. ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué te llamas mi sombra? No me agradas.

—Perdóname que sea yo—respondió la sombra—; pues bien, si no te agrado, ¡oh Zaratuſtra!, te felicito por ello y alabo tu buen gusto. Soy un viajero pegado a tus talones desde hace mucho tiempo; siempre en camino, pero sin objeto y también sin morada, de suerte que me falta bien poco para ser el eterno judío errante, si no fuera porque no soy ni judío ni eterno. ¡Pues qué! ¿Por ventura es preciso que siempre esté en camino, siempre errante, empujado por el torbellino de todos los vientos? ¡Oh tierra, te has hecho demasiado redonda para mí! Me he posado ya sobre todas las superficies, y semejante a polvo cansado, me he dormido sobre los

espejos y sobre los cristales. Todo toma de mí substancia, nada me da nada, voy adelgazando... Poco falta para que no sea más que una sombra. Pero es a ti, ¡oh Zaratustra!, a quien más tiempo he seguido y perseguido, y aunque me he ocultado de ti, no por ello dejaba de ser tu sombra más fiel; doquiera que te posabas tú, me posaba yo también. He errado en pos de ti a través de los mundos más fríos y más lejanos, semejante a un fantasma que se recrea corriendo sobre la nieve y sobre los tejados blanqueados por el invierno. En pos de ti he aspirado a todo lo prohibido, lo malo y lo más lejano; y si alguna hay en mí es que nunca me ha dado miedo ninguna prohibición. En pos de ti he destruido lo que alguna vez adoró mi corazón, he derribado todas las murellas y todas las imágenes, corriendo tras los deseos más peligrosos..., en verdad, he pasado una vez por todos los crímenes. ¡En pos de ti he perdido la fe en las palabras, en los valores consagrados y en los nombres grandes! Cuando muda de piel el diablo, ¿no cambia al mismo tiempo de nombre? Pues este nombre es, igualmente, una piel. Tal vez el mismo diablo sólo es una piel. «Nada es verdadero, todo está permitido»; así me hablaba para animarme. Me he lanzado de cabeza y de todo corazón a las aguas más heladas. ¡Ay! ¡Cuántas veces he salido de semejantes aventuras, desnudo y rojo como un cangrejo cocido! ¡Ay! ¿Qué he hecho yo con todo el pudor, con toda la bondad y con toda la fe de los buenos? ¡Ay! ¿Dónde está aquella inocencia mentirosa que poseía antaño, la inocencia de los buenos y de sus nobles mentiras? En verdad, con demasiada frecuencia he seguido a la verdad en sus talones; entonces ella me ha golpeado el rostro. Algunas veces creía mentir y, he aquí, era entonces cuando únicamente tocaba yo la verdad Demasiadas cosas son, al presente, claras para mí; por esto ya nada me importa. Nada de lo que amo vive ya... ¿Cómo podría todavía amarme a mí mismo? Vivir como me plazca o no vivir en absoluto; esto es lo que yo quiero, e igualmente es esto lo que quiere el más santo. Mas, ¡ay!, ¿cómo habría aún en ello un placer para mí? ¿Hay aún en ello para mí... una finalidad? ¿Un

puerto hacia donde se lance impetuosa mi vela? ¿Un buen viento? ¡Ay! Sólo quien conoce adonde va, conoce igualmente cuál es para él el buen viento, el viento propicio. ¿Qué me ha quedado? Un corazón cansado e insolente; una voluntad inestable; unas alas buenas para revolotear, una espina dorsal quebrada. Estas pesquisas para encontrar mi morada —bien lo sabes, ¡oh Zaratustra!—, estas pesquisas han constituido mi más cruel prueba: ella me devora. ¿Dónde está mi morada? Por ella pregunto; ella es lo que busco, lo que he buscado, sin hallarlo. ¡Oh eterno por doquier; oh eterno en ningún lugar; oh eterno... en vano!

Así hablaba la sombra, y el rostro de Zaratustra se alargaba con sus palabras.

—¡Tú eres mi sombra!—dijo al fin, con tristeza—. ¡No es pequeño peligro el que corres, espíritu libre y viajero! Has tenido un mal día; ¡pon cuidado para que no vaya seguido de peor noche! Los vagabundos como tú acaban por sentirse felices aun en una prisión. ¿Has visto alguna vez cómo duermen los criminales en la cárcel? Duermen en paz, disfrutan de su nueva seguridad. ¡Pon cuidado para que no se adueñe de ti una fe estrecha, una ilusión dura y severa! Porque en adelante serás seducido y tentado por todo lo limitado y real. Has perdido la finalidad. ¡Ay! ¿Cómo podrás condolerte o consolarte de esta pérdida? No has perdido también del mismo modo... tu camino? ¡Pobre sombra errante, espíritu vagabundo, cansada mariposa! ¿Quieres tener un descanso y un asilo para esta noche? ¡Sube hacia mi cueva! Hacia allá arriba asciende el camino que conduce a mi cueva. Y ahora quiero huir lejos de ti a toda prisa. Ya siento que pesa sobre mí como una sombra. Quiero correr solo, para que vuelva a clarear alrededor de mí. Por eso debo todavía mover alegremente mis piernas. No obstante, esta noche... ¡se bailará en mi morada!

Así hablaba Zaratustra.

EN PLENO MEDIODÍA

Y Zaratuſtra proſiguió caminando y caminando, pero ya no encontró a nadie más. Permanecía sólo, y no hacía en todo momento ſino encontrarse a ſí mismo. Y entonces disfrutó de ſu ſoledad, ſaboreó ſu ſoledad y pensó en agradables cosas..., durante horas enteras. A la del mediodía, cuando el ſol ſe halló exactamente encima de la cabeza de Zaratuſtra, pasó ante un viejo árbol desprovisto de ramas y cubierto de nudos, que estaba totalmente abrazado por el eſpléndido amor de una parra, de modo que no ſe distinguía ſu tronco; de eſte árbol colgaban doradas uvas, ofreciéndose pródigamente al viajero. Entonces, Zaratuſtra ſintió deseos de calmar ſu ligera ſed arrancando un racimo de uvas, y cuando extendía ſu mano para cogerlo, otro deseo, más violento todavía, ſe apoderó de él: el deseo de tenderse al pie del árbol para dormir en pleno mediodía.

Es lo que hizo Zaratuſtra; y, apenas ſe había acostado—en el ſilencio y en el ſecreto de la brillante hierba—, cuando ya había olvidado ſu ſed y dormitaba. Porque, como dice el proverbio de Zaratuſtra, «una cosa es más necesaria que otra». Pero ſus ojos permanecieron abiertos, pues no ſe cansaba de contemplar y alabar al árbol y al amor de la parra. Y, durmiéndose, Zaratuſtra habló así a ſu corazón:

«¡Silencio! ¡Silencio! ¿No acaba de consumarse el mundo? ¿Qué es, pues, lo que me sucede? Como el viento delicioso que danza, ligero, ligero como una pluma, ſobre las centelleantes escamas de oro del mar..., así el ſueño danza ſobre mí. No me cierra los ojos, deja mi alma despierta. En verdad, es ligero, ligero como una pluma. Me persuade no sé cómo. Me toca interiormente con mano acariciadora, me obliga. Sí, me obliga, de modo que mi alma ſe ensancha... ¡Cómo ſe eſtira, cansada, mi alma extraña! ¿Llegó para ella, en pleno mediodía, la noche de un séptimo día? ¿Erró feliz demasiado tiempo entre las cosas buenas y maduras? Se eſtira y ſe eſti-

ra..., todo lo larga que es; está tranquilamente acostada, mi alma extraña. Ha gustado ya demasiadas cosas buenas; esta tristeza dorada la oprime: tuerce el gesto... Como una barca que ha penetrado en su más tranquila bahía..., así ella se arrima ahora a tierra, cansada de largos viajes y de inseguros mares. ¿No es la tierra más fiel que el mar? Como una barca se acuesta y se oprime contra la tierra..., pues así bastará que una araña teja su hilo desde la tierra hasta ella, sin que haya necesidad de una amarra más fuerte. Como una barca cansada en la más tranquila bahía; así, yo también, reposo ahora al lado de la tierra fiel, lleno de confianza y unido a tierra, en la espera, por los más tenues hilos. ¡Oh felicidad, felicidad! ¡No cantes, alma mía! Acostada estás en la hierba. Ésta es la hora misteriosa y solemne en que ningún pastor hace sonar su flauta. ¡Ten cuidado! El calor del mediodía reposa sobre las praderas. ¡No cantes! ¡Guarda silencio! El mundo se ha consumado. ¡No cantes, alma mía, pájaro de las praderas! ¡No murmures siquiera! ¡Contempla... en silencio! El viejo mediodía duerme, mueve sus labios; ¿no está bebiendo en este instante una gota de felicidad...? Una vieja gota brillante de dorada felicidad, de vino dorado?; su sonriente felicidad se desliza furtivamente hacia él. Así es como ríe... un dios. ¡Silencio! «¡Qué poco hace falta para contentar a la felicidad!» Así hablaba antaño, creyéndome un sabio. Pero esto era una blasfemia; después lo he sabido. Los sabios locos hablan mejor que esto. Lo que hay de más pequeño, de más silencioso, de más ligero, el deslizar de un lagarto en la hierba, un soplo, un ¡sssh...!, un parpadeo..., es su poco lo que da el valor a la mejor felicidad. ¡Silencio!... ¿Qué me ha sucedido? ¡Escucha! ¿Ha huido, por ventura, el tiempo? ¿Estoy en inminencia de caer?... ¿No me he caído..., ¡escucha!..., en el pozo de la eternidad?... ¿Qué me sucede?... ¡Silencio! ¿Estoy herido..., ¡ay!..., en el corazón?... ¡En el corazón! ¡Oh! ¡Desgárrate, desgárrate corazón mío, después de semejante choque, después de tal felicidad!... ¿Cómo? ¿No acaba el mundo de consumarse, redondo y maduro? ¡Oh, pelota redonda y dorada!...

¿adónde vas a volar? ¿Corro yo en pos de ella?
¡Sssh...! Silencio...»

(En este momento Zaratustra se estiró y sintió que dormía.)

«¡Levántate, dormilón!—se dijo a sí mismo—. ¡Perezoso! ¡Uff...! ¡Vamos, viejas piernas! ¡Ya es hora, es el gran momento! Todavía os queda por andar buena parte del camino. Os habéis entregado al sueño, ¿durante cuánto tiempo? ¿Durante media eternidad? ¡Vamos, levántate ya, viejo corazón mío! ¿Cuánto tiempo necesitarás para despertar, después de semejante sueño?»

(Mas de nuevo se dormía y su alma le ofrecía resistencia, protestaba y se volvió a tumbar a la larga.)

«¡Déjame, pues! ¡Silencio! ¿No acaba de consumarse el mundo? ¡Oh, esta pelota redonda y dorada! ¡Levántate—exclamó Zaratustra—, ladronzuela, perezosilla!... ¿Cómo?... ¿Vas a estar siempre estirándote, bostezando, suspirando, cayendo al fondo de pozos profundos? ¿Quién eres tú, pues? ¡Oh alma mía!»

(En este momento se asustó porque un rayo de sol caía del cielo sobre su rostro.)

«¡Oh cielo, que estás por encima de mí!—dijo, suspirando, sentándose sobre su lecho—. ¿Me miras? ¿Escuchas a mi alma extraña? ¿Cuándo beberás esta gota de rocío que ha caído sobre todas las cosas del mundo, cuándo beberás tú esta alma extraña?... ¿Cuándo lo harás, pozo de la eternidad, alegre abismo del mediodía que hace estremecer..., cuándo absorberás mi alma en ti?»

—Así hablaba Zaratustra, y se levantó del lugar que ocupaba al pie del árbol como saliendo de una extraña embriaguez; y he aquí que el sol estaba todavía por encima de su cabeza. De ello se podría deducir, con razón, que este día no había dormido mucho tiempo Zaratustra.

EL SALUDO

REGRESÓ muy tarde a su cueva Zaratustra, luego de inútiles investigaciones y estériles trajines. Pero cuando apenas estaba a una veintena de pasos de su cueva, inesperadamente escuchó de nuevo el grito, el gran grito de angustia. ¡Y cosa extraña! Ahora el grito provenía de su propia cueva. Era un grito prolongado, extraño y múltiple, y Zaratustra distinguía perfectamente que se componía de varias voces aunque, a distancia, se parecía al grito de una sola boca.

Entonces Zaratustra se lanzó sobre su cueva y, ¡qué espectáculo le aguardaba! Sentados al lado unos de otros, estaban aquéllos en cuya compañía había pasado el día: el rey de la derecha y el rey de la izquierda, el mendigo voluntario, la sombra, el escrúpulo de espíritu, el triste adivino y el asno; el más feo de los hombres se había colocado una corona sobre la cabeza y se había ceñido dos bandas de púrpura, porque, al igual que todos los feos, le gustaba disfrazarse y hacerse el guapo. En medio de toda esta triste compañía, el águila de Zaratustra estaba erguida, inquieta y con las plumas erizadas, porque tenía que responder a demasiadas cosas, para las cuales su orgullo no hallaba respuesta, y la astuta serpiente se había enroscado alrededor de su cuello.

Zaratustra contempló todo esto con gran asombro. Después examinó uno tras otro a cada uno de sus huéspedes con benévola curiosidad, leyendo en sus almas y asombrándose otra vez. Durante este tiempo, los que estaban reunidos se habían levantado de sus asientos y aguardaban con respeto a Zaratustra para escuchar su palabra. Y Zaratustra habló así:

—Hombres extraños que desesperáis. ¿Es, por ventura, vuestro grito de angustia el que yo he oído? Ahora sé dónde es preciso buscar al que yo he buscado en vano: al hombre superior... Está sentado en mi propia cueva, el hombre superior. Mas ¿por qué he de asombrarme? ¿No he sido yo mismo quien

le ha atraído hacia mí con ofrendas de miel y con la maligna tentación de mi felicidad? No obstante, me parece que os avenís muy mal, que vuestros corazones no se comprenden unos a otros al encontraros aquí reunidos, vosotros que proferíais gritos de angustia. Hacía falta, antes de nada, que viniera alguien..., alguien que os hiciera reunir de nuevo: un alegre payaso, un bailarín, un huracán, una veleta loca, algún viejo chiflado... ¿Qué os parece de esto? ¡Perdonadme, vosotros que desesperáis, que os hable con palabras tan pueriles, indignas, en verdad, de tales huéspedes! Mas ¿no adivináis lo que llena de petulancia mi corazón?... Es, ¡perdonadme!..., vosotros mismos y el espectáculo que me habéis ofrecido. Porque contemplando a un desesperado cualquiera cobra valor. Para consolar a un desesperado cualquiera se cree bastante fuerte. ¡Oh mis ilustres huéspedes!... A mí mismo me habéis dado esta fuerza, este don precioso. ¡Un verdadero presente digno de tales huéspedes! Pues bien: no os ofendáis si yo también os ofrezco de lo que me pertenece. Éste es mi reino y mi dominio; os lo ofrezco para este tarde y para esta noche. ¡Que os sirvan mis animales!, ¡que mi caverna sea vuestro lugar de descanso! Alojados por mí, ninguno de vosotros debe consagrarse a la desesperación; yo protejo a todos en mis dominios contra sus animales salvajes. Seguridad: ¡esto es lo primero que os ofrezco! Lo segundo es mi dedo meñique. Y si tomáis mi dedo meñique, en seguida poseeréis la mano entera. ¡Pues bien!, ¡os doy al mismo tiempo mi corazón! ¡Bien venidos seáis! ¡Salud, huéspedes míos!

Así hablaba Zaratustra, sonriendo amorosa y perversamente. Después de este saludo, sus huéspedes se inclinaron de nuevo, silenciosamente y con todo respeto; y el rey de la derecha le respondió en nombre de todos:

—¡Oh Zaratustra!: en la manera de ofrecernos tu mano y tu saludo reconocemos que tú eres Zaratustra. Te has humillado ante nosotros; un poco más y hubieras ofendido nuestro respeto... Pero ¿quién sabría, como tú, humillarse con tal orgullo? Esto nos trae a nuestra rectitud, animando nuestras mira-

das y confortando nuestros corazones. Sólo por ser espectadores de ello subiríamos muy gustosos a montañas más altas que ésta. Hemos venido ávidos de espectáculo, y queríamos ver lo que aclara los ojos turbios. Y he aquí que ya terminaron todos nuestros gritos de angustia. Ya nuestros sentidos y nuestros corazones se entreabren llenos de alborozo. No se necesitaría más para que nuestro valor se exaltase. ¡Oh Zaratustra, nada hay sobre la tierra que sea más regocijante que una voluntad elevada y fuerte! Una voluntad elevada y fuerte es la planta más bella de la tierra. Semejante árbol anima todo un paisaje. Yo comparo a un pino, ¡oh Zaratustra!, al que crece como tú: esbelto, silencioso, duro, solitario, hecho de la mejor madera y de la más flexible, soberbio, queriendo, en fin, conmoer a su propio dominio con fuertes y verdes raíces, planteando enérgicas preguntas a los vientos y a las tempestades y a cuanto es familiar en las alturas, y respondiendo aún con mayor energía, dominador, victorioso... ¡Ah! ¿Quién no subiría a las alturas para contemplar semejantes plantas? Todo lo sombrío y lo defectuoso se reanima a la vista de tu árbol, ¡oh Zaratustra!; tu contemplación serena al inquieto y cura su corazón. Y, en verdad, son muchas las miradas que hoy se dirigen hacia tu montaña y tu árbol; un gran deseo se ha puesto en camino, y en él hay muchos que comienzan a preguntarse: ¿quién es Zaratustra? Y todos aquellos en cuyos oídos destilaste alguna vez tu miel y tu canción, todos los que están escondidos, los solitarios, los solitarios en pareja, todos han dicho súbitamente a su corazón: «¿Vive todavía Zaratustra? No vale ya la pena de vivir, todo es igual, todo es en vano..., ¡a menos que vivamos con Zaratustra!» «¿Por qué no llega el que se anunció hace tanto tiempo?—así preguntan muchas gentes—. ¿Le ha devorado la soledad? O bien, ¿somos nosotros los que debemos llegar a su lado?» Acontece ahora que la misma soledad se entornece y se resquebraja, semejante a una tumba que se abre, no pudiendo retener ya sus muertos. Por todas partes se ven resucitados. Ahora las olas suben y suben, alrededor de tu montaña, ¡oh Zaratustra! Y, a pesar de la eleva-

ción de tu altura, es preciso que muchos asciendan a tu lado; tu barca no debe permanecer ya mucho tiempo en su refugio. Y el que hayamos venido hacia tu alojamiento, los que desesperábamos y ya no desesperamos, esto es sólo el signo y el presagio de que hay en camino mejores que nosotros..., porque hasta él mismo está en camino hacia ti, el último resto de Dios entre los hombres; es decir, todos los hombres del gran deseo, del gran hastío, de la gran hartura..., todos aquellos que no quieren vivir sin que puedan aprender de nuevo a esperar..., ¡aprender de ti, oh Zaratustra, la gran esperanza!

Así hablaba el rey de la derecha, cogiendo la mano de Zaratustra para abrazarle; pero Zaratustra rehusó su veneración y retrocedió espantado, silencioso, huyendo repentinamente como hacia lo lejano. Pero al cabo de algunos instantes estaba otra vez de vuelta al lado de sus huéspedes, y contemplándoles con ojos serenos y escrutadores, dijo:

—Hombres superiores, que sois mis huéspedes, quiero hablaros en alemán y claramente: no era a vosotros a quien yo esperaba en estas mantañas.

—¿Alemán y claramente? ¡Que Dios le perdone! —dijo entonces, aparte, el rey de la izquierda—. ¡Se ve que este sabio de oriente no conoce a estos buenos alemanes! Pero habrá querido decir: «alemán y groseramente.» ¡Pues bien! ¡No es esto lo peor de hoy día!

—Tal vez todos seáis, unos y otros, hombres superiores—continuó Zaratustra—; sin embargo, para mí... no sois ni bastante grandes ni bastante fuertes. Al decir «para mí», quiero decir para la voluntad inexorable que calla en mí, que calla, pero que no callará siempre. Y aunque seáis míos, no sois, sin embargo, mi brazo derecho. Porque el que, como vosotros, camina sobre piernas enfermas y débiles, quiere, ante todo, lo sepa o no lo sepa, que se le guarden contemplaciones. Pero yo no contemplo a mis brazos ni a mis piernas, yo no guardo contemplaciones con mis guerreros, ¿cómo habíais vosotros de ser buenos para hacer mi guerra? Con vosotros malbarataría hasta mis victorias. Y más de uno de entre vosotros caería de espaldas al solo redoblar

de mis tambores. Tampoco sois para mi gusto, ni bastante bellos ni de bastante buena raza. Tengo necesidad de espejos limpios y bruñidos para recibir mi doctrina; mi propia imagen quedaría deformada al reflejarse en vuestra superficie. Muchas cargas, muchos recuerdos pesan sobre vuestros hombros; muchos gnomos perversos se ocultan en vuestros recovecos. También en vosotros hay todavía populacho oculto. Y, aunque buenos y de buena raza, sois deformes y torcidos en muchos aspectos, y no hay en el mundo herrero que pueda enderezaros ni ajustaros de nuevo. No sois sino puentes: ¡que otros mejores que vosotros puedan pasar al otro lado! Representáis peldaños; ¡no os irritéis contra quien os pisa para escalar su altura! Pueda ser que de vuestra semilla nazca para mí, algún día, un verdadero hijo, un heredero perfecto; pero este día está lejos. No es a vosotros a quien pertenece mi nombre y mis bienes de este mundo. No es a vosotros a quienes espero aquí, en estas montañas; no es con vosotros con quien descenderé hacia los hombres por última vez. Vosotros solamente sois precursores, llegados a mí para anunciarme que otros más grandes que vosotros hacia mí están en camino... Tampoco sois los hombres del gran deseo, del gran hastío, de la gran hartura, no lo que vosotros habéis llamado «lo que queda de Dios sobre la tierra» ¡No! ¡No! ¡Tres veces no! A otros espero aquí, en estas montañas, y no quiero alejarme de aquí sin ellos... A otros, que serán más grandes, más fuertes, más victoriosos, hombres más alegres, edificados sólidamente, de una pieza, desde la cabeza a los pies: ¡Es preciso que vengan los leones risueños! ¡Oh huéspedes míos, hombres extraños!... ¿Todavía no habéis oído hablar de mis hijos? ¿No habéis oído decir que están ya en camino para venir a mí? Habladme, pues, de mis jardines, de mis islas Felices, de mi hermosa y nueva especie. ¿Por qué me habláis de esto? Yo imploro de vuestro amor que me recompenséis por mi hospitalidad hablándome de mis hijos. Para ellos me he enriquecido y para ellos me he empobrecido: ¿qué no he dado ya..., qué no daría por tener una cosa:

estos hijos, estos viveros, estos árboles de la vida de mi más elevada esperanza?

Así hablaba Zaratuſtra, y bruscamente se detuvo en su discurso, pues fue sorprendido por su deseo, siendo tan agitados los movimientos de su corazón, que cerró los ojos y la boca. Y todos sus huéspedes, al igual que él, se callaron, quedando inmóviles y afligidos, excepto el viejo adivino, que comenzó a gesticular con los brazos.

LA CENA

FUE en ese instante cuando el adivino se adelantó precipitadamente, interrumpiendo la salutación de Zaratuſtra y de sus huéspedes, y tomó la mano de Zaratuſtra exclamando:

—¡Pero..., Zaratuſtra! Tú mismo dices que una cosa es más necesaria que otra; ¡pues bien!: hay ahora una cosa que me es mucho más necesaria que las demás. Quiero decir unas palabras oportunas: ¿no me has invitado a una comida? Aquí hay muchos que han hecho largas caminatas; ¡supongo que no querrás saciar nuestra hambre con palabras! También habéis hablado demasiado, todos vosotros, de morir de frío, de ahogarse, de sofocarse y de otras miserias del cuerpo; pero nadie se ha acordado de mi miseria: el temor de morir de hombre...

Así habló el adivino; mas cuando los animales de Zaratuſtra oyeron estas palabras, huyeron llenos de espanto. Porque veían que todo lo que habían traído durante el día ni siquiera bastaba para llenar el buche del adivino.

—Nadie ha recordado el temor de morir de sed —prosiguió el adivino—. Y aunque escucho el chorrrear del agua, como los discursos de la sabiduría, abundante e infatigablemente, yo..., ¡yo quiero vino! No todo el mundo es como Zaratuſtra, bebedor inveterado de agua. Tampoco es buena el agua para gentes cansadas y deprimidas: nosotros tenemos necesidad de vino..., ¡solamente el vino proporciona una curación súbita y una salud repentina!

En este momento, mientras el adivino pedía vino, sucedió que el rey de la izquierda, el rey silencioso, tomó también la palabra:

—Del vino nos hemos cuidado nosotros—dijo—, yo y mi hermano, el rey de la derecha: tenemos vino suficiente..., por tanto, lo único que falta es pan.

—¿Pan?—exclamó riendo Zaratustra—. Precisamente es de pan de lo que carecen los solitarios. Pero no sólo de pan vive el hombre, sino también de buena carne de cordero, y aquí tengo yo dos corderos. Que los despedacen en seguida y que los preparen aromatizados con saliva: así es como me gusta la carne de cordero. Y no carecemos de raíces ni de frutas, que halagarían a los gastrónomos y a los paladares delicados; tampoco carecemos de nueces ni de otros enigmas que quebrantar. Vamos, pues, a disfrutar muy pronto de una buena comida. Mas el que quiera comer con nosotros debe poner también manos a la obra, los reyes como todos los demás. Porque en la morada de Zaratustra hasta un rey puede ser cocinero.

Esta proposición fue del agrado de todos; sólo el mendigo voluntario sentía repugnancia por la carne, por el vino y por las especias.

—¡Oíd a este sibarita de Zaratustra!—dijo bromeando—. ¿Se viene a las cuevas y a las montañas elevadas para celebrar un festín semejante? Ahora, en verdad, comprendo lo que hace tiempo nos enseñó: «¡Bendita sea la pequeña pobreza!» Comprendo, igualmente, por qué quiere suprimir los mendigos.

—Ten buen humor—respondió Zaratustra—, como yo lo tengo. ¡Conserva tus costumbres, hombre excelente! ¡Rumia tu grano, bebe tu agua, pondera tu cocina, ya que te hace alegre! Yo no soy una ley más que para los míos, no soy una ley para todo el mundo. Pero el que a los míos pertenezca deberá tener duros los huesos y ligeras las piernas..., ha de ser alegre en las guerras y en los festines, ni sombrío ni soñador; dispuesto para las más difíciles cosas como para su fiesta, bien constituido y sano. Lo mejor que existe pertenece a mí y a los míos, y si no se nos da, nos lo tomamos...; el mejor alimento,

el cielo más claro, los más fuertes pensamientos, las mujeres más hermosas...

Así hablaba Zaratustra.

Pero el rey de la derecha dijo:

—Es curioso: ¿se han oído jamás cosas tan juiciosas en la boca de un sabio? En verdad, esto es para un sabio la cosa más extraña: ser, con todo esto, inteligente y no ser un asno.

Así habló, con asombro, el rey de la derecha; pero el asno concluyó malignamente su discurso con un «Iiii-Aaaa». Tal fue el comienzo de la larga comida, que se llama La cena en los libros de la historia. Durante esta comida no se habló de otra cosa que del hombre superior.

ACERCA DEL HOMBRE SUPERIOR

1

—CUANDO vine por primera vez entre los hombres cometí la locura del solitario, la mayor locura: acudí a la plaza pública. Y como hablaba a todos, no hablaba a nadie. Pero a la noche tenía por compañeros a cadáveres y volatineros; y yo mismo era casi un cadáver. Pero con la nueva mañana, una nueva verdad vino hacia mí; entonces aprendí a decir: «¡Que me importan la plaza pública y el populacho, el ruido del populacho y las largas orejas del populacho!» Hombres superiores, aprended de mí esto: En la plaza pública nadie cree en el hombre superior. Y si queréis hablar en la plaza pública, ¡allá vosotros! Pero el populacho dice, guiñando el ojo: «Todos somos iguales. Hombres superiores—así guiña los ojos el populacho—, no hay hombres superiores: todos somos iguales; un hombre vale lo que otro. ¡Ante Dios todos somos iguales! ¡Ante Dios!... ¡Pero ahora ese Dios ha muerto! Sin embargo, ante el populacho no queremos ser iguales. ¡Hombres superiores, alejaos de la plaza pública!

2

—¡A NTE Dios!... ¡Pero ahora ese Dios ha muerto! Hombres superiores: vuestro mayor peligro ha sido ese Dios. Habéis resucitado desde que él yace en la tumba. Solamente ahora vuelve el gran mediodía. ¡Ahora el hombre superior llega a hacerse... amo! ¿Habéis comprendido estas palabras, hermanos míos? Estáis asustados, ¿se apodera el vértigo de vuestros corazones? ¿Se abre aquí el abismo para vosotros? ¿Ladra contra vosotros el perro del infierno? ¡Pues bien! ¡Vamos! Solamente ahora va a partir la montaña del porvenir humano. Dios ha muerto: ahora queremos nosotros que viva el superhombre.

3

—L os más cuidadosos preguntan hoy: «¿Cómo se conserva el hombre?» Pero Zaratustra pregunta lo que él es el único y el primero en preguntar: «¿Cómo será superado el hombre?» Lo que desea mi corazón es el superhombre; para mí es él la cosa única..., y no el hombre, ni el prójimo, ni el pobre, ni el más afligido, ni el mejor... Lo que puedo amar en el hombre, hermanos míos, es que es una transición y un acabamiento. También en vosotros hay muchas cosas que me hacen amar y esperar. Lo que me hace esperar, hombres superiores, es que habéis despreciado. Pues los grandes despreciadores son también los grandes veneradores. Habéis desesperado, lo cual os honra. Pues no habéis aprendido cómo podríais someteros, no habéis aprendido las prudencias ruines. Hoy día los pequeños se han hecho amos; todos ellos predicán la resignación y la

prudencia, y la constancia, y las contemplaciones y el largo etcétera de las virtudes ruines. Lo que se asemeja a la mujer y al lacayo y lo que es de su raza y, sobre todo, la intriga populachera: esto quiere ahora llegar a hacerse el dueño de todos los destinos humanos... ¡Oh! ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Qué asco! Esto pregunta y vuelve a preguntar y no se cansa de preguntar: «¿Cómo se conserva el hombre mejor, más largo tiempo y más agradablemente?» Así es como son ellos..., los amos de hoy. ¡Oh hermanos míos! Superad a estos amos de hoy..., a estas gentecillas: ellos constituyen el mayor peligro para el superhombre! ¡Superad, hombres superiores, las virtudes ruines, las prudencias ruines, las contemplaciones para con los granos de arena, el hormigueo de las hormigas, la miserable satisfacción de sí mismo, la «felicidad de la mayoría»!... Y desesperad antes que someteros. ¡En verdad, yo os amo porque no sabéis vivir hoy día, hombres superiores! ¡Pues así es... como mejor vivís!

4

—¿ESTÁIS decidido? ¿Tenéis valor, hermanos míos, no el valor delante de testigos, sino el valor de los solitarios, el valor de las águilas, a las cuales ya no contempla ningún dios? Las almas frías, los barbudos marinos, los ciegos, los hombres embriagados no poseen lo que yo llamo corazón. Tiene corazón quien conoce el miedo, pero domina al miedo; quien contempla el abismo, pero con elevación. El que contempla el abismo con ojos de águila..., el que se apodera del abismo con garras de águila: éste tiene valor.

5

— «**E**L hombre es malo», así se expresan, para mi consuelo, todos los más sabios. ¡Ay, si fuera esto cierto todavía hasta hoy! Por que el mal es la mejor fuerza del hombre. «El hombre debe llegar a hacerse mejor y más malo...», esto es lo que yo enseño. El mayor mal es necesario para el mayor bien del superhombre. Sufrir y cargar con los pecados de los hombres, esto pudiera ser bueno para este predicador de la genticilla. Pero yo, yo me regocijo con el gran pecado como mi mayor consuelo. Sin embargo, este género de cosas no son dichas para las orejas largas: no todas las palabras son adecuadas para todas las bocas. Estas son cosas sutiles y lejanas: ¡no son para holladas por las patas de los carneros!

6

— ¡**C**REÉIS vosotros, hombres superiores, que yo estoy aquí para rehacer bien lo que vosotros habéis hecho mal? ¿O bien, que en adelante quiera yo acostaros más cómodamente a vosotros los que sufrís? ¿O mostraros los senderos más fáciles a vosotros, que marcháis errantes, extraviados y perdidos por la montaña? ¡No! ¡No! ¡Y tres veces no! Preciso es que parezcan más y más cada vez de los mejores de vuestra especie..., pues es necesario que vuestro destino sea cada vez más desgraciado y más duro. Pues sólo así..., así solamente crece el hombre hacia la altura en que el rayo lo hiere y aniquila. ¡A bastante altura para el rayo! Mi espíritu y mi deseo son impulsados hacia el menor número, hacia las cosas distantes y lejanas: ¡qué puede importarme vuestra miseria, menuda, vulgar y breve! ¡Para mí, todavía

no sufrís bastante! Porque sufrís por vosotros: todavía no habéis sufrido por el hombre. ¡Mentiríais si dijeseis lo contrario! ¡Ninguno de vosotros ha sufrido por lo que yo he sufrido!...

7

—No me basta con que el rayo ya no dañe. No quiero desviarlo; quiero que aprenda a trabajar... Tiempo ha mi sabiduría se condena como una nube, se hace cada vez más tranquila y más sombría. Así procede toda sabiduría que deba un día engendrar el rayo. Para los hombres de hoy no quiero ser luz, ni que me llamen luz. A estos..., quiero cegarlos. ¡Reviéntales los ojos, rayo de mi sabiduría!

8

—No queráis nada más allá de vuestras fuerzas. Hay una peligrosa falsedad en los que quieren más allá de sus fuerzas. ¡Y más cuando quieren grandes cosas! Porque estos sutiles monederos falsos, estos comediantes, despiertan la desconfianza de las grandes cosas..., hasta que, al fin, acaban por ser falsos ante ellos mismos con su ambigua mirada; troncos carcomidos y barnizados, adornados de pomposas palabras y de aparatosas virtudes y del oropel de falsas obras. ¡Oh hombres superiores, tomad todo género de precauciones respecto a ellos! Nada es hoy día tan preciso y tan raro para mí como la probidad. ¿No pertenece el hoy de ahora al populacho? Sin embargo, el populacho no sabe lo que es grande, ni lo que es pequeño, ni lo que es recto, ni lo que es honrado; es, inocentemente, tortuoso. Miente siempre.

—**A**BRIGAD hoy una prudente desconfianza, hombres superiores, hombres valerosos, hombres sinceros! Y guardad secretas vuestras razones. Porque el día de hoy pertenece al populacho. Lo que el populacho no aprendió a creer sin razón, ¿quién podría derribarlo a su vista con razones? En la plaza pública se persuade con gestos. Mas las razones hacen desconfiado al populacho. Y si alguna vez la verdad ha llevado allí la victoria, preguntad con una prudente desconfianza: «¿Qué gran error ha combatido a su favor?» ¡Guardaos igualmente de los eruditos! ¡Os aborrecen porque son estériles! Tienen los ojos fríos y secos: ante ellos todo pájaro aparece desplumado. Éstos se alaban de no mentir; pero la incapacidad de mentir está todavía muy lejos del amor por la verdad. ¡Guardaos! La ausencia de pasión dista mucho de ser conocimiento. Yo no creo en los espíritus fríos. Quien no sabe mentir no sabe lo que es verdad.

—**¡S**I queréis subir a lo alto valeos de vuestras propias piernas! ¡No os hagáis llevar en hombros, no os sentéis sobre las espaldas ni sobre la cabeza de otro! ¡Pero tú estás montado a caballo! ¿Galopas ahora a buen paso hacia tu objeto? ¡Pues bien, amigo mío: también tu pie cojo va a caballo! Cuando alcances tu objeto, cuando desmontes de tu caballo, entonces, hombre superior, tropezarás..., ¡precisamente con tu elevación!

11

—¡HOMBRES superiores, vosotros que creáis! Una mujer no está preñada más que de su propio hijo. ¡No os dejéis inducir a error! ¿Quién, pues, es vuestro prójimo? Obrad también vosotros «para el prójimo»..., ¡no creed, sin embargo, para él! Olvidad, pues—vosotros los que creáis—, este «para»: lo que precisamente quiere vuestra virtud es que no hagáis nada «para», ni «a causa de», ni «por qué». Es preciso que cerréis los oídos a estas falsas palabras. El «para el prójimo» no es sino la virtud de la gencilla: entre ellos se dice: «todos unos» y «una mano ayuda a la otra». ¡No tienen ni el derecho ni la fuerza de vuestro egoísmo! ¡En el egoísmo de los creadores como vosotros hay la previsión y la precaución de la mujer preñada! Lo que nadie ha visto todavía con sus ojos, el fruto, es lo que conserva, protege y alimenta vuestro amor. ¡Allí donde está vuestro amor, en vuestro hijo, allí también se halla toda vuestra virtud! Vuestra obra, vuestra voluntad, ése es vuestro «prójimo»; ¡no os dejéis inducir en falsos valores!

12

—¡HOMBRES superiores, vosotros que creáis! Quienquiera que debe parir está enfermo; el que ha parido está impuro. Preguntad a las mujeres: no se pare por gusto; el dolor hace cacarear a las gallinas y a los poetas. En vosotros que creáis hay muchas impurezas. Porque necesitasteis ser madres. Un nuevo hijo: ¡Oh, cuántas nuevas impurezas han venido al mundo! ¡Separaos! ¡Quien ha parido debe lavar su alma!

— ¡N o estáis virtuosos más allá de vuestras fuerzas! No exijáis vosotros nada que sea inverosímil. Caminad sobre las huellas que señaló ya la virtud de vuestros padres. ¡Cómo querríais elevaros alto si la voluntad de vuestros padres no subía con vosotros? ¡Mas el que quiera ser el primero, que ponga cuidado de no quedar el último! ¡Y allí en donde están los vicios de vuestros padres no debéis vosotros poner santidad! ¿Qué ocurriría si éste exigiera de sí mismo la castidad, éste, cuyos padres fueron aficionados a las mujeres y gustaron de los vinos fuertes y de la carne de jabalí? ¡Sería una locura! Me parece mucho para semejante hombre, si no es más que el hombre de una sola mujer, o de dos, o de tres. Y si fundase conventos y si escribiera sobre sus puertas: «Este camino conduce a la santidad...», aún entonces yo diría: «¡Para qué! ¡Es una locura!» Ha fundado una casa de corrección y un refugio para su uso particular: ¡Que le aproveche! No creo en ello. En la soledad crece lo que cada uno ha llevado a ella, incluso la bestia interior. Por ello, hay que apartar a muchas personas de la soledad. ¿Ha habido hasta el presente sobre la tierra algo más impuro que un santo del desierto? Alrededor de semejantes seres no era el diablo el único que andaba suelto, sino también... el cerdo.

— T ÍMIDO, torpe, vergonzoso, igual a un tigre que queda corto en su salto: de este modo os he visto a menudo deslizaros calladamente; habíais amarrado una jugada de dados, ¡oh hombres superiores! ¡Pero qué os importa a vosotros, jugadores de dados! ¿No habéis aprendido vosotros a jugar y a burlar cómo se debe jugar y burlar? ¿No estamos

siempre sentados a una gran mesa de burla y de juego? Y porque os hayan fracasado grandes cosas, ¿es ésta una razón para que vosotros mismos seáis..., fracasados? Y si vosotros mismos fuerais fracasados, ¿es ésta una razón para que lo sea... el hombre? Y si el hombre lo es..., ¡pues bien, adelante!

15

—C UANTO más elevado es algo en su género, más difícil es su logro. Vosotros, hombres superiores que aquí os halláis, ¿no sois todos... fracasados? No obstante, tened valor: ¡qué importa esto! ¡Son todavía posibles tantas cosas! ¡Aprended a reír, como se debe reír, de vosotros mismos! ¡Qué de extraño tiene que hayáis fracasado, que hayáis triunfado a medias vosotros, medio abatidos! ¿No se agita impaciente en vosotros el porvenir del hombre? Lo más lejano y lo más profundo del hombre, su elevación de astro y su inmensa fuerza, todo esto, ¿no choca al hervir en vuestra marmita? ¡Qué de asombro ha de haber en que se quiebre más de una marmita! ¡Aprended a reiros, como se debe reír, de vosotros mismos! ¡Oh hombres superiores, cuántas cosas son posibles todavía! ¡Y, en verdad, cuántas cosas se han logrado ya! ¡Cómo abundan en la tierra cosas buenas y perfectas y bien logradas! ¡Oh hombres superiores, rodeados de cosas buenas y perfectas! Su madurez dorada conforta el corazón. Las cosas perfectas nos enseñan a esperar.

16

—¿C UÁL fue en la tierra, hasta hoy, el mayor pecado? ¿No fue la palabra del que dijo: «¡Desgraciados de los que aquí ríen!»? ¿No encontró él sobre la tierra motivos de risa? Si tal le aconteció, no supo buscar. Hasta un niño encuentra motivos de risa. Éste... no amaba bastante: ¡si no, también nos hu-

biese amado a nosotros, los risueños! Pero nos aborrecía y nos cubría de vergüenza, prometiéndonos gemidos y rechinamientos de dientes. ¿Es preciso comenzar a maldecir cuando se ama? Esto me parece... de mal gusto. Pero tal fue lo que hizo este intolerante. Procedía del populacho. No amaba bastante: si no, se hubiera encolerizado menos cuando no se le amaba a él. Todo gran amor no quiere amor: quiere más. ¡Apartad de vuestro camino a todos estos intolerantes. ¡Son de una especie pobre y enferma, una especie populachera, que contempla con maligna mirada esta vida y da mal de ojo a la tierra. ¡Apartad de vuestro camino a todos estos intolerantes! Tienen los pies torpes y el corazón pesado: no saben bailar. ¡Cómo había de ser ligera la tierra para tales gentes!

17

—**T**ODAS las cosas buenas se acercan a su objeto de modo tortuoso. Como los gatos, enarcan el lomo y runrunean interiormente de su próxima ventura..., todas las cosas buenas ríen. La manera de andar de cualquiera deja ya adivinar si marcha por su verdadero camino. ¡Miradme andar a mí! El que se aproxima a su objeto, ése... baila. Y, en verdad, no he llegado a hacerme como una estatua y no me encuentro aún embotado, idiotizado ni petrificado como una columna; me gusta la carrera veloz. Y aunque existan en la tierra lodazales y una densa angustia, quien tiene los pies ágiles corre por encima del fango y baila como sobre el hielo barrido. ¡Elevad vuestros corazones, hermanos míos, arriba, más arriba! ¡No os olvidéis tampoco de vuestras piernas! ¡Elevad también vuestras piernas, buenos bailarines, y llegaréis hasta manteneros también sobre la cabeza!

18

—Yo mismo he ceñido a mi cabeza la corona del risueño, la corona de rosas; yo mismo he cano-nizado mi risa. A nadie he hallado lo bastante fuerte para hacer esto hoy. Yo, Zaratustra el bailarín, Za-ratustra el ligero, el que agita sus alas, dispuesto a volar haciendo señales a todos los pájaros, dispuesto y ágil, divinamente ligero... Zaratustra el divino, Zaratustra el risueño, ni impaciente ni intolerante, que ama los saltos y las contorsiones; ¡yo mismo me he ceñido esta corona a la cabeza!

19

—¡E LEVAD vuestros corazones, hermanos míos, más arriba! ¡No os olvidéis tampoco de vuestras piernas, buenos bailarines, y llegaréis hasta mante-neros también sobre la cabeza! También en la feli-cidad hay animales pesados, patizambos de naci-miento. Se esfuerzan de un modo extraño, semejan-tes a un elefante que se esforzara en sostenerse sobre la cabeza. Mejor es estar loco de felicidad que loco de desdicha; mejor es bailar torpemente que andar cojeando. Aprended, pues, de mí la sabiduría; aun la peor de las cosas tiene dos buenos reversos... Aun la peor de las cosas tiene buenas piernas para bailar: ¡aprended, pues, vosotros mismos, oh, hom-bres superiores, a manteneros erguidos sobre vues-tras piernas! ¡Olvida, por tanto, la melancolía y todas las tristezas del populacho! ¡Oh, qué tristes me parecen hoy los arlequines populares! Mas el hoy de ahora pertenece al populacho.

—**H**ACED como el viento que se lanza impetuosamente desde las cavernas de la montaña; quiere bailar a su manera. Los mares brincan y se estremecen cuando pasa. ¡Alabado sea el que da alas a los asnos y ordeña a las leonas, alabado sea este espíritu bueno e indomable que llega como un huracán para todo lo que es hoy y para todo el populacho!... ¡Alabado sea el enemigo de todas las cabezas de cardo, de todas las cabezas alocadas, de todas las hojas marchitas y de toda la cizaña! ¡Alabado sea este espíritu de tempestad, este espíritu salvaje, bueno y libre que baila sobre los pantanos y sobre las tristezas, como sobre praderas! ¡Alabado sea el que odia los perros anémicos del populacho y a toda esta ralea fracasada y sombría! ¡Bendito sea este espíritu de todos los espíritus libres, la risueña tempestad que sopla el polvo en los ojos de todos los que ven negro y están ulcerados! ¡Oh hombres superiores! ¡Lo más malo de vosotros es que ninguno de vosotros ha aprendido a bailar como se debe bailar..., a bailar por encima de vuestras cabezas! ¡Qué importa que no hayáis triunfado! ¡Cuántas cosas son posibles todavía! ¡Aprended, pues, a reír por encima de vuestras cabezas! ¡Elevad vuestros corazones, buenos bailarines, arriba, más arriba! ¡Y no olvidéis tampoco la buena risa! ¡A vosotros, hermanos míos, arrojo esta corona, esta corona del risueño, esta corona de rosa! Yo he canonizado la risa; por tanto, hombres superiores, aprended... ¡a reír!

LA CANCIÓN DE LA MELANCOLÍA

I

CUANDO Zaratustra pronunció este discurso se hallaba a la puerta de su cueva; pero después de decir las últimas palabras, escapó de sus huéspedes y huyó por un momento al aire libre.

—¡Oh aromas puros que le circundan!—exclamó—; ¡oh tranquilidad bienaventurada que me rodea! Pero ¿dónde están mis animales? ¡Venid, venid, águila mía, serpiente mía! Decidme, animales míos: ¿quizá no huelen bien todos estos hombres superiores? ¡Oh puros aromas que me circundan! Solamente ahora sé y siento cuánto os amo, animales míos.

Y Zaratustra repitió una vez más:

—¡Os amo, animales míos!

El águila y la serpiente se apretaron contra su cuerpo mientras pronunciaba estas palabras y sus miradas se elevaron hacia él. Así se mantenían los tres agrupados, silenciosamente, aspirando el aire puro, unos al lado de otros. Porque allí fuera el aire era mejor que entre los hombres superiores.

2

PERO apenas había abandonado Zaratustra la cueva, cuando se levantó el viejo encantador y, mirando silenciosamente a su alrededor, dijo:

—¡Se ha ido! Ya, hombres superiores, permitidme halagaros con este nombre de alabanza y de adulación, como él mismo hizo, ya mi espíritu maligno y engañador, mi espíritu de encantador, mi demonio de melancolía, que es de todo corazón adversario de Zaratustra, se apodera de mí. ¡Perdonadle! Quiere hacer ante vosotros sus encantamientos; ésta es, precisamente, su hora; lucho en vano con este mal espíritu. A todos vosotros, cualesquiera que sean los honores que queráis atribuirlos, ora os llaméis los «espíritus libres», ora los «verídicos», ora los «expia-dores del espíritu», los «desencadenados», ora «los del gran deseo»..., a todos vosotros que sufrís, al igual que yo, del gran hastío, para quien el antiguo Dios ha muerto, sin que un dios nuevo esté todavía en la cuna, envuelto en pañales..., a todos vosotros os es propicio mi mal espíritu, mi demonio encantador. Os conozco, hombres superiores, y conozco también, le conozco, a este diablillo, a quien quiero, a

pesar mío, a este Zaratustra; con mucha frecuencia lo encuentro parecido a una hermosa larva de santo... Semejante a un nuevo y extraño enmascarado en que se recrea mi espíritu malo, el demonio de la melancolía... Con frecuencia me parece que amo a Zaratustra a causa de mi mal espíritu. Mas ya se apodera de mí y me derriba este mal espíritu, este espíritu de la melancolía, este demonio del crepúsculo; y, en verdad, hombres superiores, viene acometido de un violento deseo... ¡Abrid los ojos!... ¡Viene acometido de un violento deseo de presentarse desnudo, no sé bien si como hombre o como mujer, no lo sé todavía; pero viene, me derriba, desdichado de mí! ¡Abrid vuestros sentidos! El día se extingue, ahora llega la noche para todas las cosas, aun para las cosas mejores; ¡oh hombres superiores! ¡Escuchad, pues, y ved qué espíritu, hombre o mujer, es este espíritu de la melancolía de la noche!

Así hablaba el viejo encantador; después miró maliciosamente en torno suyo y cogió su arpa.

3

—CUANDO en el aire transparente
 desciende sobre la tierra
 el consuelo del rocío
 invisible y suavemente,
 —pues al igual de todo el que consuela
 lleva el rocío mudos zapatos de calalla suela—,
 entonces, corazón, tú sueñas
 en tu sed de antaño,
 sed de lágrimas divinas, de gotas de rocío;
 porque en la verde hierba
 los rayos del sol poniente,
 siguiendo sendas de oro
 que horadan la enramada negra,
 te alcanzan con su fuego ardiente,
 malicioso, deslumbrante,
 burlándose de ti, de esta manera:
 «¿Tú de la verdad; tú el pretendiente?
 ¡No! ¡Poeta solamente!

un animal astuto, salvaje, rastrero,
 que debe mentir:
 que a sabiendas, voluntariamente,
 debe mentir,
 que enmascarado de colores,
 disfraz para sí propio,
 codicia su botín...
 ¿Y... es esto, de la verdad el pretendiente?...
 ¡No! ¡Loco tan sólo! ¡Poeta solamente!
 Con máscara de loco disfrazado,
 hablando con imágenes brillantes,
 sobre embusteros puentes de palabras,
 sobre arco-iris de mentira, errante,
 errante entre ilusorios cielos,
 volando acá y allá...
 ¡Loco tan sólo! ¡Poeta solamente!...
 ¿Esto... de la verdad, el pretendiente?...
 Ni silencioso ni rígido, liso y frío,
 como una imagen,
 o un ídolo divino;
 ni de un Dios, guardián,
 del templo en el umbral;
 sino enemigo de tales monumentos
 de la virtud, y más cercano
 a todos los desiertos que a los templos;
 lleno de perfidias temerarias,
 como un gato saltando
 por todas las ventanas,
 ¡plaf!, en todos los azares;
 en las selvas vírgenes aspirando
 anhelos y deseos.
 ¡Ah, cómo corres en la selva virgen
 entre animales fieros y abigarrados,
 de salud lleno, con buenos colores
 y hermoso como el pecado,
 con lascivos labios, corres,
 divinamente burlón, divinamente rastrero,
 divinamente sanguíneo,
 divinamente infernal, divinamente embustero...
 O, semejante a las águilas
 que largo rato contemplan
 los abismo,
 sus abismos...

¡Oh, cómo ellas planean en círculo, en redondo,
descendiendo más y más,
del abismo al fondo!...
¡Al fondo del abismo, cada vez más profundo!
¡Luego,
de repente
—las alas plegadas—
caer de un vuelo súbito,
hambrientas de corderos,
sobre las víctimas detestadas,
odiando de la oveja, del cordero,
con la benevolencia, la mirada
y su lana gris y rizada!
¡De pantera y de águila,
así son
los deseos del poeta;
entre mil disfraces
tales tus deseos son,
tus deseos de loco, de poeta!...
¡Tú, que viste al hombre,
tal Dios, como un cordero...
Desgarrar a Dios en el hombre,
como al cordero en el hombre
reír al desgarrar...

Ésta, ésta es tu felicidad!
¡La felicidad de un águila, de una pantera,
de un poeta y de un loco la felicidad!...

Como en el aire transparente
desliza sus verdes rayos,
envidioso, el creciente de la luna,
entre la púrpura del poniente...
así, enemigo del día,
deslizándose furtivamente
ante las rosaledas,
hasta que, pálidas,
se hunden en la noche...

Así caí yo mismo antaño
por mi locura de verdad,
por mis deseos de luz abrasado,
de luz enfermo, del día fatigado,
...caí más abajo.
Hacia la sombra, hacia el ocaso,
ardoroso y sediento.

¿Recuerdas, recuerdas, corazón ardiente,
la sed que entonces has pasado?
¡Que de todas las verdades,
sea yo expatriado!
¡Loco tan sólo, poeta solamente!

LA CIENCIA

Así cantaba el encantador; y todos los que se hablaban reunidos fueron cogidos como pájaros en la red de la voluptuosidad astuta y melancólica. Únicamente no se dejó coger el escrupuloso del espíritu; arrebató bruscamente el arpa de manos del encantador y exclamó:

—¡Aire! ¡Haced que entre aire puro! ¡Haced que entre Zaratustra! ¡Tú envenenas y haces pesado el aire de esta cueva, viejo y maligno encantador! ¡Hombre falso y refinado! ¡Tu seducción conduce a deseos y a desiertos desconocidos! ¡Desdichados nosotros si las personas como tú hablan de la verdad, y les hacen caso! ¡Desgraciados de todos los espíritus libres que no están advertidos contra semejantes encantadores! Esto será hecho de su libertad: tú enseñas el retorno a las prisiones y tú allí retornas... ¡Viejo demonio melancólico: tu queja encierra una súplica; te pareces a aquellos cuyo elogio de la castidad invita secretamente a voluptuosidades!

Así hablaba el escrupuloso; pero el viejo encantador miraba en torno suyo gozándose de su victoria, lo que le hacía resarcirse del despecho que le causaba el escrupuloso.

—Cállate—dijo con una voz modesta—, las buenas canciones quieren tener buenos ecos; después de las buenas canciones hay que callarse mucho tiempo. Y así hacen todos estos hombres superiores. Mas tú, probablemente, no has comprendido gran cosa de mi poema. En ti no hay nada más que un espíritu encantador.

—Al distinguirme de ti me alabas—respondió el escrupuloso—, ¡esto me parece muy bien! Pero, ¡qué veo!, todavía estáis sentados ahí con miradas de

deseo... ¡Oh almas libres! ¿Adónde se ha ido vuestra libertad? Casi me parece que os asemejáis a los que han contemplado durante mucho tiempo bailar a jóvenes perversas y desnudas; ¡hasta vuestras almas se ponen a bailar! ¡Oh hombres superiores! Debe haber en vosotros mucho más de lo que el encantador llama su mal espíritu de encantamiento y de engaño..., es indispensable que seamos diferentes. Y, en verdad, hemos hablado y pensado juntos lo bastante, antes de que Zaratustra volviera a su cueva, para que yo sepa que somos diferentes. Vosotros y yo también aquí arriba buscamos cosas diferentes. Yo he venido al lado de Zaratustra porque busco más certidumbre. Pues él es la muralla más sólida y la voluntad más recia..., hoy, que todo vacila, que la tierra tiembla. Pero vosotros, yo casi diría al ver vuestras miradas, que buscáis más incertidumbre, más estremecimiento, más peligros, más temblores de tierra. Casi me parece—perdonadme mi presunción, ¡oh hombres superiores!—que sentís un violento deseo, un violento deseo de la vida más inquietante y más peligrosa que a mí inspira el mayor temor, la vida de los animales salvajes, violento deseo de selvas, de cavernas, de abruptas montañas y de laberintos. Y no son los que os llevan fuera del peligro los que más os agradan, sino los que os expulsan, los que os alejan de todos los caminos, los seductores. Mas si tales intensos deseos son verdaderos en vosotros, me parecen de todos modos imposibles. Porque el temor es el sentimiento innato y primordial del hombre; por el temor se explica todo, el pecado original y la virtud original. También mi virtud ha nacido del temor: se llama ciencia. El temor de los animales salvajes es el que más tiempo ha dominado al hombre, comprendiendo en él el temor del animal que el hombre esconde y teme en sí mismo...; Zaratustra le llama «la bestia interior». Este antiguo y viejo temor, más tarde afinado y espiritualizado..., hoy me parece que se llama ciencia.

Así hablaba el escrupuloso; pero Zaratustra, que entraba en su cueva en aquel instante y que había oído y adivinado la última palabra del discurso,

arrojó un puñado de rosas al escrupuloso, riéndose de sus «verdades».

—¡Cómo!—exclamó—. ¿Qué es lo que acabo de oír? En verdad, pareceme que estás loco o que lo estoy yo mismo, y me voy a apresurar a poner de un golpe tu verdad cabeza abajo. Porque el temor... es nuestra excepción. En cambio, el valor, el espíritu de aventura y la alegría de lo inseguro, de lo que todavía no ha sido arriesgado..., el valor, es lo que me parece toda la historia primitiva del hombre. El hombre tuvo envidia de todas las virtudes de los animales más salvajes y más valerosos y se las arrebató; de este modo es como llegó a hacerse... hombre. Este valor, posteriormente afinado y espiritualizado, este valor humano con las alas del águila y la astucia de la serpiente, este valor creo que hoy se llama...

—¡Zaratustra!—exclamaron a una todos los reunidos, soltando una gran carcajada; pero algo salió de ellos que se asemejaba a una negra nube.

También el encantador se lanzó a reír, y dijo maliciosamente:

—Pues bien, ¡ya se marchó el espíritu malo! ¿No hice yo mismo nacer contra él vuestra desconfianza, cuando decía que era un impostor, un espíritu de la mentira y del engaño? Sobre todo, cuando se muestra desnudo. Pero ¿qué puedo hacer yo contra sus malicias? ¿Soy yo quien lo ha creado y quien ha creado el mundo? ¡Pues bien! ¡Seámos nuevamente buenos y de buen humor! Y aunque la mirada de Zaratustra sea sombría..., ¡miradle!, me quiere mal...; pero antes que haya llegado la noche aprenderá nuevamente a amarme y a alabarme; no puede vivir mucho tiempo sin cometer locuras de este género. Éste... ama a sus enemigos; entre todos los que he conocido es él quien mejor conoce este arte. Pero se venga... ¡en amigos!...

Así hablaba el viejo encantador y los hombres superiores le aclamaron; de suerte que Zaratustra se puso a recorrer su cueva, estrechando las manos de sus amigos con malignidad y con amor..., como el que tiene algo de qué excusarse y qué reparar con todos. Pero cuando llegó a la puerta de su cueva, he

aquí que sintió de nuevo ansias del aire puro que fuera reinaba y de sus animales..., y quiso deslizarse fuera.

ENTRE LAS HIJAS DEL DESTIERRO

1

—¡No te vayas!—exclamó entonces el viajero que se llamaba la sombra de Zaratustra—; permanece a nuestro lado...; si no, podría de nuevo apoderarse de nosotros la vieja y abrumadora aflicción. El viejo encantador ya nos regaló con lo peor que había en él, y, mira: el viejo papa, que tan piadoso es, tiene los ojos llenos de lágrimas, y de nueva ha embarcado en el mar de la melancolía. Sin embargo, parece que estos reyes nos ponen buena cara; son hoy, entre todos nosotros, los que han aprendido a ofrecer mejor aspecto. Pero apostaría que, a estar sin testigos, también sobre ellos recomenzaría la mala diversión de las nubes que pasan, de la húmeda melancolía, del cielo velado, de los vientos de otoño que aúllan; la mala diversión de nuestros aullidos y de nuestros gritos de angustia; ¡permanece a nuestro lado, oh Zaratustra! ¡Hay aquí mucha miseria oculta que querría hablar; mucha noche, muchas nubes, mucho aire impuro! Tú nos has nutrido con fuertes alimentos humanos y con fortalecedoras máximas; ¡no permitas que a los postres nos sorprendan de nuevo los espíritus de molicie, los espíritus afeminados! Sólo tú sabes tonificar y purificar el aire que te circunda. ¿He hallado jamás en la tierra un aire tan puro como dentro de tu cueva? Sin embargo, he visto muchos países, mi nariz ha aprendido a examinar y a evaluar múltiples aires; ¡pero donde mis narices experimentan el mayor goce es a tu lado! A no ser..., a no ser... ¡Oh, perdóname un viejo recuerdo! ¡Perdóname una vieja canción de sobremesa que hace tiempo compuse entre las hijas del desierto! Porque también a su lado

había aire puro y transparente de oriente. ¡Allá lejos es donde estuve yo lo más lejos de la vieja Europa, nebulosa, húmeda y melancólica! Entonces yo amaba a estas hijas de oriente y de otros reinos de azules cielos, sobre los que no se ciernen nubes ni pensamientos. ¡No podéis imaginar lo encantadoras que estaban cuando descansaban, sentadas con profunda habilidad, pero sin pensamientos, como ligeros secretos, como enigmas llenos de lazos, como nueces de sobremesa policromas y extrañas, en verdad, pero sin nubes, semejantes a enigmas que se dejan adivinar!: entonces fue cuando inventé, en honor de estas jovencitas, mi salmo de sobremesa.

Así hablaba el viejero que se llamaba la sobra de Zaratustra, y antes que nadie tuviera tiempo de responder, había ya cogido el arpa del viejo encantador y miraba a su alrededor, tranquilo y prudente, cruzando las piernas...; pero con sus narices aspiraba aire lentamente y como interrogando, al modo del que en los países nuevos gusta del aire nuevo. Después comenzó a cantar con una especie de lamento:

2

El desierto crece; ¡desgraciado del que oculta
¡Ah! [desiertos!

¡Qué solemnidad!

¡Digno comienzo

de una africana solemnidad!

Digno de un león

o de un predicador moral...;

...mas no para vosotras,

amigas deliciosas,

a cuyos pies

está permitido sentar

bajo las hojas de las palmeras

a un europeo. *Selah.*

¡Extraño, en verdad!

Que aquí esté yo sentado,

tan cerca del desierto y, sin embargo,

tan lejos a la par;
 devorado
 por el oasis más pequeño,
 pues bostezando abría
 precisamente ahora
 su diminuta boca encantadora,
 de todas las boquitas la más perfumada;
 ¡y al fondo he caído, al pasar...
 entre vosotras, mis deliciosas amigas! *Selah.*
 ¡Gloria, gloria a aquella ballena
 que con su huésped quiso ser tan buena!
 ¿Comprendéis mi erudita alusión?...
 Gloria también a su vientre
 si fue, como éste,
 vientre de un oasis encantador;
 pero lo pongo en duda,
 pues vengo de Europa,
 que es más incrédula que todas las esposas.
 ¡Qué Dios la haga mejor!
 ¡Amén!

Heme, pues, aquí, sentado,
 de todos los oasis, en el más pequeño,
 semejante a un dátil,
 dorado, dulce, moreno,
 sediento de una boca redonda de doncella,
 y más aún de dientes caninos,
 de dientes femeninos,
 cortantes, como la nieve blancos,
 como la nieve fríos,
 pues por ella languidecerá
 de los ardientes dátiles el corazón. *Selah.*

Semejante a estos frutos tropicales.
 Demasiado semejante,
 estoy aquí acostado,
 de pequeños insectos alados rodeado,
 y también de ideas y deseos,
 todavía más pequeños,
 pero más perversos y más locos;
 rodeado por vosotras, jovencitas,
 por vosotras, gatitas,
 mudas y llenas de temores,
 Dudu y Suleika

—*ensphinxé*, si en una nueva palabra
 muchos sentimientos quiero expresar.
 (¡Que Dios me perdone
 mi manera de hablar!)—
 el aire más puro, aquí sentado, estoy respirando,
 el aire del paraíso, en verdad,
 aire ligero y transparente,
 por dardos de oro surcado,
 tan bueno como nunca
 cayó de la luna...
 ¿Fue casualidad o fue presunción,
 como cuentan los viejos poetas,
 la causa de esta fortuna?
 Pero yo, el escéptico, de ello he de dudar;
 es que vengo
 de Europa
 que es más incrédula que todas las esposas.
 ¡Que Dios la haga mejorar! ¡Amén!
 Bebiendo el aire más bello
 con la copa de mi nariz dilatada.
 Así estoy aquí sentado,
 deliciosas amiguitas,
 sin porvenir, sin recuerdo,
 y contemplo la palmera
 que, cual una bailarina, [brea
 se curva, se dobla y, sobre las caderas, se cim-
 ...;se la imita, cuando mucho se la contempla;
 como una bailarina que, tal vez,
 se ha mantenido en peligro, demasiado tiempo
 sobre un pie!;
 ...¡ella olvidó, este es mi parecer,
 el otro pie!
 Pues en vano he buscado
 el tesoro hermano
 bajo el flotante abanico
 de sus faldas de andrajos.
 ¡Oh bellas amigas, creedme lo que os digo:
 os digo que ella lo ha perdido!...
 ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
 ¡Este pie
 para siempre
 se ha debido marchar!

FRIEDRICH NIETZSCHE

Para el otro pie, tan gracioso, qué gran daño;
¿dónde podrá detenerse, en su tristeza abando-
este pie solitario? [nado,

¿A un monstruo perverso, a un rubio león
de melena de oro, temerá quizá?

...¡Mascado, roído,
suciamente roído, quizá está ya! *Selah.*

¡Oh, no lloréis más,
tiernos corazones,
corazones de dáttil, senos de leche,
corazones de regaliz,
no lloréis más!

¡Suleika, sé hombre! ¡Valor! ¡Valor!

¡Pálida Dudu,
no llores más!

O, quizá aquí,
¿tal vez convendrá
una embalsamada máxima,
una máxima solemne,
algo, con que el corazón tonificar?

¡Sube, sube, dignidad!

¡Sopla, sopla otra vez
fuelle de la virtud!

¡Ah!

¡Rugir una vez más,
rugir moralmente,
como un león moral;
rugir entre las hijas del desierto!

¡Porque los rugidos de la virtud,
jovencitas deliciosas,

más que nada son
los ardores del europeo,
el hambre canina del hombre de Europa!

¡Heme aquí ya,
yo, el europeo,
de otro modo no puedo obrar!

¡Dios me ayudará!

Amén.

El desierto crece; ¡desgraciado quien oculta de-
siertos!

EL DESPERTAR

1

CUANDO cesó el canto del viajero y de la sombra, la cueva se llenó súbitamente de risas y de rumores; y como todos los huéspedes reunidos hablaban al mismo tiempo, hasta el asno, animado por el ejemplo, no podía permanecer tranquilo. Zaratustra experimentó cierta repugnancia y algunas ganas de chancearse de sus visitantes; aunque es cierto que le regocijaba su alegría, pues la consideraba como un signo de curación. Se deslizó, pues, fuera, al aire libre, y habló a sus animales:

—¿Adónde ha ido ahora su angustia?—dijo, repuesto ya de su pequeña molestia—, ¡me parece que en mi morada han olvidado sus gritos de angustia! Aunque, desgraciadamente, no hayan olvidado todavía el gritar.

Y Zaratustra se tapó los oídos, pues en este momento los «¡Iiii-Aaaa!» del asno se mezclaban extrañamente a los gritos de regocijo de aquellos hombres superiores.

—Están contentos—volvió a decir—y quién sabe si tal vez a expensas de su huésped; mas si han aprendido a reír de mí, sin embargo, no es mi risa lo que han aprendido. ¡Pero qué importa! Son viejas gentes que se curan a su manera y ríen a su manera; peores cosas han soportado mis oídos sin estremecerse. Este es un día de victoria: ¡ya retrocede, ya huye mi viejo enemigo mortal, el espíritu de la pesadez! ¡Qué bien va a terminar este día, que tan mal y tan malignamente comenzó! Este día quiere ya terminar. Ya llega la noche: cruza a caballo el mar, el buen caballero. ¡Cómo se contonea el bienaventurado que vuelve montado en su silla de púrpura! El cielo contempla serenamente, el mundo se muestra en su profundidad. ¡Vale la pena de vivir a

mi lado, oh, todos vosotros, hombres extraños que a mi lado habéis venido!

Así hablaba Zaratustra. Y nuevamente resonaron en la cueva las risas y los gritos de los hombres superiores: Ahora bien: Zaratustra prosiguió de nuevo:

—Muerden: mi cebo surte efecto; también de ellos huye el enemigo: el espíritu de la pesadez. ¿Oigo bien? Ya aprenden a reír por sí mismos. Mi alimento de hombre, mis máximas sabrosas y rigurosas surten efecto: y, en verdad, no les he alimentado con legumbres que hinchán, sino con alimentos de guerreros, un alimento de conquistadores: he despertado nuevos deseos. En sus brazos y en sus piernas hay esperanzas nuevas, su corazón se dilata. Encuentran nuevas palabras. Pronto su espíritu respira fogosidad. Comprendo que este alimento no es para niños, ni para mujercitas lánguidas, jóvenes y viejas. Se necesitan otros medios para convencer a sus intestinos. Yo no soy ni su médico ni su maestro. El tedio abandona estos hombres superiores. ¡Pues bien!, ¡ésta es mi victoria! En mi reino se encuentran en seguridad, toda tonta vergüenza desaparece, desahogan su corazón. Desahogan sus corazones, vuelan a ellos las horas buenas, mastican y rumian de nuevo..., se muestran reconocidos. Esto es lo que considero como el mejor signo, el que lleguen a estar reconocidos. Poco tiempo ha de pasar y ya inventarán fiestas y elevarán monumentos conmemorativos de sus antiguas alegrías. ¡Son convalecientes!

Así hablaba Zaratustra gozoso en su corazón y mirando a lo lejos; sus animales se apretaban contra él, respetando su felicidad y su silencio.

2

PERO, repentinamente se horrorizaron los oídos de Zaratustra, porque la cueva, que hasta entonces estaba llena de ruido y de risa, fue invadida súbitamente por un silencio de muerte; no obstante, la nariz de Zaratustra percibió un agradable aroma de

humo y de incienso, como si estuvieran quemando piñas.

«¿Qué sucede? ¿Qué hacen»—se preguntó Zaratustra, acercándose a la entrada para contemplar a sus invitados sin ser visto. Pero, ¡maravilla de maravillas!, ¿qué vio entonces con sus propios ojos?

—¡Todos ellos se han vuelto piadosos, rezan, están locos!—dijo, asombrándose hasta más no poder.

Y, efectivamente: todos aquellos hombres superiores, los dos reyes, el papa fuera de servicio, el siniestro encantador, el mendigo voluntario, el viajero y la sombra, el adivino, el espíritu escrupuloso y el más feo de los hombres, estaban todos prosternados sobre sus rodillas, prosternados adorando al asno, como los niños y las viejas devotas. Y ya el más feo de los hombres comenzaba a barbotar y a resoplar como si algo inexpresable quisiera salir de él; no obstante, cuando acabó, al fin, por hablar realmente, he aquí que lo que salmodiaba era una extraña letanía piadosa en honor del asno adorado e incensado. Y he aquí cuál fue esta letanía:

—¡Amén! ¡Honra y gloria y sabiduría y gratitud y alabanzas y fuerzas sean con nuestro Dios de eternidad en eternidad!

Y el asno rebuznaba:

«¡Iiii-Aaaa!»

—Él llevaba nuestras cargas, se ha hecho criado; es de corazón paciente y jamás dice no; y el que ama a su Dios lo castiga mucho.

Y el asno rebuznaba:

«¡Iiii-Aaaa!»

—No habla como no sea para decir siempre sí al mundo que él ha creado: así canta la alabanza de su mundo. Su astucia es la que le impulsa a no hablar; de este modo, raramente se equivoca.

Y el asno rebuznaba:

«¡Iiii-Aaaa!»

—Pasa insignificante por el mundo. El color de su cuerpo, del cual rodea su virtud, es gris. Si tiene ingenio, lo oculta; pero todos creen en sus largas orejas.

Y el asno rebuznaba:

«¡Iiii-Aaaa!»

—¿Qué sabiduría oculta es ésta que posee largas orejas y que siempre dice sí y nunca no? ¿No ha creado el mundo a su imagen, es decir, todo lo estúpido posible?

Y el asno rebuznaba:

«¡Iiii-Aaaa!»

—Tú sigues caminos rectos y caminos extraviados; lo que los hombres llaman derecho o torcido poco importa. Tu reino está más allá del bien y del mal. Tu inocencia consiste en no saber lo que es la inocencia.

Y el asno rebuznaba:

«¡Iiii-Aaaa!»

—Tú no rechazas a nadie lejos de ti, ni a los mendigos ni a los reyes. Tú dejas ir a los niños a ti, y si los pecadores quieren seducirte les dices simplemente: «¡Iiii-Aaaa!»

Y el asno rebuznaba:

«¡Iiii-Aaaa!»

—Te gustan las burras y los higos frescos. No es nada difícil alimentarte. Un cardo satisface a tus entrañas cuando tienes hambre. En esto consiste tu sabiduría de Dios.

Y el asno rebuznaba:

«¡Iiii-Aaaa!»

LA FESTIVIDAD DEL ASNO

1

AL llegar a este punto de la letanía, Zaratustra no pudo contenerse más. Y el también exclamó:

—¡Iiii-Aaaa!—en voz todavía más alta que la del burro, y cayó en medio de sus enloquecidos huéspedes.

—Pero ¿qué hacéis, hijos de hombres?—dijo, levantando del suelo a los que rezaban—. Desgraciados de vosotros si alguien que no fuera Zaratustra

os viese. ¡Todos creerían que os habíais vuelto, con vuestra nueva fe, los peores blasfemadores o las viejas más insensatas! Y tú, viejo papa, ¿cómo estás de acuerdo contigo mismo, adorando de este modo a un asno, como si fuera Dios?...

—¡Oh Zaratustra—respondió el papa—, perdóname!; pero en las cosas de Dios estoy más iluminado que tú. Y es justo lo que sucede. ¡Más vale adorar a Dios bajo esta forma que no adorarle de ninguna manera! Piensa en estas palabras, eminente amigo: pronto adivinarás que estas palabras tienen sabiduría. Quien ha dicho: «Dios es espíritu», ha dado hasta el presente en la tierra el paso más grande y el salto más grande hacia la incredulidad: tales palabras no son fáciles de reparar en la tierra! Mi viejo corazón salta y brinca, porque todavía hay algo que adorar sobre la tierra. ¡Oh Zaratustra, perdona al viejo corazón de un papa piadoso!...

—Y tú—dijo Zaratustra al viajero y a la sombra—, ¿tú te llamas espíritu libre, tú te figuras ser espíritu libre? ¿Y te entregas aquí a semejantes absurdas ceremonias? ¡En verdad, haces aquí peores cosas que las que hacías al lado de las jóvenes morenas y malignas, tú, el nuevo y maligno creyente!

—Triste es, en efecto—respondió el viajero y la sombra—; tienes razón; ¡pero qué he de hacerle! ¡Oh Zaratustra, digas lo que quieras, el antiguo Dios revive! La causa de todo es el más feo de los hombres: él es quien le ha resucitado. Y si dices que hace tiempo le mató, en los dioses la muerte no es siempre más que un prejuicio.

—Y tú—replicó Zaratustra—, ¿qué has hecho tú, viejo encantador maligno? ¿Quién podrá creer todavía en ti, en estos tiempos de libertad, si tú crees aún en semejantes borricadas divinas? Has hecho una estupidez. ¿Cómo pudiste, tú, que eres astuto, cometer estupidez semejante?

—¡Oh Zaratustra!—respondió el astuto encantador—, tienes razón: fue una estupidez...; bastante cara me ha costado.

—Y tú, igualmente—dijo Zaratustra el escrupuloso del espíritu—, reflexiona y pon tu dedo en ¿tú

nariz. ¿No hay en esto nada que turbe tu conciencia? ¿No es tu espíritu demasiado limpio para semejantes adoraciones y para el incienso de semejantes beaterías?

—Hay algo en este espectáculo—respondió el escrupuloso, poniéndose el dedo sobre la nariz—, hay algo en este espectáculo que hasta hace bien a mi conciencia. Tal vez no tenga derecho a creer en Dios; pero bajo esta forma es como Dios me parece más digno de fe. Dios debe ser eterno, según el testimonio de los más piadosos: Quien tiene tiempo de sobra se concede tiempo bastante. Tan lenta y estúpidamente como sea posible: con esto puede ciertamente ir lejos. Y quien posee demasiado ingenio, gustaría de emplearlo obstinadamente hasta en la estupidez y en la locura. ¡Oh Zaratustra, piensa en ti mismo! ¡Tú mismo..., en verdad, podrías muy bien, por exceso de sabiduría, llegar a hacerte un asno! ¿No gusta a un sabio perfecto seguir los caminos más tortuosos? Lo prueba la apariencia..., tu apariencia, ¡oh Zaratustra!

—Y tú mismo, en fin—dijo Zaratustra, dirigiéndose al más feo de los hombres, que todavía estaba echado en el suelo, con los brazos extendidos hacia el asno porque le estaba dando a beber vino—, habla, inexpresable, ¿qué hacías tú ahí? Me pareces transfigurado: brilla tu mirada; el manto de lo sublime viste y rodea tu fealdad: ¿qué has hecho? ¿Es cierto lo que éstos dicen, que tú le has resucitado? ¿Y para qué? ¿Por ventura no había sido muerto y abandonado con razón? Tú mismo me pareces salir de un sueño: ¿qué has hecho? ¿Qué has trastrocado tú? ¿Por qué te has convertido? ¡Habla, inexpresable!

—¡Oh Zaratustra—respondió el más feo de los hombres—, eres un pícaro! ¿Quién de nosotros dos sabe mejor si ése vive todavía, o si vive de nuevo, o si está completamente muerto? Esto te pregunto. Mas existe una cosa que conozco...; hace tiempo que la aprendí de ti mismo, oh Zaratustra: el que quiere matar de un modo más completo se acha a reír. «Se mata no con la cólera, sino con la risa», así habla-

bas tú hace tiempo. ¡Oh Zaratustra; tú, que permaneces oculto, destructor sin cólera, santo peligroso..., eres un pícaro!

2

PERO aconteció entonces que Zaratustra, asombrado de la picardía de semejantes respuestas, se lanzó de nuevo hacia la puerta de su cueva y, dirigiéndose a todos sus convidados, comenzó a gritar con voz potente:

—¡Oh vosotros todos, locos traviesos, peles! ¿Para qué disimular y ocultar ante mí? El corazón de cada uno de vosotros se estremece de alegría y de perversidad, porque, al fin, habéis vuelto a convertirlos en niños pequeños, es decir, en piadosos... ¡Porque habéis obrado, al fin, nuevamente como hacen los niños pequeños, porque habéis rezado, juntando las manos y diciendo: «Amado buen Dios»! Pero ahora abandonad este cuarto de niños, mi cueva, en la que hoy tienen derecho de ciudadanía todas las puerilidades. ¡Serenad afuera vuestra ardorosa impetuosidad de niños y los latidos de vuestro corazón! En verdad, os digo que si nos os volviereis como niños pequeños no podréis entrar en este reino de los cielos—y Zaratustra señaló al cielo con el dedo—. Pero de ningún modo queremos nosotros entrar en el reino de los cielos: hemos llegado a hacernos hombres..., por esto queremos el reino de la tierra.

3

Y de nuevo comenzó a hablar Zaratustra:

—¡Oh, mis nuevos amigos!—dijo—. Hombres extraños; vosotros, hombres superiores, ¡cuánto me agradáis ahora que os habéis hecho alegres! Habéis florecido plenamente: me parece que para flores como vosotros son necesarias nuevas fiestas..., alguna valiente extravagancia; un culto o una festividad del asno, un viejo loco, un alegre Zaratustra, un

torbellino que, con un soplo, os despeje el alma. ¡Hombres superiores, no olvidéis esta noche y esta festividad del asno! Eso es lo que habéis inventado en mi morada, y éste es para mí un buen signo... ¡No hay como los convalecientes para inventar semejantes cosas! ¡Y si festejáis de nuevo esta festividad del asno, hacedlo por amor a vosotros, hacedlo también por amor a mí! Y haced esto en memoria mía.

Así hablaba Zaratustra.

LA CANCIÓN DE LA EMBRIAGUEZ

1

PERO mientras él hablaba todos habían ido saliendo, uno tras de otro, al aire libre y a la noche fresca y pensativa; y él mismo, Zaratustra, llevaba de la mano al más feo de los hombres, para enseñarle su mundo coturno, la gran luna redonda y las plateadas cascadas próximas a su caverna. Al fin, se detuvieron allí unos al lado de otros, todos estos hombres viejos, pero de corazón consolado y esforzado, asombrándose en su fuero interno de sentirse tan a gusto sobre la tierra; la quietud de la noche se acercaba cada vez más a sus corazones. Y de nuevo Zaratustra pensaba por su cuenta: «¡Oh, cuánto me agradan ahora estos hombres superiores.» Pero no lo dijo porque respetaba su felicidad y su silencio...

Y entonces aconteció lo más asombroso de aquel asombroso y largo día: el más feo de los hombres comenzó otra y otra vez a barbotar y a resoplar, y cuando al fin halló sus palabras, he aquí que una pregunta salió de su boca, una pregunta neta y precisa, una pregunta buena, profunda y clara, que conmovió el corazón de cuantos le escuchaban:

—Amigos míos, todos los que aquí estáis reunidos—dijo el más feo de los hombres—, ¿qué os parece de esto? Por causa de este día..., es la primera vez que yo estoy satisfecho, que he vivido la vida

plenamente. No me basta declarar esto. Vale la pena de vivir sobre la tierra: Un día, una fiesta en compañía de Zaratustra ha bastado para enseñarme a amar la tierra. «¿Es esto... la vida?, diría yo a la muerte. ¡Pues bien! ¡Que se repita!» Amigos míos, ¿qué os parece de esto? ¿No deseáis vosotros, como yo, decir a la muerte: «¿Es esto la vida?» ¡Pues bien: por el amor de Zaratustra, que se repita otra vez!...

Así hablaba el más feo de los hombres. Era cerca de la medianoche. ¿Y qué pensáis que sucedió entonces? Cuando los hombres superiores oyeron su pregunta, tuvieron repentinamente conciencia de su transformación y de su curación, y comprendieron quién se la había procurado; entonces se dirigieron hacia Zaratustra, llenos de agradecimiento, de respeto y de amor, manifestándole su gratitud, cada uno a su manera, de suerte que unos reían y otros lloraban. El viejo encantador bailaba de alegría; y si, como creen algunos narradores, estaba entonces ebrio de vino dulce, con más seguridad todavía estaba ebrio de la vida dulce y había abdicado toda fatiga. Del mismo modo, hay que quienes refieren que entonces el asno se puso a bailar, pues no en vano le había dado a beber vino el más feo de los hombres. Que, efectivamente, haya sucedido así o de otro modo, poco importaba; si no es cierto que el asno bailara aquella noche, sucedieron, no obstante, cosas más grandes y más extrañas que pudiera serlo el baile de un asno. En una palabra, como dice el proverbio de Zaratustra: «¡Qué importa!»

2

¿CUÁNDO sucedió esto con el más feo de los hombres? Zaratustra estaba como ebrio: su mirada se extinguía, su lengua balbucía y vacilaban sus pies. ¿Quién sabría adivinar cuáles eran los pensamientos que entonces agitaban el alma de Zaratustra? Mas se veía que su espíritu retrocedía hacia atrás y volaba hacia adelante, que estaba com-

pletamente ausente de allí como «sobre una alta cima, según está escrito, entre dos mares, caminando contra el pasado y el porvenir como una densa nube». Poco a poco, no obstante, mientras los hombres superiores le sostenían en sus brazos, volvió algo en sí, evitando con el gesto a la multitud de los que querían expresarle su respeto y que, a causa de él, estaban preocupados; pero no hablaba. De repente, sin embargo, volvió la cabeza, como si hubiera oído algo; colocó un dedo en sus labios, y dijo:

—¡Venid!

Inmediatamente se hizo la quietud y el silencio en torno de él; pero de las profundidades se oía ascender lentamente el son de una campana. Zaratustra prestó atento el oído, así como los hombres superiores; después, por segunda vez puso un dedo sobre los labios, y dijo nuevamente:

—¡Venid! ¡Venid! ¡Venid! ¡Cercana está la medianoche! Y su voz se había transformado.

Pero no se movía. Entonces aumentaron el silencio y la quietud todavía más, y todo el mundo escuchaba, incluso el asno y los animales de honor de Zaratustra, el águila y la serpiente, y también la cueva de Zaratustra y la gran luna fría y hasta la misma noche. Pero Zaratustra, por tercera vez, puso la mano sobre su boca, y dijo:

—¡Venid! ¡Venid! ¡Marchemos! Ahora es el momento. ¡Marchemos a la noche!

3

—¡HOMBRES superiores!, cercana está la medianoche, quiero, por consiguiente, deciros algo al oído, algo que esta vieja campana me ha dicho al oído..., con el mismo secreto, espanto y cariño que ha puesto para hablarme esta vieja campana de la medianoche que ha vivido más que ningún hombre; que contó ya los dolorosos latidos de los corazones de vuestros padres... ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo suspira! ¡Cómo

ríe en sueños! ¡La vieja hora de la medianoche, profunda, profunda! ¡Silencio! ¡Silencio! Se oyen muchas cosas que no se atreven a decir de día; pero ahora que el aire es puro, ahora que ha callado hasta el ruido de vuestros corazones... Ahora las cosas hablan y se oyen, ahora se deslizan en las almas nocturnas cuyas vigiliass se prolongan. ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo suspira! ¡Cómo ríe en sueños! ¿No oyes cómo te habla a ti, secretamente, con espanto y cariño, la vieja hora de la medianoche, profunda, profunda? ¡Pon cuidado, oh hombre!

4

— ¡DESDECHADÓ de mí! ¿En qué he pasado el tiempo? ¿No he caído en pozos profundos? El mundo duerme... ¡Ay! ¡Ay! Aúlla el perro, brilla la luna. Prefiero morir, morir antes que deciros lo que ahora piensa mi corazón de la media noche. Ya estoy muerto. Se acabó. Araña, ¿por qué tejes tu tela alrededor de mí? ¿Quieres sangre? ¡Ay! ¡Ay! Cae el rocío, llega la hora..., la hora en que tiritó, en que me hielo, la hora que pregunta, que pregunta y que pregunta siempre: «¿Quién tiene bastante valor para esto? ¿Quién debe ser el dueño de la tierra? ¿Quién quiere decir: «Así es cómo habéis de correr, ríos pequeños y grandes»? Se acerca la hora: ¡alerta, oh hombre, hombre superior! Este discurso se dirige a los oídos sutiles, a tus oídos... ¿Qué dice la profunda medianoche?

5

— Soy llevado allá lejos, mi alma baila. ¡La tarea diaria, la tarea diaria! ¿Quién debe ser el dueño del mundo? La luna está fresca, el viento se calla. ¡Ay! ¡Ay! ¿Habéis volado ya bastante alto? Habéis bailado; pero una pierna no es una ala. Buenos bailaridos.

nes, actualmente ha pasado toda la alegría. El vino se ha transformado en levadura, todos los vasos se han conmovido, balbucean las tumbas. No habéis volado bastante alto; ahora las tumbas balbucen: «¡Salvad, pues, los muertos! ¿Por qué es de noche tanto tiempo? ¿No nos embriaga la luna?» ¡Oh hombres superiores, salvad, pues, las tumbas, despertad a los cadáveres! ¡Ay! ¿Por qué roe todavía el gusano? Se aproxima la hora, la hora se aproxima..., zumba la campana, todavía ronca el corazón, el gusano roe la madera, el gusano del corazón. ¡Ay! ¡Ay! ¡El mundo es profundo!

6

—¡DULCE lira! ¡Dulce lira! ¡Me gusta el sonido de tus cuerdas, este sonido ebrio de sapo flamígero!... ¡De qué lejos y de qué pretérito me llega este sonido, de lo lejano, de los estanques del amor! ¡Vieja campana! ¡Dulce lira! Todos los dolores te han desgarrado el corazón, el dolor del padre, el dolor de los antepasados, el dolor de los primeros padres; tu discurso ha llegado ya a madurar..., ha llegado a madurar como el dorado otoño y como la tarde; como mi corazón de solitario...; ahora hablas tú; hasta el mismo mundo ha llegado a madurar, la uva se hace más morena...; ahora quiere morir, morir de felicidad. ¿No lo percibís, hombres superiores? Un olor asciende calladamente..., un perfume y aroma de eternidad, un olor de vino dorado, moreno y divinamente impregnado de añeja felicidad..., una felicidad embriagada de morir, una felicidad de medianoche que canta; ¡el mundo es profundo y más profundo de lo que pensaba el día!

7

—¡DEJADME! ¡Dejadme! Soy demasiado puro para ti. ¡No me toques! ¿No acaba de consumarse mi mundo? Mi piel es demasiado pura para tus manos. ¡Déjame, día sombrío, estúpido y pesado! ¿No es más clara la hora de la medianoche? Los más puros deben ser los dueños del mundo, los menos conocidos, los más fuertes, las almas de la medianoche que son más claras y más profundas que todos los días. ¡Oh día! ¿Andas a tientas tras de mí? ¿Andas a tientas tras de mi dicha? ¿Soy rico para ti, solitario, un manantial de riqueza, un tesoro? ¿Me quieres, mundo? ¿Soy mundano para ti? ¿Soy religioso? ¿Soy divino para ti? Pero día y mundo sois demasiado torpes...; emplead manos más sensatas; una felicidad más profunda, una desdicha más profunda, escoged un dios cualquiera, no me cojáis a mí...; mi desdicha, mi felicidad es profunda, día extraño, y, sin embargo, no soy un dios ni el infierno de un dios: profundo es su dolor.

8

—¡E L dolor de Dios es más profundo, oh mundo singular! ¡Escoge el dolor de Dios, no me cojas a mí! ¿Qué soy yo? Una dulce lira llena de embriaguez..., una lira de la medianoche, una campana-sapo que nadie comprende, pero que debe hablar a los sordos, ¡oh hombres superiores! ¡Porque vosotros no me comprendéis! ¡Hecho está esto! ¡Hecho está esto! ¡Oh juventud! ¡Oh mediodía! ¡Oh tarde! Ahora ha llegado el crepúsculo y la noche y la hora de la medianoche..., el perro aúlla, y el viento..., el viento, ¿no es un perro? Gime, ladra, aúlla. ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo suspira, cómo ríe, cómo ronca y gime la hora de la medianoche! ¡Cuán secamente habla esta

poetisa ebria! ¿Ha dominado su embriaguez? ¿Ha prolongado su vigilia, se ha puesto a rumiar? Rumia su dolor en sueños, la vieja y profunda hora de la medianoche, y más aún su alegría. Porque la alegría, aun cuando ya el dolor es profundo, la alegría es más profunda que la pena.

9

— ¡V IÑA, ¿a qué me alabas? ¿No te he podado? Sangras, soy tan cruel...; ¿qué quiere la alabanza que diriges a mi ebria crueldad? «Todo lo que se ha realizado, todo lo que está maduro... ¡quiere morir!», así hablas. ¡Bendita sea, bendita sea la podadera del viñador! Pero todo lo que no está maduro quiere vivir; ¡ay! El dolor dice: «¡Pasa! ¡Vete, dolor!» Pero todo lo que sufre quiere vivir para madurar, para llegar a estar alegre y pleno de deseos..., pleno de deseos de lo más lejano, más alto, más claro. Yo quiero herederos, yo quiero hijos, yo no me quiero a mí. Así habla todo el que sufre. Pero la alegría no quiere ni herederos ni hijos... La alegría se quiere a sí misma, quiere la eternidad, el retorno de las cosas, todo lo que se le asemeja eternamente. El dolor dice: «¡Desgárrate, sangra, corazón! ¡Marchad, piernas! ¡Volad, alas! ¡Allá arriba, dolor!» ¡Pues bien! ¡Vamos! ¡Oh viejo corazón mío! ¡El dolor dice: pasa y acaba!

10

— ¡O H hombres superiores! ¿Qué os parece de esto? ¿Soy un adivino? ¿Soy un soñador? ¿Soy un hombre embriagado? ¿Un intérprete de los sueños? ¿Una campana de la medianoche? ¿Una gota de rocío? ¿Un vapor y un perfume de la eternidad? ¿No lo oís? ¿No lo percibís? Mi mundo acaba de consumarse; la medianoche es tam-

bién mediodía. El dolor es también una alegría, la maldición es también una bendición, la noche es también un sol..., alejaos o aprenderéis que un sabio es igualmente un loco. ¿Habéis aprobado alguna vez una alegría? ¡Oh amigos míos! ¡Entonces habéis aprobado también todos los dolores! Todas las cosas están encadenadas, entrelazadas, encariñadas... ¿Querriáis algún día que una misma vez volviera dos veces? ¿Habéis dicho alguna vez: «¡me gustas, felicidad!, ¡momento!, ¡parpadeo!» ¿Así es cómo querriáis que todo volviera! Todo de nuevo, todo eternamente, todo encadenado, entrelazado, encariñado, ¡oh, así es como habéis amado el mundo!... Vosotros, los eternos, lo amáis eternamente y siempre; y vosotros decís también al dolor: pasa, pero vuelve, ¡porque toda alegría quiere... la eternidad!

11

—TODA alegría quiere la eternidad de todas las cosas: quiere miel, levadura, una hora de medianoche llena de embriaguez, quiere tumbas, quiere el consuelo de las lágrimas vertidas sobre las tumbas, quiere el dorado ocaso..., ¡qué es lo que no querrá la alegría!: es más sedienta, más cordial, más hambrienta, más espantosa, más secreta que todo dolor; se quiere a sí misma, se muerde a sí misma: en ella lucha la voluntad del anillo..., quiere amor, quiere odio, nada en la abundancia, da, arroja lejos de sí, mendiga para que alguien quiera tomarla, agradece al que la toma. Gustaría ser aborrecida..., es la alegría tan rica que tiene sed de dolor, de infierno, de odio, de vergüenza, de lo liado; sed de mundo... porque este mundo, ¡oh, vosotros lo conocéis! ¡Oh hombres superiores, por vosotros suspira la alegría, la desenfrenada, la bienaventurada... suspira por vuestro dolor, por vosotros, fracasados! Toda alegría eternal suspira por las cosas fracasadas. Toda alegría se quiere a sí misma: ¡por ello quiere la pena! ¡Oh felicidad, felicidad!

¡Oh, desgárrate, corazón! ¡Hombres superiores, sabedlo: la alegría quiere la eternidad!... ¡La alegría quiere la eternidad de todas las cosas. Quiere la profunda eternidad!

12

—¿HABÉIS aprendido ahora mi canción? ¿Habéis adivinado lo que quiere decir? ¡Pues bien! ¡Vamos! ¡Hombres superiores, cantad mi canción, cantadla en coro! ¡Cantad ahora vosotros mismos la canción cuyo nombre es «todavía una vez más», cuyo sentido es «por toda la eternidad»! ¡Cantad, oh hombres superiores; cantad a coro la canción de Zaratustra!

¡Oh hombre, pon cuidado!

¿Qué dice la profunda medianoche?

He dormido, he dormido...

«Me he despertado de un profundo sueño...

El mundo es profundo,

y más profundo que pensaba el día.

Profundo es su dolor...

La alegría más profunda que la pena.

El dolor dice: ¡pasa y acaba!

Pero toda alegría quiere la eternidad,

¡quiere la profunda eternidad!»

EL SIGNO

LA mañana del día siguiente a esta noche, Zaratustra salió de su lecho, se ciñó su cinturón y salió de su cueva, fuerte y ardiente como el sol de la mañana que surge de las sombrías montañas.

—Gran astro—dijo hablando como en otro tiempo—, ojo profundo de felicidad, ¿qué sería toda tu dicha si no tuvieras a aquellos a quienes alumbras? Y si permaneciesen en sus habitaciones mientras tú estás despierto y dispuesto a dar y a repartir,

¡cómo se ofendería tu orgulloso pudor! ¡Pues bien! Estos hombres superiores duermen todavía en tanto que yo me he despertado; ¡no son éstos mis verdaderos compañeros! No es a ellos a quien aguardo aquí en mis montañas. Quiero emplearme en mi obra y comenzar mi tarea diaria; pero ellos no comprenden cuáles son los signos de mi mañana, el ruido de mi paso no es para ellos la señal del orto. Duermen todavía en mi cueva; su sueño se nutre todavía con mis canciones de medianoche. Carecen del oído que me escucha, del oído que obedece.

Zaratustra había dicho esto a su corazón mientras el sol alzaba; dirigió una mirada interrogante hacia las alturas, porque oía por encima de su cabeza la penetrante llamada de su águila.

—¡Pues bien—exclamó hacia arriba—, esto me conviene y me complace! Mis animales se han despertado porque lo me he despertado. Mi águila está despierta y, al igual que yo, honra al sol. Ella se apodera de la nueva luz con sus garras de águila. Vosotros sois mis verdaderos animales: yo os amo. ¡Pero me faltan todavía mis hombres verdaderos!...

Así hablaba Zaratustra; pero aconteció entonces que se sintió repentinamente rodeado, como por innumerables pájaros que en torno suyo revoloteaban..., el murmullo de tantas alas y la agitación alrededor de su cabeza eran tan grandes que cerró los ojos. Y, en verdad, sentía llover sobre sí algo como una nube de amor sobre un amigo nuevo.

«¿Qué me sucede?», pensó Zaratustra en su asombrado corazón y se sentó con calma sobre la gruesa piedra que se encontraba a la entrada de la cueva. Agitando sus manos en torno suyo, por encima y por debajo de él, para defenderse de la ternura de los pájaros, he aquí que aconteció algo mucho más extraño todavía: porque, inopinadamente, introdujo sus manos en unas guedejas de pelos espesos y calientes; y, al mismo tiempo, resonó ante él un rugido..., un dulce y prolongado rugido de león.

—El signo viene—dijo Zaratustra—, y su corazón se transformó.

Y, en verdad, cuando vio claro ante él un enorme animal rubio estaba acostado a sus pies, apoyando la cabeza contra sus rodillas, no queriendo, en su amor, retirarla, semejante a un perro que encuentra a su antiguo dueño. No obstante, las palomas no eran menos obsequiosas en su amor, y cada vez que una paloma revoloteaba sobre la nariz del león, el león sacudía con asombro la cabeza y se echaba a reír.

Al ver esto Zaratustra, no dijo más que estas palabras:

—Mis hijos están cerca, mis hijos...

Después enmudeció totalmente; pero su corazón se había aliviado y de sus ojos brotaban lágrimas que caían en sus manos. No prestaba atención a nada y permanecía sentado allí, inmóvil, sin protegerse más contra los animales. Entonces, las palomas revolotearon de aquí para allá, posándose sobre sus hombros, acariciando sus blancos cabellos, sin desmayar en su ternura y en sus congratulaciones. El vigoroso león lamía sin cesar las lágrimas que caían sobre las manos de Zaratustra, rugiendo y gruñendo tímidamente. Esto es lo que hacían estos animales.

Todo esto duró largo rato, o quizá muy poco tiempo: porque, indudablemente, en la tierra no hay tiempo para semejantes cosas. Pero en el intervalo los hombres superiores se habían despertado en la cueva Zaratustra, y se preparaban juntos para ir en procesión ante Zaratustra, con el fin de ofrecerle su saludo matinal, porque al despertarse habían observado que él no estaba ya entre ellos. Pero cuando hubieron llegado a la puerta de la cueva, precedidos por el ruido de sus pasos, el león enderezó vivamente sus orejas y, separándose bruscamente de Zaratustra, saltó hacia la cueva, dando rugidos: los hombres superiores al oírle rugir se pusieron a gritar todos a una y, huyendo hacia atrás, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Zaratustra, atolondrado y distraído, se levantó de su asiento, miró en torno suyo y, poniéndose en pie, asombrado, interrogó a su corazón, reflexionó y continuó solo.

—¿Qué es lo que he oído? ¿Qué es lo que me acaba de acontecer?—dijo, por fin, lentamente.

Pero ya el recuerdo retornaba a él y comprendió de una mirada todo lo que había sucedido entre ayer y hoy:

—He aquí la piedra—dijo, acariciándose la barba—, ahí estaba sentado ayer por la mañana; y ahí fue donde el adivino se aproximó a mí, y ahí fue donde oí por primera vez el grito que acabo de oír, el gran grito de angustia. ¡Oh hombres superiores! Vuestra angustia era la que me precedía ayer por la mañana; este viejo adivino sobre vuestra angustia me quería llevar para tentarme. «¡Oh Zaratustra! —me dijo—. Vengo para inducirte a tu último pecado.» «¿A mi último pecado?—exclamó Zaratustra riendo con cólera de sus propias palabras—. ¿Qué es lo que me ha sido reservado como mi último pecado?»

Y una vez más Zaratustra se recogió en sí mismo, sentándose de nuevo en la gruesa piedra para reflexionar. Repentinamente se irguió...

—¡Piedad! ¡La piedad para el hombre superior! —exclamó, y su rostro se hizo de bronce—. ¡Pues bien! ¡Esto..., tuvo su momento! Mi pasión y mi compasión..., ¿qué importan? ¿Es que busco yo la felicidad? ¡Yo persigo mi obra! ¡Pues bien! El león ha venido, próximos están mis hijos; Zaratustra ha madurado, ha llegado mi hora... He aquí que comienza mi aurora matinal, mi día; ¡levántate, pues, levántate, oh gran mediodía!

Así habla Zaratustra, y abandonó su cueva, fuerte y ardiente como el sol de la mañana que surgía de las sombrías montañas.

Friedrich Nietzsche nació en 1844. A los veinticuatro años fue profesor de Filología Clásica en la Universidad de Basilea hasta 1879, fecha en que aparecieron sus trastornos mentales.

En su primer periodo, Nietzsche entabló la lucha por un nuevo ideal de cultura. Influido por la originalidad de Schopenhauer, así como por la música de Wagner, publicó sus primeros libros. *Humano, demasiado humano, Aurora y La gaya ciencia* emergieron ya de un claroscuro formado por un genio y una inteligencia exacerbados. Ya en pleno delirio escribe *La voluntad de poderío*, y, enseguida, su obra más significativa: *Así hablaba Zaratustra*, donde recoge en forma de aforismo lo esencial de su filosofía, destinada a la creación del superhombre. Se ha dicho que *Así hablaba Zaratustra* puede considerarse como la contrafigura de la Biblia, y constituye un libro de cabecera para quienes buscan la Verdad, el Bien y el Mal.



ISBN 84-7166-261-2



9 788471 662613